COMENTARIOS SOBRE EL VIVIR

Primera serie del libro de notas de

J. KRISHNAMURTI

TRES PIADOSOS EGOISTAS

EL OTRO DÍA vinieron a verme tres devotos egoístas. El primero era un *sanyasi*, un hombre que había renunciado al mundo; el segundo era un orientalista que creía firmemente en la fraternidad; y el tercero era un convicto forjador de una maravillosa utopía. Cada uno de los tres luchaba con ardor por su propia obra y miraba con desdén las actitudes y actividades de los otros. Cada uno se afirmaba en su propia convicción, se sentía ardientemente apegado a su forma particular de creencia, y los tres, por extraño que parezca, eran crueles.

Me dijeron, especialmente el utopista, que estaban dispuestos a negarse o sacrificarse a sí mismos y a sus amigos por aquello en que creían. Parecían humildes y suaves, particularmente el hombre de la fraternidad, pero había en ellos dureza de corazón y esa peculiar intolerancia que es característica del superior. Eran los escogidos, los intérpretes; sabían y estaban seguros.

En el transcurso de una seria conversación, el *sanyasi* dijo que estaba preparándose para su próxima vida. Esta vida, declaró, tenía muy poco que ofrecerle, pues él había visto a través de todas las ilusiones mundanas y había abandonado los caminos del mundo. Tenía algunas debilidades personales y cierta dificultad para concentrarse, añadió, pero en su próxima vida alcanzaría el ideal que había fijado para sí mismo.

Todo su interés y vitalidad reposaban en su convicción de que iba a ser algo en su próxima vida. Conversamos un buen rato, y su énfasis estaba siempre en el mañana, en el futuro. Dijo que el pasado existía, pero siempre en relación al futuro. Dijo que él era más que un pasaje al futuro, y el hoy interesaba únicamente por el mañana. Si no hubiera mañana, preguntó, ¿para qué esforzarse? Valdría lo mismo vegetar o ser como la apacible vaca.

Toda la vida era un continuo movimiento del pasado hacia el futuro a través del momentáneo presente. Debemos usar el presente, dijo, para ser algo en el futuro: para ser sabios, para ser fuertes, para ser compasivos. Tanto el presente como el futuro eran transitorios, pero mañana la fruta estará madura. Insistió en que el hoy no es más que un peldaño y que no deberíamos estar demasiado ansiosos o demasiado particularizados con él; debemos mantener claro el ideal del mañana y tratar de hacer la jornada con éxito. En síntesis, el presente le causaba impaciencia.

El hombre de la fraternidad era más instruido, y su lenguaje más poético; era experto en el manejo de las palabras, y completamente suave y convincente. También había esculpido un nicho divino para sí en el futuro. Tenía que ser algo. Esta idea le llenaba el corazón, y había reunido discípulos para ese futuro. La muerte, dijo, era una cosa hermosa, porque nos aproxima a ese nicho divino que hacía posible para él vivir en este triste y feo mundo.

Sostenía la necesidad de cambiar y embellecer el mundo, y trabajaba con ardor por la fraternidad humana. Consideraba que la ambición, con su secuela de crueldades y corrupciones, era inevitable en un mundo en el que es preciso hacer las cosas; y que por desgracia, si uno deseaba realizar ciertas actividades orgánizativas, tenía que ser un poco severo. La obra era importante porque estaba ayudando a la humanidad, y cualquiera que se opusiese tenía que ser separado —suavemente, por supuesto. Para ese trabajo la organización era de la mayor importancia y no debía ser estorbada. “Otros tienen sus senderos”, dijo, “pero el nuestro es esencial y quienquiera que se nos interponga no es de los nuestros”.

El utopista era una extraña mezcla de idealista y de hombre práctico. Su Biblia no era la antigua sino la nueva. Creía en la nueva implícitamente. Conocía de antemano el desarrollo del futuro, pues el nuevo libro lo predecía. Su plan era confundir, organizar y realizar. El presente, dijo, está corrompido, debe ser destruido, y fuera de esta destrucción lo nuevo debe construirse. El presente tenía que ser sacrificado por el futuro. El hombre futuro era lo que importaba, no el hombre presente.

“Nosotros sabemos cómo crear ese hombre futuro”, dijo, “podemos plasmar su mente y corazón; pero necesitamos llegar al poder para hacer algo bueno. Estamos dispuestos a sacrificarnos y a sacrificar a otros para traer un nuevo orden. Mataremos a cualquiera que se interponga en el camino, pues los medios carecen de importancia; el fin justifica los medios”.

Para la paz final, cualquier forma de violencia podía ser usada; para la final libertad individual, la tiranía en el presente era inevitable. “Cuando tengamos el poder en nuestras manos”, declaró, “emplearemos toda forma de compulsión para hacer posible un nuevo mundo sin distinciones de clase, sin sacerdotes. Nunca nos apartaremos de nuestra tesis central, estaremos fijos ahí, pero nuestra estrategia y nuestras tácticas variarán de acuerdo con las cambiantes circunstancias. Planeamos, organizamos y actuamos para destruir al hombre presente en aras del hombre futuro”.

El *sannyasi*, el hombre de la fraternidad y el utopista, viven todos para el mañana, para el futuro. No son ambiciosos en el sentido mundano, no desean altos honores, riquezas o reconocimiento, pero son ambiciosos en una forma mucho más sutil. El utopista se ha identificado como un grupo que, según piensa, tendrá el poder de reorientar al mundo; el hombre de la fraternidad aspira a ser exaltado, y el *sannyasi* a alcanzar su meta. Todos

están preocupados con su propio devenir, con su propia realización y expansión. No ven que ese deseo niega la paz, la fraternidad y la suprema felicidad.

La ambición en cualquier forma —para el grupo, para la salvación individual o para la realización espiritual— es acción postergada. El deseo es siempre del futuro; el deseo de llegar a ser es inacción en el presente. El ahora tiene más importancia que el mañana. En el ahora está todo el tiempo, y comprender el ahora es estar libre del tiempo. El devenir es la continuación del tiempo, del dolor. Devenir no contiene ser. Ser es siempre en el presente, y ser es la forma más elevada de transformación. Devenir es mera continuidad modificada, y sólo hay transformación radical en el presente, en ser.

LA IDENTIFICACIÓN

¿Por qué os identificáis con otra persona, con un grupo, con un país? ¿Por qué os llamáis cristianos, hindúes, budistas, o por qué pertenecéis a alguna de las innumerables sectas? Religiosa y políticamente uno se identifica con este o aquel grupo por tradición o hábito, por impulso, prejuicio, imitación y pereza. Esta identificación pone término a toda comprensión creadora, y entonces uno llega a ser un mero instrumento en manos de un partido, del sacerdote o del líder favorito.

El otro día alguien dijo que él era un "Krishnamurtiano", mientras que fulano pertenecía a otro grupo. Al decir eso, era completamente inconsciente de las implicaciones de esa identificación. No se trataba en modo alguno de un tonto; era instruido, culto y todo lo demás. Ni era tampoco sentimental o impresionable; por el contrario, era claro y definido.

¿Por qué había llegado a ser un "Krishnamurtiano"? Había seguido a otros, había pertenecido a fastidiosos grupos y organizaciones, y finalmente se encontró identificado con esta particular persona. Por lo que decía, parecía que su viaje había ya concluido. Había tomado una posición y eso era el fin de la cuestión; había elegido y nada podía hacerlo vacilar. Ahora podía confortablemente recogerse y seguir afanosamente todo lo que se había dicho y lo que se diría.

Cuando nos identificamos con otro, ¿es eso un indicio de amor? ¿La identificación implica experimentación? ¿No pone la identificación término al amor y al experimento? La identificación, ciertamente, es posesión, la aserción de propiedad; y la propiedad niega el amor, ¿no es así? Poseer es estar seguro; la posesión es defensa, es hacerse invulnerable. En la identificación hay resistencia, ya sea grosera o sutil; ¿Y es el amor una forma de resistencia autoprotectora? ¿Hay amor cuando hay defensa?

El amor es vulnerable, flexible, receptivo; es la más alta forma de sensibilidad, y la identificación conduce a la insensibilidad. Identificación y amor no pueden ir juntos, pues el uno destruye al otro. La identificación es esencialmente un proceso de pensamiento por medio del cual la mente se protege y expande; y en el llegar a ser algo ella necesita resistir y defender, necesita poseer y descartar. En este proceso de devenir, la mente o el "yo" se hace cada vez más tenaz y más capaz; pero esto no es amor. La identificación destruye la libertad, y únicamente en la libertad puede existir la más alta forma de sensibilidad.

¿Debe haber identificación para experimentar? El mismo acto de la identificación ¿no pone término al inquirir, al descubrir? La felicidad que brinda la verdad no puede existir si no hay experimentación en el autodescubrimiento. La identificación pone término al descubrimiento; es otra forma de pereza. La identificación es un sustituto de la experiencia, y es por lo tanto completamente falsa.

Para experimentar, toda identificación debe cesar. Para hacer un experimento no debe haber miedo. El temor impide la experiencia. Es el miedo que conduce a la identificación —identificación con otro, con un grupo, con una ideología, etc. El temor necesita resistir, suprimir; y en un estado de autodefensa, ¿cómo es posible aventurarse en el incierto mar? La verdad o la felicidad no pueden advenir sin emprender la jornada en los caminos del «yo", No podréis viajar lejos si estáis anclados. La identificación es un refugio. Un refugio requiere protección, y aquello que es protegido pronto es destruido. La identificación acarrea su propia destrucción, y de ahí el constante conflicto entre las diversas identificaciones.

Cuanto más luchamos a favor o en contra de la identificación, tanto mayor es la resistencia a la comprensión. Si uno se da cuenta del total proceso de la identificación, externa tanto como interna, si uno percibe que su expresión exterior es proyectada por la demanda interior, entonces hay una posibilidad de descubrimiento y felicidad. Aquel que se ha identificado a sí mismo jamás puede conocer la libertad, en la cual únicamente toda verdad se revela.

EL PARLOTEO Y EL DESASOSIEGO

¡QUÉ PARECIDO SINGULAR tienen entre sí el parloteo y el desasosiego! Ambos son el resultado de una mente agitada. Una mente agitada debe tener una cambiante variedad de expresiones y acciones, debe estar ocupada; debe tener sensaciones siempre nuevas y más fuertes, intereses pasajeros; y el parloteo contiene los elementos de todas estas cosas.

El parloteo es la misma antítesis de la intensidad y de la seriedad. Hablar de otro, ya sea en forma agradable o viciosa, no es más que una evasión de sí mismo, y la evasión siempre es la causa de la agitación. La evasión por su propia naturaleza es agitación. Parece que la mayoría de la gente gusta ocuparse de los asuntos ajenos, y este interés se revela en la lectura de innumerables revistas y diarios, con sus chismosas columnas, sus narraciones de crímenes, divorcios, etc.

Como nos preocupamos por lo que otros piensan de nosotros, también ansiamos saber todo lo que se relaciona con los demás; y de ahí provienen todas las manifestaciones burdas o sutiles del snobismo y del culto a la autoridad. Así nos volvemos más y más exteriorizados e interiormente vacíos. Cuanto más nos volvemos hacia lo exterior, más sensaciones y distracciones necesitamos, y esto engendra una mente que nunca está quieta, que no es capaz de honda búsqueda y descubrimiento.

El parloteo es la expresión de una mente agitada; pero estar meramente en silencio no indica una mente tranquila. La tranquilidad no surge con la abstinencia o la negación ella adviene con la comprensión de lo que es. Para comprender lo que es se requiere una alerta percepción, porque lo que es, no es estético.

Si no tuviésemos preocupaciones, la mayoría de nosotros sentiríamos como si no estuviéramos viviendo; estar luchando con un problema es para la mayoría de nosotros un indicio de existencia. No podemos imaginarnos la vida sin un problema y cuanto más ocupados estamos con un problema, tanto más creemos que estamos alerta. La constante tensión sobre un problema que el mismo pensamiento ha creado, sólo embota la mente, haciéndola insensible y produciéndole cansancio.

¿Por qué esta incesante preocupación con un problema? ¿Acaso el atormentarse resolverá el problema? ¿O bien surge la respuesta al problema sólo cuando la mente está quieta? Pero para la mayoría de la gente, una mente quieta es cosa bastante temible; tienen terror a la quietud, porque nadie sabe lo que puede descubrir en sí mismo, y el desasosiego constituye un preventivo. Una mente que tiene miedo de descubrir debe siempre estar a la defensiva, y la agitación es su defensa.

Por medio de una constante tensión, el hábito y la influencia de las circunstancias, las capas conscientes de la mente se tornan agitadas e incansables. La existencia moderna favorece esta actividad superficial y las distracciones, lo que constituye otra forma de autodefensa. La defensa es resistencia, y ésta impide la comprensión.

El desasosiego, al igual que el parloteo, tiene la apariencia de la intensidad y de la seriedad; pero si lo observamos más atentamente, veremos que proviene de la atracción y no de la seriedad. La atracción es siempre cambiante, y es por esto que los objetos del parloteo y del desasosiego continuamente cambian. El cambio es meramente continuidad modificada. El parloteo y el desasosiego sólo pueden terminar cuando la agitación de la mente es comprendida. Mera abstinencia, control o disciplina no sólo no crearán tranquilidad, sino que embotarán la mente, haciéndola insensible y confinada.

La curiosidad no conduce a la comprensión. La comprensión adviene con el conocimiento propio. El que sufre no es curioso; y la simple curiosidad con sus especulativas modalidades, es un impedimento para el conocimiento propio. La especulación, como la curiosidad, es indicio de agitación; y una mente agitada, por muy hábil que sea, destruye la comprensión y la felicidad.

PENSAMIENTO Y AMOR

EL PENSAMIENTO, con su contenido emocional y sensacional, no es amor. El pensamiento invariablemente niega el amor. El pensamiento se funda en la memoria, y el amor no es memoria. Cuando pensáis en alguien a quien amáis, ese pensamiento no es amor. Podréis recordar las costumbres de un amigo, sus gestos, su idiosincrasia, y pensar en incidentes agradables o desagradables de vuestras relaciones con esa persona, pero las imágenes que el pensamiento evoca no son amor. Por su propia naturaleza, el pensamiento es separativo. El sentido de tiempo y espacio, de separación y tristeza, surge del proceso de pensamiento, y es sólo cuando ese proceso cesa que puede advenir el amor.

El pensamiento inevitablemente engendra el sentimiento de propiedad, esa posesividad que consciente o inconscientemente cultiva los celos. Donde hay celos, evidentemente no hay amor; sin embargo para la mayoría de la gente, los celos constituyen un indicio de amor. Los celos son el resultado del pensamiento, una respuesta del contenido emocional del pensamiento. Cuando el sentimiento de poseer o de ser poseído se ve obstaculizado, hay

tal vacío que la envidia toma el lugar del amor. Es debido a que el pensamiento juega el papel del amor que surgen todas las complicaciones y sufrimientos.

Si no pensarais en otra persona, diríais que no la amáis. Pero ¿es amor el hecho de pensar en la persona? Si no pensaseis en un amigo que creéis amar, os espantaríais, ¿verdad? Si no pensarais en un amigo que ha muerto, os consideraríais desleales, sin amor, etc. Miraríais tal estado como insensible, indiferente, y así os pondríais a pensar en esa persona, querríais tener fotografías, imágenes hechas por la mano o por la mente pero llenar así vuestro corazón con las cosas de la mente, es no dejar lugar para el amor. Cuando estáis con un amigo, no penséis en él; es sólo en su ausencia que el pensamiento comienza a recrear escenas y experiencias que están muertas. Este revivir del pasado es llamado amor. Así para la mayoría de nosotros, amor es muerte, una negación de la vida; vivimos con el pasado, con lo muerto; por consiguiente nosotros mismos estamos muertos, aunque llamemos a eso amor.

El proceso del pensamiento siempre niega el amor. Es el pensamiento el que tiene implicaciones emocionales, no el amor. El pensamiento es el mayor impedimento para el amor. El pensamiento crea división entre lo que es y lo que debería ser, y sobre esta división se basa la moralidad; pero ni lo moral ni lo inmoral conoce el amor. Esta estructura moral, creada por la mente para mantener la convivencia social, no es amor, sino un proceso endurecedor como el del cemento. El pensamiento no conduce al amor, el pensamiento no cultiva el amor; pues el amor no puede ser cultivado como una planta en el jardín. El mismo deseo de cultivar cl amor no es más que la acción del pensamiento.

Si estáis completamente alerta y perceptivos, veréis qué importante papel juega el pensamiento en vuestra vida. El pensamiento tiene evidentemente su lugar, pero de ningún modo está relacionado con el amor. Lo que se relaciona con el pensamiento puede ser comprendido por el pensamiento, mas lo que no está relacionado con el pensamiento no puede ser captado por la mente. Preguntaréis ¿qué es entonces el amor? Amor es un estado de ser en que no existe el pensamiento: pero la misma definición del; amor es un proceso de pensamiento, y por lo tanto no es amor.

Tenemos que comprender el pensamiento mismo, y no tratar de captar el amor mediante el pensamiento La negación del pensamiento no trae amor. Hay liberación del pensamiento sólo cuando es completamente comprendido su hondo significado; y para eso es esencial un profundo conocimiento de sí mismo, no vanas y superficiales aserciones. Lo que revela la índole del pensamiento es la meditación y no la repetición, la alerta percepción y no la definición. Sin alerta percepción y sin vivencias los procesos del pensamiento, el amor no puede ser.

UNITOTALIDAD Y AISLAMIENTO

El sol se había puesto y los árboles se destacaban sombríos y bellos contra el oscurecido cielo. El ancho y poderoso río estaba apacible y silencioso. La luna apenas aparecía sobre el horizonte; asomaba entre dos grandes árboles, pero todavía no proyectaba sombras.

Subimos por la escarpada orilla del río y tomemos un sendero que bordeaba los verdes trigales. Este sendero era un antiquísimo camino; muchos millares de personas lo habían transitado, y era rico en tradición y silencio. Serpenteaba entre prados y mangos, tamarindos y desiertos relicarios. Había anchos espacios de jardines, fragantes alverjillas que perfumaban deliciosamente el aire. Los pájaros se estaban acomodando para la noche, y un gran estanque comenzaba a reflejar las estrellas. La naturaleza no era comunicativa en ese anochecer. Los árboles estaban alejados, se habían sumido en su silencio y oscuridad. Algunos aldeanos pasaron charlando en sus bicicletas, y de nuevo hubo profundo silencio y esa paz que adviene cuando todas las cosas están solitarias.

Esta unitotalidad no es dolorosa, temible soledad. Es la unitotalidad del ser; es incorruptible, rica, completa. Ese tamarindo no tiene otra existencia que la de ser él mismo. Así es esta unitotalidad. Uno está solo, como el fuego, como la flor, pero no se da cuenta de su pureza y de su inmensidad. Uno puede verdaderamente entrar en comunión sólo cuando hay unitotalidad. Ser unitotal no es el resultado de la negación, del autoencierro. La unitotalidad es la extinción de todos los motivos, de todas las persecuciones del deseo, de todos los fines. La unitotalidad no es un producto final de la mente. No podéis desear ser unitotales. Tal deseo es simplemente un escape a la angustia de no ser capaz de comunión.

La soledad, con su miedo y su dolor, es aislamiento, la inevitable acción del "yo". Este proceso de aislamiento, ya sea expansivo o restrictivo, produce confusión, conflicto y sufrimiento. Del aislamiento jamás puede nacer la unitotalidad; el primero debe cesar para que la otra sea. La unitotalidad es indivisible y la soledad es separación. Aquello que es unitotal es flexible y por ende duradero. Unicamente lo unitotal puede entrar en comunión con aquello que carece de causa, lo inconmensurable. Para lo unitotal, la vida es eterna; para lo unitotal no hay muerte. Lo unitotal jamás puede cesar de ser.

La luna estaba justamente asomando sobre las copas de los árboles, y las sombras eran densas y oscuras. Un perro empezó a ladrar cuando pasábamos por la pequeña aldea y regresábamos por la orilla del río. El río estaba tan sereno y reflejaba sobre sus aguas las estrellas y las luces del largo puente. Parados en lo alto de la orilla unos niños reían, y un bebé lloraba. Los pescadores limpiaban y recogían sus redes. Un ave nocturna cruzó en silencio. Alguien empezó a cantar en la otra orilla del ancho río, y sus palabras eran claras y penetrantes. Y de nuevo sobrevino la unitotalidad que compenetra la vida.

DISCÍPULO Y MAESTRO

"Usted sabe, se me ha dicho que soy un discípulo de un cierto Maestro", empezó a decir. "¿Cree Ud. que lo soy? Quisiera realmente saber lo que Ud. piensa de esto. Pertenezco a una sociedad que Ud. conoce, y los dirigentes exteriores que representan a los guías interiores o Maestros, me han dicho que por mi trabajo para la sociedad me habían admitido como discípulo. Me dijeron que tengo una oportunidad de llegar a ser un iniciado de primer grado en esta vida". Él tomó todo esto muy en serio, y lo conversamos un buen rato.

La recompensa es sumamente agradable en cualquier forma; y especialmente lo es la recompensa llamada espiritual cuando uno es algo indiferente a los honores del mundo. O, cuando uno no tiene mucho éxito en este mundo, es muy satisfactorio pertenecer a un grupo especialmente elegido por alguien de quien se supone que es un ser espiritual altamente avanzado, porque entonces uno es parte de un equipo que trabaja por una gran idea, y naturalmente debe ser recompensado por su obediencia y por los sacrificios que ha hecho por la causa. Y si no es una recompensa en ese sentido, es un reconocimiento del propio progreso espiritual; o, como ocurre en una organización bien llevada, es el reconocimiento de la propia eficiencia como estímulo para que uno haga las cosas aún mejor.

En un mundo en que se rinde culto al éxito, esta clase de adelanto es entendido y estimulado. Pero que otro os diga que sois un discípulo de un Maestro, o pensar que lo sois, conduce evidentemente a muchas y feas formas de explotación. Desgraciadamente, tanto el explotador como el explotado se sienten exaltados en sus mutuas relaciones. Esta expansiva satisfacción propia se considera progreso espiritual, y se torna especialmente fea y brutal cuando existen intermediarios entre el discípulo y el Maestro, cuando el Maestro está en otro país o es de algún modo inaccesible y no estáis en directo contacto físico con él. Esta inaccesibilidad y la falta de contacto directo abren la puerta al autoengaño y a grandes pero infantiles ilusiones; y estas ilusiones son explotadas por los astutos, pero los que van tras la gloria y el poder.

La recompensa y el castigo existen únicamente cuando no hay humildad. La humildad no es un resultado final de prácticas y negaciones espirituales. La humildad no es una realización, no es una virtud que pueda ser cultivada. Una virtud que se cultiva deja de ser una virtud, porque entonces es simplemente otra forma de realización, un "récord" a establecer. Una virtud cultivada no es la negación del "yo", sino una afirmación negativa del "yo".

La humildad no conoce la división del superior y el inferior, del Maestro y el discípulo. Mientras haya una división entre el Maestro y el discípulo, entre la realidad y vosotros, no será posible la comprensión. En la comprensión de la verdad, no existe el Maestro o el discípulo, ni el adelantado o el atrasado. La verdad es la comprensión de lo que es de instante en instante sin la carga o el residuo del momento pasado.

La recompensa y el castigo sólo fortalecen el "yo", que niega la humildad. La humildad está en el presente, no en el futuro. No podéis devenir humildes. El mismo devenir es la continuación de la propia importancia, que se oculta en la práctica de una virtud. ¡Qué fuerte es nuestro deseo de triunfar, de devenir! ¿Cómo pueden coexistir el éxito y la humildad? Sin embargo, eso es lo que persiguen el explotado y el explotador "espiritual", y en eso hay conflicto y sufrimiento.

"¿Pretende Ud. decir que el Maestro no existe, y que el hecho de ser yo un discípulo es una ilusión, un engaño?", preguntó él.

Que el Maestro exista o no es cosa trivial. Es importante para el explotador, para las escuelas y las sociedades secretas; pero para el hombre que busca la verdad —que es lo que trae la suprema felicidad— seguramente esta cuestión es muy vana. El hombre rico y el sirviente son tan importantes como el Maestro y el discípulo. Que los Maestros existan o no, que haya o no la distinción de Iniciados, discípulos, etc., no es importante, pero sí es importante comprenderse a sí mismo. Sin conocimiento propio, vuestro pensamiento, vuestro raciocinio, carecen de base. Sin antes conoceros a vosotros mismos, ¿cómo podéis saber qué es verdadero? Sin conocimiento propio la ilusión es inevitable. Es infantil que os digan y que aceptéis que sois esto o aquello. Desconfiad del hombre que os ofrece una recompensa en este mundo o en el otro.

EL RICO Y EL POBRE

Estaba caluroso y húmedo y el ruido de la gran ciudad llenaba el aire. La brisa del mar era cálida, y había olor a petróleo y alquitrán. Con la puesta del sol, rojo en las aguas distantes, el calor se hizo aun más insoportable. El numeroso grupo que llenaba el salón se retiró, y salimos a la calle.

Los papagayos, como brillantes relámpagos de luz verde, regresaban a sus pértigas para dormir. Temprano por la mañana volaban hacia el norte, donde había huertos, verdes prados y campo abierto, y al anochecer volvían para pasar la noche en los árboles de la ciudad. Su vuelo nunca era parejo sino agitado, ruidoso y brillante. Jamás volaban en línea recta como las otras aves, sino que viraban sin cesar a la izquierda o a la derecha, o se dejaban caer de repente sobre un árbol. Eran las aves más agitadas en el vuelo, pero qué hermosas eran con sus picos rojos y su plumaje verde dorado, verdadera gloria de luz. Los buitres, pesados y feos, volaban en circulas y descendían sobre las palmeras para pasar la noche.

Un hombre pasó tocando la flauta; parecía un sirviente. Subió la cuesta, siempre tocando, y nosotros lo seguimos; dobló por una de las calles laterales, sin dejar de tocar. Era extraño oír la flauta en una ciudad ruidosa, y su sonido penetraba hondo en el corazón. Resultaba encantador, y seguimos un trecho al flautista. Cruzamos varias calles y llegamos a una más ancha, más iluminada. Un poco más lejos, un grupo de personas estaban sentadas con las piernas cruzadas a la vera del camino, y el flautista se unió; a ellas. Así lo hicimos nosotros; y todos nos sentamos alrededor de él mientras tocaba. La mayor parte eran choferes, sirvientes, serenos, con varios niños y uno o dos perros. Pasaron algunos automóviles, uno conducido por un chofer; en él iba una señora sola, elegantemente vestida, con la luz interior encendida. Otro coche se acercó; el chofer bajó y se sentó con nosotros. Todos estaban conversando y divirtiéndose, riendo y gesticulando, pero el canto de la flauta nunca se interrumpía, y era delicioso.

Luego nos fuimos y tomamos un camino que conducía al mar pasando entre las bien iluminadas casas de los ricos. Los ricos tienen una atmósfera especial que les es propia. Por muy cultos, discretos, tradicionales y educados que sean, los ricos tienen una impenetrable y segura altivez, esa inviolable certeza y dureza que es difícil de abatir. Ellos no son los poseedores de la riqueza, sino que están poseídos por la riqueza, lo que es peor que la muerte. Su presunción es la filantropía; creen que son los depositarios de sus riquezas; tienen caridad, hacen donaciones; son los creadores, los constructores, los dadores. Construyen iglesias, templos, pero su dios es el dios de su oro. Con tanta pobreza y degradación como existen, es necesario ser muy insensible para ser rico. Algunos de ellos vienen a preguntar, a argüir, para hallar la realidad. Para el rico como para el pobre, es extremadamente difícil hallar la realidad. Los pobres ansían ser ricos y poderosos, y los ricos ya están atrapados en la red de su propia acción, y sin embargo ellos creen y se arriesgan a acercarse. Especulan, no sólo en el mercado, sino también con lo supremo. Juegan con ambos, pero sólo tienen éxito con aquello que está en sus corazones. Sus creencias y ceremonias, sus esperanzas y temores nada tienen que ver con la realidad, pues sus corazones están vacíos. Cuanto mayor es la apariencia externa, tanto mayor es la pobreza interior.

Renunciar al mundo de la riqueza, el confort y la posición, es cosa comparativamente simple; pero dejar de lado el ansia de ser, de devenir, requiere gran inteligencia y comprensión. El poder que otorga la riqueza es un impedimento para la comprensión de la realidad, como lo es también el poder del talento y la capacidad. Esta forma particular de confianza es obviamente una actividad del “yo”; y aunque sea difícil, no es imposible desligarse de esta clase de seguridad y poder. Pero lo que es mucho más sutil y oculto es el poder y el impulso que se apoyan en el ansia de devenir. La autoexpansión en cualquier forma, tanto por medio de la riqueza como por medio de la virtud, es un proceso de conflicto, que causa antagonismo y confusión Una mente agobiada con el devenir jamás puede estar tranquila, porque la tranquilidad no es el resultado de una práctica ni del tiempo. La tranquilidad es un estado de comprensión, y el devenir niega esta comprensión. El devenir crea el sentido de tiempo, que es realmente la postergación de la comprensión. El “yo llegaré a ser” es una ilusión nacida de la autoimportancia.

El mar estaba tan agitado como la ciudad, pero su agitación tenía profundidad y sustancia. La estrella del atardecer estaba en el horizonte. Regresamos por una calle atestada de ómnibus, coches y peatones. Un hombre desnudo y dormido estaba tendido sobre la vereda; era un mendigo, exhausto, fatalmente desnutrido, y fue difícil despertarlo. Más allá se extendían los verdes prados y las brillantes flores de un jardín público.

CEREMONIAS Y CONVERSIÓN

En un amplio lugar cercado, entre muchos árboles, había una iglesia. La gente, morena y blanca, estaba entrando. En su interior había más luz que en las iglesias europeas, pero los arreglos eran los mismos. La ceremonia se estaba desarrollando y tenía belleza. Cuando terminó, muy pocos morenos hablaron a los blancos, o blancos a los morenos y todos salimos por diferentes caminos.

En otro continente había un templo, y se cantaba un cántico sánscrito; se celebraba el puja, una ceremonia hindú. La congregación era de otro tipo cultural. La tonalidad de las palabras sánscritas es muy penetrante y poderosa; tiene un extraño peso y profundidad.

Podéis convertiros de una creencia a otra, de un dogma a otro, pero no podéis convertiros a la comprensión de la realidad. La creencia no es la realidad. Podéis cambiar vuestra mente, vuestra opinión, pero la verdad o Dios no es una convicción; es una experiencia no basada en ninguna creencia o dogma, en ninguna experiencia previa. Si tenéis una experiencia nacida de la creencia, vuestra experiencia es la respuesta condicionada de esa creencia. Si tenéis una experiencia sobre la primera, entonces la experiencia es una mera continuación de la memoria, que responde al contacto con el presente. La memoria está siempre muerta, y cobra vida sólo en contacto con el vivir presente.

La conversión es el cambio de una creencia o dogma a otro, de una ceremonia a otra más satisfactoria, y no abre la puerta a la realidad. Por el contrario, la satisfacción es un impedimento para la realidad. Y sin embargo eso es lo que intentan hacer las religiones organizadas y los grupos religiosos: convertiros a un más razonable o menos razonable dogma, superstición o esperanza. Os ofrecen una jaula mejor. Ella podrá o no ser confortable, según vuestro temperamento, pero en todo caso es una prisión.

Religiosa y políticamente, en diferentes niveles de cultura, esta conversión está ocurriendo continuamente. Las organizaciones, con sus dirigentes, procuran mantener al hombre en las normas ideológicas que ellas ofrecen, ya sean religiosas o económicas. En este proceso se apoya una mutua explotación. La verdad está fuera de todas las normas, temores y esperanzas. Si queréis descubrir la suprema felicidad de la verdad, deberéis romper con todas las ceremonias y con todas las normas ideológicas.

La mente halla seguridad y fuerza en las normas religiosas o políticas, y es esto lo que da vitalidad a las organizaciones. Siempre existen los veteranos y los nuevos reclutas. Estos mantienen las organizaciones, con sus inversiones y propiedades, con sus actividades; y el poder y el prestigio de las organizaciones atraen a aquellos que rinden culto al éxito y a la sabiduría mundana. Cuando la mente halla que los viejos moldes ya no son satisfactorios y vivificantes, se convierte a otras creencias y dogmas más reconfortantes y más vigorizantes. Así la mente es el producto del medio ambiente, recreándose y sosteniéndose con sensaciones o identificaciones; y es por esto que la mente se aferró a los códigos de conducta, a las normas de pensamiento, etc. En tanto la mente sea el resultado del pasado, jamás podrá descubrir la verdad o permitir que la verdad se revele. Al aferrarse a las organizaciones ella descarta la búsqueda de la verdad.

Obviamente, los ritos ofrecen a los participantes una atmósfera en la que se encuentran a gusto. Los ritos, tanto colectivos como individuales, dan una cierta quietud a la mente; ofrecen un vital contraste a la torpe vida cotidiana. Hay una cierta belleza y orden en las ceremonias, pero fundamentalmente son estimulantes; y como pasa con todos los estimulantes, pronto embotan la mente y el corazón. Los ritos se convierten en hábitos; se tornan una necesidad, y no se puede prescindir de ellos. Esta necesidad se considera una renovación espiritual, una manera de fortalecerse frente a la vida, una meditación semanal o diaria, etc.; pero si uno examina este proceso más detenidamente, descubre que los ritos son una vana repetición que ofrece un maravilloso y respetable escape para rehuir el conocimiento propio. Sin conocimiento propio, la acción tiene muy poco significado.

La repetición de cánticos, de palabras y frases, adormece la mente, por más que momentáneamente logre estimularla. En este estado soñoliento, ocurren experiencias, pero son autoproyectadas. Por más satisfactorias que sean estas experiencias son ilusorias. La vivencia de la realidad no adviene mediante ninguna repetición, mediante ninguna práctica. La verdad no es un fin, un resultado, una meta; no puede ser invitada, porque no es una cosa de la mente.

EL CONOCIMIENTO

Estábamos esperando el tren, y era tarde. El andén estaba sucio y ruidoso, y el aire acre. Mucha gente esperaba, como nosotros. Había niños llorando, una madre alimentaba a su bebé, los vendedores gritaban sus mercancías, vendían té y café, y era un lugar enteramente ocupado y clamoroso. Nos paseábamos de arriba abajo por el andén, mirando nuestras propias pisadas y el animado movimiento alrededor nuestro. Un hombre se nos acercó y empezó a hablarnos en un inglés chapurreado. Dijo que había estado observándonos, y que se sintió impelido a decirnos algo. Con gran sentimiento nos prometió que llevaría una vida limpia, y que desde ese momento no fumaría nunca más. Agregó que no era instruido, pues apenas si era un peón. Tenía la mirada fuerte y una sonrisa agradable,

Luego llegó el tren. En el coche un hombre se nos presentó. Era un erudito muy conocido; dominaba varios idiomas y podía expresarse libremente en ellos. Estaba cargado de años y de conocimientos, era pudiente y ambicioso. Habló de la meditación, pero daba la impresión de que no hablaba por su propia experiencia. Su dios era el dios de los libros. Su actitud hacia la vida era tradicional y conformista; creía en el matrimonio infantil

preconcertado y en un estricto código de vida. Era consciente de su propia casta o clase y de las diferencias en la capacidad intelectual de las castas. Era singularmente presuntuoso por su conocimiento y posición.

El sol se estaba poniendo, y el tren pasaba a través de un hermoso campo. Los ganados regresaban, levantando un polvillo dorado. Enormes nubes negras se veían en el horizonte, y se otra el lejano retumbar del trueno. ¡Qué alegría nos depara una verde campiña, y qué deliciosa es esa aldea en la falda de una sinuosa montaña! Se acercaba la oscuridad. Un gran venado azul estaba pastando en los campos; ni siquiera levantó la cabeza al paso vertiginoso del tren.

El conocimiento es un relámpago de luz entre dos oscuridades; pero el conocimiento no puede trascender esa oscuridad. El conocimiento es esencial para la técnica, como lo es el carbón para la locomotora, pero no puede penetrar en lo desconocido. Lo desconocido no puede ser atrapado en la red de lo conocido. El conocimiento debe ser apartado para que lo desconocido sea; pero ¡cuán difícil es eso!

Tenemos nuestro ser en el pasado, nuestro pensamiento está fundado sobre el pasado. El pasado es lo conocido, y la respuesta del pasado siempre oscurece el presente, lo desconocido. Lo desconocido no es el futuro, sino el presente. El futuro no es más que el pasado que se prolonga a través del incierto presente. Esta brecha este intervalo, es llenado con la intermitente luz del conocimiento, que encubre el vacío del presente, pero este vacío contiene el milagro de la vida.

La afición al conocimiento es como cualquier otra afición; ofrece un escape al temor del vacío, de la soledad, de la frustración, al miedo de no ser nada. La luz del conocimiento es una delicada cubierta bajo la cual yace una oscuridad que la mente no puede penetrar. La mente se asusta ante este desconocido, y por eso se refugia en cl conocimiento, en las teorías, en las esperanzas, en la imaginación; y este mismo conocimiento es un impedimento para la comprensión de lo desconocido. Descartar el conocimiento de percepción que uno tiene, es ser vulnerable á la tristeza, a la alegría. Pero no es fácil descartar el conocimiento. Ser ignorante no es estar libre del conocimiento. La ignorancia es la falta de conocimiento propio; y el conocimiento es ignorancia cuando no hay comprensión de los procesos del "yo". La comprensión del "yo" es la liberación del conocimiento.

Sólo puede haber liberación del conocimiento cuando es comprendido el proceso de juntar, el motivo de la acumulación. El deseo de almacenar es el deseo de estar protegido. Seguro. Este deseo de seguridad a través de la identificación, de la condenación y justificación, es la causa del miedo, que destruye toda comunicación. Cuando hay comunión, no hay necesidad de acumular. La acumulación es la resistencia del autoencierro, y el conocimiento vigoriza esta resistencia. El culto del conocimiento es una forma de idolatría, y no disolverá el conflicto y la miseria de nuestra vida. El manto de conocimiento encubre pero jamás puede liberarnos de nuestra confusión y dolor siempre en aumento. Los caminos de la mente no conducen a la verdad y a su felicidad. Conocer es negar lo desconocido.

LA RESPETABILIDAD

Afirmaba que no era codicioso, que se conformaba con poco, y que la vida había sido benévola con él, por más que sufría las habituales miserias de la existencia humana. Era un hombre tranquilo, flemático, que no quería ser molestado en sus hábitos. Dijo que no era ambicioso, pero que daba gracias a Dios por las cosas que tenía, por su familia y por el plácido transcurso de su vida. Estaba reconocido por no hallarse sumergido en problemas y conflictos como sus amigos y parientes. Había llegado rápidamente a ser muy respetable y feliz, embargado en el pensamiento de que era de la élite. No se sentía atraído por otras mujeres, y llevaba una apacible vida familiar, aunque existían las ordinarias desavenencias entre marido y mujer. No tenía vicios especiales, rezaba a menudo y rendía culto a Dios. "¿Qué concepto le merezco", preguntó, "ya que no tengo problemas"? No esperó una respuesta, sino que sonriendo con satisfacción y melancolía procedió a contar su pasado, lo que estaba haciendo, y qué clase de educación impartía a sus hijos. Siguió diciendo que no era generoso, pero que daba un poco acá y allá. Estaba convencido de que cada cual debía luchar para conseguir una posición para sí en el mundo.

La respetabilidad es una maldición; es un "mal" que corroe la mente y el corazón. Se desliza en uno subrepticiamente y destruye el amor. Ser respetable es sentirse triunfante, conquistar para sí una posición en el mundo, levantar en derredor un muro de certeza, de esa seguridad que se consigue con el dinero, con el poder, con el éxito, la capacidad o la virtud. Esta forma exclusiva de seguridad engendra odio y antagonismo en la convivencia humana, que es la sociedad. Los respetables son siempre la crema de la sociedad, y por eso son eternamente la causa de la lucha y la miseria. Los respetables, como los despreciados, están siempre a merced de las circunstancias; las influencias del medio ambiente y el peso de la tradición son para ellos de una importancia extraordinaria, porque encubren su pobreza interior. Los respetables están a la defensiva, temerosos y llenos de sospechas. El miedo está en sus corazones, y por eso la ira es su rectitud; su virtud y su piedad son su defensa. Son como el tambor, vacío por dentro pero ruidoso si se lo bate. Los respetables jamás pueden estar abiertos a la

realidad, porque, como los despreciados, se hallan encerrados en el empeño de su propio perfeccionamiento. La felicidad les es negada, porque evitan la verdad.

Ser no—codicioso y no ser generoso son cosas íntimamente relacionadas. Ambas son un proceso de autoencierro, una forma negativa de egocentrismo. Para ser codiciosos debéis ser activos, extrovertidos; debéis luchar, competir, ser agresivos. Si no tenéis este impulso, no por ello estáis libres de codicia, sino solamente autoencerrados. La extroversión es una perturbación, una lucha penosa de modo que el egocentrismo es encubierto por la palabra no—codicioso. Ser generoso con la mano es una cosa, y ser generoso de corazón es otra. La generosidad de la mano es una cuestión relativamente simple, que depende de las normas culturales y cosas análogas; pero la generosidad del corazón es de un significado mucho más profundo, y requiere alerta percepción y vasta comprensión.

De igual modo, no ser generoso es una satisfactoria y ciega autoabsorción, en la que no hay extroversión. Este estado de autoabsorción tiene sus propias actividades, como las tiene quien sueña, pero ellas jamás os despertarán. El proceso de despertar es penoso, y por eso, jóvenes y viejos, vosotros preferís más bien que os dejen en paz para llegar a ser respetables, para morir.

Como la generosidad del corazón, la generosidad de la mano es un movimiento de extroversión, pero a menudo es penoso, decepcionante y autorrevelador. La generosidad de la mano es fácil de alcanzar; pero la generosidad del corazón no es cosa que pueda cultivarse, es estar libre de toda acumulación. Para perdonar, necesario es que haya existido una ofensa; y para estar ofendido, es preciso haber acumulado orgullo. No puede haber generosidad del corazón mientras exista una memoria referencial mientras exista el "yo" y lo "mío".

LA POLÍTICA

Había llovido todo el día en lo alto de la montaña. No o era una lluvia suave, tranquila, sino uno de esos torrenciales aguaceros que inundan los caminos y desarraigan árboles en las laderas de las colinas, originando hundimientos y estrepitosas corrientes que se apaciguan en pocas horas. Un niño, empapado hasta la piel, estaba jugando en un charco de agua y no prestaba la menor atención a la estridente y encolerizada voz de su madre. Una vaca bajaba por el fangoso camino cuando nosotros subíamos. Las nubes parecían abrirse y cubrir la tierra con agua. Estábamos calados y nos quitamos gran parte de la ropa, y la lluvia resultaba agradable sobre la piel. La casa estaba arriba en la falda de la montaña, y la ciudad reposaba abajo. Un fuerte viento soplaba del oeste, acumulando oscuros y furiosos nubarrones.

En la habitación ardía una lumbre, y varias personas estaban esperando para conversar de las cosas. La lluvia, batiendo contra las ventanas, había formado sobre el piso un gran lodazal, y hasta por la chimenea chorreaba el agua, haciendo chisporrotear el fuego.

El era un político muy famoso, realista, intensamente sincero y apasionadamente patriota. Ni apocado ni egoísta, su ambición no era para sí, sino para una idea y para el pueblo. No era un simple charlatán elocuente o un cazador de votos; había sufrido por su causa y, cosa extraña, no estaba amargado. Parecía más un erudito que un político. Pero la política era el anhelo de su vida, y su partido le obedecía, aunque más bien nerviosamente. Era un soñador, pero había renunciado a todo eso por la politiza. Su amigo, el dirigente economista, estaba también allí; éste tenía complicadas teorías y datos referentes a la distribución de enormes recursos. Parecía estar familiarizado con los economistas tanto de izquierda como de derecha, y tenía sus propias teorías para la salvación económica de la humanidad. Hablaba con fiabilidad, y no había ninguna vacilación en las palabras. Ambos habían pronunciado discursos ante grandes muchedumbres.

¿Habéis notado, en los diarios y revistas, el espacio considerable que se dedica a la política, a lo que dicen los políticos y a sus actividades? Por supuesto, se publican otras noticias, pero son informaciones políticas las que predominan; la vida económica y política ha llegado a ser de suprema importancia. Las circunstancias exteriores —confort, dinero, posición y poder— parecen dominar y modelar nuestra existencia. La apariencia exterior —el título, el vestido, el saludo, la bandera—, se ha vuelto crecientemente significativa, y el proceso total de la vida ha sido olvidado o deliberadamente postergado. Es mucho más fácil entregarse a actividades políticas y sociales que comprender la vida como un todo, estar asociado con algún pensamiento organizado, con actividades políticas o religiosas, brinda una respetable evasión de las pequeñeces y afanes de la vida cotidiana. Con un corazón pequeño podéis hablar de grandes cosas y de dirigentes populares: podéis ocultar vuestra superficialidad con fáciles frases sobre asuntos mundiales; vuestra agitada mente puede con satisfacción y con popular estímulo dedicarse a propagar la ideología de una nueva o de una vieja religión:

La política es la reconciliación de los efectos; y como la mayoría de nosotros está interesada en los efectos, lo extremo ha adquirido una importancia predominante. Mediante el manipuleo de los efectos esperamos crear orden y paz; pero, desgraciadamente, no es cosa tan simple como parece. La vida es un proceso total, interno tanto como

externo; lo exterior afecta definidamente lo interior, pero lo interior invariablemente vence lo exterior. Lo que sois, lo exteriorizáis. Lo externo y lo interno no pueden separarse y guardarse en compartimentos estancos, porque constantemente están reaccionando entre sí; pero el ansia interior, los móviles y motivos ocultos, son siempre más poderosos. La vida no depende de la actividad política o económica; la vida no es una mera apariencia externa, así como un árbol no es sólo la hoja o la rama. La vida es un proceso total cuya belleza ha de descubrirse únicamente en su integración. Esta integración no tiene lugar en el nivel superficial de las reconciliaciones políticas y económicas; ella se encuentra más allá de las causas y de los efectos.

Nuestras vidas son vacías, sin mayor significación, porque jugamos con las causas y efectos y nunca vamos más allá, excepto verbalmente. Es por esta razón que nos hemos vuelto esclavos de las incitaciones políticas y de los sentimentalismos religiosos. Unicamente hay esperanzas en la integración de los varios procesos de los cuales estamos constituidos. Esta integración no adviene por medio de ninguna ideología, o por el seguimiento de alguna autoridad particular, religiosa o política; adviene sólo mediante una amplia y profunda vigilancia. Esta alerta percepción debe penetrar en las capas más profundas de la conciencia y no conformarse con las respuestas superficiales.

LA VIVENCIA

El valle estaba en la sombra, y el sol en su ocaso tocaba las cumbres de las lejanas montañas el resplandor del atardecer parecía venir desde el interior. Al norte del largo camino las montañas eran desnudas y áridas, desbastadas por el fuego; al sur, las sierras estaban verdes y cubiertas de árboles y malezas. El camino corría en línea recta, dividiendo el largo y gracioso valle. Las montañas en este particular atardecer parecían cercanas, irreales, claras y suaves. Grandes aves planeaban en círculos sin ningún esfuerzo, alto en el cielo. Las ardillas cruzaban perezosamente el camino, y se oía el zumbido de un avión distante. Sobre ambos lados del camino había quintas de naranjos, bien alineados y bien cultivados. Después del caluroso día el olor de las salvias purpúreas era muy fuerte, y así era también el olor de la tierra y del heno caldeados por el sol. Los naranjos aparecían oscuros, con sus frutos brillantes. Las codornices llamaban, y un pájaro corredor desapareció entre los matorrales. Un gran lagarto, molestado por el perro, se deslizó entre la hierba seca. La tranquilidad del atardecer descendía sobre la tierra.

La experiencia es una cosa, y la vivencia es otra. La experiencia es una barrera para el estado de vivencia. Por más placentera o desagradable que sea la experiencia, ella impide el florecimiento de la vivencia. La experiencia ya está atrapada en la red del tiempo, pertenece al pasado, se ha convertido en un recuerdo que sólo revive como respuesta al presente. La vida es el presente, no es la experiencia. El peso y la fuerza de la experiencia ocultan el presente, y así la vivencia se convierte en la experiencia. La mente es la experiencia, lo conocido, y jamás puede estar en estado de vivencia; porque lo que ella experimenta es la continuación de la experiencia. La mente únicamente conoce la continuidad, y mientras exista su continuidad no puede recibir lo nuevo. Lo que es continuo jamás puede hallarse en un estado de vivencia. La experiencia no conduce a la vivencia, que es un estado sin experiencia. La experiencia debe cesar para que la vivencia sea.

La mente puede atraer solamente sus propias proyecciones, lo conocido. No puede existir la vivencia de lo desconocido hasta que la mente cese de experimentar. El pensamiento es la expresión de la experiencia; el pensamiento es una respuesta de la memoria; y mientras el pensamiento intervenga, no puede haber vivencia. No hay ningún medio, ningún método para poner término a la experiencia porque el mismo medio es un obstáculo para la vivencia. Conocer el fin es conocer la continuidad, y tener un medio para lograr el fin es mantener lo conocido. El deseo de realización debe disiparse; es este deseo que crea los medios y el fin. La humildad es esencial para la vivencia. Pero ¡cuán ansiosa está la mente de absorber la vivencia en la experiencia! ¡Qué rápida es para pensar en lo nuevo y convertirlo en lo viejo! Así ella establece el experimentador y lo experimentado, dando nacimiento al conflicto de la dualidad.

En el estado de vivencia, no existe ni el experimentador ni lo experimentado. El árbol, el perro y la estrella del atardecer no pueden ser experimentados por el experimentador; ellos son el mismo movimiento de la vivencia. No hay separación entre el observador y lo observado; no hay tiempo, no hay intervalo espacial para que el pensamiento se identifique a sí mismo. El pensamiento está completamente ausente, pero hay ser. Este estado de ser no puede ser pensado o meditado, no es una cosa que pueda ser realizada. El experimentador debe cesar de experimentar, y únicamente entonces hay ser. En la tranquilidad de su movimiento está lo atemporal.

LA VIRTUD

EL MAR ESTABA muy calmo y casi no había ondulaciones sobre las blancas arenas. Hacia el norte, la ciudad se extendía alrededor de la ancha bahía, y hacia el sur había palmeras, casi tocando el agua. Apenas visibles detrás de la barra aparecían las embarcaciones pesqueras, unos pocos troncos atados con fuertes cuerdas. Navegaban rumbo a una pequeña aldea al sur de las palmeras. La puesta del sol era brillante, no donde debía vérsela, sino al este; era un contra ocaso crepuscular, y las nubes, macizas y bien formadas, estaban teñidas con todos los colores del espectro. El espectáculo era realmente fantástico, y casi penosa su contemplación. Las aguas reflejaban los brillantes colores y hacían una senda de exquisita luz hacia el horizonte.

Había unos pocos pescadores que regresaban a sus aldeas desde la ciudad, pero la plaza estaba casi desierta y silenciosa. Una sola estrella aparecía sobre las nubes. Durante nuestro regreso, una mujer se nos unió y empezó a hablar de cosas serias. Dijo que pertenecía a cierta sociedad cuyos miembros meditaban y cultivaban las virtudes esenciales. Cada mes se elegía una determinada virtud, y durante los días siguientes se la cultivaba y se la ponía en práctica. Por su actitud y conversación se notaba que estaba bien entrenada en la autodisciplina y algo impaciente con aquellos que no estaban de acuerdo con su modo de ver y sus propósitos.

La virtud es del corazón y no de la mente. Cuando la mente cultiva la virtud, ello no es más que un astuto cálculo; es una autodefensa, un hábil ajuste al medio ambiente. El autoperfeccionamiento es la misma negación de la virtud. ¿Cómo puede haber virtud si hay temor? El temor es de la mente y no del corazón. El temor se esconde bajo diferentes formas: virtud, respetabilidad, ajuste, servicio, etc. El temor existirá siempre en las relaciones y actividades de la mente. La mente no está separada de sus actividades pero ella se separa, dándose así continuidad y permanencia. Tal como un niño se ejercita en el piano, así la mente practica astutamente la virtud para hacerse más permanente y dominante al enfrentar la vida, o para alcanzar lo que ella considera lo más elevado. Para afrontar la vida debe haber vulnerabilidad, y no el respetable autoencierro de la virtud. No se puede alcanzar lo más elevado; no hay ningún sendero, ningún matemático crecimiento progresivo que conduzca a ello. La verdad debe venir, no podéis ir hacia la verdad, y vuestra cultivada virtud no os llevará hacia ella. Lo que alcanzáis no es la verdad, sino vuestro propio deseo autoproyectado; y sólo en la verdad hay felicidad.

La astuta adaptabilidad de la mente en su propia autoperpetuación mantiene el temor. Lo que importa es la profunda comprensión de este temor, y no cómo ser virtuosos. Una mente mezquina podrá practicar la virtud, pero no por eso dejará de ser mezquina. La virtud es entonces una huida de su propia mezquindad, y la virtud que consiga recoger también será mezquina. Si no se comprende esta mezquindad, ¿cómo puede haber la vivencia de la realidad? ¿Cómo puede una mente mezquina, aunque sea virtuosa, abrirse a lo inconmensurable?

Al comprender el proceso de la mente, que es el "yo", surge la virtud. La virtud no es resistencia acumulada; es la espontánea alerta percepción y la comprensión de lo que es. La mente no puede comprender; puede traducir en acción lo que se ha comprendido, pero no es capaz de comprender. Para comprender, debe haber el calor del reconocimiento y recepción, que únicamente puede dar el corazón cuando la mente está silenciosa. Pero el silencio de la mente no es el resultado de un astuto cálculo. El deseo de silencio es la maldición de la realización, con sus incesantes conflictos y penas. El ansia de ser, negativa o positivamente, es la negación de la virtud del corazón. La virtud no es conflicto y realización, práctica prolongada y resultado, sino un estado de ser que no es la resultante del deseo autoproyectado. No hay ser si hay una lucha por ser. En la lucha por ser hay resistencia y negación, mortificación y renunciación; pero la superación de las mismas no es virtud. La virtud es la tranquilidad de la liberación del ansia de ser, y esta tranquilidad es del corazón, no de la mente. Por medio de la práctica, de la compulsión, de la resistencia, puede la mente aquietarse, pero esta disciplina destruye la virtud del corazón, sin la cual no hay paz, no hay dicha; porque la virtud del corazón es la comprensión.

LA SENCILLEZ DEL CORAZÓN

EL CIELO ESTABA completamente despejado. No se veían esas abultadas aves de grandes alas que tan fácilmente fluctúan de valle en valle, ni siquiera una nube pasajera. Los árboles estaban quietos y las encorvadas laderas de los cerros aparecían llenas de sombras. Un impaciente venado, consumido por la curiosidad, estaba atento, y repentinamente se lanzó como una flecha al aproximarnos. Bajo un matorral del mismo color de la tierra, estaba inmóvil un achatado sapo de ojos brillantes. Hacia el oeste las montañas eran abruptas y claras contra el sol poniente. Mucho más abajo había una gran casa; tenía una pileta de natación, en la que había algunas personas. Un encantador jardín rodeaba la casa; el lugar parecía retirado y floreciente, y tenía esa peculiar atmósfera de los ricos. Más abajo aún, siguiendo un camino polvoriento, había una pequeña choza en un campo reseco. La pobreza, la suciedad y la penuria, aun a esa distancia eran visibles. Miradas desde esa altura las dos casas no se hallaban muy alejadas; la fealdad y la belleza estaban en mutuo contacto.

La sencillez del corazón es de mucha mayor importancia y significación que la sencillez de los bienes. Contentarse con pocas cosas es asunto comparativamente fácil. Renunciar al confort, dejar de fumar u otros

hábitos, no indica sencillez de corazón. Ponerse un taparrabo en un mundo lleno de ropas, comodidades y distracciones, no es indicio de ser libre. Hubo un hombre que había renunciado al mundo y a sus comodidades, pero sus deseos y pasiones lo estaban consumiendo; había tomada los hábitos de monje, mas no halló la paz. Buscaba perpetuamente, y su mente estaba corroída por sus dudas y esperanzas. Exteriormente os disciplináis y renunciáis, trazáis vuestro rumbo, paso a paso, para alcanzar la meta. Medís el progreso de vuestra realización de acuerdo con el patrón de la virtud: en qué medida habéis dejado esto o aquello, qué control habéis logrado en vuestra conducta, cuán tolerante y amable sois, y así por el estilo. Habéis aprendido el arte de la concentración, y os retiráis a un bosque, a un monasterio o a un cuarto oscuro para meditar; pasáis vuestros días en súplicas y desvelos. Exteriormente habéis hecho sencilla vuestra vida, y merced a este meditado y calculado arreglo esperáis alcanzar la bienaventuranza que no es de este mundo.

Pero ¿se alcanza la realidad por medio de controles y sanciones externas? Si bien la sencillez externa, el dejar de lado el confort, es obviamente necesario, ¿abrirá esta acción la puerta a la realidad? El estar ocupado con el confort y el éxito agobia la mente y el corazón, y para viajar es preciso que haya libertad; pero ¿por qué estamos tan interesados en esta acción exterior? ¿Por qué estamos tan ansiosamente dispuestos a dar una expresión externa a nuestra intención? ¿Es por el temor a la propia decepción, o al "qué dirán" de los demás? ¿Por qué deseamos convencernos a nosotros mismos de nuestra integridad? ¿No se basa todo este problema en el deseo de estar seguros, de estar convencidos de la importancia de nuestro propio devenir?

El deseo de ser es el principio de la complejidad. Impulsados por el deseo siempre creciente de ser, tanto interna como externamente, acumulamos o renunciamos, cultivamos o negamos. Viendo que el tiempo nos despoja de todas las cosas, nos aferramos a lo atemporal. Esta lucha por ser, positiva o negativamente, mediante el apego o el desapego, jamás puede ser resuelta por ninguna acción, disciplina o práctica externa, pero la comprensión de esta lucha traerá, en forma natural y espontánea, la liberación de la acumulación externa e interna con sus conflictos. La realidad no se alcanza mediante el desprendimiento, es inalcanzable por ningún medio. Todos los medios y fines son formas de apego, y ellos deben cesar para que la realidad sea.

LAS FACETAS DEL INDIVIDUO

Vino a vernos rodeado por sus discípulos. Estos pertenecían a todas las categorías sociales: el pudiente y el pobre, el alto funcionario público y la viuda, el fanático y el joven sonriente. Formaban un grupo alegre y feliz, y las sombras danzaban sobre las blancas casas. Los papagayos chillaban en el espeso follaje, y un ruidoso carretón acababa de pasar. El joven se hallaba impaciente e insistió sobre la importancia del gurú, del Maestro; los otros estaban de acuerdo con él y sonreían con deleite cuando expresaba sus puntos de vista, clara y objetivamente. El cielo estaba muy azul, y un águila de cuello blanco hacia círculos justo sobre nosotros con imperceptibles movimientos de ala. Era un día verdaderamente hermoso. ¡Cómo nos destruimos los unos a los otros el discípulo al gurú, y el gurú al discípulo! ¡Cómo nos conformamos, rompiendo un molde para tornar nuevas formas! Un pájaro picoteaba un largo gusano en la tierra húmeda.

Somos muchos y no uno. El uno no llega a ser hasta que los muchos cesan. Los clamorosos muchos están en guerra entre sí día y noche, y esta guerra es el tormento de la vida. Destruimos uno, pero otro surge en su lugar; y este proceso aparentemente interminable es nuestra vida. Tratamos de imponer al uno sobre los muchos, pero el uno pronto llega a ser los muchos. La voz del uno es la voz de los muchos, y asume autoridad; pero es todavía el parloteo de una voz. Somos las voces de los muchos, y tratamos de captar la silenciosa voz del uno. El uno es los muchos si los muchos están silenciosos para oír la voz del uno. Los muchos jamás pueden descubrir al uno.

Nuestro problema no es cómo oír la voz del uno sino comprender la composición, la estructura de los muchos que somos nosotros. Una faceta de los muchos no puede comprender a los muchos; una entidad no puede comprender a las muchas entidades que somos. Aunque una faceta procura controlar, disciplinar, modelar las otras facetas, sus esfuerzos conducen siempre a la restricción y al autoencierro. El todo no puede ser comprendido por la parte, y es por eso que nunca comprendemos. Jamás conseguimos ver el todo, jamás lo percibimos, porque estamos totalmente ocupados con la parte. La parte se divide a sí misma y se convierte en los muchos. Para percibir el todo, el conflicto de los muchos, es necesario comprender el deseo. Sólo existe la actividad del deseo; aunque haya variables y antagónicas demandas y persecuciones, todas ellas son el resultado del deseo. El deseo no debe ser sublimado ni suprimido; debe ser comprendido sin aquel que comprende. Si está la entidad que comprende, entonces ella es todavía la entidad del deseo. Comprender sin el experimentador es estar libre del uno y de los muchos.

Todas las actividades del conformismo y la negación, del análisis y la aceptación, sólo fortalecen al experimentador. El experimentador jamás puede comprender el todo. El experimentador es lo acumulado, y no hay comprensión dentro de la sombra del pasado. La dependencia del pasado podrá ofrecer una vía de acción, pero el

cultivo de un medio no es comprensión. La comprensión es de la mente, del pensamiento; y si el pensamiento es disciplina o en el silencio para captar lo que no es de la mente, entonces aquello que se experimenta es la proyección del pasado. En la alerta percepción de este proceso total hay un silencio que no es del experimentador. Sólo en este silencio surge la comprensión.

EL SUEÑO

Era un invierno frío y los árboles estaban sin hojas, sus ramas desnudas expuestas a la intemperie. Había muy pocos siempre verdes, y aun estos sufrían los fríos vientos y las noches heladas. En la lejanía las altas montañas estaban cubiertas de espesa nieve; y sobre ellas se desplegaban blancas e hinchadas nubes. El pasto estaba amarillento, porque no había llovido por muchos meses, y las lluvias de primavera todavía estaban distantes. La tierra estaba adormecida y en reposo. Faltaban el alegre movimiento de los pájaros que anidan en los verdes setos, y los senderos se hallaban endurecidos y polvorientos. En el lago había unos pocos patos, haciendo una pausa en su vuelo al sur. Las montañas contenían la promesa de una nueva primavera, y la tierra soñaba con ello.

¿Qué sucedería si el sueño nos fuese suprimido? ¿Tendríamos más tiempo para combatir, para intrigar, para hacer daño? ¿Seríamos más crueles e insensibles? ¿Habría más tiempo para la humildad, para la compasión y la frugalidad? ¿Seríamos más creativos? El sueño es una cosa extraña, pero de extraordinaria importancia. Para la mayoría de la gente, las actividades del día continúan durante el reposo nocturno; su sueño es la continuación de su vida monótona o excitada; una extensión en diferente nivel de la misma insipidez o de la misma lucha sin sentido. El cuerpo es vivificado por el sueño; el organismo teniendo vida propia, se renueva a sí mismo. Durante el sueño los deseos se apaciguan, y así no interfieren con el organismo; y con el cuerpo vivificado, las actividades del deseo tienen nuevas oportunidades de estimulo y expansión. Obviamente, cuanto menos uno interfiere con el organismo, tanto mejor; cuanto menos la mente se cuida del organismo, tanto más sana y natural es su función. Pero la enfermedad del organismo es otro asunto, producida por la mente o por su propia debilidad.

El sueno es de gran significación. Cuanto más se fortalecen los deseos, menor significación tiene el sueño. Los deseos, positivos o negativos, son fundamentalmente siempre positivos, y el sueño es la temporaria suspensión de esta condición positiva. El sueño no es lo opuesto del deseo, no es negación, sino un estado en que el deseo no puede penetrar. Durante el sueño las capas superficiales de la conciencia se aquietan, y así son capaces de recibir las intimaciones de las capas más profundas; pero esto es solo una comprensión parcial del problema total. Es obvio que todas las capas de la conciencia están en comunicación entre si durante las horas de vigilia, y también durante el sueño; y por supuesto esto es esencial. Esta comunicación libera la mente de su autoimportancia, y así la mente no se convierte en el factor dominante. De este modo ella abandona en forma libre y natural, los esfuerzos y actividades que la encierran en sí misma. En este proceso el impulso de devenir se disuelve completamente, no existe más el momento acumulativo.

Pero hay algo más que tiene lugar durante el sueño. En él encontramos la respuesta a nuestros problemas. Cuando la mente consciente está quieta, es capaz de recibir una respuesta, lo cual es cosa sencilla. Pero mucho más significativo e importante que todo esto es la renovación, que no es un cultivo. Uno puede deliberadamente cultivar un don, una capacidad, o desarrollar una técnica una norma de acción y conducta; pero esto no es renovaron. El cultivo no es creación. Esta renovación creadora no tiene lugar si existe cualquier clase de esfuerzo de parte de aquel que deviene. La mente debe abandonar voluntariamente todo impulso acumulativo el almacenamiento de experiencia como medio para ulterior experiencia y realización. Es la autoprotectora ansia acumulativa que engendra la curva del tiempo e impide la renovación creadora.

La conciencia que conocemos es del tiempo, es un proceso de registro y almacenamiento de la experiencia en sus diferentes niveles. Todo lo que se produce dentro de esta conciencia es su propia proyección; tiene su propia calidad, y es mensurable Durante el sueño, o bien esta conciencia se fortalece, o se produce algo enteramente diferente. Para la mayoría de nosotros, el sueño vigoriza la experiencia, es un proceso de registrar y almacenar en el cual hay expansión pero no-renovación. La expansibilidad da una sensación de orgullo, de realización inclusiva, de haber comprendido, etc.; pero nada de esto es renovación creadora. Este proceso de devenir debe finalizar por completo, no como medio para ulterior experiencia, sino como fin en sí mismo.

Durante el sueño, y a menudo durante las horas de vigilia, cuando el devenir ha cesado completamente, cuando el efecto de una causa ha llegado a su fin, entonces surge aquello que está más allá del tiempo, más allá de la medida de causa y efecto.

EL AMOR EN LA CONVIVENCIA

EL SENDERO PASABA por una granja y trepaba una colina desde donde se veían varios edificios, las vacas con sus terneros, las gallinas, los caballos, y varias máquinas agrícolas. Era un delicioso sendero, que serpenteaba entre bosques, y era a menudo frecuentado por venados y otros animales silvestres que dejaban sus huellas aquí y allá en la tierra blanda. Cuando el tiempo estaba muy tranquilo, las voces de la granja, las risas y el sonido de la radio, se oían a gran distancia. Era una granja bien cuidada y daba una impresión de limpieza en todas partes. A menudo las voces eran coléricas, seguidas por el silencio de los niños. Se oía un canto entre los árboles y las voces irritadas cubrían por momentos este canto. De pronto, una mujer salió de la casa, golpeando la puerta; se dirigió al establo y comenzó a golpear una vaca con un palo. El penetrante ruido de estos golpes subía hasta la colina.

¡Qué fácil es destruir lo que amamos! ¡Qué prontamente se interpone entre nosotros una barrera, una palabra, un gesto, una sonrisa! La salud, el humor y el deseo arrojan una sombra, y lo que era luminoso se torna sombrío y gravoso. Mediante el trato procuramos exhibirnos, y aquello que era vívido y claro se vuelve fastidioso y confuso. A través de una constante fricción, esperanza y frustración, lo que era hermoso y sencillo se torna temible y expectante. La convivencia es compleja y difícil, y pocos salen de ella indemnes. Aunque quisiéramos que fuera estática, duradera, continua, la convivencia es un movimiento, un proceso que debe ser profunda y totalmente comprendido y no ajustado a normas internas o externas. La conformidad, que es la estructura social pierde su peso y autoridad sólo cuando hay amor. El amor en la convivencia es un proceso purificador en cuanto revela las tretas del "yo": Sin esta revelación, la convivencia tiene poco significado.

¡Pero como luchamos contra esta revelación! La lucha toma muchas formas: dominación o subordinación, temor o esperanza, envidia o aceptación, y así por el estilo. La dificultad es que no amamos; y si amamos queremos que el amor funcione de un modo particular, no le damos libertad. Amamos con nuestras mentes y no con nuestros corazones. La mente puede modificarse a sí misma, pero el corazón no lo puede. La mente puede hacerse invulnerable, pero el amor no lo puede; la mente puede siempre substraerse, ser exclusiva, hacerse personal o impersonal. El amor no puede ser comparado y limitado. Nuestra dificultad está en eso que llamamos amor, el cual solo es de la mente. Llenamos nuestros corazones con las cosas de la mente y así nuestros corazones permanecen siempre vacíos y expectantes. Es la mente que se apega, que es envidiosa, que posee y destruye. Nuestra vida está dominada por los medios físicos y por la mente. Nosotros no amamos y no nos preocupamos por ello, pero ansiamos ser amados; damos para recibir, lo cual es la generosidad de la mente y no del corazón. La mente siempre busca certidumbre, seguridad; y ¿puede la mente asegurar el amor? ¿Puede la mente, cuya verdadera esencia es del tiempo, captar el amor, que es su propia eternidad.

Pero incluso el amor del corazón tiene sus propias trampas; porque tenemos el corazón tan corrompido que él es vacilante y confuso. Es esto que hace la vida tan penosa y fastidiosa. Por momentos creemos tener amor, y poco después lo hemos perdido. Nos viene una imponderable fuerza —no de la mente—, cuyas fuentes no pueden ser sondeadas. Esta fuerza de nuevo es destruida por la mente; porque en esta batalla la mente parece salir invariablemente victoriosa. Este conflicto interno no puede ser resuelto por la astuta mente o por el indeciso corazón. No hay ningún medio, ningún camino para poner término a este conflicto. La misma búsqueda de un medio es otra argucia de la mente para ser la dueña, para orillar el conflicto a fin de estar tranquila, de tener amor, de llegar a ser algo.

Nuestra mayor dificultad es darnos cuenta amplia y profundamente de que no hay ningún medio para amar, como fin deseado por la mente. Cuando comprendemos esto real y profundamente, entonces hay una posibilidad de recibir algo que no es de este mundo. Sin cl contacto de ese algo, hagamos lo que queramos, no puede haber felicidad duradera en la convivencia. Si habéis recibido esta bendición y yo no, naturalmente vosotros y yo estaremos en conflicto. Podréis no estar vosotros en conflicto, pero yo lo estaré; y en mi angustia y tristeza me aislaré. El dolor es tan exclusivo como el placer, y hasta que exista ese amor que no es de nuestra creación, la convivencia será penosa. Si existe la bendición de ese amor, no podréis sino amarme sea yo quien fuere, porque entonces no ajustáis el amor de acuerdo a mi porte. Por más engaños que la mente pueda poner en juego, vosotros y yo estamos separados; aunque podamos estar en contacto en ciertos puntos, la integración no está con vosotros, sino dentro de mí mismo Esta integración no es producida por la mente en ningún momento surge sólo cuando la mente está por completo silenciosa, cuando ha alcanzado el fin de su propia limitación. Solamente entonces no hay dolor en la convivencia.

LO CONOCIDO Y LO DESCONOCIDO

LAS LARGAS SOMBRAS del atardecer se extendían sobre las aguas tranquilas, y el río entraba en calma después del día. Los peces saltaban fuera del agua, y las pesadas aves llegaban para dormir entre los grandes árboles. No había una nube en el cielo, que era azul plateado. Un barco lleno de gente navegaba río abajo cantaban y batían palmas, y

una vaca mugía a la distancia. Se sentía el olor del atardecer. Una guirnalda de caléndulas se movía con el agua, que cabrilleaba con el sol poniente. Qué hermoso y viviente era todo —el río, las aves, los árboles y los aldeanos.

Estábamos sentados debajo de un árbol, mirando el río. Cerca de árbol había un pequeño templo, y unas pocas vacas flacas merodeaban a su alrededor. El templo estaba limpio y bien barrido y los almácigos de flores regados y cuidados. Un hombre cumplía sus rituales vespertinos, y su voz era paciente y pesarosa. Bajo los Últimos rayos del sol, el agua tomaba el color de las flores recién abiertas. Alguien se unió a nosotros y empezó a hablar de sus experiencias. Dijo que había consagrado muchos años de su vida a la búsqueda de Dios, que había practicado muchas austeridades y renunciado a muchas cosas que le eran caras. Incluso había ayudado considerablemente en la obra social, en la construcción de una escuela, etc. Estaba interesado en muchas cosas, pero el interés que lo consumía era el descubrimiento de Dios, y ahora, después de muchos años, estaba oyendo Su voz, y ella lo guiaba en las cosas pequeñas tanto como en las grandes. No tenía voluntad propia, pero seguía la interna voz de Dios. Ella jamás le fallaba, aunque a menudo él corrompía su claridad; su ruego era siempre por la purificación del vaso, para que fuera digno de recibir.

¿Puede ser hallado por vosotros o por mí aquello que es inconmensurable? ¿Puede aquello que no es del tiempo ser descubierto por esa cosa que es hechura del tiempo? ¿Puede una disciplina diligentemente practicada conducirnos a lo desconocidos? ¿Hay un medio para alcanzar aquello que no tiene principio ni fin? ¿Puede esa realidad ser atrapada en la red de nuestros deseos. Lo que podemos captar es la proyección de lo conocido; pero lo desconocido no puede ser captado por lo conocido. Aquello que se nombra no es lo innombrable, y al nombrar sólo despertamos las respuestas condicionadas. Estas respuestas, por muy nobles y satisfactorias que sean, no son reales. Respondemos a estímulos, pero la realidad no ofrece ningún estímulo: ella es.

La mente se mueve de lo conocido a lo conocido, y no puede alcanzar lo desconocido. No podéis pensar en algo que no conocéis; es imposible. Lo que pensáis sale de lo conocido, del pasado, ya sea del pasado remoto, o del segundo que acaba de pasar. Este pasado es pensado, conformado y condicionado por muchas influencias, modificándose de acuerdo con las circunstancias y urgencias, pero sigue siendo siempre un proceso de tiempo. El pensamiento sólo puede negar o afirmar, no puede descubrir o investigar lo nuevo. El pensamiento no puede encontrar lo nuevo; pero cuando el pensamiento está en silencio, entonces puede ser lo nuevo —que inmediatamente es transformado por el pensamiento en lo viejo, en lo experimentado. El pensamiento continuamente moldea, modifica, colorea de acuerdo al modelo de la experiencia. La función del pensamiento es comunicar, pero no estar en estado de vivencia. Cuando la vivencia cesa, entonces el pensamiento se impone y la define conforme a la categoría de lo conocido. El pensamiento no puede penetrar en lo desconocido, y por lo tanto jamás puede descubrir o vivenciar la realidad

Disciplinas, renunciaciones, desapegos, ritos, la práctica de la virtud —todo esto, por noble que sea, es el proceso del pensamiento; y el pensamiento únicamente puede actuar hacia un fin, hacia una realización, que siempre es lo conocido. La realización es seguridad, la autoprotectora certeza de lo conocido. Buscar seguridad en lo que es innombrable es negarlo. La seguridad que podemos encontrar está sólo en la proyección del pasado, de lo conocido. Por esta razón la mente debe estar entera y profundamente silenciosa; pero este silencio no puede conseguirse por medio del sacrificio, la sublimación o la supresión. Este silencio llega cuando la mente ha dejado de buscar, cuando no está más enredada en el proceso de devenir. Este silencio no es acumulativo, no puede ser obtenido mediante práctica alguna. Este silencio debe ser tan desconocido para la mente como lo atemporal; porque si la mente experimenta el silencio, entonces está ahí el experimentador que es el resultado de pasadas experiencias, que es conocedor de un pasado silencio; y lo que es experimentado por el experimentador es simplemente una repetición autoproyectada. La mente no puede nunca experimentar lo nuevo, y por eso la mente debe permanecer absolutamente silenciosa.

La mente puede estar silenciosa sólo estar silenciosa sólo cuando no está experimentando, es decir, cuando no está definiendo o nombrando, registrando o acumulando en la memoria. Este nombrar y registrar es un proceso constante de las diferentes capas de la conciencia, no meramente de la mente superficial. Pero cuando la mente superficial está quieta, la mente más profunda puede presentar sus intimaciones. Cuando la totalidad de la conciencia está silenciosa y tranquila, libre de todo devenir, lo cual es espontaneidad, únicamente entonces surge lo inconmensurable. El deseo de conservar esta libertad de continuidad a la memoria del que deviene, lo cual es un obstáculo para la realidad. La realidad no tiene continuidad; es de instante en instante, siempre nueva, siempre fresca. Lo que tiene continuidad jamás puede ser creativo.

La mente superficial es sólo un instrumento de comunicación, no puede medir lo que es inconmensurable. La realidad no es cosa de la que se pueda hablar; y cuando se la expresa, no es ya la realidad.

LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD

Había venido desde muy lejos, recorriendo varios miles de kilómetros por vapor y avión. Hablaba sólo su propio idioma, y con la mayor dificultad se estaba adaptando a este nuevo y perturbador ambiente. No estaba en absoluto acostumbrado a este genero de alimento ni a este clima; habiendo nacido y crecido en una zona muy alta, sufría las consecuencias del calor húmedo. Era un hombre muy instruido, un cientista destacado, y había escrito algunas obras. Parecía estar muy familiar con ambas filosofías, la oriental y la occidental y había sido un católico militante. Dijo que había estado disconforme con todo esto durante mucho tiempo, pero que continuaba con ello a causa de su familia. Su matrimonio podía considerarse feliz, amaba a sus dos hijos. Ellos estaban ahora en el colegio de ese lejano país, y tenían un brillante porvenir. Pero esta disconformidad con respecto a su vida y acción había ido constantemente en aumento en el transcurso de los años, y pocos meses antes hizo crisis. Había dejado a su familia, previos los arreglos necesarios para el sostén de su esposa e hijos, y ahora estaba aquí. Tenía apenas el dinero suficiente para vivir, y había venido para hallar a Dios. Dijo que de ningún modo era un desequilibrado, y que era claro en su propósito.

El equilibrio no es algo que pueda ser juzgado por los frustrados, o por los que han triunfado. Los triunfadores pueden ser los desequilibrados; y los frustrados llegan a ser amargados y cínicos, o encuentran un escape a través de alguna ilusión autoproyectada. El equilibrio no está en manos de los analistas; ajustarse a una norma no indica necesariamente equilibrio. La norma misma puede ser el producto de una cultura desequilibrada. Una sociedad adquisitiva, con sus patrones y normas, es desequilibrada, sea ella de izquierda o de derecha, tanto si su adquisitividad beneficia al Estado o a sus ciudadanos. El equilibrio es no-adquisitividad. La idea de equilibrio y desequilibrio está todavía dentro del campo del pensamiento y por lo tanto no puede ser el juez El pensamiento mismo, la respuesta condicionada con sus criterios y juicios, no es verdadero. La verdad no es una idea, una conclusión.

¿Podéis encontrar a Dios si vais en su busca? ¿Podéis buscar lo incognoscible? Para encontrar, debéis conocer lo que estáis buscando. Si buscáis para encontrar, lo que encontréis será una autoproyección; será lo que vosotros deseáis, y la creación del deseo no es la verdad. Buscar la verdad es negarla. La verdad no tiene morada fija; no hay sendero, no hay guía para ella, y la palabra no es la verdad. ¿Podrá hallarse la verdad en un particular sitio, en un clima especial, entre determinadas personas? ¿Está aquí y no allí? ¿Es ése el guía de la verdad, y no algún otro? ¿Puede siquiera haber un guía? Cuando se busca la verdad, lo que se halla sólo puede provenir de la ignorancia, puesto que la misma búsqueda nace de la ignorancia o podéis buscar la realidad; debéis cesar de buscar para que la realidad sea.

"Pero ¿no puedo yo hallar lo innombrable? He llegado a este país porque aquí hay mayor sensibilidad para esa búsqueda. Físicamente uno puede sentirse aquí más libre, no necesita tener muchas cosas; las posesiones no lo agobian a uno aquí tanto como en otras partes. Es por ese agobio que uno se recluye a veces en un monasterio. Pero en esa reclusión hay escape psicológico, y como yo no deseo encerrarme en un aislamiento regimentado, estoy aquí, viviendo mi vida en procura de lo innombrable. ¿Seré capaz de hallarlo?"

¿Es éste un asunto de capacidad? ¿No implica la capacidad el seguimiento de un particular curso de acción, de un sendero predeterminado, con todos los necesarios ajustes? Cuando Ud. hace esta pregunta, ¿no está preguntando si Ud., un individuo común, tiene los medios necesarios para lograr lo que desea? Seguramente, su pregunta implica que sólo el que es excepcional puede hallar la verdad, y no el hombre común. ¿Está la verdad reservada tan sólo a los pocos, a los que son excepcionalmente inteligentes? ¿Por qué preguntamos si somos capaces de hallarla? Tenemos el modelo, el ejemplo del hombre que se supone ha descubierto la verdad; y estando el modelo muy por encima de nosotros, nos crea incertidumbre. El modelo adquiere así gran significación, y hay competición entre el modelo y nosotros; también deseamos ser los vencedores. ¿Acaso esta pregunta, "¿Tengo yo la capacidad?" no surge de nuestra consciente o inconsciente comparación de lo que uno es con lo que supone que es el modelo?

¿Por qué nos comparamos con el ideal? ¿Y trae comprensión la comparación? ¿Es el ideal diferente de nosotros? ¿No es una autoproyección, una cosa de fabricación casera, y no impide eso por consiguiente que nos comprendamos a nosotros mismos tal como somos? ¿No es la comparación una evasión de la comprensión de nosotros mismos? Hay tantas maneras de escapar de nosotros mismos, y la comparación es una de ellas. Sin comprenderse uno mismo, la búsqueda de la llamada realidad es por cierto una evasión de sí mismo. Sin conocimiento propio, el dios que buscáis es el dios de la ilusión; y la ilusión inevitablemente trae conflicto y sufrimiento. Sin conocimiento propio, no puede haber recto pensar; y entonces todo conocimiento es ignorancia que sólo conduce a la confusión y a la destrucción. El conocimiento propio no es un fin último; es lo único que conduce a lo inagotable.

"¿No es el conocimiento propio extremadamente difícil de alcanzar y no tomará eso demasiado tiempo?"

La misma idea de que el conocimiento propio es difícil de alcanzar es un obstáculo para el conocimiento propio. Si puedo sugerirlo, no suponga que será difícil, o que tomará tiempo; no prejuzgue lo que es y lo que no es. Empiece. El conocimiento propio debe ser descubierto en la acción de la convivencia; y toda acción es

convivencia. El conocimiento propio no se alcanza aislándose retirándose; la negación de la convivencia es la muerte. La muerte es la resistencia final. La resistencia, que es supresión, sustitución o sublimación, en cualquier forma, es un obstáculo para la fluencia del conocimiento propio; pero la resistencia debe ser descubierta en la convivencia, en la acción La resistencia, tanto negativa como positiva, con sus comparaciones y justificaciones, sus condenaciones e identificaciones, es la negación de lo que es. Lo que es, es lo implícito; y la alerta percepción de lo implícito, sin ninguna elección, es su revelación. Esta revelación es el comienzo de la sabiduría. La sabiduría es esencial para que advenga lo desconocido, lo inagotable.

LA SENSIBILIDAD

Era un jardín encantador, con soleados prados y viejos y umbrosos árboles. La casa era grande, con habitaciones espaciosas, alegres y bien proporcionadas. Los árboles brindaban refugio a muchos pájaros y ardillas, y a la fuente bajaban aves de todo tamaño, a veces águilas, pero ordinariamente cuervos, gorriones y ruidosos "apagados. La casa y el jardín estaban apartados, tanto más en cuanto se hallaban encerrados dentro de altos y blancos muros. El ámbito era apacible entre esos muros, pero fuera de ellos dominaba el bullicio del camino y de la aldea. El camino pasaba cerca del portón, y a poca distancia por ese camino estaba la aldea, en los aledaños de una gran ciudad. La aldea era sucia, zanjas abiertas a lo largo de su angosta callejuela principal. Las casas tenían techos de paja y frentes decorados; había niños jugando en la callejuela. Algunos tejedores habían extendido largos hilados de alegres colores parar hacer telas, y un grupo de niños los observaba en su trabajo. Era una alegre escena brillante, ruidosa, y olorosa Los aldeanos estaban recién bañados, y vestían muy poca ropa porque el clima era caluroso. Hacia la caída de la tarde algunos de ellos se emborrachaban y se hacían alborotadores y groseros.

Era solo un delgado muro que separaba el hermoso jardín, de la aldea palpitante. Negar la fealdad y afirmar la belleza es ser insensible. El cultivo de lo opuesto debe siempre estrechar la mente y limitar el corazón. La virtud no es un opuesto; y si tiene un opuesto, deja de ser virtud. Percibir la belleza de esa aldea es ser sensible al verde y florido jardín. Sólo queremos saber de la belleza, y nos apartamos de lo que no es hermoso. Esta supresión simplemente engendra insensibilidad, no desarrolla el aprecio de la belleza. Lo bueno no está en el jardín, lejos de la aldea, sino en la sensibilidad que está más allá de ambos. Negar o identificar conduce a la estrechez, que es ser insensible. La sensibilidad no es cosa que pueda ser cuidadosamente cultivada por la mente; ésta sólo puede dividir y dominar. Existe lo bueno y lo malo; pero perseguir lo uno y evitar lo otro no conduce a esa sensibilidad que es esencial para la existencia de la realidad.

La realidad no es lo opuesto de la ilusión, de lo falso, y si tratáis de acercaros a ella como a un opuesto jamás llegará a surgir. La realidad únicamente puede ser cuando cesan los opuestos. Condenar o identificar produce el conflicto de los opuestos, y el conflicto solamente engendra ulterior conflicto. Un hecho abordado sin emoción, sin negar o justificar, no trae conflicto. Un hecho en sí no tiene opuesto; el opuesto surge sólo cuando hay una actitud atractiva o defensiva. Es esta actitud que levanta los muros de la insensibilidad y destruye la acción. Si preferimos permanecer en el jardín, hay resistencia para la aldea; y donde hay resistencia no puede haber acción, ya sea para el jardín o hacia la aldea. Puede haber actividad, pero no-acción. La actividad se basa en una idea, y la acción no. Las ideas tienen opuestos, y el movimiento dentro de los opuestos es mera actividad, por más prolongada o modificada que sea. La actividad jamás podrá ser liberada.

La actividad tiene un pasado y un futuro, pero la acción no los tiene. La acción está siempre en el presente, y es por lo tanto inmediata. La reforma es actividad, no-acción, y lo que es reformando necesita nueva reforma. La reforma es inacción, una actividad nacida como opuesto. La acción es de instante en instante, y, cosa extraordinaria, no tiene contradicción inherente; pero la actividad, aunque pueda aparecer sin defecto, está llena de contradicción. La actividad de la revolución está llena de contradicciones y por eso jamás puede liberar. El conflicto, la elección, jamás puede ser un factor de liberación. Si hay elección, hay actividad y no-acción; porque la elección está basada en la idea. La mente puede hallarse a gusto en la actividad, pero no puede accionar. La acción brota de una fuente muy diferente.

La luna apareció sobre la aldea, proyectando sombras sobre el jardín.

EL INDIVIDUO Y LA SOCIEDAD

Caminábamos por una concurrida calle. Las aceras estaban repletas de gente, y el humo de escape de los automóviles y ómnibus llenaba nuestras narices. Las tiendas exhibían muchas cosas suntuosas unas y baladíes las otras. El cielo era de color plata pálido, y el parque estaba delicioso cuando salimos del ruidoso pasaje. Nos internamos en el parque y nos sentamos.

Mi interlocutor dijo que el Estado, con su militarización y legislación, estaba absorbiendo al individuo en casi todas partes, y que el culto del Estado estaba reemplazando ahora el culto de Dios. En la mayoría de los países el Estado penetraba en la vida íntima de la gente; se les decía lo que debían leer y lo que debían pensar. El Estado espiaba a sus ciudadanos, manteniendo sobre ellos una custodia casi divina y sustituyendo así la función de la Iglesia. Era la nueva religión. El hombre estaba acostumbrado a ser esclavo de la Iglesia, pero ahora era esclavo del Estado. Antes era la Iglesia, y ahora el Estado quien controlaba su educación; y a ninguno de los dos interesaba la liberación del hombre.

¿Cuál es la relación del individuo con la sociedad? Obviamente, la sociedad existe para el individuo, y no a la inversa. La sociedad existe para la fruición del hombre; existe para dar libertad al individuo, de modo que pueda tener la oportunidad de despertar la más alta inteligencia. Esta inteligencia no es el mero cultivo de una técnica o del conocimiento; ella surge en el contacto con esa creadora realidad que no es de la mente superficial. La inteligencia no es un resultado acumulativo, sino que es el liberarse de la realización progresiva y del éxito. La inteligencia jamás es estática; no puede ser copiada ni estandarizada, y de aquí que no pueda ser enseñada. La inteligencia debe ser descubierta en la libertad.

La voluntad colectiva y su acción; que es la sociedad, no brinda al individuo esta libertad; pues la sociedad, no siendo orgánica, es siempre estática. La sociedad se ha hecho y organizado para la conveniencia del hombre; no tiene ningún mecanismo independiente del suyo propio. Los hombres pueden adueñarse de la sociedad, guiarla, modelarla, tiranizarla, según sus estados psicológicos; pero la sociedad no es dueña del hombre. Puede ejercer influencia sobre él, pero el hombre siempre la sobrepuja. Hay conflicto entre el hombre y la sociedad porque el hombre está en concreto dentro de sí mismo; y el conflicto existe entre lo que es estático y lo que es viviente. La sociedad es la expresión externa del hombre. El conflicto entre él y la sociedad es el conflicto íntimo consigo mismo. Este conflicto, interno y externo, existirá siempre hasta que se despierte su inteligencia superior.

Somos tanto entidades sociales como individuales; somos ciudadanos tanto como hombres, separándonos en el dolor y el placer. Si ha de haber paz, preciso será que comprendamos la justa relación entre el hombre y el ciudadano. Por supuesto, el Estado preferiría que fuésemos cabalmente ciudadanos; pero eso es la estupidez de los gobiernos. Nosotros mismos quisiéramos reducir el hombre al ciudadano pues ser un ciudadano es más fácil que ser un hombre. Ser un buen ciudadano es funcionar eficientemente dentro del molde de una determinada sociedad. Al ciudadano se le exige eficiencia y conformidad, que lo endurecen, lo hacen cruel y entonces es capaz de sacrificar el hombre al ciudadano. Un buen ciudadano no es necesariamente un buen hombre; pero un hombre bueno es de hecho un ciudadano verdadero, no identificado con una particular sociedad o país. Porque es esencialmente un hombre bueno, sus actos no serán antisociales, no estará en oposición con nadie. Vivirá cooperando con otros hombres buenos; no buscará autoridad, pues él de ningún modo tiene autoridad será capaz de eficiencia sin crueldad. El ciudadano trata de sacrificar al hombre; pero el hombre que va en busca de la suprema inteligencia evitará naturalmente las estupideces del ciudadano. Por lo tanto el Estado se opondrá al hombre bueno, al hombre de inteligencia; pero un hombre tal está libre de todos los gobiernos y de todos los países.

El hombre inteligente creará una buena sociedad; pero un buen ciudadano no dará lugar a una sociedad en la que el hombre pueda ser de suprema inteligencia. El conflicto entre el ciudadano y el hombre es inevitable si predomina el ciudadano; y toda sociedad que deliberadamente menosprecia al hombre está sentenciada. Sólo cuando se comprende el proceso psicológico del hombre, hay reconciliación entre el ciudadano y el hombre. Al Estado, a la sociedad presente, no le interesa el hombre interior, sino sólo el hombre exterior, el ciudadano. Podrá negar al hombre interior, pero éste vencerá siempre al hombre exterior, destruyendo los planes astutamente trazados para el ciudadano. El Estado sacrifica el presente por el futuro, siempre en salvaguardia de su propio futuro; considera que lo importante es el futuro, no el presente. Pero para el hombre inteligente, es de la mayor importancia el presente, el ahora, y no el mañana. Lo que es sólo puede ser comprendido con la desaparición del mañana. La comprensión de lo que es produce transformación en el inmediato presente. Es esta transformación que tiene suprema importancia, y no cómo reconciliar al ciudadano con el hombre. Cuando esta transformación tiene lugar, cesa el conflicto entre el hombre y el ciudadano.

EL "YO"

En el asiento opuesto se hallaba sentado un hombre de posición y autoridad. Era muy consciente de eso, pues su mirada, sus gestos, sus actitudes proclamaban su importancia. Tenía un alto cargo en el gobierno, y la gente que lo rodeaba era muy obsequiosa con él. Estaba diciendo en voz alta a alguien, que era ultrajante molestarlo por cierta pequeña tarea oficial. Se quejaba de lo que hacían sus subordinados, y los que le escuchaban parecían nerviosos y aprensivos. Estábamos volando alto sobre las nubes, a unos seis mil metros, y por entre los claros de las nubes se veía el mar azul. Cuando las nubes se abrieron un poco, aparecieron las montañas cubiertas de nieve, las islas y las

anchas y abiertas bahías. ¡Qué lejanas y qué hermosas estaban las casas solitarias y las pequeñas aldeas! Un río descendía de las montañas al mar. Su curso atravesaba una gran ciudad, humosa y triste, y allí sus aguas tornábanse turbias, pero un poco más lejos volvían a ser limpias y cristalinas. Unos pocos asientos más allá se encontraba un oficial en uniforme, con el pecho cubierto de cintas, confiado y altivo. Pertenecía a esa clase separada que existe en todo el mundo.

¿Por qué es que ansiamos ser reconocidos, que se nos dé importancia, que se nos estimule? ¿Por qué somos tan tontamente vulgares? ¿Por qué nos apagamos a la exclusividad de nuestro nombre, de nuestra posición, de nuestra adquisición? ¿Es el anonimato degradante, y despreciable el ser ignorado? ¿Por qué perseguimos la fama, la popularidad? ¿Por qué es que no nos satisface ser nosotros mismos? ¿Es porque estamos asustados y avergonzados de lo que somos que el nombre, la posición y la adquisición llegan a ser tan importantes? Es curioso observar cuán fuerte es el deseo de ser reconocido, de ser aplaudido. En la excitación de un combate, uno hace cosas increíbles y por ellas lo honran; nos convertimos en héroes por matar a un semejante. Mediante el privilegio, la habilidad, o la capacidad y eficiencia, uno llega a cierta posición cerca de la cumbre, —aunque la cumbre jamás es la cumbre, porque siempre hay más y más en la embriaguez del éxito. El país o la ocupación es vosotros mismos; de vosotros dependen las consecuencias, vosotros sois el poder. La religión organizada brinda posición prestigio y honor; también allí sois alguien, distinto e importante. O bien os convertís en discípulos de un instructor, de un gurú o Maestro, o cooperáis con ellos en su trabajo. Sois todavía importantes, los representáis, compartís su responsabilidad, vosotros dais y otros reciben. Aunque en su nombre, sois todavía los intermediarios. Podéis poneros un taparrabo o una túnica de monje, pero sois vosotros los que accionáis, sois vosotros los que renunciáis

De un modo o de otro, sutil o burdamente, el “yo” es alimentado y sostenido. Si no es para sus antisociales y dañinas actividades, ¿para qué el “yo” ha de sostenerse a sí mismo? Aunque estemos atormentados apesadumbrados, con pasajeros placeres, ¿por qué se adhiere el “yo” a las satisfacciones exteriores e interiores cuya persecución acarrea inevitablemente dolor y miseria? La sed de actividad positiva, como opuesto de lo negativo, hace que nos esforcemos por ser; nuestros esfuerzos nos hacen sentir que estamos vivientes, que hay un propósito para nuestra vida, que progresivamente eliminaremos las causas del conflicto y del sufrimiento. Sentimos que si nuestra actividad se detuviera, no seríamos nada, estaríamos perdidos, la vida no tendría ningún significado de modo que seguimos en conflicto, en confusión, en antagonismo. Pero también nos damos cuenta que hay algo más, que hay un algo que está por encima y más allá de toda esta miseria. Así estamos en constante batalla dentro de nosotros mismos.

Cuanto mayor es la ostentación exterior, tanto mayor es la pobreza interior; pero la liberación de esta pobreza no es el taparrabo. La causa de este vacío interior es el deseo de devenir, y, hagáis lo que hiciereis, este vacío jamás podrá ser llenado. Podéis escapar de él en forma burda, o con refinamiento; pero él os seguirá como vuestra sombra. Tal vez no queráis mirar dentro de esta vaciedad, pero no obstante estará allí. Los atavíos y las renunciaciones que el “yo” asume jamás podrán ocultar esta pobreza interior. Con sus actividades, internas y externas, el “yo” trata de enriquecerse, llamando a eso experiencia o dándole cualquier otro nombre de acuerdo con su conveniencia y su satisfacción. El “yo” nunca puede ser anónimo; podrá llevar un ropaje nuevo, tomar un nombre diferente, pero su verdadera sustancia es la identidad. Este proceso de identificación impide la percepción de su propia naturaleza. El proceso acumulativo de la identificación estructura el “yo”, positiva o negativamente; y su actividad es siempre autoencerradora, por amplio que sea el encierro. Cada esfuerzo del yo para ser o para no ser es un movimiento que lo aleja de o que es. Fuera de su nombre, de sus atributos, idiosincrasias, posesiones, ¿qué es el “yo”? ¿Existe el “yo”, el ego, cuando se eliminan sus cualidades? Es este temor de no ser nada que impide al yo a la actividad; pero él es nada, es una vacuidad.

Si somos capaces de afrontar ese vacío, de estar con esa dolorosa soledad, entonces el temor desaparece totalmente y tiene lugar una transformación fundamental. Para que esto ocurra, debe darse la vivencia de esa nada —lo cual es imposible si hay un experimentador. Si deseamos vivenciar ese vacío para superar o, para trascenderlo, entonces no hay vivencia; porque entonces el “yo” como identidad continúa. Si el experimentador tiene una experiencia, ya no existe el estado de vivencia. Es la vivencia de lo que **es** sin denominarlo, lo que trae la liberación de lo que **es**.

LA CREENCIA

Nos hallábamos alto en las montañas y todo estaba muy seco. Desde hacía varios meses no se producían lluvias, y los arroyuelos estaban silenciosos. Los pinos se estaban poniendo grisáceos; algunos ya habían muerto, y sólo el viento persistía entre ellos. Las montañas se extendían, pliegue tras pliegue, hasta el horizonte. La mayoría de los animales salvajes se había ido en busca de pastos más frescos y mejores; sólo permanecían las ardillas y unos

pocos grajos. Quedaban otras aves más pequeñas, pero durante el día estaban silenciosas. Un pino muerto se había puesto blanco después de varios veranos. Era hermoso aun en la muerte, gracioso y fuerte sin la sombra del sentimiento. La tierra estaba dura y los senderos rocosos y polvorientos.

Ella dijo que había pertenecido a varias sociedades religiosas, pero que finalmente se había decidido por una. Había trabajado por ella, como conferenciante y propagandista, prácticamente en todo el mundo. Dijo que había renunciado a la familia, al confort y a muchas otras cosas por la causa de esta organización; había aceptado sus creencias, sus doctrinas y preceptos, había seguido a sus líderes y tratado de meditar. Tanto los demás miembros como los dirigentes tenían por ella la más alta consideración. Ahora, continuó, habiendo oído lo que yo había dicho sobre las creencias, las organizaciones, los peligros de la autodecepción, etc. se había retirado de su organización y de sus actividades. No estaba ya interesada por salvar al mundo, sino que se ocupaba con su pequeña familia y sus inquietudes, y sólo prestaba un relativo interés a las inquietudes del mundo. Estaba predispuesta a la amargura, y aunque exteriormente parecía amable y generosa, por lo que dijo su vida debía ser muy desolada. ¿A qué había llegado, después de todo el entusiasmo y el trabajo pasado? ¿Qué le había ocurrido? ¿Por qué estaba tan apagada y cansada, y tan preocupada, a su edad, con cosas triviales?

Cuán fácilmente destruimos la delicada sensibilidad de nuestro ser. La incesante oposición y lucha, las evasiones y los temores angustiosos, pronto embotan la mente y el corazón; y la mente astuta rápidamente encuentra sustitutos para la sensibilidad de la vida. Los entretenimientos, la familia, la política, las creencias y los dioses, tornan el lugar de la claridad y del amor. El conocimiento y la creencia impiden la claridad, y las sensaciones impiden el amor. ¿Acaso la creencia trae claridad? ¿Trae comprensión el estrecho cerco de la creencia? ¿Cuál es la necesidad de las creencias, y acaso no oscurecen ellas la mente ya de sí atestada? La comprensión de lo que **es** no requiere creencias, sino percepción directa, lo que implica estar directamente atento sin la interferencia del deseo. Es el deseo que genera confusión, y la creencia es la prolongación del deseo. Las modalidades del deseo son sutiles, y exigen comprensión; la creencia sólo aumenta el conflicto, la confusión y el antagonismo. El otro nombre de la creencia es fe, y la fe es también el refugio del deseo.

Adoptamos una creencia como un medio de acción. La creencia nos da esa fuerza peculiar que proviene de la exclusión; y como la mayoría de nosotros está empeñada en hacer, la creencia se convierte en una necesidad. Sentimos que no podemos actuar sin una creencia, porque ella nos proporciona un objetivo para vivir y trabajar. Para la mayoría de nosotros, la vida no tiene otro significado que el que le da la creencia; la creencia tiene más importancia que la vida. Pensamos que la vida debe ajustarse a la norma de la creencia; porque sin norma de ninguna clase, ¿cómo puede haber acción? Por lo tanto nuestra acción está basada en la idea, o es el resultado de una idea; y la acción, entonces, no es tan importante como la idea.

¿Pueden jamás las cosas de la mente, por brillantes y sutiles que sean, traer la plenitud de la acción, una transformación radical en nuestro ser y por ende en el orden social? ¿Puede la idea conducir a la acción? La idea puede por cierto originar una serie de acciones, pero eso es mera actividad; y la actividad es totalmente diferente de la acción. Es en esta actividad que uno está atrapado; y cuando por una u otra razón la actividad cesa, entonces nos sentimos perdidos y la vida se torna sin sentido, vacía. Consciente o inconscientemente nos damos cuenta de este vacío y por eso la idea y la actividad adquieren una importancia total. Llenamos este vacío con la creencia, y la actividad se convierte en una embriagadora necesidad. Por causa de esta actividad, es que decidiremos renunciar, que nos someteremos a cualquier incomodidad, a cualquier ilusión,

La actividad de la creencia lleva a la confusión y a la destrucción; podrá a primera vista parecer ordenada y constructiva, pero en su secuencia hay conflicto y miseria. Cualquier clase de creencia, sea religiosa o política, impide la comprensión de la convivencia, y no puede haber acción sin esta comprensión.

EL SILENCIO

EL COCHE ERA excelente; tenía un motor poderoso y bien ajustado; tomaba las cuestas fácilmente, sin ratear. El camino trepaba la pendiente desde la salida del valle y corría entre huertos de naranjos y altos y frondosos nogales. Los huertos se extendían en ambos lados del camino por más de sesenta kilómetros, desde lo alto hasta el pie mismo de las montañas. Haciéndose recto, el camino atravesaba uno o dos pesqueros pueblos, y luego continuaba por el campo abierto, que ostentaba el color verde brillante de la alfalfa. Finalmente, dando de nuevo vueltas entre muchas ondulaciones, el camino nos llevó al desierto.

Era un camino llano; había escaso transito y el motor zumbaba sin cesar. Teníamos la atención intensamente ocupada con el campo, con los vehículos que pasaban ocasionalmente, con las señales camineras, con el claro azul del cielo, con las personas sentadas en el coche; pero la mente estaba muy quieta. No era la quietud de la fatiga, o del relajamiento, sino una tranquilidad muy alerta. Esa quietud de la mente no dependía de cosa alguna en particular; no existía el observador de esta tranquilidad; el experimentador estaba totalmente ausente. Aunque

manteníamos una conversación intermitente, no había ninguna brecha en este silencio. Se oía el silbido del viento a medida que el coche avanzaba velozmente, y sin embargo este silencio era inseparable del sonido del viento, de los ruidos del vehículo, y de la conversación. La mente no tenía ninguna reminiscencia de quietudes anteriores, de aquellos silencios que había conocido; no se decía: "Esto es tranquilidad". No había verbalización, que sólo es el reconocimiento y la afirmación de alguna experiencia similar. Y porque no había verbalización, el pensamiento estaba ausente. No había ningún recuerdo, y por eso el pensamiento no era capaz de recoger el silencio o de pensar en él; pues la palabra "quietud" no es la quietud. Cuando la palabra está ausente, la mente no puede obrar, y así el experimentador no puede acopiar con miras a nuevos deleites. No había proceso de acumulación en formación, ni de aproximación o asimilación. El movimiento de la mente estaba totalmente ausente.

El coche se detuvo delante de la casa. Los ladridos del perro la descarga del vehículo y el general alboroto, en modo alguno afectaron este extraordinario silencio. No había ninguna perturbación y la tranquilidad seguía. El viento soplaba entre los pinos, las sombras eran largas, y un gato montés se deslizó entre los matorrales. En este silencio había movimiento, y el movimiento no era una distracción. La atención no estaba fija en nada que la pudiera distraer. Hay distracción cuando el principal interés es cambiante; pero en este silencio había ausencia de interés, y por eso no había divagación. El movimiento no estaba fuera del silencio, sino que era parte de él. Era la quietud, no de la muerte, de la decadencia, sirio de la vida con total ausencia de conflicto. A la mayoría de nosotros, el embate del dolor y el placer, el afán de actividad, nos da la sensación de vida; y si se nos quitara ese afán, estaríamos perdidos y pronto nos desintegraríamos. Pero esta quietud y su movimiento era creación en permanente renovación por sí misma. Era un movimiento que no tenía comienzos y por eso no tenía fin; ni tampoco tenía continuidad. El movimiento implica tiempo; pero aquí no había tiempo. El tiempo es lo más y lo menos, lo cercano y lo lejano, el ayer y el mañana, pero en esta quietud toda comparación cesaba. No era un silencio que terminaba para empezar otra vez; no había repetición. Las muchas tretas de la mente astuta estaban totalmente ausentes.

Si este silencio fuera una ilusión la mente tendría alguna relación con él. Ya sea rechazándolo o apegándose a él, razonándolo o identificándose con él con sutil satisfacción; mas desde que no tiene ninguna relación con este silencio, la mente no pare e aceptarlo ni rechazarlo. La mente puede actuar sólo con sus propias proyecciones, con las cosas que son de ella misma; pero no tiene ninguna relación con las cosas que no son de su propio origen Este silencio no es de la mente, y por eso la mente no puede cultivarlo ni identificarse con él. El contenido de este silencio no puede ser medido por las palabras.

LA RENUNCIACIÓN DE LA RIQUEZA

Estábamos sentados a la sombra de un gran árbol, mirando un verde valle. Los pájaros carpinteros se hallaban activos y las hormigas en larga fila iban y venían entre los árboles. El viento soplaba el mar, trayendo el perfume de la bruma distante. Las montañas estaban azules y soñolientas; a veces daban la impresión e hallarse muy cercanas, pero ahora estaban muy distantes. Un pajarito bebía de un pequeño charco formado por las filtraciones de un caño. Dos ardillas grises con largas y espesas colas se perseguían mutuamente subiendo y bajando a un árbol; trepaban hasta la copa y bajaban a toda velocidad casi hasta el suelo, para volver a subir otra vez.

Él había sido un hombre muy rico y había renunciado a sus riquezas. Tuvo muchas posesiones y conoció el peso de su responsabilidad, porque era caritativo y no muy duro de corazón. Daba sin restricción y olvidaba lo que había dado. Era bueno con sus ayudantes y procuraba beneficiarlos, y hacía dinero fácilmente en un mundo dispuesto para los negocios. Era distinto de aquellos cuyas cuentas bancarias e inversiones son más importantes que ellos mismos, que permanecen solos y temerosos de la gente y de sus demandas, que se encierran en la peculiar atmósfera de su riqueza No era exigente con su familia ni se sometía fácilmente, y tenía muchos amigos, pero no porque era rico. Estaba refiriendo que había renunciado a sus posesiones porque comprendió un día, mientras leía algo, cuán enormemente estúpido era acumular dinero y riqueza. Ahora sólo tenía unas pocas cosas y procuraba llevar una vida sencilla, para descubrir qué es todo esto y si hay algo más allá de los sentidos físicos.

Estar contento con poco es comparativamente fácil; estar libre de la carga de muchas cosas no es difícil cuando uno está buscando algo diferente. El apremio de la búsqueda interior disipa la confusión de las muchas posesiones, pero el estar libre de las cosas exteriores no implica una vida sencilla. La sencillez y el orden exteriores no significan necesariamente tranquilidad e inocencia interiores. Es bueno ser sencillo exteriormente, porque eso da cierta libertad, es un gesto de integridad; pero ¿por qué es que empezamos invariablemente con la sencillez exterior y no con la sencillez interior? ¿Es para convencernos a nosotros mismos y a los demás de nuestra intención? ¿Por qué tenemos que convencernos a nosotros mismos? La liberación de las cosas requiere inteligencia, no actitudes y demostraciones; y la inteligencia no es personal. Si uno se da cuenta de todas las complicaciones de las muchas posesiones, esa misma percepción libera, y entonces son innecesarias las

demostraciones y las actitudes dramáticas. Es cuando esta inteligente percepción no funciona que recurrimos a las disciplinas y a las renunciaciones. El énfasis no está en lo mucho o lo poco, sino en la inteligencia; y el hombre inteligente, contento con poco, está libre de las muchas posesiones.

Pero el contento es una cosa y la sencillez es otra cosa muy diferente. El deseo de contentamiento o de sencillez es una atadura. El deseo contribuye a la complejidad. El contento llega con la alerta percepción de lo que es, y la sencillez con la liberación de lo que es. Es bueno ser exteriormente sencillo, pero es mucho más importante ser interiormente sencillo y claro. La claridad no proviene de una mente decidida y resuelta; la mente no puede crearla. La mente puede ajustarse, puede arreglar y ordenar sus pensamientos; pero esto no es claridad o sencillez.

La acción de la voluntad contribuye a la confusión; porque la voluntad, por muy sublimada que esté, es de todos modos el instrumento del deseo. La voluntad de ser, de devenir, cuando es digna y noble, puede proporcionar una directiva, puede señalar un camino en medio de la confusión; pero tal proceso conduce al aislamiento, y la claridad no puede llegar a través del aislamiento. La acción de la voluntad puede aclarar temporariamente el plano superficial, necesario para la mera actividad, pero jamás podrá aclarar el trasfondo; pues la voluntad en sí es el resultado de este mismo trasfondo. El trasfondo engendra y alimenta la voluntad, y la voluntad puede afinar el trasfondo, elevar sus potencialidades; pero jamás podrá purificar el trasfondo.

La sencillez no es de la mente. Una sencillez planeada sólo es un astuto acomodo una defensa contra el dolor y el placer; es una actividad que conduce al autoencierro que a su vez crea las diversas formas de conflicto y confusión. El conflicto es lo que trae la oscuridad, interna y externamente. El conflicto y la claridad no pueden existir juntos; y lo que confiere sencillez es la liberación del conflicto no su dominación. Lo que se conquista tiene que ser conquistado una y otra vez y por eso el conflicto se hace interminable. La comprensión del conflicto es la comprensión del deseo. El deseo puede considerarse a sí mismo como el observador como el que comprende; pero esta sublimación del deseo sólo es aplazamiento y no comprensión. El fenómeno del observador y lo observado no es un proceso dual sino un proceso único; y sólo al vivenciar de hecho este proceso unitario hay liberación del deseo del conflicto. La cuestión de cómo vivenciar este hecho no debería suscitarse jamás. Debe acaecer; y acaece solamente cuando hay alerta y pasiva percepción. No podéis conocer la positiva experiencia de encontrarse con una serpiente venenosa sólo imaginándolo o especulando sobre ello mientras estáis cómodamente sentados en vuestro cuarto. Para encontrar la serpiente debéis aventuraros más allá de las calles pavimentadas y de las luces artificiales.

El pensamiento puede registrar pero no puede vivencias la liberación del conflicto; pues la sencillez o claridad no es de la mente.

LA REPETICIÓN Y LA SENSACIÓN

El estrépito y los olores de la ciudad penetraban por la ventana abierta. En el gran jardín de la plaza la gente sentada a la sombra leía las novedades, las noticias generales. Las palomas se pavoneaban en derredor de sus pies buscando migajas y los niños jugaban sobre los verdes prados. El sol hacia hermosas sombras.

El era un periodista vivaz e inteligente. No sólo quería una entrevista, sino también discutir algunos de sus propios problemas. Cuando la entrevista para su diario hubo terminado habló de su carrera y del valor de la misma —no rentísticamente sino en cuanto a su significación en el mundo. Era un hombre robusto, hábil, capaz y confiado. Se había elevado rápidamente en el mundo periodístico donde tenía un porvenir asegurado.

Nuestras mentes están tan llenas de conocimientos que nos es casi imposible experimentar directamente. La experiencia del placer y del dolor es directa, individual; pero en la comprensión de la experiencia seguimos las normas dadas por otros, por las autoridades religiosas y sociales. Somos el resultado de los pensamientos y de las influencias de otros; estamos condicionados por la propaganda tanto religiosa como política. El templo, la iglesia o la mezquita tienen una extraña y oscura influencia en nuestras vidas, y las ideologías políticas dan aparente sustancia a nuestro pensamiento. La Propaganda nos hace y nos destruye. Las organizaciones religiosas son en primer término propagandistas, que hacen uso de todos los medios para persuadir y conquistar.

Somos un conjunto de respuestas confusas, y nuestro medio es tan incierto como el porvenir que se nos promete. Las meras palabras tienen para nosotros una extraordinaria importancia; tienen un efecto neurológico cuya sensación es más importante que lo que está detrás del símbolo. El símbolo, la imagen, la bandera, el ruido, es todo lo que nos importa; nuestra fuerza es el sustituto, no la realidad. Leemos sobre las experiencias de otros, presenciamos el juego de otros, seguimos el ejemplo de otros, citamos a otros. En nosotros mismos estamos vacíos y procuramos llenar este vacío con palabras, con sensaciones, con esperanzas e imaginación; pero la vacuidad continúa.

La repetición, con sus sensaciones, y aunque éstas sean placenteras y nobles, no es el estado de vivencia; la constante repetición de un rito, de una palabra, de una oración, nos brinda una sensación agradable, a la que

aplicamos un noble término. Pero la vivencia no es sensación, y la respuesta sensoria pronto cede su lugar a la efectiva actualidad. Lo actual, lo que **es**, no puede ser comprendido por medio de la mera sensación. Los sentidos juegan un papel limitado, pero la comprensión o la vivencia está fuera y por encima de los sentidos. La sensación se torna importante sólo cuando la vivencia cesa; entonces las palabras son significativas y los símbolos dominan; entonces el gramófono parece encantador. La vivencia no es una continuidad; pues lo que tiene continuidad es sensación, en cualquier nivel que sea. La repetición de la sensación tiene la apariencia de una experiencia nueva, pero las sensaciones jamás pueden ser nuevas. La búsqueda de lo nuevo no se basa en las reiteradas sensaciones. Lo nuevo surge únicamente cuando hay vivencia; y la vivencia sólo es posible cuando cesa el ansia y la persecución de sensación.

El deseo de repetición de una experiencia es la condición atadora de la sensación, y el enriquecimiento de la memoria es la prolongación de la sensación. El deseo de repetir una experiencia, ya sea propia o de otro, conduce a la insensibilidad, a la muerte. La repetición de una verdad es una mentira. La verdad no puede ser repetida, no puede ser propagada o utilizada. Lo que se puede utilizar y repetir no tiene vida en sí, es mecánico, estático. Se puede utilizar una cosa muerta, pero no la verdad. Podéis matar y negar la verdad, y entonces utilizarla; pero ya no es más la verdad. A los propagandistas no les interesa la vivencia; les interesa la organización de la sensación, religiosa o política, social o particular. El propagandista, religioso o seglar, no puede ser el portavoz de la verdad. La vivencia sólo puede llegar con la ausencia del deseo de sensación; el nombrar, el designar, debe cesar. No hay proceso de pensamiento sin verbalización; y estar atrapado en la verbalización es ser prisionero de las ilusiones del deseo.

LA RADIO Y LA MÚSICA

Es obvio que la música radiada es una maravillosa evasión. En la casa vecina, mantenían el aparato en marcha todo el día y hasta muy entrada la noche. El padre iba muy temprano a la oficina. La madre y la hija trabajaban en la casa o en el jardín, y cuando trabajaban en el jardín la radio sonaba estrepitosamente Aparentemente el hijo también gustaba de la música y de los avisos comerciales, porque cuando estaba en la casa la radio continuaba exactamente en la misma forma. Mediante la radio se puede escuchar incesantemente toda clase de música, desde lo clásico a lo más moderno; se pueden oír misteriosas comedias, noticias y todas las cosas que se radian constantemente. No se necesita ninguna conversación, ningún intercambio de pensamiento, porque la radio lo hace casi todo por vosotros. Dicen que la radio ayuda a los estudiantes a estudiar; y que las vacas dan más leche cuando se hace música al ordeñarlas.

Lo más notable en todo esto es que la radio parece alterar muy poco el curso de la vida. Puede ser que nos proporcione algunas pequeñas comodidades más; podemos tener más rápidamente las noticias mundiales y escuchar una descripción más vívida de los crímenes; pero la información no nos hará inteligentes. La pormenorizada exposición de informaciones sobre los horrores de la bomba atómica, sobre las alianzas internacionales, las investigaciones sobre la clorofila, etc., no parecen producir ninguna diferencia fundamental en nuestra vida. Somos tan belicosos como siempre, odiamos a algún otro grupo de gente, despreciamos a este líder político y apoyamos aquel otro, seguimos siendo engañados por las religiones organizadas, somos nacionalistas, y nuestras miserias continúan; estamos absortos en las evasiones, y tanto más cuanto más respetables parecen y mejor organizadas están. La evasión colectiva es la más alta forma de seguridad. Enfrentando lo que **es**, algo podemos hacer a su respecto; pero el escapar de lo que es, inevitablemente nos hace estúpidos y embotados, esclavos de la sensación y de la confusión.

¿No nos ofrece la música, en forma muy sutil, un feliz alivio de lo que es? La buena música nos transporta lejos de nosotros mismos, de nuestras tristezas, pequeñeces y ansiedades cotidianas, nos hace olvidar; o nos infunde valor para enfrentar la vida, nos inspira, nos vigoriza y nos tranquiliza. En todo caso, ya sea como medio de olvido o como fuente de inspiración, la música se convierte en una necesidad. Depender de la belleza y evitar lo feo es una evasión que se convierte en una tortura si algo la interrumpe. Cuando la belleza se torna necesaria para nuestro bienestar, entonces cesa la vivencia y empieza la sensación. El instante de vivencia es totalmente diferente de la búsqueda de sensación. En la vivencia no hay percepción del experimentador y de sus sensaciones. Cuando la vivencia concluye, entonces comienzan las sensaciones del experimentador; y son estas sensaciones que el experimentador requiere y persigue. Cuando las sensaciones se convierten en una necesidad, entonces la música, el río, la pintura sólo son un medio para obtener nuevas sensaciones. Las sensaciones se convierten en el elemento predominante, y no la vivencia. El vehemente deseo de repetir una experiencia proviene de esa demanda de sensación; y mientras las sensaciones pueden ser repetidas, la vivencia en cambio no puede repetirse.

Es el deseo de sensación lo que crea nuestro apego a la música, a la belleza. La dependencia de las cosas y las formas exteriores sólo demuestra la vacuidad de nuestro propio ser, que llenamos con música, con arte, con

deliberado silencio. Es porque invariablemente llenamos o encubrimos este vacío con sensaciones que existe el perpetuo miedo de lo que **es**, de lo que somos. Las sensaciones tienen un principio y un fin, pueden ser repetidas y prolongadas; pero la vivencia no está dentro de los límites del tiempo. Lo esencial es la vivencia, que está ausente en la persecución de sensación. Las sensaciones son limitadas, personales, son causa de conflicto y sufrimiento; pero la vivencia, que es totalmente diferente de la repetición de una experiencia, no tiene continuidad. Unicamente en la vivencia hay renovación, transformación.

LA AUTORIDAD

Las sombras danzaban sobre la verde pradera; y aunque el sol estaba ardiente, el cielo aparecía muy azul y diáfano. Desde el otro lado del cerco una vaca miraba la pradera y la gente. La reunión de gente era algo extraordinario para ella. Pero el tierno pasto le resultaba familiar, más desde que las lluvias hacia tiempo habían cesado y la tierra estaba calcinada. Un lagarto cazaba moscas y otros insectos sobre el tronco de un roble. Las distantes montañas estaban brumosas y atractivas.

Ella dijo, después de la conversación bajo los árboles, que había venido para escuchar, en caso de que hablara el maestro de los maestros. Lo decía muy seriamente, pero ahora esa seriedad se había convertido en obstinación. Esta obstinación se ocultaba tras las sonrisas y tras una razonada tolerancia, que había sido cuidadosamente pensada y cultivada; era una cosa de la mente y por tanto podía transformarse en violenta y colérica intolerancia. Era una persona robusta y hablaba suavemente; pero ocultaba una inclinación a la condenación, alimentada por sus convicciones y creencias. Era reprimida y dura, pero estaba entregada a la fraternidad y a su buena causa. Después de una pausa, agregó que sabía cuándo hablaría el maestro, pues ella y su grupo tenían algún misterioso medio de conocimiento, que no era otorgado a otros. El deleite del conocimiento exclusivo era evidenciado así por el modo en que lo decía, por sus gestos e inclinaciones de cabeza.

El conocimiento exclusivo, particular, brinda un deleite profundamente satisfactorio. Saber algo que otros no saben es motivo de constante satisfacción; nos da la sensación de estar en contacto con cosas más profundas que otorgan prestigio y autoridad. Vosotros estáis directamente en contacto, tenéis algo que otros no tienen, y así sois importantes no sólo para vosotros mismos, sino también para los demás. Los otros os mirarán un poco aprensivamente, porque desean participar de lo que tenéis; pero vosotros dais, siempre porque sabéis más. Sois el líder, la autoridad; y esta posición se adquiere fácilmente, porque la gente desea que se le enseñe, que se le conduzca. Cuanto más nos damos cuenta que estamos perdidos y confusos, tanto más ansiamos que se nos guíe y que se nos aconseje; así se erige la autoridad en nombre del Estado en nombre de la religión, en nombre de un Maestro o de un dirigente político.

El culto de la autoridad, tanto en las grandes como en las pequeñas cosas, es pernicioso, y más aún en materia religiosa. No hay ningún intermediario entre vosotros y la realidad; y si hay alguno, es un falsificador, un mistificador, sin que importe quién es, y tanto si se trata del más grande de los salvadores como de vuestro último gurú o instructor.

El que sabe no sabe; únicamente puede conocer sus propios prejuicios, sus creencias autoproyectadas y sus demandas sensorias. No puede conocer la verdad, lo inconmensurable. La posición y la autoridad se pueden erigir, cultivar astutamente, pero no la humildad. La virtud da libertad; pero la humildad cultivada no es virtud, es mera sensación y por consiguiente es perjudicial y destructiva; es una atadura, que deberá romperse una y otra vez.

Es importante descubrir, no quién es el Maestro, el santo, el líder, sino por qué seguís. Sólo seguís para convertiros en algo para ganar, para ser claros. La claridad no puede ser dada por otro. La confusión está en nosotros; nosotros la hemos producido, y nosotros tenemos que disiparla. Podemos alcanzar una satisfactoria posición, una seguridad íntima, un lugar en la jerarquía de las creencias organizadas; pero todo esto es actividad que conduce al autoencierro, al conflicto y al sufrimiento. Podéis sentir una momentánea felicidad en vuestra realización, podéis convenceros de que vuestra posición es inevitable, que es vuestro destino; pero en tanto deseéis llegar a ser algo, en cualquier nivel, necesariamente tendréis sufrimiento y confusión. Ser como la nada no es negación. La acción positiva o negativa de la voluntad, que es el deseo sutilizado y realzado, siempre conduce a la oposición y al conflicto; no es el medio de la comprensión. La erección de la autoridad y su seguimiento es la negación de la comprensión. Cuando hay comprensión hay libertad, la cual no puede ser adquirida, ni dada por otro. Lo que se adquiere puede perderse, y lo que se da puede quitarse; y así la autoridad y su temor se acrecientan. El temor no puede ser trascendido mediante apaciguamiento y simpleza; termina con la cesación del deseo de devenir.

LA MEDITACIÓN

HABÍA PRACTICADO durante cierto número de años lo que llamaba meditación; había seguido determinadas disciplinas después de leer algunos libros sobre la materia, y había estado en un monasterio de cierta clase, en el que se meditaba varias horas por día. No parecía sentimental, ni estaba aturdido por los tormentos del autosacrificio. Decía que, aunque después de esos muchos años había llegado a controlar la mente, a veces todavía escapaba a su control; que no había alegría en su meditación; y que las disciplinas autoimpuestas lo estaban haciendo más bien rígido y seco. En el fondo estaba francamente descontento con todo eso. Había pertenecido a varias de las llamadas sociedades religiosas, pero ahora había terminado con todas ellas y buscaba independientemente el Dios que todas prometían. Estaba entrando en años y empezaba a sentirse un poco cansado.

La verdadera meditación es esencial para purgar la mente, pues sin vaciar la mente no puede haber renovación. La mera continuidad es decadencia. La mente se deteriora por la constante repetición, por la fricción del mal uso, por las sensaciones que terminan por embotarla y fatigarla. El control de la mente no es importante; lo importante es descubrir los intereses de la mente. La mente es un manojo de intereses en conflicto, y el mero fortalecimiento de un interés contra otro es lo que llamamos concentración, el proceso de la disciplina. La disciplina es cultivo de la resistencia, y donde hay resistencia no hay comprensión. Una mente bien disciplinada no es una mente libre, y es únicamente en la libertad que puede hacerse cualquier descubrimiento. Debe haber espontaneidad para descubrir los movimientos del "yo", sea cual fuere el nivel en que esté situado. Aunque puede haber descubrimientos desagradables, los movimientos del "yo" deben ser expuestos y comprendidos; pero las disciplinas destruyen la espontaneidad que permite hacer los descubrimientos. Las disciplinas, por estrictas que sean, fijan la mente en un molde. La mente se ajustará a aquello para lo cual ha sido entrenada; pero eso a lo que se ajusta no es lo real. Las disciplinas son meras imposiciones y por eso jamás pueden ser medios para la denudación. Mediante la disciplina la mente puede fortalecerse a sí misma en su propósito; pero este propósito es autoproyectado y por lo tanto no es lo real. La mente crea la realidad a su propia imagen y semejanza, y las disciplinas simplemente dan vitalidad a esa imagen.

Unicamente en el descubrimiento puede haber alegría —el descubrimiento de las modalidades del "yo" de instante en instante. El "yo", en cualquier nivel que esté colocado, siempre es de la mente. Todo lo que la mente puede pensar es de la mente. La mente no puede pensar en algo que no sea de ella misma; no puede pensar en lo desconocido. El "yo", en cualquier nivel es lo conocido; y aunque pueden existir capas del "yo" que pasan inadvertidas para la mente superficial, ellas siguen estando todavía dentro del campo de lo conocido. Los movimientos del "yo" se revelan en la acción de la convivencia; y cuando la convivencia no está confinada dentro de una norma, da oportunidad a la autorrevelación. La convivencia es la acción del "yo", y para comprender esta acción debe haber alerta percepción sin opción; porque elegir es acentuar un interés contra otro. Esta percepción es la vivencia de la acción del "yo", y en esta vivencia no existe el experimentador ni lo experimentado. Así la mente es vaciada de sus acumulaciones; no existe entonces el "yo", el acopiador. Las acumulaciones, las memorias almacenadas son el "yo"; el "yo" no es una entidad separada de las acumulaciones. El "yo" se separa a sí mismo de sus características como el observador, el vigía, el contralor, con el fin de salvaguardarse, para darse continuidad en medio de lo impermanente. La vivencia del proceso unitario integral libera la mente de su dualismo. Así el proceso total de la mente, tanto el visible como el oculto, es vivenciado y comprendido —no parte por parte, no actividad por actividad, sino en su totalidad. Entonces los sueños y las actividades cotidianas son siempre un proceso de vaciado. La mente debe estar completamente vacía para recibir; pero el ansia de hallarse vacía con el fin de recibir es un impedimento hondamente arraigado, y esto también debe ser comprendido completamente, no en algún nivel particular. El ansia de experimentar debe cesar enteramente, lo que sucede sólo cuando el experimentador no se alimenta a sí mismo a base de experiencias y de sus recuerdos.

La expurgación de la mente debe realizarse no sólo en sus niveles superficiales, sino también en sus ocultas profundidades; y esto sólo puede ocurrir cuando el proceso de nombrar o determinar llega a su fin. El nombrar sólo fortalece y da continuidad al experimentador, al deseo de permanencia, a las características de la memoria particularizaste. Debe haber una silenciosa percepción del nombrar, para que así pueda ser comprendido. Nombramos no sólo para comunicarnos, sino también para dar continuidad y sustancia a una experiencia, para revivir y repetir sus sensaciones. Este proceso de nombrar debe cesar, no sólo en las capas superficiales de la mente, sino a través de toda su estructura. Esta es una ardua tarea, en la que no es posible comprender fácilmente o experimentar a la ligera; pues la totalidad de nuestra conciencia es un proceso de nombrar o determinar experiencias, para luego almacenarlas y registrarlas. Es este proceso que alimenta y fortalece a la entidad ilusoria, al experimentador como ente distinto y separado de la experiencia. Sin pensamientos no hay pensador. Los pensamientos crean al pensador, que se aísla a sí mismo para darse permanencia; pues los pensamientos son siempre transitorios.

Hay liberación cuando el ser en su totalidad, en lo superficial tanto como en lo oculto, es purificado del pasado. La voluntad es deseo; y si existe cualquier movimiento de la voluntad, cualquier esfuerzo para ser libre,

para desnudarse a sí misma, entonces jamás podrá haber liberación, la purificación del ser en su totalidad. Cuando todas las diversas capas de la conciencia estén quietas, completamente tranquilas, sólo entonces está presente lo inconmensurable, la bienaventuranza que no es del tiempo, la renovación de la creación,

LA IRA

Aun a esa altura el calor era penetrante. Los vidrios de las ventanas estaban calientes al tocarlos. El regular zumbido de los motores del avión era tranquilizador, y muchos de los pasajeros estaban soñolientos. La tierra se hallaba lejos debajo de nosotros, resplandeciente por el calor, en un interminable color pardo con ocasionales parches verdes. Luego aterrizamos, y el calor se hizo del todo insoportable; era literalmente penoso, y aun en la sombra de un edificio parecía que la cabeza iba a estallar. Estábamos en pleno verano y el campo era casi un desierto. Partimos de nuevo y el avión ascendió, buscando los vientos frescos. Dos nuevos pasajeros, ubicados en los asientos de enfrente, conversaban en voz alta era imposible dejar de oírlos. Empezaron bastante tranquilos; pero pronto la ira reveló en sus voces los disgustos y resentimientos de familia. En su violencia parecían haber olvidado al resto del pasaje; cada uno se hallaba tan ocupado con el otro que era como si existieran sólo ellos, y nadie más.

La ira tiene esa peculiar condición de aislar; como la pesadumbre, ella se interpone, y al menos por un tiempo interrumpe las relaciones. La ira tiene la temporaria fuerza y vitalidad de lo aislado. Hay en la ira una extraña desesperación; pues el aislamiento es desesperación. La ira de la frustración, de los celos, del impulso de ofender, proporciona un violento desahogo cuya satisfacción reside en la autojustificación. Condenamos a otros, y esa condenación es en verdad una justificación de nosotros mismos. Sin alguna clase de actitud, ya sea de altivez o de humillación, ¿qué somos nosotros? Empleamos cualquier medio para imponernos; y la ira, como el odio, es el medio más fácil. Un simple enojo, un repentino relámpago que prontamente se olvida, es una cosa; pero la ira que se prepara deliberadamente, que ha sido madurada y que procura herir y destruir, es algo completamente diferente. Un simple enojo puede tener una causa fisiológica que puede determinarse y remediarse; pero la ira que es el resultado de una causa psicológica es mucho más sutil y difícil de tratar. La mayoría de nosotros no se cuida de la ira, y más bien la justifica. ¿Por qué no habríamos de encolerizarnos cuando hay un mal trato para nosotros o para algún otro? Por lo tanto nos irritamos justamente. Jamás decimos simplemente que estamos enojados, y nada más; entramos en complicadas explicaciones de las causas. Nunca decimos sencillamente que estamos celosos o amargados, sino que lo justificamos o lo explicamos. Preguntamos cómo puede haber amor sin celos, o decimos que las actitudes de otros nos han hecho amargados, y así por el estilo.

Es la explicación, la verbalización, tanto silenciosa como hablada, que sostiene la ira, que le da finalidad y profundidad. La explicación, silenciosa o hablada, actúa como un escudo contra el descubrimiento de nosotros tal como somos. Queremos ser elogiados o adulados, esperamos algo; y cuando estas cosas no se cumplen, estamos disgustados, nos volvemos amargados o celosos. Entonces, violenta o suavemente, censuramos a algún otro; decimos que el otro es responsable de nuestra amargura. Vosotros sois de gran importancia para mí debido a que yo dependo de vosotros para mi felicidad, para mi posición o mi prestigio. Por medio de vosotros, yo me realizo, y por eso sois importantes para mí; debo conservaros, debo poseeros. Mediante vosotros, huyo de mí mismo; y estando temerosos de mi propio estado, cuando tengo que volver a mí mismo, me pongo colérico. La ira toma muchas formas: frustración, resentimiento, amargura, celos, etc.

La acumulación de la ira, que es el resentimiento, requiere el antídoto del perdón; pero la acumulación de la ira es mucho más significativa que el perdón. El perdón es innecesario cuando no hay acumulación de ira. El perdón es esencial si hay resentimiento; pero estar libre de la adulación y del sentido de la ofensa, sin la dureza de la indiferencia, conduce a la misericordia, a la caridad. La ira no puede ser eliminada por la acción de la voluntad, porque la voluntad es parte de la violencia. La voluntad es la resultante del deseo, del ansia de ser; y el deseo por su misma naturaleza es agresivo, dominante. Suprimir la ira mediante el ejercicio de la voluntad es transferirla a un nivel diferente, dándole un nombre diferente; pero ella sigue todavía formando parte de la violencia. Para estar libre de la violencia —lo que no es el culto de la no—violencia— debe haber comprensión del deseo. No existe ningún sustituto espiritual para el deseo; él no puede ser suprimido ni sublimado. Debe haber una silenciosa y alerta percepción del deseo sin previa opción; y esta pasiva y alerta percepción es la vivencia directa del deseo, sin el experimentador que le da un nombre.

LA SEGURIDAD PSICOLÓGICA

DIJO QUE HABÍA profundizado la cuestión completamente; había leído cuanto pudo de lo escrito al respecto, y estaba convencido de que existían Maestros en diferentes partes del mundo. Ellos no se mostraban físicamente más que a sus discípulos especiales, pero estaban en comunicación con otros por diferentes medios. Ejercían una benéfica influencia y guiaban a los conductores del pensamiento y de la acción en el mundo, aunque los conductores mismos lo ignoraban; y ellos producían la revolución y la paz. Estaba convencido, dijo que cada continente tenía un grupo de Maestros, que ajustaban sus destinos y les concedían sus bendiciones. Había conocido a varios discípulos de los Maestros —a lo menos ellos dijeron que lo eran, agregó prudentemente. Era enteramente serio y deseaba mayor conocimiento acerca de los Maestros. ¿Sería posible tener experiencia directa, contacto directo con ellos?

¡Qué tranquilo estaba el río! Dos brillantes martín pescador volaban de acá para allá cerca de la orilla y justo a ras de la superficie; había algunas abejas recogiendo agua para sus colmenas, y una lancha pesquera reposaba en medio de la corriente. Los árboles a lo largo del río eran frondosos, y sus sombras se proyectaban densas y oscuras. En los campos el arroz recién plantado tenía un color verde vivo, y se oía el llamado de los blancos pájaros arroceros. La escena resultaba verdaderamente apacible, y parecía una impiedad discutir nuestros pequeños y mezquinos problemas. El cielo tenía el delicado azul del atardecer. Las ruidosas ciudades estaban muy lejos; había una aldea al otro lado del río, y un sinuoso sendero serpenteaba a lo largo de la orilla. Un muchacho cantaba en alta y clara voz, que no perturbaba la tranquilidad del lugar. Somos gente extraña; deambulamos por lejanos lugares en busca de algo que está tan cerca de nosotros. La belleza está siempre allí jamás aquí; la verdad no está nunca en nuestros hogares, sino en algún lugar distante. Vamos al otro extremo del mundo para encontrar al Maestro, y no reparamos en el sirviente; no comprendemos las cosas comunes de la vida, las luchas y alegrías cotidianas, y sin embargo nos esforzamos por alcanzar lo misterioso y lo oculto. No nos conocemos a nosotros mismos, pero estamos dispuestos a servir y a seguir a aquél que nos promete una recompensa, una esperanza, una utopía. En tanto estemos confundidos, aquél que elijamos debe estar también confundido. No podemos percibir claramente, desde que somos medio ciegos; y lo que vemos entonces sólo es parcial y por tanto no real. Todo esto lo sabemos, y sin embargo nuestros deseos, nuestras ansias son tan fuertes que nos sumergen en ilusiones e interminables miserias.

La creencia en el Maestro crea al Maestro, y la experiencia es conformada por la creencia. La creencia es una particular norma de acción o en una ideología, produce lo que se aspira lograr; pero ¡a qué costo y con qué sufrimiento! Si un individuo tiene capacidad, entonces la creencia se convierte en sus manos en una cosa poderosa, en un arma más peligrosa que un fusil. Para la mayoría de nosotros, la creencia tiene mayor significación que lo actual. La comprensión de lo que **es** no requiere una creencia, por el contrario, la creencia, la idea, el prejuicio, es un impedimento definitivo para la comprensión. Pero preferimos nuestras creencias, nuestros dogmas; ellos nos entusiasman, nos prometen, nos animan. Si comprendiésemos el sentido de nuestras creencias y por qué nos aferramos a ellas, desaparecería una de las mayores causas de antagonismo.

El deseo de ganancia, individualmente o para un grupo, conduce a la ignorancia y la ilusión, a la destrucción y la miseria. Este deseo no es sólo de más y más comodidades físicas, sino también de poder; el poder del dinero, del conocimiento, de la identificación. El ansia de "más" es el comienzo del conflicto y sufrimiento. Tratamos de escapar de este sufrimiento mediante diversas formas de autoengaño, mediante la supresión, la sustitución y la sublimación; pero el ansia continúa, tal vez en un nivel diferente. El ansia en cualquier nivel sigue siendo todavía conflicto y dolor. Una de las evasiones más fáciles es la del **gurú**, del Maestro. Algunos se evaden mediante una ideología política con sus actividades, otros mediante las sensaciones del ritual y la disciplina, y otros todavía mediante el Maestro. Entonces los medios de evasión se vuelven muy importantes, y el temor y la obstinación procuran los medios. Entonces no importa lo que **sois**; es el Maestro lo importante. Vosotros sois importantes únicamente con servidores, cualquiera que sea la acepción que queráis dar a esta palabra, o como discípulo. Para llegar a ser uno de éstos, tenéis qué hacer ciertas cosas conformaros a ciertas normas, supeditaros a ciertas pruebas. Estáis dispuestos a hacer todo esto y más, porque la identificación da placer y poder. En nombre del Maestro, el placer y el poder se han vuelto respetables. Ya no estáis más solos, confusos, perdidos, pertenecéis a él, al partido, a la idea. Estáis seguros.

Después de todo, eso es lo que la mayoría de nosotros quiere; estar a salvo, estar seguros. Estar perdido con los muchos es una forma de seguridad psicológica; estar identificado con un grupo o con una idea, temporal o espiritual, es sentirse seguro. He ahí por que la mayoría de nosotros está aterrada al nacionalismo, aunque engendre creciente destrucción y sufrimiento; es por eso que la religión organizada tiene tan fuerte apoyo en la gente, aun cuando divide y crea antagonismo. El ansia de seguridad individual o colectiva acarrea destrucción, y el sentirse psicológicamente seguro engendra ilusión. Nuestra vida es ilusión y sufrimiento, con raros momentos de claridad y alegría, de modo que aceptamos ansiosamente todo lo que nos promete un refugio. Algunos ven la futileza de las utopías políticas y por eso se hacen religiosos, lo cual es hallar seguridad y esperanzas en Maestros, en dogmas, en ideas. Como la creencia informa la experiencia, los Maestros se convierten en una realidad. Una vez

que la mente ha experimentado el agrado que brinda la identificación, se atrinchera firmemente y nada puede hacerla vacilar; porque su criterio es la experiencia.

Pero la experiencia no es la realidad. La realidad no puede ser experimentada. Ella **es**. Si el experimentador piensa que experimenta la realidad, entonces conoce únicamente ilusión. Todo conocimiento de la realidad es ilusión. El conocimiento o la experiencia deben cesar para que surja la realidad. La experiencia y la realidad no pueden ir juntas. La experiencia informa al conocimiento, y el conocimiento prepara la experiencia; ambos deben cesar para que la realidad sea.

LA SEPARATIVIDAD

Era un hombre pequeño y agresivo, profesor en una universidad. Había leído tanto que le resultaba difícil saber dónde empezaban sus propios pensamientos y dónde terminaban los pensamientos de los otros. Dijo que había sido un ferviente nacionalista y que en cierto modo había sufrido por ello. También había sido un religioso militante; pero ahora había rechazado todos esos obstáculos, gracias a Dios, y estaba libre de superstición. Afirmó con vehemencia que toda esta charla y discusión psicológica estaba extraviando a la gente, y que lo más importante era la reorganización económica del hombre; pues el hombre vive de pan en primer término, y después de eso viene todo lo demás. Debía producirse una violenta revolución y establecerse una nueva sociedad sin clases. No importaban los medios si el fin era alcanzado. Si fuera necesario ellos fomentarían el caos para dominar y establecer entonces un orden correcto. El colectivismo era esencial, y toda explotación individual debía eliminarse. Era muy explícito con respecto al futuro; y como el hombre era el producto del medio ambiente; ellos modelarían al hombre para el futuro; sacrificarían todo para el futuro, para el mundo que se iba a instaurar. La liquidación del hombre presente tenía poca importancia, porque ellos conocían el futuro.

Podemos estudiar la historia e interpretar los acontecimientos históricos conforme a nuestros prejuicios; pero tener certeza con respecto al futuro es estar en ilusión. El hombre no es el resultado de una sola influencia, sino que es inmensamente complejo; y acentuar una influencia mientras se minifican otras es crear un desequilibrio que conducirá todavía a mayor caos y sufrimiento. El hombre es un proceso total. Debe ser comprendida la totalidad y no meramente una parte, por muy importante que la parte pueda ser temporariamente. El sacrificio del presente por el porvenir es la insania de los poderosos; y el poder es pernicioso. Estos se arrogan el derecho de dirigir a la humanidad; son los nuevos sacerdotes. Los medios y el fin no están separados, son un fenómeno conjunto; los medios crean el fin. Mediante la violencia no se conseguirá nunca la paz; un estado policial no puede producir un ciudadano pacífico; por medio de la compulsión, no se obtendrá la libertad. Una sociedad sin clases no se puede establecer si el partido es todopoderoso; y ella jamás puede ser el resultado de una dictadura. Todo esto es obvio.

La separatividad del individuo no se destruye por su identificación con lo colectivo o con una ideología. La sustitución no elimina el problema de la separatividad, ni puede él ser suprimido. La sustitución y la supresión podrán obrar por un tiempo, pero la separatividad irrumpirá de nuevo con más violencia. El temor podrá relegarla temporariamente al trasfondo, pero el problema estará todavía allí. El problema no es cómo destacarse de la separatividad, sino por qué cada uno de nosotros le da tanta importancia. Los mismos individuos que desean establecer una sociedad sin clases, por sus actos de poder y autoridad crean división. Vosotros estáis separados de mí, y yo de otro, y eso es un hecho; pero ¿por qué le damos importancia a este sentimiento de separatividad, con todos sus malos resultados? Aunque existe una gran semejanza entre todos nosotros, somos sin embargo disímiles; y esta desemejanza da a cada uno el sentido de la importancia de ser diferente, de estar separado: la familia separada, el nombre, la propiedad, y el sentimiento de ser una entidad distinta. Esta separatividad, este sentido de individualidad ha causado enorme daño, y de ahí el deseo de colectivizar el trabajo y la acción, el sacrificio del individuo al conjunto, etc. Las religiones organizadas han tratado de supeditar la voluntad del particular a la voluntad del conjunto; y ahora el partido, que asume el papel del Estado, hace todo lo que puede para ahogar al individuo.

¿Por qué nos apagamos al sentimiento de la separatividad? Nuestras sensaciones son separadas y vivimos de sensaciones; somos sensaciones. Que se nos prive de sensaciones, agradables o penosas, y dejaremos de ser. Las sensaciones son importantes para nosotros y están identificadas con la separatividad. La vida privada y la vida como ciudadano tienen diferentes sensaciones en diferentes niveles, y cuando éstas chocan hay conflicto. Pero las sensaciones están siempre en guerra entre sí, ya sea en la vida privada o en la del ciudadano. El conflicto es inherente a la sensación. En tanto yo quiera ser poderoso o humilde, deben existir los conflictos de la sensación, que acarrean la miseria privada y social. El constante deseo de ser más o de ser menos da pie al sentimiento de la individualidad y de su separatividad. Si podemos enfrentar este hecho sin condenarlo o justificarlo, descubriremos que las sensaciones no constituyen toda nuestra vida. Entonces la mente como memoria, que es sensación llega a estar quieta, deja de estar trastornada por sus propios conflictos; y sólo entonces, cuando la mente es silenciosa y

tranquila, hay una posibilidad de amar sin el "yo" y lo "mío". Sin este amor, la acción colectiva es mera compulsión que engendra antagonismo y temor, causa de los conflictos individuales y sociales.

EL PODER

El hombre era muy pobre, pero capaz y habilidoso; estaba contento, o a lo menos parecía estarlo, con lo poco que poseía, y no tenía cargas de familia. A menudo venia para conversar sobre distintas cosas, y tenia grandes sueños para el futuro, era vehemente y entusiasta, simple en sus placeres, y se deleitaba haciendo pequeñas cosas para los demás. Decía que no le atraía el dinero ni las comodidades físicas; pero gustaba describir lo que hubiera hecho si hubiese tenido dinero, cómo habría financiado esto o aquello, cómo habría fundado la escuela perfecta, y cosas por el estilo. Era más bien un soñador y fácilmente se dejaba llevar por su propio entusiasmo y por el de los demás.

Pasaron varios años, y un día apareció de nuevo. Se había operado en él una extraña transformación. La mirada soñadora había desaparecido; era definidamente materialista, casi letal en sus opiniones, y bastante áspero en sus juicios. Había viajado, y sus modales eran altamente pulidos y artificiales; tornábase agradable o desagradable por momentos. Había heredado una cantidad de dinero que tuvo la suerte de multiplicar varias veces, y se había vuelto una persona completamente distinta. Apenas nos visita ahora; y cuando en raras ocasiones nos encontramos, se muestra distanciado y abstraído.

Tanto la pobreza como la riqueza constituyen una atadura. El que es consciente de su pobreza y el que es consciente de su riqueza, son por igual juguete de las circunstancias. Ambos son corruptibles, porque ambos buscan lo que corrompe: el poder. El poder es más importante que las posesiones, más importante que la riqueza y las ideas. Estas dan poder; pero pueden ser abandonadas, y aun así el sentirlo del poder permanece. Uno puede procurar poder mediante la sencillez de vida, mediante la virtud, mediante el partido, mediante la renunciación; pero tales medios constituyen una mera sustitución y no deberían engañarnos. El deseo de posición, prestigio y poder —el poder que se adquiere mediante la agresión y la humildad, mediante el ascetismo y el conocimiento, la explotación y la negación de sí mismo— es sutilmente incitante y casi instintivo. El éxito en cualquier forma es poder, y el fracaso es meramente la negación del éxito. Ser poderoso, ser afortunado es ser esclavo, lo que es la negación de la virtud. La virtud da libertad, pero no es una cosa que pueda ganarse. Toda realización, tanto individual como colectiva, se convierte en un medio de poder. El éxito en este mundo, y el poder que trae el autocontrol y la negación de sí mismo, deben evitarse: porque ambos falsean la comprensión. Es el deseo de éxito que impide la humildad; y sin humildad ¿cómo puede haber comprensión? El hombre que tiene éxito está endurecido, encerrado en sí mismo está sobrecargado con su propia importancia, con sus responsabilidades, realizaciones y recuerdos. Es necesario estar libre de las autoimpuestas responsabilidades y de la carga de la realización; porque lo que está sobrecargado no puede ser veloz, y para comprender se requiere una mente rápida y flexible. La gracia les es negada a los afortunados, porque son incapaces de conocer el amor, que es la verdadera belleza de la vida.

El deseo de éxito es el deseo de dominación. Dominar es poseer, y la posesión es el camino del aislamiento. Este autoaislamiento es lo que la mayoría de nosotros busca mediante el nombre, la convivencia, el trabajo, la ideación. En el aislamiento hay poder pero el poder engendra antagonismo y dolor; porque el aislamiento es la resultante del temor, y el temor pone fin a toda comunicación. La comunión es convivencia; y por placentera o dolorosa que la convivencia pueda ser, en ella existe la posibilidad de olvidarse de sí mismo. El aislamiento es la modalidad del "yo", y toda actividad del "yo" trae conflicto y sufrimiento.

LA SINCERIDAD

Había un pequeño prado verde, con brillantes flores a lo largo de sus bordes. Estaba admirablemente mantenido y se le dedicaba mucho cuidado, pues de otro modo el sol habría quemado el césped y marchitarlo las flores. Más allá de este exquisito jardín, después de muchas casas se veía el mar azul, resplandeciente en el sol, y sobre él una blanca vela. La habitación dominaba el jardín, las casas y las copas de los árboles, y desde su ventana, en la madrugada y al atardecer, el espectáculo del mar era delicioso. Durante el día sus aguas se volvían brillantes y oscuras; pero siempre había una vela, aun en pleno mediodía. El sol se ponía en el mar, haciendo una brillante senda roja; no había crepúsculo. La estrella del atardecer rondaba sobre el horizonte, y desaparecía. El atardecer aprisionaba a la furtiva luna nueva, pero ella también desaparecía en el inquieto mar, y la oscuridad se extendía sobre las aguas.

El habló extensamente acerca de Dios, de sus oraciones matutinas y vespertinas, de sus ayunos, sus votos y sus ardientes deseos. Se expresaba muy clara y concisamente, sin vacilar en el empleo de la palabra justa; su mente

estaba bien entrenada, porque lo requería su profesión. Era un hombre de mirada clara y alerta, aunque había en él cierta tosquedad. Sus gestos revelaban obstinación en los propósitos y falta de flexibilidad. Era evidente que lo impulsaba una voluntad extraordinariamente poderosa, y aunque sonreía fácilmente su voluntad estaba siempre alerta, vigilante y dominante. Era muy regular en su vida cotidiana, y sólo por sanción de su voluntad alteraba los hábitos establecidos. Dijo que sin voluntad no podía haber virtud; la voluntad era esencial para vencer el mal. La batalla entre el bien y el mal era perpetua, y únicamente la voluntad podía tener en jaque al mal. Tenía también su lado amable, porque gustaba contemplar el prado y las alegres flores y sonreía; pero jamás permitió que su mente vagase fuera de las normas y ocupaciones voluntarias. Aunque evitaba cuidadosamente las palabras ásperas, la ira y toda muestra de impaciencia, su voluntad lo hacia extrañamente violento. Si la belleza se acomodaba en el molde de sus miras, la aceptaba; pero siempre estaba en acecho el temor de la sensualidad, cuyo dolor trataba de contener. Era instruido y civilizado, y su voluntad lo acompañaba como su sombra.

La sinceridad jamás puede ser sencilla, la sinceridad es el engendro de la voluntad, y la voluntad no puede descubrir las modalidades del "yo". El conocimiento propio no es producto de la voluntad; el conocimiento propio surge a través de la alerta percepción de las respuestas al movimiento de la vida de instante en instante. La voluntad intercepta estas respuestas espontáneas, que es lo único que revela la estructura del "yo". La voluntad es la esencia misma del deseo; y para la comprensión del deseo, la voluntad es un obstáculo. La voluntad en cualquier forma, sea de la mente superficial o de los deseos profundamente arraigados, nunca puede ser pasiva; y es sólo en la pasividad, en el silencio alerta, que puede surgir la verdad. El conflicto siempre es entre deseos, cualquiera que sea el nivel en que los deseos puedan estar colocados. El fortalecimiento de un deseo en oposición a los otros sólo produce más resistencia, y esta resistencia es voluntad. La comprensión jamás puede llegar a través de la resistencia. Lo importante es comprender el deseo, y no dominar un deseo con otro.

El deseo de realizar, de ganar, es la base de la sinceridad; y este impulso, sea superficial o profundo, busca conformidad, lo cual es el comienzo del temor. El temor limita el conocimiento propio a lo experimentado, y así no hay posibilidad de trascender lo experimentado. Limitado de esta manera, el conocimiento propio sólo ahonda y expande la autoconciencia, afirmando el "yo" más y más en diferentes niveles y en diferentes períodos; así el conflicto y el dolor continúan. Podréis deliberadamente olvidaros o perderos en alguna actividad, cultivando un jardín o una ideología, excitando en toda la gente el violento fervor por la guerra; pero ahora vosotros sois el país, la idea, la actividad, el dios. Cuanto mayor es la identificación tanto más vuestro conflicto y sufrimiento están encubiertos, y así se eterniza la lucha por estar identificado con algo. Este deseo de ser uno con el objeto elegido trae el conflicto de la sinceridad, que es la completa negación de la sencillez. Podréis golpearos el pecho, o usar un simple taparrabo, o vagar como un mendigo; pero eso no es sencillez.

La sencillez y la sinceridad jamás pueden ser compañeras. El que se halla identificado consigo, en cualquier nivel que sea, puede ser sincero, pero no es sencillo. La voluntad de ser es la misma antítesis de la sencillez. La sencillez surge al liberarse del impulso adquisitivo del deseo de realizar. La realización es identificación, e identificación es voluntad. La sencillez es la alerta y pasiva percepción, en la cual el experimentador no registra la experiencia. El autoanálisis impide esta percepción negativa; en el análisis hay siempre un motivo —ser libre, comprender, ganar— y este deseo únicamente acentúa la autoconciencia. De igual modo, las conclusiones introspectivas impiden el conocimiento propio.

LA REALIZACIÓN

Era una mujer casada, pero no tenía hijos. Dijo que, en el sentido mundano, era feliz, no existía el problema del dinero y tenía a su disposición coches, buenos hoteles y podía viajar ampliamente. Su esposo era un próspero hombre de negocios, cuyo principal interés consistía en adornar a su mujer, rodearla de comodidades y procurar que tuviera todo lo que deseaba. Ambos eran muy jóvenes y cordiales. Ella estaba interesada en la ciencia y el arte, y había curioseado algo en religión; pero ahora, dijo, las cosas del espíritu estaban desplazando a todas las demás. Estaba familiarizada con las enseñanzas de las distintas religiones; pero hallándose insatisfecha con su eficiencia organizada, sus rituales y dogmas querían seriamente ir en busca de las cosas reales. Estaba intensamente descontenta, y había acudido a Maestros en diferentes partes del mundo; pero nada le había dado satisfacción duradera. Su descontento, dijo, no se debía a que no tuviese hijos; había examinado todo esto completamente. Tampoco era causado por alguna frustración social. Había gastado algún tiempo con un prominente psicoanalista, pero aun persistía este dolor y vacío interno.

Buscar la realización es invitar a la frustración. No hay realización del "yo", sino únicamente el fortalecimiento del "yo" mediante la posesión de lo que ansía. La posesión en cualquier nivel, hace que el "yo" se sienta potente, rico, activo, y a esta sensación se le llama realización pero como todas las sensaciones, ella pronto se desvanece, para ser reemplazada por otra satisfacción. Todos estamos familiarizados con este proceso de

reemplazo o sustitución y es un juego que nos agrada a la mayoría. Hay algunos, sin embargo, que desean una satisfacción más duradera, que perdure por toda la vida; y habiéndola encontrado, esperan no ser jamás perturbados de nuevo. Pero existe un constante e inconsciente temor a las perturbaciones, y se cultivan sutiles formas de resistencia detrás de las cuales la mente se refugia; y así el miedo a la muerte es inevitable. La realización y el miedo a la muerte son las dos caras de un mismo proceso: el fortalecimiento del "yo". Después de todo, la realización es la completa identificación con algo —con los niños, con la propiedad, con las ideas. Los niños y las propiedades son bastante riesgosos, pero las ideas ofrecen mayor protección y seguridad. Las palabras, que son ideas y recuerdos, con sus sensaciones, se tornan importantes; y la realización o finalidad se convierte entonces en la palabra.

No existe la autorrealización, sino sólo la autoperpetuación, con sus conflictos, antagonismos y miserias siempre en aumento. Buscar satisfacción duradera en cualquier nivel de nuestro ser es producir confusión y tristeza; pues la satisfacción jamás puede ser permanente. Podréis recordar una experiencia que fue satisfactoria, pero la experiencia está muerta, y sólo el recuerdo de ella permanece. Este recuerdo no tiene vida en sí mismo; pero vuestra inadecuada respuesta al presente le infunde vida. Estáis viviendo en lo muerto, como ocurre a la mayoría de nosotros. La ignorancia de las modalidades del ``yo" conduce a la ilusión; y una vez atrapados en la red de la ilusión, es extremadamente difícil liberarse de ella. Es dificultoso reconocer una ilusión, porque habiéndola creado, la mente no puede percibirla. Es necesario aproximarse a ella negativamente, indirectamente. A menos que se comprendan los caminos del deseo, la ilusión es inevitable. La comprensión llega, no mediante el ejercicio de la voluntad, sino únicamente cuando la mente esta quieta. No se puede aquietar la mente, porque el agente mismo es un producto de la mente, del deseo. Debe haber una alerta percepción de este total proceso, una alerta percepción sin opción; sólo entonces hay una posibilidad de no engendrar ilusión. La ilusión es muy satisfactoria, y de ahí nuestro apego a ella. La ilusión puede traernos dolor, pero este mismo dolor pone al descubierto nuestra implenitud y nos impele a identificarnos totalmente con la ilusión. Así la ilusión tiene gran significación en nuestras vidas; nos ayuda a encubrir lo que **es**, no en lo externo sino interiormente. Esta desatención de lo que **es** interiormente nos lleva a una falsa interpretación de lo que **es** exteriormente, lo cual acarrea destrucción y miseria. El encubrimiento de lo que **es**, es promovido por el temor. El temor jamás puede ser superado por un acto de voluntad, pues la voluntad es el resultado de la resistencia. Sólo a través de la pasiva pero alerta percepción puede haber liberación del temor.

LAS PALABRAS

HABÍA LEÍDO extensamente; y aunque era pobre, se consideraba rico en conocimientos, lo que le daba una cierta felicidad. Pasaba muchas horas con sus libros y mucho tiempo consigo mismo. Su esposa había muerto, y sus dos hijos estaban con algunos parientes; y dijo que estaba más bien contento de hallarse desembarazado de toda parentela. Era singularmente ensimismado, tranquila e independientemente afirmativo. Había llegado desde muy lejos, dijo, para profundizar el problema de la meditación, y especialmente para considerar el empleo de ciertos cánticos y frases, cuya constante repetición era altamente eficaz para la pacificación de la mente. Además, en las palabras mismas había cierta magia; las palabras deben pronunciarse bien y entonarse correctamente. Esas palabras eran manejadas desde antiguos tiempos; y el mismo encanto de las palabras, con su cadencia rítmica, creaba una atmósfera que era útil para la concentración. E inmediatamente empezó a cantar. Tenía una voz agradable, y había una dulzura que provenía del amor a las palabras y a su significado, cantaba con la facilidad propia de una larga práctica y devoción. Desde el instante en que empezó a cantar, se olvidó de todo.

A través del campo llegaba el sonido de una flauta, la ejecución no era correcta, pero el tono era claro y puro. El flautista estaba sentado bajo la generosa sombra de un gran árbol, y distantes detrás de él aparecían las montañas. Las silenciosas montañas, el canto y el sonido de la flauta parecían unirse y disiparse, para empezar de nuevo. Los ruidosos papagayos pasaban como destellos; y otra vez se oían las notas de la flauta y el canto profundo y potente. Era temprano de mañana, y el sol asomaba sobre los árboles. La gente iba de las aldeas a la ciudad, charlando y riendo. La flauta y el canto eran insistentes, y algunos transeúntes se detuvieron para escuchar; se sentaron al borde del camino, cautivados por la belleza del canto y el esplendor de la mañana, que el silbido del lejano tren no perturbaba en manera alguna; por el contrario, todos los sonidos parecían confundirse y llenar la tierra. Aun el fuerte graznido de un cuervo no era discordante.

¡Cuán extraordinariamente nos encanta el sonido de las palabras, y qué importantes han llegado a ser para nosotros las palabras mismas: patria, Dios, clero, democracia, revolución! Vivimos de palabras y nos deleitamos con las sensaciones que producen; y son estas sensaciones las que se han vuelto tan importantes. Las palabras satisfacen porque sus sonidos reavivan sensaciones olvidadas y su satisfacción es mayor cuando las palabras reemplazan lo actual, lo que es. Tratamos de llenar nuestro vacío interior con palabras, con sonido, con ruido, con

actividad; la música y los cánticos son una feliz evasión de nosotros mismos, de nuestra pequeñez y aburrimiento. Las palabras llenan nuestras bibliotecas; y ¡cuán incesantemente conversamos! Difícilmente nos abrevemos a estar sin un libro, desocupados, solos. Cuando estamos solos, la mente está agitada, vagando por doquier, atormentando, recordando, luchando; así jamás hay soledad, la mente nunca permanece quieta.

Obviamente, la mente puede ser aquietada por la repetición de una palabra, de un cántico, de una oración. La mente puede ser dopada, adormecida; puede ser adormecida placentera o violentamente; y durante este sueño puede tener visiones. Pero una mente aquietada por la disciplina, por el ritual, por la repetición, jamás puede ser alerta, sensitiva y libre. Este aturdimiento de la mente, sutil o burdo, no es meditación. Es agradable cantar y escuchar a alguien que puede hacerlo bien; pero la sensación requiere siempre nuevas sensaciones, y ellas conducen a la ilusión. La mayoría de nosotros gusta vivir de ilusiones, es placentero descubrir más hondas y más amplias ilusiones; pero es el temor de perder nuestras ilusiones que nos hace negar o encubrir lo real, lo actual. No es que seamos incapaces de comprender lo actual; lo que nos hace temerosos es que rechazamos lo actual y nos aferramos a la ilusión. Quedar más y más profundamente atrapados en la ilusión no es meditación, ni tampoco lo es el decorar la jaula que nos aprisiona. La alerta percepción, sin ninguna opción, de las modalidades de la mente, que es la creadora de la ilusión, es el comienzo de la meditación.

Es asombroso cuán fácilmente encontramos sustitutos para la cosa real, y qué satisfechos estamos con ellos. El símbolo, la palabra, la imagen, se tornan de suprema importancia, y alrededor de este símbolo levantamos la estructura de la autodecepción, empleando el conocimiento para fortalecerla, y así la experiencia se convierte en un impedimento para la comprensión de lo real. Nombramos, no sólo para comunicar, sino también para afirmar la experiencia; esta vigorización de la experiencia es autoconciencia, y una vez atrapados en sus procesos, resulta extremadamente difícil salir del enredo, es decir, trascender la autoconciencia. Es esencial morir para la experiencia del ayer y para las sensaciones del hoy, pues de otra manera hay repetición; y la repetición de un acto, de un rito, de una palabra, es vana. En la repetición no puede haber renovación. La muerte de la experiencia es creación.

LA IDEA Y EL HECHO

HACÍA CIERTO número de años que ella se había casado. Pero no había tenido hijos; no podía tenerlos, y este hecho la turbaba seriamente. Sus hermanas tenían hijos, ¿por qué debía ella sufrir esta maldición? Se había casado muy joven, como era la costumbre, y había visto mucho sufrimiento, pero también había conocido muchas alegrías. Su esposo ocupaba un cargo burocrático en una gran corporación o departamento de gobierno. También él estaba preocupado porque no tenían hijos, pero parecía haberse conformado; y además, agregó ella, era un hombre muy ocupado. Era evidente que ella lo dominaba, aunque no con rigor. Se apoyaba en él, y por eso no podía dejar de dominarlo. Puesto que no tenía hijos, trataba ella de completarse en él; pero en esto se vio frustrada pues él era débil y ella tenía que hacerse cargo de las cosas. En la oficina, dijo sonriendo, se le consideraba arbitrario, un tirano, que se imponía a todos; pero en casa era blando y complaciente. Ella quería que se ajustara a ciertas normas, y lo estaba empujando, por supuesto muy suavemente, dentro de su propio molde; pero él no se avenía a entrar. Ella no tenía nadie en quien apoyarse y a quien brindar su cariño.

La idea es para nosotros más importante que el hecho; el concepto de lo que uno **debiera** ser tiene más significación que lo que uno **es**. El futuro es siempre más halagüeño que el presente. La imagen, el símbolo, es de mayor valor que lo actual; y sobre lo actual tratamos de sobreponer la idea, el modelo. Así creamos una contradicción entre lo que **es** y lo que **debería** ser. Lo que **debería** ser es la idea, la ficción, y por eso hay conflicto entre lo actual y la ilusión —no en ellos mismos, sino en nosotros. Nos gusta más la ilusión que lo actual; la idea es más atrayente, más satisfactoria, y así nos aferramos a ella. De este modo la ilusión se convierte en lo real y lo actual se convierte en lo falso, y en este conflicto entre lo que llamamos real y lo que llamamos falso estamos atrapados.

¿Por qué nos aferramos a la idea, deliberada o inconscientemente, y desechamos lo actual? La idea, el modelo, es autoproyectado; es una forma de culto de sí mismo, de autoperpetuación, y de allí que sea satisfactoria. La idea da poder para dominar, para ser afirmativo, para guiar, para modelar; y en la idea, que es autoproyectada, nunca hay negación del "yo", desintegración del "yo". Por consiguiente el modelo o la idea enriquecen el "yo"; y también esto se considera que es amor. Amo a mi hijo o a mi marido y quisiera que fuese esto o aquello, quisiera que fuese algo distinto de lo que es.

Si es que queremos comprender lo que es, el modelo o la idea deben ser abandonados. Desechar la idea es difícil solamente cuando no hay urgencia en la comprensión de lo que **es**. El conflicto existe en nosotros entre la idea y lo que **es** porque la idea autoproyectada brinda mayor satisfacción que lo que **es**. Es sólo cuando lo que **es**, lo actual, **debe** ser enfrentado, que el modelo se destruye; de modo que la cuestión no es cómo estar libre de la

idea, sino cómo enfrentar lo actual. Solamente es posible enfrentar lo actual cuando hay comprensión del proceso de la satisfacción, de las modalidades del "yo".

Todos buscamos la autorrealización, aunque en muchas formas diferentes: por medio del dinero o el poder, por medio de los hijos o el esposo, la patria o la idea, el servicio o el sacrificio, la dominación o la sumisión. Pero ¿hay autorrealización? El fin de la realización siempre es autoproyectado, autoelegido, así que esta ansia de realizar es una forma de autoperpetuación. Ya sea consciente o inconscientemente, el camino de la autorrealización es escogido por uno mismo, está basado en el deseo de obtener satisfacción, que debe ser permanente; de manera que la búsqueda de la autorrealización es la búsqueda de la permanencia del deseo. El deseo siempre es transitorio, no tiene morada fija; puede perpetuar durante algún tiempo el objeto al que está apegado, pero el deseo en sí mismo no tiene permanencia. Nos damos cuenta de esto instintivamente, y por eso tratamos de hacer permanente la idea, la creencia, la cosa, el vínculo; pero como también esto es imposible, creamos el experimentador como una esencia perramente, el "yo" separado y diferente del deseo, el pensador separado y diferente de sus pensamientos. Esta separación es obviamente falsa, y conduce a la ilusión.

La búsqueda de permanencia es lo que eternamente exige autorrealización pero el "yo" jamás puede realizarse, es impermanente, y aquello en que se realiza debe también ser impermanente. La continuidad de sí mismo es decadencia, en ella no hay ningún elemento de transformación ni el hálito de lo nuevo. El "yo" debe cesar para que lo nuevo sea. El "yo" es la idea, el modelo, el manojo de recuerdos, y cada realización es la nueva continuidad de la idea, de la experiencia. La experiencia siempre es condicionante; el experimentador está siempre separándose y diferenciándose a sí mismo de la experiencia. Por lo tanto debe haber liberación de la experiencia, del deseo de experimentar. La realización es el modo de encubrir la pobreza interior, la vacuidad, y en la realización hay aflicción y ansiedad.

LA CONTINUIDAD

El hombre que se hallaba en el asiento contiguo terminó por hacer su propia presentación, dado que quería formular varias preguntas Dijo que prácticamente había leído todos los libros serios sobre la muerte y el más allá, tanto libros antiguos como modernos. Había sido miembro de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, había asistido a muchas sesiones con excelentes y reputados médiums, y había visto muchas manifestaciones que no eran en modo alguno fraudulentas. Como había profundizado tan seriamente este problema, en varias ocasiones él mismo vio cosas de naturaleza suprafísica; pero por supuesto, añadió, podían haber sido creadas por su imaginación, si bien consideraba que no lo eran. Sin embargo, a pesar de haber leído extensamente de haber conversado con mucha gente bien informada, y haber visto innegables manifestaciones físicas de personas fallecidas, no estaba todavía persuadido de haber comprendido la verdad en el asunto. Había discutido seriamente el problema de la creencia y de la incredulidad; tenía amigos entre aquellos que creían firmemente en su propia continuidad después de la muerte, y también entre quienes negaban todos los hechos y sostenían que la vida termina con la muerte del cuerpo físico. Aunque había adquirido considerable conocimiento y experiencia en materias psíquicas, quedaba en su mente un elemento de duda; y como los años pasaban deseaba conocer la verdad. No le tenía miedo a la muerte, pero la verdad referente a esto debía ser conocida.

El tren se detuvo, y justamente entonces pasaba un carro de dos ruedas, tirado por un caballo. Sobre el carro había un cuerpo humano, envuelto en una sábana de lienzo crudo y atado a dos largas estacas verdes de bambú, recién cortadas. Desde alguna aldea lo llevaban hacia el río para la cremación. A medida que el carro avanzaba por el áspero camino, el cuerpo era brutalmente sacudido, y bajo su lienzo la cabeza era la más castigada. Había sólo un pasajero en el carro al lado del conductor, debía ser un pariente cercano, pues sus ojos estaban enrojecidos por el llanto. El cielo presentaba el delicado azul de la temprana primavera, y unos niños jugaban y gritaban en el polvo del camino. La muerte debió haber sido un espectáculo muy corriente, porque cada cual volvió a lo que estaba haciendo. Incluso el hombre que inquiría sobre la muerte no puso atención en el carro y su triste carga.

La creencia condiciona la experiencia, y la experiencia entonces fortalece la creencia. Lo que creéis, eso experimentáis. La mente dicta e interpreta la experiencia, la atrae o la rechaza. La mente misma es el resultado de la experiencia, y puede reconocer o experimentar sólo aquello que le es familiar, que conoce, en cualquier nivel que sea. La mente no puede experimentar aquello que antes no ha conocido. La mente y sus respuestas son de mayor importancia que la experiencia; y confiar en la experiencia como medio para comprender la verdad es estar preso en la red de la ignorancia y la ilusión. Desear experimentar la verdad es negar la verdad, pues el deseo condiciona, y la creencia es otro disfraz del deseo. El conocimiento, la creencia, la convicción, la conclusión y la experiencia son impedimentos para la verdad; constituyen la estructura misma del "yo". El "yo" no puede ser si no existe el efecto acumulativo de la experiencia; y el temor a la muerte es el temor de no ser, de no experimentar. Si existiera la seguridad, la certeza de experimentar, no habría temor. El temor solamente existe al establecer relación

entre lo conocido y lo desconocido. Lo conocido siempre trata de aprehender lo desconocido; pero sólo puede aprehender lo que ya antes conocía. Lo desconocido jamás puede ser experimentado por lo conocido, lo conocido, lo experimentado, debe cesar para que lo desconocido sea.

El deseo de experimentar la verdad debe ser investigado y comprendido; pero si en la búsqueda hay un motivo, entonces la verdad no puede surgir. ¿Puede haber búsqueda sin un motivo, consciente o inconsciente? **Con** un motivo, ¿hay búsqueda? Si ya conocéis lo que queréis, si habéis formulado un fin, entonces la búsqueda es un medio para alcanzar ese fin, que es autoproyectado. Entonces lo que se busca es satisfacción, no la verdad; y los medios serán elegidos conforme a la gratificación que nos brinden. La comprensión de lo que es no necesita ningún motivo; el motivo y los medios impiden la comprensión. La búsqueda, que es alerta percepción sin opción, no es para algo; debe percatarse del ansia de alcanzar un fin, y de los medios utilizados. Esta alerta percepción no —optativa trae la comprensión de lo que **es**.

Es extraordinaria nuestra ansia de permanencia, de continuidad. Este deseo toma muchas formas, desde la más burda hasta la más sutil. Estamos muy familiarizados con las formas obvias: nombre, apariencia externa, carácter, etc. Pero el ansia sutil es mucho más difícil de descubrir y de comprender. La identidad como idea, como ser, como conocimiento, como devenir, en cualquier nivel, es difícil de percibir y dilucidar. Unicamente conocemos la continuidad, y jamás la no-continuidad. Conocemos la continuidad de la experiencia, de la memoria, de los incidentes pero no conocemos ese estado en el que esta continuidad no existe. Lo llamamos muerte, lo desconocido, lo misterioso, etc., y dándole un nombre esperamos de algún modo aprehenderlo —lo cual nuevamente es el deseo de continuidad.

La autoconciencia es experiencia, es nombrar la experiencia, y es por tanto registrarla; y este proceso se desarrolla en varias capas de la mente. Nos aferramos a este procese de autoconciencia a pesar de sus pasajeras alegrías, de sus interminables conflictos de su confusión y miseria. Esto es lo que conocemos, ésta es nuestra existencia, la continuidad de nuestro propio ser, de la idea, de la memoria, de la palabra. La idea continúa, total o parcialmente, la idea que estructura el "yo"; pero, ¿trae esta continuidad la libertad, en la que únicamente hay descubrimiento y renovación?

Lo que tiene continuidad nunca puede ser sino lo que es con ciertas modificaciones; pero estas modificaciones no le confieren calidad de cosa nueva. Podrá tomar una apariencia diferente, un diferente matiz; pero seguirá siendo todavía la idea, la memoria, la palabra. Este centro de continuidad no es una esencia espiritual, porque está ano dentro del campo del pensamiento, de la memoria, y por ende del tiempo. Unicamente puede experimentar su propia proyección, y mediante su experiencia autoproyectada darse a sí mismo ulterior continuidad. De este modo, mientras él exista, jamás podrá experimentar fuera de sí mismo. Debe morir; debe cesar de darse a sí mismo continuidad por medio de la idea por medio del recuerdo, por medio de la palabra. La continuidad es decadencia, y solamente hay vida en el morir. Sólo hay renovación con la cesación del centro, entonces el renacimiento es no—continuidad; entonces el morir es como la vida una renovación de instante en instante. Esta renovación es creación.

LA AUTODEFENSA

ERA UN HOMBRE muy conocido, y estaba en condiciones de perjudicar a otros, lo que no hubiera vacilarla en hacer. Era astutamente superficial, desprovisto de generosidad, y trabajaba en su propio beneficio. Dijo que no tenía mayor capacidad para abordar ciertos temas, pero que las circunstancias lo habían obligado a venir, y que por eso estaba ahí. De todo lo que decía y de lo que no decía, resultaba bastante claro que era muy ambicioso y ejercía influencia sobre la gente que le rodeaba; era rudo cuando le convenía y suave cuando quería obtener algo. Tenía consideración hacia los que estaban por encima de él, trataba a sus iguales con tolerante condescendencia, e ignoraba por completo a los que estaban debajo de él. No había echado siquiera una ojeada al chofer que lo había traído. Su dinero lo hacía desconfiado, y tenía pocos amigos. Habló con sus hijos como si fuesen juguetes que lo divertían, y dijo que no podía sufrir el estar solo. Alguien lo había ofendido, y no podía vengarse porque esa persona estaba fuera de su alcance; por eso se desahogaba con aquellos que podía alcanzar. No intentaba comprender por qué era innecesariamente brutal, por qué quería lastimar a aquellos que pretendía amar. Mientras hablaba, lentamente comenzó a perder su frialdad y llego a ser casi amigable. Era la cordialidad del momento, cuyo calor se habría enfriado instantáneamente de habérsele contrariado, o si se le hubiera pedido algo. Como no se le pidió nada, se mostró liberal y por momentos afectuoso.

El deseo de hacer daño, de herir a otro, ya sea con la palabra, el gesto, o más profundamente, es poderoso en la mayoría de nosotros; es común y horriblemente agradable. El mismo deseo de no ser herido conduce a herir a otros; dañar a otros es una manera de defenderse a sí mismo. Esta autodefensa toma formas peculiares, que dependen de las circunstancias y tendencias. ¡Qué fácil es herir a otro, y qué delicadeza hace falta para no herir! Herimos a otros porque nosotros mismos estamos heridos, porque nos sentirnos tan magullados por nuestros

propios conflictos y sufrimientos. Cuanto más torturados estamos interiormente, tanto mayor es el imperativo de ser violentos exteriormente. El tormento interior nos impele a buscar protección exterior; y cuanto más uno se defiende a sí mismo, tanto más ataca a los otros.

¿Qué es lo que defendemos, lo que tan cuidadosamente protegemos? Seguramente, es la idea de nosotros mismos, en cualquier nivel. Si no protegiéramos la idea, el centro de acumulación, no existiría el "yo" y lo "mío". Entonces seríamos completamente sensibles, vulnerables en nuestro propio modo de ser, tanto en lo consciente como en lo oculto, pero como la mayoría de nosotros no desea descubrir el proceso del "yo", resistimos cualquier intromisión en la idea de nosotros mismos. La idea de nosotros mismos es enteramente superficial; pero como la mayoría vivimos en la superficie, nos contentamos con ilusiones.

El deseo de ofender a otros es un hondo instinto. Acumulamos resentimiento, que da una particular vitalidad, una sensación de acción y vida, y lo que es acumulado debe ser descargado en forma de ira, insulto, desprecio, obstinación, y sus opuestos. Es esta acumulación de resentimiento la que necesita Condonación —la cual e torna innecesaria si no hay acumulación de ofensas.

¿Por qué acumulamos adulaciones e insultos, ofensas y afectos? Sin esta acumulación de experiencias y sus respuestas, nosotros no somos; no somos nada si no tenemos nombre, apegos, creencias. Es el temor a no ser nada que nos impele a acumular; y es este mismo temor, tanto consciente como inconsciente, que, a pesar de nuestras actividades acumulativas, trae nuestra desintegración y destrucción. Si podemos percibir la verdad de este temor, entonces es la verdad que nos libera de él, y no nuestra determinación intencional de ser libres.

Vosotros no sois nada. Podéis tener vuestro nombre y título, vuestra propiedad —y cuenta bancaria, podéis tener poder y ser famosos; pero a pesar de todas estas salvaguardias, sois como la nada. Podéis estar totalmente inconscientes de esta vacuidad, de esta nada, o simplemente no querer daros cuenta de ella; pero ella está ahí, hagáis lo que hiciereis para evitarlo. Podréis tratar de escapar de ella por caminos extraviados, mediante la violencia personal o colectiva, mediante el culto personal o colectivo, el conocimiento o la diversión; pero ya sea que estéis dormidos o despiertos, ella está siempre allí. Podéis daros cuenta de vuestra vinculación con esta nada y su temor sólo estando alerta en la percepción de las evasiones, sin optar. No estáis relacionados a ella como una entidad individual separada, no sois el observador que la vigila; sin vosotros, el pensador, el observador, ella no es. Vosotros y la nada sois uno; vosotros y la nada sois un fenómeno conjunto, no dos procesos separados. Si uno, como pensador, le tiene miedo y la aborda como algo contrario y opuesto a uno, entonces cualquier actitud que uno pueda adoptar con respecto a ella debe inevitablemente conducir a la ilusión y por lo tanto a nuevos conflictos y miserias. Cuando hay el descubrimiento, la vivencia de esa nada que sois, entonces el temor —que sólo existe ¿arando el pensador está separado de sus pensamientos y por consiguiente trata de establecer una relación con ellos— decae completamente. Sólo entonces es posible para la mente estar quieta; y en esta tranquilidad, la verdad adviene.

"MI SENDERO Y VUESTRO SENDERO"

Era un erudito, que hablaba varios idiomas, y tan aficionado al conocimiento como otro lo es a la bebida. Continuamente citaba pasajes de otros para sostener sus propias opiniones. Había incursionado en la ciencia y en el arte, y cuando daba su opinión la acompañaba con una sacudida de cabeza y una sonrisa, que expresaban de un modo sutil que esa no era meramente su opinión, sino la verdad final. Dijo que tenía sus propias experiencias, que para él eran perentorias, concluyentes. "Ud. también tiene sus experiencias", dijo, "pero no puede convencerme. Ud. va por su camino, y yo por el mío. Hay diferentes senderos que conducen a la verdad, y algún día todos nos uniremos allí". Sin dejar de guardar las distancias, era amistoso, pero duro. Para él los Maestros, los gurús, aunque no actuales y visibles, eran una realidad, y resultaba esencial llegar a ser uno de sus discípulos. Juntamente con otros, el Maestro confería el discipulado a aquellos que estaban dispuestos a aceptar este sendero y su autoridad; pero él y su grupo no pertenecían a los que, mediante el espiritualismo, buscan guías entre los muertos. Para hallar a los Maestros uno tenía que servir trabajar, sacrificarse, obedecer y practicar ciertas virtudes; y por supuesto la fe era necesaria.

Fiarse en la experiencia como medio para el descubrimiento de lo que es, es estar preso en la ilusión. El deseo, el ansia, condiciona la experiencia; y depender de la experiencia como medio para comprender la verdad es seguir el camino del autoengrándecimiento. La experiencia jamás puede liberarnos del dolor; la experiencia no es una respuesta adecuada al desafío de la vida. Uno debe enfrentar el desafío de una manera nueva, fresca, porque el desafío es siempre nuevo. Para hacer frente al desafío en forma adecuada, el recuerdo condicionante de la experiencia debe ser desechado, las respuestas del placer y del dolor deben ser hondamente comprendidas. La experiencia es un impedimento para la verdad, pues la experiencia es del tiempo, es el resultado del pasado; y ¿cómo puede una mente que es el resultado de la experiencia, del tiempo, comprender lo atemporal? La verdad

tocante a la experiencia no depende de las personales idiosincrasias y aficiones; la verdad de esto se comprende sólo cuando hay alerta percepción sin condenación, justificación, o cualquier forma de identificación. La experiencia no nos aproxima a la verdad; no existe “vuestra experiencia” o “mi experiencia”, sino sólo la inteligente comprensión del problema.

Sin conocimiento propio, la experiencia engendra ilusión; con el conocimiento propio, la experiencia, que es la respuesta al desafío, no deja un residuo acumulativo como memoria. El conocimiento propio es el descubrimiento de instante en instante de las modalidades del “yo”, sus intenciones y propósitos, sus pensamientos y apetitos. Jamás podrá haber ‘vuestra experiencia” y “mi experiencia”; el mismo término “mi experiencia” indica ignorancia y aceptación de la ilusión. Pero a muchos nos gusta vivir en ilusión, porque en ello hay gran satisfacción; es un paraíso personal que nos estimula y nos da un sentimiento de superioridad. Si tengo capacidad, un don o astucia, me convierto en un líder, en un intermediario, en un representante de esa ilusión; y como la mayoría de la gente quiere eludir lo que **es**, se erige una organización con propiedades y rituales, con votos y reuniones secretas. La ilusión se conforma según la tradición, que la mantiene en el terreno de la respetabilidad; y como casi todos buscamos poder en una u otra forma, se establece el principio jerárquico, el novicio y el iniciado, el discípulo y el Maestro, y aun entre los Maestros hay grados de desarrollo espiritual. Casi todos queremos explotar y ser explotados y este sistema ofrece los medios para ello, ya sea en forma oculta o abiertamente.

Explotar es ser explotado. El deseo de utilizar a otros para vuestras necesidades psicológicas crea dependencia, y si dependéis debéis tener, poseer; y lo que poseéis, os posee. Sin dependencia, sutil o burda, sin querer cosas, personas e ideas, sois vacíos, una cosa sin importancia. Queréis ser algo, y para evitar el roedor miedo de no ser nada pertenecéis a esta o aquella organización, a esta o aquella ideología, a esta iglesia o aquel templo; por consiguiente sois, explotados, a la vez que vosotros mismos explotáis. Esta estructura jerárquica ofrece una excelente oportunidad para la autoexpansión. Podéis querer la fraternidad, pero ¿cómo puede haber fraternidad si estáis persiguiendo la destrucción espiritual? Podéis reíros de los títulos mundanos; pero cuando admitís al Maestro, al salvador, al **gurú** en el reino del espíritu, ¿no asumís la actitud mundana? ¿Puede haber divisiones jerárquicas o grados en el desarrollo espiritual, en la comprensión de la verdad, en la realización de Dios? El amor no admite ninguna división. O bien amáis, o no amáis; pero no convirtáis la falta de amor en un proceso de largo desarrollo cuyo fin es el amor. Cuando reconocéis que no amáis, cuando percibís ese hecho sin previa opción, entonces hay una posibilidad de transformación; pero cultivar cuidadosamente esta distinción entre el Maestro y el discípulo, entre los que han alcanzado y los que no han alcanzado, entre el salvador y el pecador, es negar el amor. El explotador, que a su vez es explotado.

La separación entre Dios o la realidad y vosotros es creada por vosotros mismos, por la mente que se aferra a lo conocido, a la certidumbre, a la seguridad. Ningún puente puede salvar esta separación; no hay ningún ritual, ninguna disciplina, ningún sacrificio, que os permita atravesarla; no hay ningún salvador, ningún Maestro, ningún **gurú** que pueda conduciros a lo real o a destruir esta separación. La división no está entre lo real y vosotros; está en vosotros mismos, es el conflicto de los deseos opuestos. El deseo crea su propio opuesto; y la transformación no es cuestión de concentrarse en un deseo sino de estar libre del conflicto que crea el ansia. El ansia, en cualquier nivel de nuestro ser engendra siempre más conflicto, y de este conflicto tratamos de escapar de todas las maneras posibles, lo cual únicamente acrecienta el conflicto tanto interior como exterior. Este conflicto no puede ser disuelto por algún otro, por grande que él sea, ni mediante ninguna magia o ritual. Estos podrán adormecernos agradablemente, mas al despertar el problema estará allí. Pero la mayoría de nosotros no desea despertar, y así vivimos en ilusión. Con la disolución del conflicto, hay tranquilidad, y sólo entonces puede advenir la realidad. Maestros, salvadores y gurús son de poca importancia, pero lo que es esencial es comprender el creciente conflicto del deseo; y esta comprensión sólo llega mediante el conocimiento propio y la constante y alerta percepción de los movimientos del “yo”.

La autopercepción es ardua, y desde que la mayoría de nosotros prefiere un camino fácil e ilusorio, erigimos la autoridad que moldea y regula nuestra vida. Esta autoridad puede ser colectiva, el Estado; o personal, el Maestro, el salvador, el **gurú**. Cualquier clase de autoridad es ofuscante, y engendra indolencia; y como casi todos consideramos que ser contemplativo es crear inquietud, nos supeditamos a la autoridad.

La autoridad engendra poder, y el poder siempre llega a ser centralizado y en consecuencia completamente corruptor; ella no sólo corrompe al que ejerce el poder, sino también al que la acata. La autoridad del conocimiento y de la experiencia pervierte, tanto si está investida en el Maestro, como en su representante o el sacerdote. Lo significativo es vuestra propia vida, este conflicto aparentemente incesante, y no el modelo o el líder. La autoridad del Maestro y del Sacerdote os apartan del objetivo central, que es el conflicto dentro de vosotros mismos. El sufrimiento nunca podrá ser comprendido y disuelto mediante la búsqueda de una forma de vida. Una búsqueda así es mera evasión del sufrimiento, la imposición de una norma, lo cual es una escapatoria; y lo que se elude sólo empeora, trayendo mayor calamidad y sufrimiento. La comprensión de vosotros mismos, por dolorosa o transitoriamente agradable que sea, es el principio de la sabiduría.

No hay ningún sendero que conduzca a la sabiduría. Si hay un sendero, entonces la sabiduría es lo formulado, es ya lo imaginado, lo conocido. ¿Puede ser conocida o cultivada la sabiduría? ¿Es algo que se puede aprender, que se puede acumular? Si es así, entonces se convierte en mero conocimientos en una cosa de la experiencia y de los libros. La experiencia y el conocimiento forman la cadena continua de respuestas y por eso jamás pueden comprender lo nuevo, lo fresco, lo increado. La experiencia y el conocimiento, siendo continuos, hacen un sendero de sus autoproyecciones, y de ahí que constantemente aten. La sabiduría es la comprensión de lo que **es** de instante en instante, sin la acumulación de la experiencia y del conocimiento. Lo que se acumula no da libertad para comprender, y sin libertad no puede haber descubrimiento; y es este continuo descubrimiento lo que crea la sabiduría. La sabiduría es siempre nueva, siempre fresca, y no hay medio alguno para obtenerla. El medio destruye la frescura, la novedad, el espontáneo descubrimiento.

Los muchos senderos que conducen a una realidad son la invención de una mente intolerante, son la resultante de una mente que cultiva la tolerancia. "Yo sigo mi camino, y vosotros seguís los vuestros, pero seamos amigos, y eventualmente nos uniremos". ¿Nos uniremos vosotros y yo si vosotros vais hacia el Norte y yo hacia el Sur? ¿Podemos ser amigos si vosotros tenéis una serie de creencias y yo otra, si yo soy un asesino colectivo y vosotros sois pacíficos? Ser amigos implica convivencia en el trabajo, en el pensamiento; pero ¿hay alguna convivencia entre el hombre que odia y el hombre que ama? ¿Existe alguna relación entre el hombre que está en ilusión y el que es libre? El hombre libre puede tratar de establecer algún género de relación con el que está en cautiverio; pero quien está en ilusión no puede tener ningún vínculo con el hombre que es libre.

Los que están separados, aferrados a su estado de separación, tratan de establecer una relación con otros que están también encerrados en sí mismos; pero tales intentos invariablemente engendran conflictos y sufrimientos. Para evitar este dolor, los más hábiles inventan la tolerancia, que consiste en atender cada uno a su propio encierro y en procurar ser benévolos y generosos. La tolerancia es de la mente, no del corazón. Habláis de tolerancia cuando amáis? Pero cuando el corazón está vacío, entonces la mente lo llena con sus artificiosos recursos y temores. No hay comunión cuando hay tolerancia.

No hay sendero que conduzca a la verdad. La verdad debe ser descubierta, pero no hay ninguna fórmula para su descubrimiento. Lo que es formulado no es verdadero. Debéis aventuraros en el inexplorado mar, que es vosotros mismos. Debéis lanzaros al descubrimiento de vosotros mismos, pero no conforme a ningún plan o norma, pues entonces no hay ningún descubrimiento. El descubrimiento trae alegría —no la alegría recordada, comparativa, sino la alegría que es siempre nueva. El conocimiento propio es el comienzo de la sabiduría, en cuya tranquilidad y silencio está lo inconmensurable.

LA ALERTA PERCEPCIÓN

HABÍA INMENSAS nubes, como agitadas olas blancas, en un cielo sereno y azul. A cientos de metros más abajo del lugar en que estábamos parados se veía la azulada curva de la bahía, y a lo lejos la tierra firme. Era una tarde agradable, tranquila y fresca, y en el horizonte se divisaba el humo de un barco. Los bosquecillos de naranjos se extendían hasta el pie de la montaña, y su fragancia llenaba el aire. Como siempre, la tarde se tornaba azul; hasta el aire mismo se volvía azulado, y las blancas casas perdían su brillo en ese delicado color. El azul del mar parecía volcarse sobre la tierra y cubrirla, y las montañas en lo alto eran también de un azul transparente. La escena era encantadora, y había un inmenso silencio. Aunque se oían los pocos ruidos del atardecer, estaban dentro de este silencio, formaban parte de él, lo mismo que nosotros. Este silencio renovaba todas las cosas, quitando las centurias de suciedad y dolor del corazón de las cosas; nuestra visión se clarificaba, y la mente participaba de ese silencio. Un asno rebuznó; los ecos llenaron el valle, y el silencio lo admitió. El fin del día era la muerte de todos los oyeres, y en esta muerte había un renacimiento, sin la melancolía del pasado. La vida era nueva en la inmensidad del silencio.

En la habitación esperaba un hombre, ansioso por discutir alguna cosa. Era singularmente vivaz, pero se hallaba tranquilamente sentado. Sin duda era un habitante de la ciudad, y su elegante traje lo hacia parecer más bien fuera de lugar en esa pequeña aldea y en esa habitación. Habló de sus actividades, de las dificultades de su profesión, de las trivialidades de la vida familiar y de la urgencia de sus deseos. Podía abarcar todos estos problemas tan inteligentemente como cualquier otro; pero lo que realmente lo confundía eran sus apetitos sexuales. Estaba casado y tenía hijos, pero había algo más aún. Sus actividades sexuales se habían convertido en un problema muy serio para él y lo estaban arrastrando casi a la decrepitud. Había hablado con algunos médicos y psiquiatras pero el problema todavía existía y de alguna manera debía encontrarle solución.

¡Cuán ansioso estamos de resolver nuestros problemas! ¡Cuán insistentemente buscamos una contestación, una salida, un remedio! Jamás consideramos el problema en sí, sino que andamos a tientas buscando con agitación y ansiedad una respuesta, que invariablemente es proyectada por nosotros mismos. Aunque el problema es

autocreado, tratamos de encontrar una respuesta lejos de él. Buscar una respuesta es eludir el problema —que es justamente lo que la mayoría de nosotros queremos hacer. Entonces la respuesta viene a ser lo importante, y no el problema. La solución no está separada del problema; la respuesta está en el problema, no fuera de él. Si la respuesta es separada del evento principal, entonces creamos otros problemas: el problema de cómo obtener la respuesta, cómo realizarla, cómo ponerla en práctica, etc. Como la búsqueda de una respuesta es esquivar el problema, nos perdemos en ideales, convicciones, experiencias, que son autoproyecciones; rendimos culto a estos ídolos de nuestra propia fabricación y así nos volvemos más y más confusos y tediosos. Llegar a una conclusión es comparativamente fácil; pero comprender un problema es arduo, requiere un enfoque completamente diferente, un enfoque en el cual no haya ningún oculto deseo de respuesta.

Estar liberado del deseo de respuesta es esencial para la comprensión de un problema. Esta liberación facilita la plena atención; la mente no se distrae con ningún efecto secundario. Mientras haya conflicto a favor o en contra del problema, no puede haber ninguna comprensión del mismo; porque este conflicto es una distracción. Hay comprensión únicamente cuando hay comunión, y la comunión es imposible mientras haya resistencia o contienda, temor o aceptación. Se debe establecer una justa relación con el problema, lo cual es el comienzo de la comprensión; pero ¿cómo puede haber justa relación con un problema cuando sólo os interesa desembarazaros de él, es decir, encontrarle una solución? Justa relación significa comunión, y la comunión no puede existir si hay resistencia positiva o negativa. El enfoque del problema es más importante que el problema mismo; el enfoque conforma el problema, el fin. Los medios y el fin no son diferentes del enfoque. El enfoque decide la suerte del problema. Es de la mayor importancia cómo consideráis el problema, porque vuestra actitud y prejuicios, vuestros temores y esperanzas lo han de colorear. Una percepción alerta y sin previa opción de la manera de vuestro enfoque producirá una justa relación con el problema. El problema es autocreado, por consiguiente debe haber conocimiento de uno mismo, vosotros y el problema sois uno, no dos procesos separados. Vosotros sois el problema.

Las actividades del “yo” son espantosamente monótonas. El “yo” es un fastidio; es intrínsecamente enervante, sin agudeza, frívolo. Sus deseos opuestos y en conflicto, sus esperanzas y frustraciones, sus realidades e ilusiones, son esclavizantes, y sin embargo vana; sus actividades conducen a su propia fatiga. El “yo” siempre está trepando y siempre cayendo, siempre persiguiendo y siempre fracasando, siempre ganando y siempre perdiendo; y de este fastidioso circulo de frivolidad trata continuamente de escapar. Huye a través de la actividad externa o por medio de agradables ilusiones, mediante la bebida, el sexo, la radio, los libros, la erudición, los entretenimientos, etc. Su poder de engendrar ilusiones es complejo y vasto. Estas ilusiones son de vuestra propia hechura, proyectadas por vosotros mismos; son el ideal, la concepción idolátrica de Maestros y salvadores, el futuro como medio de autoengrandecimiento, etc. Al tratar de escapar de su propia monotonía, el “yo” persigue sensaciones y excitaciones internas y externas. Estas son los sustitutos de la propia negación, y en los sustitutos el “yo” trata esperanzadamente de conseguir alivio. A menudo tiene éxito, pero el éxito sólo incrementa su propio deterioro. Persigue un sustituto tras de otros, cada uno de los cuales crea su propio problema, su propio conflicto y su sufrimiento.

Buscamos el propio olvido interior y exteriormente; algunos se entregan a la religión, y otros al trabajo y a la actividad. Pero no hay modo de olvidar el “yo”. El tumulto interior o exterior puede ocultar el “yo”, pero éste pronto emerge otra vez en diferente forma, bajo distinto aspecto, porque lo que esté reprimido necesita encontrar expansión. El olvido de sí mismo por medio de la bebida o del sexo; mediante el culto o la erudición, conduce a la dependencia, y aquello de lo cual dependéis crea un problema. Si para obtener expansión, para olvidaros de vosotros mismos, para vuestra dicha dependéis de la bebida o de un Maestro, entonces éstos llegan a ser vuestro problema. La dependencia engendra posesividad, envidia, temor; y entonces el temor y su superación se convierten en vuestro ansioso problema. En la búsqueda de felicidad creamos problemas, y en ellos nos vemos atrapados. Hallamos cierta felicidad en el olvido que resulta del sexo, y por eso lo utilizamos como un instrumento para realizar lo que deseamos. La felicidad por medio de algo invariablemente debe suscitar conflicto, porque entonces el medio es mucho más significativo e importante que la felicidad misma. Si obtengo felicidad por medio de la belleza de esa silla, entonces la silla llega a ser de suprema importancia para mí, y para conservarla debo estar en guardia contra los demás. En esta lucha, la dicha que una vez sentí por la belleza de la silla es completamente olvidada, se pierde, y soy desgraciado con la silla. En sí misma, la silla tiene poco valor; pero le he dado un valor extraordinario, porque es el instrumento de mi felicidad. Así los medios se convierten en sustitutos de la felicidad.

Cuando el medio de mi felicidad es una persona, entonces el conflicto y la confusión, el antagonismo y el sufrimiento son mayores. Si la convivencia se basa en el mero uso, ¿existe alguna relación excepto la más superficial, entre el que usa y el que es usado? Si lo utilizo a Ud. para mi felicidad, ¿estoy yo realmente relacionado con Ud.? La convivencia implica comunión con otro en diferentes niveles; y ¿hay comunión con otro cuando ese otro es sólo una herramienta, un instrumento de mi felicidad? Al utilizar así a otro, ¿no estoy yo realmente procurando aislarme, pensando que así seré feliz? A este autoaislamiento lo llamo convivencia; pero de

hecho no hay ninguna comunión en este proceso. La comunión únicamente puede existir donde no hay ningún temor; y hay corrosivo temor y sufrimiento donde hay utilización y por lo tanto dependencia. Como nada puede vivir en aislamiento, los intentos de la mente para aislarse conducen a su propia frustración y miseria. Para escapar de esta sensación de implenitud, buscamos completarnos en las ideas, en las personas, en las cosas; y sí nuevamente volvemos al punto de partida, en la búsqueda de sustitutos.

Los problemas existirán siempre donde las actividades del "yo" sean dominantes. El darse cuenta de cuáles son y cuáles no son las actividades del "yo" requiere constante vigilancia. Esta vigilancia no es una atención disciplinada, sino una vasta y alerta percepción en la que no hay elección previa. La atención disciplinada fortalece el "yo"; se convierte en un sustituto y una dependencia. La alerta percepción, por el contrario, no es autoinducida, ni es la resultante de la práctica; es la comprensión del contenido total del problema, lo oculto tanto como lo superficial. Para que lo oculto se manifieste es necesario comprender lo superficial; lo oculto no puede revelarse si la mente superficial no está quieta. Este proceso no es verbal en absoluto, ni es tampoco asunto de mera experiencia. La verbalización indica embotamiento de la mente, y la experiencia, siendo acumulativa, contribuye a la repetición. La alerta percepción no es asunto de determinación, porque la directiva que responde a un propósito es resistencia; que tiende hacia la exclusividad. La alerta percepción es la observación silenciosa y sin opción de lo que es; en esta alerta percepción el problema se revela a sí mismo, y así es plena y completamente comprendido.

Un problema no se resuelve en su propio nivel, siendo complejo, debe ser comprendido en su proceso total. Tratar de resolver un problema en un sólo nivel, físico o psicológico, conduce a nuevos conflictos y confusiones. Para la resolución de un problema, debe haber esta alerta percepción, esta pasiva vigilancia que revela su proceso total.

El amor no es sensación. Las sensaciones dan nacimiento al pensamiento a través de las palabras y los símbolos. Las sensaciones y el pensamiento reemplazan al amor; se convierten en sustitutos del amor. Las sensaciones son de la mente, lo mismo que los apetitos sexuales. La mente engendra los apetitos, la pasión, por medio del recuerdo, del cual deriva agradables sensaciones. La mente se compone de diferentes y contradictorios intereses o deseos, con sus exclusivas sensaciones; y éstas chocan entre sí cuando una u otra comienza a predominar, creando así un problema. Las sensaciones son tanto agradables como desagradables, y la mente se adhiere a lo agradable, convirtiéndose así en su esclava. Esta servidumbre se convierte en un problema porque la mente es el receptáculo de las sensaciones contradictorias. Escapar de lo doloroso es también un cautiverio, con sus propias ilusiones y problemas. La mente es la creadora de los problemas, y por lo tanto no puede resolverse. El amor no es de la mente; pero cuando la mente predomina hay sensación, que es llamada entonces amor. Es en este amor de la mente que se puede pensar, que puede ser descripto e identificado. La mente puede anular o adelantar las sensaciones agradables, y este proceso es el apetito, sin que importe en qué nivel es colocado. Dentro del campo de la mente el amor no puede estar. La mente es el área del temor y el cálculo, de la envidia y la dominación, de la comparación y la negación, y por eso el amor no está en ella. Los celos, como el orgullo, son de la mente; pero eso no es amor. El amor y el proceso de la mente no pueden estar unidos, no pueden ser unificados. Cuando predominan las sensaciones, no hay espacio para el amor; por consiguiente las cosas de la mente llenan el corazón. Así el amor se convierte en lo desconocido, en objeto de persecución y de adoración; se le convierte en un ideal, para ser utilizado y creído, y los ideales son siempre autoproyectados. De modo que la mente predomina completamente. Así el amor se reduce a una palabra, a una sensación. Entonces él amor se hace relativo, "yo amo más y tú amas menos". Pero el amor no es personal ni impersonal; el amor es un estado de ser en el que la sensación como pensamiento está totalmente ausente.

LA SOLEDAD

Su hijo había fallecido recientemente, y dijo que ahora no sabía qué hacer. El tiempo so le hacía tan largo, se hallaba tan fastidiada, cansada y afligida que estaba dispuesta a morir. Lo había criado con amorosa solicitud y dedicación, enviándolo luego a uno de las mejores escuelas y al colegio superior. No lo había mimado, si bien le proporcionó todo cuanto le fue necesario. Había puesto en él su fe y su esperanza, y le había consagrado todo su amor; pues no tenía ningún otro con quien compartirlo, ya que hacía mucho que estaba separada de su esposo. Su hijo había fallecido a raíz de un diagnóstico equivocado y de una operación —aunque, añadió sonriendo, los médicos dijeron que la operación había sido "un éxito". Ahora quedaba sola, y la vida le parecía por lo tanto vana y sin sentido. Cuando él murió, lloró hasta quedar sin lágrimas, reducida a una estúpida y agotadora vacuidad. Había hecho muchos planes para los dos, pero ahora se sentía completamente perdida.

La brisa soplaba desde el mar, fresca y saludable, y bajo el árbol se respiraba quietud. Sobre las montañas los colores eran vividos, y los grajos azules estaban muy bulliciosos. Una vaca merodeaba por ahí, seguida por su ternero, y una ardilla saltaba sobre un árbol, chillando continuamente. Se sentó sobre una rama y empezó a

regañar, y así continuó un buen rato, balanceando su cola de arriba abajo. Tenía ojos muy chispeantes y garras afiladas. Una lagartija salió para calentarse, y cazó una mosca. Las copas de los arboles se mecían suavemente, y un árbol muerto se erguía espléndido hacia el cielo. El sol lo estaba blanqueando. A su lado había otro árbol muerto, oscuro y curvado, más recientemente deteriorado. Algunas nubes reposaban sobre las distantes montañas.

¡Qué cosa tan extraña es la soledad, y cuán terrorífica es! Jamás aceptamos acercarnos demasiado a ella; y si por casualidad lo hacemos, prontamente volvemos a alejarnos. Haremos cualquier cosa por huir de la soledad, para encubrirla. Nuestra preocupación consciente e inconsciente parece ser evitarla o superarla. Tanto el evitar la soledad como el superarla resulta igualmente fútil; suprimida u olvidada, la pena, el problema, está todavía allí. Podéis perderos en una muchedumbre, y sin embargo hallaros completamente solitarios; podéis estar intensamente activos, pero la soledad silenciosamente se apodera de vosotros; dejad el libro, y está allí. Las diversiones y las bebidas no pueden sofocar la soledad; podéis eludirla temporariamente, pero cuando la risa y los efectos del alcohol han desaparecido, el temor a la soledad vuelve. Podéis ser ambiciosos y afortunados, podéis ejercer amplio poder sobre otros podéis ser ricos en conocimientos, podéis practicar el culto y olvidaros de vosotros mismos en la confusión de los ritos, pero hagáis lo que hiciereis, el dolor de la soledad continúa. Podréis existir sólo para vuestro hijo, para el Maestro, para la expresión de vuestro talento; pero como la oscuridad, la soledad os envuelve. Podéis amar u odiar, escapar de ella conforme a vuestro temperamento y a vuestras exigencias psicológicas; pero la soledad está ahí, esperando y acechando, retirándose sólo para acercarse de nuevo.

La soledad es el darse cuenta del completo aislamiento; y ¿no son nuestras actividades autoencerradoras? Aunque nuestros pensamientos y emociones sean expansivos, ¿no son acaso exclusivos y separativos? ¿No estamos buscando predominio en nuestra convivencia, en nuestros derechos y posesiones, creando así resistencia? ¿No consideramos el trabajo como “tuyo y mío»? ¿No estamos identificados con lo colectivo, con el país, o con los pocos? ¿No es acaso total nuestra tendencia a aislarnos, a dividir y separar? La actividad misma del “yo”, en cualquier nivel, es el proceso del aislamiento; y la soledad es la conciencia del “yo” sin actividad. La actividad, tanto física como psicológica, se convierte en un medio de autoexpansión; y cuando no hay actividad de ninguna especie, hay una alerta percepción de la vacuidad del “yo”. Es esta vacuidad la que tratamos de llenar, y en llenarla empleamos nuestra vida, ya sea en una forma noble o innoble. Puede parecernos que no existe ningún daño sociológico si se llena este vacío en una forma noble; pero la ilusión engendra indecible miseria y destrucción, que pueden no ser inmediatos. El ansia de llenar este vacío —o de escapar de él, que es lo mismo— no se puede sublimar o suprimir; porque ¿quién es la entidad que suprime o sublima? ¿No es esa misma entidad otra forma del ansia? Los objetos del ansia pueden variar, pero ¿no es toda ansia similar? Podéis cambiar el objeto de vuestra ansia desde la bebida hasta el ideal; pero sin comprender el proceso del ansia, la ilusión es inevitable.

No existe ninguna entidad separada del ansia; sólo hay ansia, no existe el que ansía. El ansia toma distintas apariencias en diferentes tiempos, según sus intereses. Lo nuevo es enfrentado por el recuerdo de estos diversos intereses, lo cual engendra conflicto, y así nace el que opta, que se establece a sí mismo como una entidad separada y distinta del ansia. Pero la entidad no es diferente de sus cualidades. El ente que trata de llenar o rehuir la vacuidad, la implenitud, la soledad, no es diferente de aquello que está eludiendo; él es eso. No puede huir de sí mismo; todo lo que puede hacer es comprenderse a sí mismo. Él es su soledad, su vacuidad; y en tanto la considere como algo separado de sí, estará en ilusión y en incesante conflicto. Cuando experimente directamente que él es su propia soledad, sólo entonces puede haber liberación del temor. El temor existe únicamente en relación con una idea, y la idea es la respuesta de la memoria como pensamiento. El pensamiento es el resultado de la experiencia; y aunque pueda meditar sobre la vacuidad, tener sensaciones con respecto a ella, no puede conocer la vacuidad directamente. La palabra “soledad”, con sus recuerdos de ansiedad y temor, impide la vivencia de lo nuevo. La palabra es memoria, y cuando la palabra ya no es más lo importante, entonces la relación entre el experimentador y lo experimentado es completamente diferente; entonces la relación es directa y no a través de una palabra, de la memoria; entonces el experimentador es la experiencia, y sólo esto trae liberación del temor.

El amor y la vacuidad no pueden morar juntos; cuando está la sensación de soledad, el amor no está. Podéis ocultar la vacuidad bajo la palabra “amor”, pero cuando el objeto de vuestro amor no está más o no responde, entonces conocéis la vacuidad, os sentís frustrados. Empleamos la palabra “amor” como un medio para escapar de nosotros mismos, de nuestra propia insuficiencia. Estamos apegados a la persona que amamos, somos celosos, la necesitamos cuando no está allí, y nos sentirnos completamente perdidos cuando muere; y entonces buscamos consuelo en alguna otra forma, en alguna creencia, en algún sustituto. ¿Es, todo eso, amor? El amor no es una idea, el efecto de una unión; el amor no es algo que pueda emplearse como una evasión de nuestro propio sufrimiento y cuando lo utilizamos así, creamos problemas que no tienen solución. El amor no es una abstracción, pero su realidad puede vivenciarse únicamente cuando la idea, la mente, no es ya el factor supremo.

LA CONFORMIDAD

Era visiblemene inteligente, activo, y dado a la lectura de unos pocos libros selectos. Aunque casado, no era un hombre del hogar. Decía de sí mismo que era un idealista y que trabajaba para la sociedad; había estado en prisión por razones políticas, y tenía muchos amigos. No le interesaba adquirir prestigio ni para sí mismo ni para el partido, que él consideraba como una misma cosa. Estaba realmente interesado en hacer la obra social que pudiese conducir a alguna felicidad humana. Era lo que se podía llamar un hombre religioso, sin ser no obstante sentimental o supersticioso ni creyente de ninguna doctrina o rito en particular. Dijo que había venido para discutir sobre el problema de la contradicción, no sólo dentro de uno mismo sino también en la naturaleza y en el mundo. Le parecía que esta contradicción era inevitable: el inteligente y el estúpido, los deseos contrapuestos en el fuero íntimo, la palabra en conflicto con el hecho, y el hecho con el pensamiento. Había encontrado esta contradicción en todas partes.

Estar conforme es ser irreflexivo. Es más fácil y más seguro seguir una norma de conducta sin desviación, adaptarse a una ideología o a una tradición, que arriesgarse a la inquietud del pensamiento. Para obedecer a la autoridad, interna o externa, no se requiere ninguna discusión; eso descarta el pensamiento, con sus ansiedades y perturbaciones. El seguir nuestras propias conclusiones, experiencias, determinaciones, no crea contradicciones en nosotros; nos conformamos con nuestro propio designio, elegimos un sendero particular y lo seguimos determinada e inflexiblemente. ¿No buscamos, la mayoría de nosotros, un modo de vivir que no sea demasiado molesto, en el que haya por lo menos seguridad psicológica? ¡Y cómo respetamos al hombre que vive su ideal! A tales hombres los convertimos en ejemplos, que deben ser imitados y honrados. Acercarse a un ideal, aunque requiera una cierta suma de esfuerzo y lucha, es al fin y al cabo agradable y satisfactorio porque después de todo, los ideales son de factura casera, son autoproyectados. Vosotros elegís a nuestro héroe, religioso o mundano y lo seguís. El deseo de estar conforme brinda una peculiar fuerza y satisfacción, porque en la sinceridad hay seguridad. Pero la sinceridad no es sencillez, y sin sencillez no puede haber comprensión. Estar conforme con un modelo bien ideado satisface el afán de realización, y en su éxito hay comodidad y seguridad. La erección de un ideal y el constante acercamiento a él desarrolla resistencia, y la adaptabilidad está dentro de los limites de la norma. La conformidad ofrece seguridad y certeza, y es por esto que nos aferramos a ella con desesperación

Estar en contradicción consigo mismo es vivir en conflicto y aflicción. El "yo", en su misma estructura es contradictorio, está constituido por muchas entidades con diferentes máscaras, cada una en oposición con las otras. Todo el edificio del "yo" es el resultado de contrapuestos intereses y valores, de muchos y variables deseos en diferentes niveles de su ser; y todos estos deseos engendran sus propios opuestos. El "yo", el "ego", es una malla de complejos deseos, cada uno con su propio ímpetu y designio, a menudo en oposición a otras esperanzas y empeños. Estas máscaras son adoptadas de acuerdo con el estimulo de las circunstancias y sensaciones; por consiguiente, dentro de la estructura del "yo" la contradicción es inevitable. Esta contradicción íntima crea ilusión y sufrimiento, y para escapar de ella recurrimos a toda clase de autoengaños que sólo acrecientan nuestros conflictos y miserias. Cuando la contradicción interna se hace insoportable, consciente o inconscientemente tratamos de evadirnos cayendo en el suicidio, en la locura; o nos entregamos a una idea, a un grupo, a un país, a alguna actividad que nos absorberá por completo; o bien nos volcamos hacia la religión organizada, con sus dogmas y sus ritos. Así esta división en nosotros mismos nos lleva ya sea a una mayor expansión o a la autodestrucción, a la locura. El tratar de ser algo distinto de lo que somos desarrolla la contradicción; el temor de lo que **es** crea la ilusión de su opuesto, y en la persecución del opuesto esperamos escapar del temor. La síntesis no es el cultivo de lo opuesto; la síntesis no surge a través de la oposición porque todos los opuestos contienen los elementos de sus propios opuestos. La contradicción en nosotros mismos nos conduce a toda clase de respuestas físicas y psicológicas, suaves o violentas, respetables o peligrosas; y la conformidad sólo confunde y oscurece aun más la contradicción. La sutil persecución de un particular deseo, de un interés particular, conduce a la autoencerradora oposición. La contradicción interna acarrea conflicto externo, y el conflicto indica contradicción. Sólo en la comprensión de las modalidades del deseo hay liberación de la autocontradicción.

La integración jamás puede estar limitada a las capas superficiales de la mente; no es algo que pueda aprenderse en un colegio; no surge con el conocimiento o con la propia inmolación. Sólo la integración trae liberación de la conformidad y de la contradicción; pero la integración no es cuestión de fundir en uno todos los deseos y los múltiples intereses. La integración no es someterse a una norma, por noble y sutil que sea; debe ser enfrentada, no en forma directa, positivamente, sino de manera indirecta, negativamente. Tener una concepción de la integración es adaptarse a un molde, lo cual sólo lleva a la estupidez y la destrucción. Perseguir la integración es hacer de ella un ideal, una meta autoproyectada. Y como todos los ideales son autoproyectados, inevitablemente originan conflicto y enemistad. Lo que proyecta el "yo" debe ser de su propia naturaleza, y por eso mismo contradictorio y confuso La integración no es una idea, una mera respuesta de la memoria, y por lo tanto no puede ser cultivada. El deseo de integración surge debido al conflicto; pero el conflicto no se trasciende cultivando la

integración. Podéis encubrir, negar la contradicción, o ser inconsciente de ella; pero ella está ahí, esperando para irrumpir.

Lo que nos concierne es el conflicto, no la integración. La integración, al igual que la paz, es un subproducto, no un fin en sí misma; es un resultado, y por eso es de importancia secundaria. En la comprensión del conflicto habrá no sólo integración y paz, sino algo infinitamente más grande. El conflicto no puede ser suprimido o sublimado, ni tampoco hay un sustituto para él. Surge con el ansia, con el deseo de continuar, de llegar a ser más —lo cual no significa que deba existir el estancamiento de la satisfacción. "Más" es el constante grito del "yo"; es el ansia de sensación, ya sea del pasado o del futuro. La sensación es de la mente, y por eso la mente no es el instrumento para la comprensión del conflicto. La comprensión no es verbal, no es un proceso mental, y en consecuencia no es materia de experiencia. La experiencia es memoria, y sin la palabra, el símbolo, la imagen, no hay memoria. Podréis leer volúmenes sobre el conflicto, pero eso no tiene nada que ver con la comprensión del conflicto. Para comprender el conflicto el pensamiento no debe interponerse; debe haber una alerta percepción del conflicto sin el pensador. El pensador es el que elige, el que invariablemente toma partido por lo agradable, por lo que satisface, y de ese modo sostiene el conflicto; podrá desembarazarse de algún conflicto particular, pero queda allí el terreno apto para nuevos conflictos. El pensador justifica o condena, y así impide la comprensión. Estando ausente el pensador, existe la vivencia directa del conflicto, pero no como una experiencia que soporta un experimentador. En el estado de vivencia no existe el experimentador ni lo experimentado. La vivencia es directa; entonces la relación es directa, y no a través de la memoria. Es esta relación directa que trae comprensión. La comprensión nos libera del conflicto; y con la liberación del conflicto hay integración.

ACCIÓN E IDEA

El era suave y amable, con una sonrisa fácil y agradable. Estaba vestido muy sencillamente, y sus modales eran tranquilos y discretos. Dijo que durante muchos años había practicado la no—violencia y que estaba completamente convencido de su poder y de su importancia. Había escrito varios libros sobre el tema, y traía consigo uno de ellos. Explicó que durante muchos años no había matado voluntariamente animal alguno, y que era estrictamente vegetariano. Abundó en detalles de su vegetarianismo, y dijo que sus zapatos y sus sandalias estaban hechos con cuero de animales que habían muerto naturalmente. Había hecho su vida tan simple como era posible, había estudiado dietética y comía únicamente lo que era esencial. Afirmó que desde varios años atrás no había tenido ningún enojo, aunque ocasionalmente se impacientaba, lo que interpretaba como mera respuesta de sus nervios. Su palabra era mesurada y amable. Dijo que el poder de la no-violencia transformaría el mundo, y que a ella había dedicado su vida. No era de esos individuos que hablan preferentemente de sí mismos, pero tratándose de la no-violencia se tornaba muy elocuente y sus palabras parecían fluir sin esfuerzo. Había venido, agregó, para profundizar en su tema favorito.

Próximo al camino, el gran estanque estaba tranquilo. Sus aguas habían estado muy agitadas, a causa del fuerte viento; pero ahora reposaba completamente sereno y reflejaba las grandes hojas de un árbol. Uno o dos lirios flotaban quietamente en la superficie, y un capullo asomaba sobre el agua. Llegaron algunos pájaros, y varias ranas se acercaron y saltaron al estanque. Las ondas pronto se extinguieron, y una vez más las aguas quedaron tranquilas. En la misma copa de un alto árbol estaba posado un pájaro, alisando sus plumas y cantando; voló en círculo y volvió a su alta y solitaria rama; estaba completamente deleitado con el mundo y consigo mismo. Cerca un hombre gordo se hallaba sentado con un libro, pero su mente estaba muy lejos; procuraba leer, pero finalmente abandonó la lucha y dejó que la mente siguiera su curso. Un carretón subía la barranca lenta y pesadamente, y fue necesario acomodarle los arneses varias veces.

Estamos muy preocupados con la reconciliación de los efectos, con las actitudes y apariencias exteriores. Procuramos en primer término crear orden exterior; exteriormente regulamos nuestra vida de acuerdo con nuestras resoluciones, los internos principios que hemos establecido. ¿Por qué forzamos lo exterior para que se amolde a lo interior? ¿Por qué actuamos conforme a una idea? ¿Es la idea más fuerte, más poderosa que la acción?

Primero se establece la idea por raciocinio o por intuición, y luego tratamos de ajustar la acción a la idea; tratamos de vivir conforme a ella, de ponerla en práctica, de disciplinarnos a la luz de ella —la eterna lucha para poner la acción dentro de los límites de la idea—. ¿Por qué existe esta incesante y penosa lucha para ajustar la acción conforme a la idea? ¿Qué es el impulso de hacer que lo externo se ajuste a lo interno? ¿Es para fortalecer lo interno, o para obtener la seguridad de lo externo, cuando lo interior es incierto? Derivando confortación de lo externo, ¿no asume lo exterior mayor significación e importancia? La realidad exterior tiene importancia; pero si lo consideramos sinceramente, ¿no es eso un claro indicio de que la idea es dominante? ¿Por qué la idea se ha vuelto todopoderosa? ¿Para hacernos actuar? ¿Nos ayuda la idea a actuar, o por el contrario estorba la acción?

Seguramente, la idea limita la acción; es el miedo de actuar que da prioridad a la idea. En la idea hay seguridad, en la acción hay peligro. Para controlar la acción, que es ilimitada, se cultiva la idea; para frenas la acción surge la idea. ¡Imaginaos lo que sucedería si fueseis realmente generosos en la acción! Por eso tenéis la generosidad del corazón en oposición a la generosidad de la mente; no vais más que hasta ahí, pues no sabéis lo que os puede suceder mañana. La idea rige la acción. La acción es completa, abierta, extensiva; y el temor, como idea, se posesiona de ella y la toma a su cargo. Así la idea llega a ser lo importante, y no la acción.

Tratamos de que la acción se ajuste a la idea. La idea o el ideal es la no-violencia, y nuestras acciones, actitudes, pensamientos, son moldeados según la matriz de la mente; lo que comemos, lo que vestimos, lo que decimos, se torna muy importante, pues por esas cosas juzgamos de nuestra sinceridad. La sinceridad se vuelve entonces importante, y no el ser no-violento; nuestras sandalias y lo que coméis llega a ser de exclusiva importancia, y nos olvidamos de la no-violencia. La idea es siempre secundaria, y las cosas secundarias dominan a las primordiales. Podéis escribir, dar conferencias, charlar acerca de la idea; hay mucho lugar en la idea para la propia expansión, pero en el hecho de ser no-violento no existe el deleite de la autoexpansión. La idea, siendo autoproyectada, es estimulante y agradable, positiva o negativamente; pero ser no-violento no ofrece ningún gozo. La no-violencia es un resultado, un subproducto, y no un fin en sí misma. Sólo es un fin en sí misma cuando la idea predomina. La idea es siempre una conclusión, un fin, una meta autoproyectada. La idea es movimiento dentro de lo conocido; pero el pensamiento no puede formular qué es el ser no-violento. El pensamiento puede meditar sobre la no-violencia, pero no puede ser no-violento. La no-violencia no es una idea no puede ser convertida en una norma de acción.

LA VIDA EN UNA CIUDAD

Era un salón bien proporcionado, tranquilo y apacible. El moblaje era elegante y de muy buen gusto, y la alfombra gruesa y suave. Había un hogar de mármol, con el fuego encendido, y viejos vasos de diferentes partes del mundo. En las paredes colgaban modernos cuadros tan buenos como algunos de los antiguos maestros. Se había dedicado considerable atención y cuidado a la belleza y comodidad de la sala, lo que reflejaba opulencia y buen gusto. La habitación daba sobre un pequeño jardín, con un cantero que debió haber sido segado y rastrillado durante muchísimos años.

La vida en una ciudad está extrañamente desconectada del universo; los edificios levantados por el hombre han tomado el lugar de los valles y las montañas, y el estruendo del tráfico ha sustituido al de los turbulentos arroyos. De noche apenas si se ven las estrellas, por más que uno lo desee, porque las luces de la ciudad son demasiado brillantes; y durante el día el cielo está limitado y aprisionado. Con los habitantes de la ciudad ocurre algo definido: son sutiles y civilizados, tienen iglesias y museos, confiterías y teatros, hermosos vestidos e innumerables tiendas. Por todas partes hay gente, en las calles, en las fábricas, en las habitaciones. Una nube atraviesa el cielo, y casi nadie la mira. Hay precipitación y tumulto.

Pero en este salón había una tranquila e ininterrumpida dignidad. Se respiraba esa atmósfera peculiar de los ricos, la sensación de completa seguridad y certeza, y la ansiada libertad de la necesidad. Él decía que le interesaba la filosofía, tanto oriental como occidental, y que era absurdo empezar con los griegos, como si nada hubiese existido antes que ellos; y luego comenzó a hablar de su problema: cómo dar, y a quién dar. El problema de tener dinero, con sus muchas responsabilidades, era un tanto perturbador para él. ¿Por qué se había hecho de esto un problema? ¿Importaba saber a quién daría, y con qué ánimo? ¿Por qué se había convertido esto en un problema?

Entró en la habitación su esposa, elegante, vistosa y curiosa. Ambos parecían muy instruidos, artificiosos y mundanamente cultos; eran inteligentes y estaban interesados en muchas cosas. Sus condiciones eran producto tanto de la ciudad como del campo, pero de corazón pertenecían más bien a la ciudad. Sólo una cosa, la compasión, parecía serles completamente ajena. Evidenciaban un profundo cultivo de las cualidades mentales; había una perspicacia, una sagacidad tremenda, pero no iba muy lejos. Ella escribía un poco, y él era una especie de político; hablaban con suma facilidad y confianza. La duda es sin embargo esencial para descubrir, para alcanzar mayor comprensión; pero ¿cómo puede haber duda cuando se sabe tanto, cuando la autoprotectora armadura está tan fortalecida y toda brecha es sellada por dentro? La apariencia y la forma adquieren extraordinaria importancia para quienes están en el cautiverio de los sentidos; entonces la belleza es sensación, la bondad un sentimiento, y la verdad una cuestión intelectual. Cuando predominan las sensaciones, el confort se vuelve esencial, no sólo para el cuerpo, sino también para la psiquis; y la comodidad, especialmente la de la mente, es corrosiva, conduce a la ilusión.

Somos las cosas que poseemos, somos aquello a lo que estamos apegados. El apego no tiene nobleza. El apego al conocimiento no es diferente de cualquier otra afición agradable. El apego es autoabsorción, tanto en el nivel más bajo como en el más alto. El apego es autodecepción, es una manera de escapar de la vacuidad del “yo”.

Las cosas a las que estamos apegados —propiedad, personas, ideas—, se tornan muy importantes, porque sin las muchas cosas que llenan su vacío, el "yo" no existe. El miedo de no ser conduce a la posesión; y el miedo engendra ilusión, el cautiverio de las conclusiones. Las conclusiones, materiales o ideológicas, impiden la fruición de la inteligencia, la libertad en la cual únicamente puede surgir la realidad; y sin esta libertad, la astucia es considerada como inteligencia. Los caminos de la astucia son siempre complejos y destructivos. Es esta astucia autoprotectora la que nos conduce al apego; y cuando el apego nos causa dolor, es esta misma astucia la que busca el desapego y encuentra placer en el orgullo y la vanidad de la renunciación. La comprensión de los caminos de la astucia, de las modalidades del "yo", es el principio de la inteligencia.

LA OBSESIÓN

Dijo que estaba obsesionado por estúpidas y pequeñas cosas, y que estas obsesiones cambiaban constantemente. Se atormentaba por algún defecto físico imaginario, y a las pocas horas su preocupación recaía sobre otro incidente o pensamiento. Parecía vivir sólo para pasar de una obsesión a otra. Para superar estas obsesiones continuó diciendo, había consultado libros, o bien discutía su problema con un amigo, e incluso había ido a ver a un psicólogo; pero de ningún modo había encontrado alivio. Aun después de alguna conferencia seria y absorbente, esas obsesiones volvían inmediatamente. Si encontrara la causa, ¿podría eso suprimirlas?

¿El descubrimiento de una causa puede liberarnos del efecto? ¿El conocimiento de la causa destruirá el resultado? Conocemos las causas, tanto económicas como psicológicas, de la guerra, y sin embargo, seguimos fomentando la barbarie y la autodestrucción. Después de todo, el motivo de nuestra búsqueda de la causa es el deseo de liberarnos del efecto. Este deseo es otra forma de resistencia o condenación; y cuando hay condenación, no hay comprensión.

"¿Entonces qué es lo que uno tiene que hacer?" preguntó.

¿Por qué la mente es dominada por estas obsesiones triviales y estúpidas? Averiguar el "por qué" es buscar la causa como algo separado de vosotros mismos, y que debéis encontrar; es simplemente descubrir las modalidades de vuestro propio pensar. Por lo tanto, ¿por qué la mente está ocupada de este modo? ¿No es acaso porque es superficial, trivial, insignificante, y está por consiguiente interesada en sus propias atracciones?

"Sí", contestó, "eso me parece cierto; pero no del todo, porque soy una persona seria".

Aparte de estas obsesiones, ¿con qué ocupa su pensamiento?

"Con mi profesión", contestó. "Tengo una posición de responsabilidad. Todo el día y a veces bien entrada la noche, mi pensamiento está vuelto hacia mis negocios. Ocasionalmente leo, pero dedico la mayor parte del tiempo a mi profesión".

¿Le gusta lo que está haciendo?

"Sí, pero no lo encuentro completamente satisfactorio. Siempre me sentí insatisfecho con lo que estoy haciendo, pero no puedo desechar mi posición actual, porque tengo ciertas obligaciones —y además, estoy entrando en años. Lo que me atormenta son estas obsesiones, y el creciente resentimiento que siento hacia mi trabajo tanto como hacia la gente. Yo no he sido amable; siento una angustia creciente respecto al futuro, y parece que nunca puedo conseguir alguna paz. En mi trabajo me desenvuelvo bien, pero…"

¿Por qué lucha Ud. contra lo que es? La casa en que vivo puede ser ruidosa, sucia, los muebles pueden ser horribles, y quizá haya una falta absoluta de belleza en todo el conjunto; pero por varias razones pueden ser que tenga que vivir allí, que no pueda mudarme a otra casa. No es cuestión de aceptación, sino de ver el hecho obvio. Si no veo lo que **es**, me atormentaré hasta enfermarme con ese jarro, con esa silla o ese cuadro; se convertirán en mis obsesiones, y habrá resentimiento hacia la gente, hacia mi trabajo, etc. Si pudiera abandonarlo todo y empezar de nuevo, sería un asunto diferente; pero no puedo. No es saludable mi rebeldía contra lo que **es**, lo actual. El reconocimiento de lo que **es** no conduce a un altivo conformismo y a la inercia. Cuando cedo ante lo que **es**, no sólo hay comprensión, sino que también entra la mente superficial en cierta quietud. Si la mente superficial no está quieta, admite las obsesiones, reales o imaginarias; se ve atrapada en alguna reforma social o finalidad religiosa: el Maestro, el salvador, el rito, etc. Únicamente cuando la mente superficial está quieta es que lo oculto puede revelarse. Lo oculto debe ser expuesto; pero esto no es posible si la mente superficial está recargada con obsesiones, con preocupaciones. Desde que la mente superficial tiene constantemente alguna clase de agitación, el conflicto es inevitable entre las capas superficiales y las más profundas de la mente; y en tanto este conflicto no se resuelva, las obsesiones aumentan. Después de todo, las obsesiones constituyen un medio de evasión de vuestro conflicto. Todas las evasiones, son semejantes, aunque es obvio que algunas son socialmente más dañinas.

Cuando uno percibe el proceso total de la obsesión o de cualquier otro problema, recién entonces hay liberación del problema. Para que haya una amplia y alerta percepción, no debe haber condenación o justificación del problema; la alerta percepción debe ser sin opción. Estar de este modo alerta requiere inmensa paciencia y

sensibilidad; requiere vehemente y sostenida atención a fin de que el proceso total del pensar pueda ser observado y comprendido.

EL INSTRUCTOR ESPIRITUAL

DIJO QUE SU **gurú** era un hombre demasiado grande para que se lo pudiera describir, y que durante muchos años había sido uno de sus discípulos. Este instructor, siguió diciendo, impartía sus enseñanzas mediante impresiones brutales, mediante expresiones obscenas, insultos y acciones contradictorias; y agregó que entre sus secuaces había muchas personas importantes. La misma crudeza del procedimiento forzaba a las personas a pensar, las hacía estar atentas y tomar notas, lo cual se consideraba necesario porque la mayoría de la gente estaba dormida y necesitaba ser sacudida. Este instructor decía las cosas más terribles acerca de Dios, y parecía que sus discípulos debían beber en abundancia dado que el mismo instructor bebía copiosamente durante las comidas. Las enseñanzas sin embargo, eran profundas; hubo un tiempo en que las guardaba en secreto, pero ahora las ponía a disposición de todos.

El sol del atardecer otoñal penetraba a través de la ventana y se podía oír el estrépito de la bulliciosa calle. Las hojas moribundas estaban relucientes, y el aire era fresco y penetrante. Como sucede en todas las ciudades, el ambiente era depresivo y penoso en contraste con la claridad del atardecer; y la artificial alegría de la ciudad hacía esa impresión aun más penosa Parece que hemos olvidado lo que es ser natural, reír libremente; por eso nuestros rostros están contraídos por la angustia y la ansiedad. No obstante, las hojas resplandecían en el sol y una nube cruzaba el cielo.

Hasta en los llamados movimientos espirituales se mantienen las divisiones sociales. ¡Con qué vehemencia saludamos al que tiene titulo, y le ofrecemos el asiento delantero! ¡Cómo cortejan los secuaces al que se hace famoso! ¡Qué hambre tenemos de distinciones y rótulos! El ansia de distinciones se convierte en lo que llamamos desarrollo espiritual: los que están cerca y los que están lejos, la división jerárquica del Maestro y el iniciado, el discípulo y el novicio. Esta ansia es obvia y en cierto modo comprensible en nuestro mundo cotidiano; pero cuando la misma actitud es aplicada a un mundo en que estas estúpidas distinciones no tienen ningún sentido, ello revela cuán profundamente condicionados estamos por nuestras ansias y apetitos. Sin comprender estas ansias, es completamente inútil tratar de estar libre de vanidad.

"Pero", continuó diciendo, "nosotros tenemos necesidad de guías, **gurús**, Maestros. Usted podrá haberlos superado, pero nosotros que somos personas comunes los necesitamos, de lo contrario estaríamos como ovejas extraviadas".

Elegimos a nuestros líderes, tanto politices como espirituales, dentro de nuestra propia confusión, y por lo tanto también ellos están confusos. Queremos que se nos halague y consuele, que se nos estimule y gratifique, y por eso elegimos un instructor que nos dará lo que ansiamos. No buscamos la realidad, sino que vamos en pos de la satisfacción y la sensación. Es esencial para nuestra propia glorificación que creemos el instructor, el Maestro; y nos sentimos perdidos, contusos y ansiosos cuando somos contrariados. Si no tenéis ningún instructor físicamente accesible, os fabricáis uno muy remoto, oculto y misterioso; el primero depende de varias influencias físicas y emocionales, y el último es autoproyectado, un ideal de nuestra propia hechura; pero ambos son el resultado de vuestra elección, y la elección está inevitablemente basada en la prevención, en el prejuicio. Tal vez prefiráis dar a vuestro prejuicio un nombre más respetable y confortante, pero lo que elijáis habrá salido de vuestra confusión y apetitos. Si estáis buscando satisfacción, encontraréis naturalmente lo que deseáis, pero no llaméis a eso verdad. La verdad surge cuando la satisfacción, el deseo de sensación, llega a su término.

"Usted no me ha convencido de que yo no necesito un Maestro", dijo.

La verdad no es asunto de argumentación y de convicción; no el resultado de una opinión.

"Pero el Maestro me ayuda a vencer mi codicia, mi envidia", insistió.

¿Puede otro, por grande que sea, ayudar a producir una transformación en Ud.? Si lo puede, entonces Ud. no está transformado; está meramente dominado, influido. Esta influencia podrá durar mucho tiempo, pero Ud. no estará transformado. Habrá sido subyugado; y tanto si es subyugado por la envidia como por lo que se llama una noble influencia, será igualmente esclavo, no será libre. Nos agrada ser serviles, depender de alguien, ya se trate de un Maestro o de cualquier otro, porque en esta dependencia hay seguridad, el Maestro se convierte en el refugio. Poseer es ser poseído, pero la posesión no es liberación de la codicia.

"Debo resistir la codicia", dijo. "Debo luchar con ella, hacer el mayor esfuerzo para destruirla, y sólo así conseguiré eliminarla".

Por lo que Ud. dice, debe haber estado muchos años en conflicto con la codicia, y sin embargo no está libre de ella. No diga que no ha insistido bastante, como sería la respuesta obvia. ¿Puede Ud. comprender algo por medio del conflicto? Conquistar no es comprender. Lo que Ud. conquiste tendrá que ser conquistado una y otra vez; y sin embargo, sólo puede haber liberación de aquello que es plenamente comprendido. Para comprender, debe haber

alerta percepción del proceso de la resistencia. Resistir es mucho más fácil que comprender; y además, hemos sido educados para resistir. En la resistencia no se requiere ninguna observación, ninguna consideración, ninguna comunión; la resistencia es un indicio del embotamiento de la mente. Una mente que resiste está encerrada en sí misma y por eso en ella no cabe la sensibilidad, la comprensión. Comprender las modalidades de la resistencia es mucho más importante que deshacerse de la codicia. De hecho Ud. no está escuchando lo que se dice; está considerando las varias convicciones surgidas en sus años de lucha y resistencia. Ahora está Ud. convencido, y en relación con sus convicciones, acerca de las cuales habrá probablemente escrito y predicado, Ud. ha reunido amigos; en su Maestro tiene hecha Ud. una inversión, que le ha ayudado a resistir. Es por eso que su pasado le impide escuchar lo que se dice.

"Estoy y no estoy de acuerdo con Ud.", observó.

Lo que demuestra que no está escuchando. Usted está contraponiendo sus convicciones frente a lo que se dice, lo cual no es escuchar. Tiene Ud. miedo de escuchar y por eso está en conflicto, por eso está de acuerdo y al mismo tiempo en desacuerdo.

"Probablemente tiene Ud. razón", dijo, "pero no puedo deshacerme de todo lo que he reunido: mis amigos, mi conocimiento, mi experiencia. Sé que debería hacerlo, pero simplemente no puedo, y ese es el hecho".

El conflicto íntimo será ahora mayor que nunca en él; pues una vez que os habéis dado cuenta de lo que es, aunque sea de mala gana, y lo negáis a causa de vuestras convicciones, se produce una profunda contradicción. Esta contradicción es dualidad. No puede haber conciliación entre deseos opuestos; y si se crea un puente, no es más que resistencia, vale decir conformismo. Sólo en la comprensión de lo que es se da la liberación de lo que es.

Es un hecho que a los secuaces les gusta ser contrariados y dirigidos, ya sea en forma suave o ruda. Consideran que el trato duro forma parte de su disciplina —disciplina para el éxito espiritual—. El deseo de ser golpeado, de ser rudamente sacudido, es parte del placer de golpear; y esta mutua degradación del líder y del secuaz es la consecuencia del deseo de sensación. Es debido a vuestro creciente deseo de sensación que seguís y así creáis un líder, un **gurú**; y por esta nueva satisfacción haréis sacrificios, soportaréis incomodidades, insultos y reprimendas. Todo esto es parte de la mutua explotación, nada tiene que ver con la realidad y jamás conducirá a la felicidad.

EL ESTIMULO

"Las montañas me hicieron silenciosa", dijo ella. "He estado en el Engandine, y su belleza me hizo completamente silenciosa; quedé sobrecogida ante tanta maravilla. Fue una tremenda experiencia. Deseo en lo posible mantener ese silencio, ese viviente, vibrante y conmovedor silencio. Cuando Ud. habla de silencio, supongo que quiere significar esta extraordinaria experiencia que yo he tenido. Realmente me gustaría saber si Ud. se refiere a la misma naturaleza de silencio que yo he experimentado. El efecto de este silencio ha permanecido mucho tiempo en mí, y ahora vuelvo de nuevo a él, trato de recapturarlo y de vivir en él".

A Ud. la ha sumido en el silencio el Engandine, a otro una hermosa forma humana, y a otro un Maestro, un libro, o la bebida. Mediante estímulos externos quedamos sometidos a una sensación que llamamos silencio y que es sumamente agradable. El efecto de la belleza y de la grandeza es ahuyentar nuestros problemas y conflictos cotidianos, lo que es un alivio. Mediante estimulas externos, la mente se aquieta temporariamente; quizá sea ésta una experiencia nueva, una nueva satisfacción, y la mente trata de volver a ella por el recuerdo cuando ya no la experimenta más. Quizá no sea posible permanecer en las montañas, dado que uno tiene que volver a sus ocupaciones; pero es en cambio posible buscar ese estado de quietud mediante alguna otra forma de estimulo, por medio de la bebida, de una persona, o de una idea, que es lo que la mayoría de nosotros hacemos. Estas diversas formas de estimulo son los medios de que nos valemos para aquietar la mente; por consiguiente los medios se tornan significativos, importantes, y nos apagamos a ellos. Dado que los medios nos brindan el placer del silencio, se vuelven dominantes en nuestras vidas; constituyen la inversión de nuestros intereses, una necesidad psicológica que defendemos y por la cual, si es necesario, nos destruimos los unos a los otros. Los medios toman el lugar de la experiencia, que es ahora sólo un recuerdo.

Los estímulos pueden variar, teniendo cada uno un significado de acuerdo con el condicionamiento de la persona. Pero hay una similitud en todos los estímulos: el deseo de huir de lo que **es**, de nuestra rutina diaria, de una relación que ha perdido su vitalidad y del conocimiento que siempre está volviéndose viejo. Vosotros elegís un tipo de evasión, yo otro, y mi tipo particular siempre es considerado de mayor valor que el vuestro; pero toda evasión, ya sea en la forma de un ideal, del cinematógrafo, o de la iglesia, es dañina, conduce a la ilusión y el engaño. Las evasiones psicológicas son más perjudiciales que las manifiestas, porque son más sutiles y complejas y por eso mismo más difíciles de descubrir. El silencio que surge a través del estímulo, el silencio que proviene de

las disciplinas, de los controles, de las resistencias, ya sean positivas o negativas, es un resultado, un efecto, y por lo tanto no es creativo; está muerto.

Hay un silencio que no es una reacción, un resultado; un silencio que no es la consecuencia del estimulo, de la sensación; un silencio que no es un agregado, que no es una conclusión. Surge cuando el proceso del pensamiento es comprendido. El pensamiento es la respuesta de la memoria, de determinadas conclusiones, conscientes o inconscientes; esta memoria dicta la acción conforme al placer y al dolor. Así las ideas controlan la acción, por eso hay conflicto entre la acción y la idea. Este conflicto está siempre con nosotros, y a medida que se intensifica hay un impulso para librarse de él; pero mientras este conflicto no sea comprendido y resuelto, cualquier intento de librarse de él sólo será una evasión. En tanto la acción responda a una idea, el conflicto es inevitable físicamente cuando la acción está libre de la idea cesa el conflicto.

"¿Pero puede jamás la acción estar libre de la idea? Seguramente no puede haber acción sin que antes haya habido ideación. La acción sigue a la idea, y yo no podría quizás imaginar ninguna acción que no sea el resultado de la idea".

La idea es el resultado de la memoria; la idea es la verbalización de la memoria; la idea es una inadecuada reacción al desafío, a la vida. La respuesta adecuada a la vida es acción, no ideación. Respondemos con ideas para protegernos contra la acción. Las ideas limitan la acción. Hay seguridad en el campo de las ideas, pero no en la acción; así la acción queda subordinada a la idea. La idea es la norma autoprotectora con respecto a la acción. En intensas crisis hay acción directa, libre de la idea. Es contra esta acción espontánea que se ha disciplinado la mente; y como para la mayoría de nosotros la mente es dominante, las ideas actúan como freno sobre la acción y por lo tanto hay fricción entre la acción y la ideación.

"Yo noto que mi mente añora esa feliz experiencia del Engandine. ¿Es una evasión revivir esa experiencia en el recuerdo?"

Evidentemente. Lo efectivo es su vida en el presente: esta populosa calle, sus ocupaciones, sus inmediatas relaciones. Si todo esto fuera agradable y satisfactorio, las montañas del Engandine desaparecerían; pero como lo actual es confuso y penoso, Ud. se vuelve a una experiencia que ha pasado y que está muerta. Ud. podrá recordar esa experiencia, pero ella ha terminado; Ud. le da vida sólo por la memoria. Es como inyectar vida en una cosa muerta. Siendo el presente estúpido, superficial, nos volvemos hacia el pasado o buscamos un futuro proyectado por nosotros mismos. Esta evasión del presente conduce inevitablemente a la ilusión. Ver el presente tal como es realmente, sin condenación o justificación, es comprender lo que **es**, y entonces hay acción que produce una transformación en lo que **es**.

PROBLEMAS Y EVASIONES

"Tengo muy serios problemas, y me parece que al tratar de resolverlos sólo consigo hacerlos más tortuosos y penosos. Estoy perdiendo la cabeza y no sé ya qué hacer. Por añadidura, soy sorda y me veo obligada a usar este mortificante aparato para poder oír. Tengo varios hijos y un esposo que me ha abandonado. Estoy realmente preocupada por mis niños, porque quiero evitarles todas las calamidades que yo he tenido que pasar".

¡Cuán ansiosos estamos por hallar una respuesta a nuestros problemas! Estamos tan ansiosos de encontrar una respuesta que no podemos estudiar el problema, ello impide nuestra silenciosa observación del mismo. El problema es la cosa importante, y no la respuesta. Si buscamos una respuesta, la encontraremos; pero el problema persistirá, pues la respuesta es inaplicable al problema. Lo que buscamos es una evasión del problema y la solución es un remedio superficial; por lo tanto no hay comprensión del problema. Todos los problemas proceden de un origen, y sin comprender el origen todo intento de resolverlos únicamente conducirá a más confusión y sufrimiento. Ante todo debemos compenetrarnos de que nuestra intención de comprender el problema es seria, de que vemos la necesidad de estar libres de todos los problemas, pues solamente entonces podemos abordar al creador de los problemas. Sin liberarse de los problemas no puede haber tranquilidad, y la tranquilidad es esencial para la felicidad, la cual no es un fin en sí misma. Así como el lago está en calma cuando se detiene el viento, del mismo modo la mente está quieta cuando cesan los problemas. Pero la mente no puede ser aquietada; si lo es, está muerta, es un charco estancado. Cuando esto se vea claramente, entonces el creador de los problemas podrá ser observado. La observación debe ser silenciosa y no de acuerdo con ningún previo plan basado en el placer y en el dolor.

"¡Pero Ud. está pidiendo lo imposible! Nuestra educación ejercita la mente para distinguir, para comparar, para juzgar, para elegir, y es muy difícil no condenar o justificar lo que se observa. ¿Cómo podemos estar libres de este condicionamiento y observar silenciosamente?"

Si veis que la observación silenciosa, la pasiva y alerta percepción es esencial para la comprensión, entonces la verdad de nuestra percepción os libera del trasfondo. Sólo cuando no veis la inmediata necesidad de la pasiva y

sin embargo alerta percepción es que surge el "cómo", la búsqueda de un medio para disolver el trasfondo. Es la verdad que libera, no el medio o el sistema. La verdad de que sólo la silenciosa observación trae la comprensión debe ser descubierta; únicamente entonces estaréis libres de condenación y justificación. Cuando veis el peligro, no preguntáis cómo podréis evitarlo. Es porque no veis la necesidad de estar pasivamente alerta que preguntáis "cómo". ¿Por qué no veis su necesidad?

"Yo lo deseo, pero jamás he pensado antes estas cosas. Todo lo que puedo decir es que quiero librarme de mis problemas, porque son una verdadera tortura para mí. Quiero ser feliz, como cualquier otra persona".

Consciente o inconscientemente rehusamos ver la esencialidad del estar pasivamente alerta, porque en realidad nosotros no queremos separarnos de nuestros problemas; pues ¿qué seríamos sin ellos? Preferimos adherirnos a lo que conocemos, aunque sea penoso, antes que arriesgar la persecución de algo que puede llevarnos quién sabe dónde. Con los problemas, por lo menos, estamos familiarizados; pero el pensamiento de perseguir a su creador, sin saber adónde esto nos puede conducir, nos produce miedo y disgusto. La mente estaría perdida sin el tormento de los problemas; ella se alimenta de problemas, ya sea los del mundo o los de la cocina, políticos o personales, religiosos o ideológicos; así nuestros problemas nos hacen insignificantes y estrechos. Una mente que se consume con los problemas del mundo es tan insignificante como la que se atormenta con el progreso espiritual que está realizando. Los problemas recargan la mente con el miedo, porque ellos dan fuerza al "yo", al "mi" y a lo "mío". Sin problema, sin realizaciones y fracasos el "yo" no existe.

"Pero sin el 'yo' ¿cómo se puede existir? El es el principio de toda acción".

En tanto la acción sea el resultado del deseo, de la memoria, del temor, del placer y el dolor, inevitablemente debe engendrar conflicto, confusión y antagonismo. Nuestra acción es la consecuencia de nuestro condicionamiento, en cualquier nivel que sea; y nuestra respuesta al desafío, siendo inadecuado e incompleta, debe producir conflicto, que es el problema El conflicto es la verdadera estructura del "yo". Es enteramente posible vivir sin conflicto, sin el conflicto de la codicia, del miedo, del éxito; pero esta posibilidad será meramente teórica y no efectiva hasta que ella sea descubierta a través de la vivencia directa. Vivir sin codicia sólo es posible cuando se comprenden las modalidades del yo.

"¿Cree Ud. que mi sordera se debe a mis temores y represiones? Los médicos me han asegurado que no tengo ningún defecto estructural. ¿Habrá alguna posibilidad de que recupere mi oído? De una u otra manera, he estado reprimida toda mi vida; nunca he hecho nada de lo que realmente deseaba hacer".

Reprimirse interior y exteriormente es más fácil que comprender. El comprender es arduo, especialmente para los que han sido profundamente condicionados desde la infancia. Por firme que sea la represión se convierte en una cuestión de hábito. La comprensión jamas puede convertirse en un hábito, en un asunto de rutina ella requiere una constante atención, una constante vigilancia. Para comprender, debe haber flexibilidad, sensibilidad, un entusiasmo que nada tiene que ver con el sentimentalismo. La supresión en cualquier forma no requiere la vivacidad de la alerta percepción; es el modo más fácil y más estúpido de proceder con las respuestas. La supresión es sometimiento a una idea, a una norma, y brinda superficial seguridad, respetabilidad. La comprensión es liberadora, pero la supresión es siempre limitadora, autoencerradora. El temor de la autoridad, de la inseguridad, de la opinión, levanta un refugio ideológico, con su contraparte física, al cual recurre la mente. Este refugio, cualquiera que sea el nivel en que pueda estar colocado, siempre sustenta al temor; y del temor proviene la sustitución, la sublimación o la disciplina, que son todas formas de la represión. La represión debe hallar una salida, que puede ser una dolencia física o alguna clase de ilusión ideológica. El precio que se paga está de acuerdo con nuestros temperamentos e idiosincrasias.

"He notado que en cuanto oigo algo que me resulta desagradable, me refugio detrás de este aparatito, que así me ayuda a escapar hacia mi propio mundo. Pero ¿cómo puede uno librarse de la represión, que viene de años? ¿No requerirá eso un tiempo demasiado largo?"

No es una cuestión de tiempo, de rastrear en el pasado, o de un cuidadoso análisis; es cuestión de ver la verdad de la represión. Mediante la pasiva alerta percepción, sin ninguna opción, del proceso total de la represión, la verdad de esto se descubrirá inmediatamente. No se puede descubrir la verdad de la represión si pensamos en términos de ayer y de mañana; no se puede comprender la verdad por el transcurso del tiempo. La verdad no es algo que se pueda alcanzar; se ve o no se ve, no puede ser percibida gradualmente. La voluntad de liberarse de la represión es un impedimento para la comprensión de la verdad; pues la voluntad es deseo, ya sea positivo o negativo, y con el deseo no puede haber pasiva y alerta percepción. Es el deseo o el ansia lo que origina la represión; y este mismo deseo, aunque ahora se llame voluntad no puede nunca librarse a sí mismo de su propia creación. Una vez más, la verdad de la voluntad debe ser entendida mediante una pasiva y no obstante alerta percepción. El analizador, si bien puede separarse a sí mismo de lo que está analizando, es parte de lo analizado, y como está condicionado por la cosa que analiza, no puede liberarse de ella. Repito, debemos ver la verdad de esto. Es la verdad la que libera, no la voluntad y el esfuerzo.

LO QUE ES Y LO QUE DEBERÍA SER

"ESTOY CASADA y tengo hijos", dijo ella, "pero parece que hubiera perdido todo afecto. Estoy agotándome lentamente. Aunque me empeño en actividades sociales, ellas constituyen una forma de pasatiempo y veo su futileza. Nada parece interesarme profunda y plenamente. Hace poco tomé unas largas vacaciones para alejarme de la rutina de mi familia y de las actividades sociales, y trate de pintar, pero mi espíritu no estaba en eso. Me siento completamente apagada, sin iniciativa, deprimida y profundamente descontenta. Soy todavía joven, pero el futuro me parece por completo sombrío. He pensado en el suicidio, pero de algún modo me doy cuenta de su total estupidez. Estoy cada vez más confusa, y mi descontento parece no tener fin".

¿Acerca de qué está Ud. confundida? ¿Es su problema el de los parientes?

"No, no es eso. Lo he pasado, y he salido de él sin demasiada dificultad; pero estoy desconcertada y nada parece satisfacerme.

Tiene Ud. algún problema determinado, o meramente está descontenta en general? Debe haber en el fondo alguna ansiedad, algún temor, y probablemente Ud. no se da cuenta de ello. ¿Desea Ud. saber qué es?

"Si, es por eso que he venido a verle. Realmente no puedo continuar así. Me parece que nada tiene la menor importancia, y periódicamente me siento muy indispuesta.

Su indisposición puede ser una evasión de sí misma, de sus circunstancias.

"Probablemente es así. Pero, ¿qué puedo hacer? Estoy verdaderamente desesperada. Antes de irme debo encontrar una salida a todo esto".

¿El conflicto es entre dos cosas efectivas, o entre lo efectivo y lo ficticio? ¿Es su descontento mera insatisfacción, que parece ser satisfecha fácilmente, o es un sufrimiento sin causa? La insatisfacción pronto halla un canal particular por el cual se satisface; la insatisfacción se canaliza rápidamente, pero el descontento no puede ser mitigado por el pensamiento. Eso que llamamos descontento ¿surge por el hecho de no encontrar satisfacción? Si Ud. encontrara satisfacción, ¿desaparecería su descontento? Lo que Ud. está buscando ¿no es en realidad alguna forma de permanente satisfacción?

"No, no es eso. Realmente no busco ninguna clase de satisfacción —o por lo menos así lo creo—. Todo lo que sé es que estoy en confusión y conflicto, y que al parecer no puedo salir de allí".

Cuando Ud. dice que está en conflicto, debe ser en relación con algo: en relación con su esposo, con sus hijos, con sus actividades. Si como dice, su conflicto no es algo de esto, entonces sólo puede ser entre lo que Ud. **es** y lo que **quiere** ser, entre lo efectivo y lo ideal, entre lo que **es** y el mito de lo que **debería** ser. Usted tiene una idea de lo que Ud. debería ser, y tal vez el conflicto y la confusión provengan del deseo de encajar en este molde proyectado por Ud. misma. Usted está luchando por ser algo que no es. ¿Es eso?

"Comienzo a ver dónde está mi confusión. Me parece que lo que Ud. dice es cierto".

El conflicto está entre lo efectivo y el mito, entre lo que Ud. es y eso que le gustaría ser. El modelo del mito ha sido elaborado desde la infancia y se ha ampliado y profundizado progresivamente creciendo en contraste con lo efectivo y modificándose constantemente según las circunstancias. Este mito, como todos los ideales, las metas, las utopías, está en contradicción con lo que es, lo implícito, lo efectivo; por lo tanto el mito es una evasión de aquello que Ud. es. Esta evasión inevitablemente crea el estéril conflicto de los opuestos; y todo conflicto, interno o externo, es vano, fútil, estúpido, creador de confusión y antagonismo.

Por consiguiente, si puedo expresarlo así, su confusión proviene del conflicto entre lo que Ud. es y el mito de lo que Ud. debería ser. El mito, el ideal, es irreal; es un escape autoproyectado, no tiene ninguna efectividad. Lo efectivo es lo que Ud. es. Lo que Ud. es, es mucho más importante que lo que Ud. debería ser. Usted puede comprender lo que es, pero no puede comprender lo que **debería** ser. No hay comprensión de una ilusión, sólo hay comprensión del modo como ella se produce. El mito, lo ficticio, lo ideal, no tiene validez; es un resultado, un fin, y lo importante es comprender el proceso por el cual él ha surgido.

Para comprender lo que Ud. es, ya sea agradable o desagradable, debe cesar enteramente el mito, el ideal, el futuro estado autoproyectado. Sólo entonces podrá Ud. asir lo que **es**. Para comprender lo que **es**, debe haber liberación de toda distracción. La condenación o justificación de lo que **es**, es distracción. La comparación es distracción; es resistencia o disciplina contra lo efectivo. El mismo esfuerzo o compulsión para comprender es distracción. Toda distracción es un impedimento para la veloz persecución de lo que **es**. Lo que **es** no es estático; está en constante movimiento, y para seguirlo es necesario que la mente no esté atada a ninguna creencia, a ninguna esperanza de éxito o temor de fracaso. Sólo en la pasiva y alerta percepción puede revelarse lo que **es**. Esta revelación es atemporal.

LA CONTRADICCIÓN

El era un político muy conocido y bien conceptuado, un poco arrogante, y por consiguiente impaciente. Altamente instruido, era bastante ponderado y minucioso en sus exposiciones. No podía dejar de ser artificioso, porque estaba demasiado comprometido con el apaciguamiento; él era la política, el Estado, el poder. Tenía facilidad de palabra, y esa misma facilidad era el motivo de su infortunio; era incorruptible, y a eso se debía su ascendiente sobre el público. Por una rara circunstancia se encontraba ahora incómodamente sentado en esa habitación; el político se hallaba ausente, pero el hombre estaba allí, nervioso y consciente de si mismo. Su jactancia, su engreimiento había desaparecido, y allí estaba en ansiosa inquisición, examen y desenmascaramiento de sí mismo.

El moribundo sol del atardecer penetraba por la ventana, y también el ruido del tráfico. Los papagayos, brillantes relámpagos de luz verde, regresaban de sus diarias salidas para instalarse por la noche en seguridad entre los árboles de la ciudad, esos grandes árboles ubicados a lo largo de los caminos y en los jardines privados. Mientras volaban, los papagayos lanzaban horribles chillidos. No volaban nunca en línea recta sino que se dejaban caer, se elevaban o se lanzaban de costado, siempre chillando y llamando. Sus vuelos y sus gritos estaban en contradicción con su hermosura. Muy lejos en el mar se veía una solitaria vela blanca. Un pequeño grupo de personas llenaba la habitación, en un contraste de colores y pensamiento. Un perrito entró, miró por todas partes y salió, casi inadvertido; y se oía el repicar de la campana de un templo.

"¿Por qué hay contradicción en nuestra vida?", preguntó él. "Hablamos de los ideales de paz, de no—violencia, y sin embargo ponemos los cimientos de la guerra. Debemos ser realistas y no soñadores. Queremos la paz, y sin embargo nuestras diarias actividades a la postre nos conducen a la guerra; queremos luz, y sin embargo cerramos la ventana. Nuestro propio proceso de pensamiento es una contradicción, un querer y no querer. Esta contradicción es sin duda inherente nuestra naturaleza, y es por consiguiente bastante desesperado tratar de ser integrados, completos. El amor y el odio parecen ir siempre juntos. ¿Por qué existe esta contradicción? ¿Es ella inevitable? ¿Puede uno sustraerse a ella? ¿Puede el Estado moderno ser completamente pacifista? ¿Puede permitirse siquiera ser por completo una determinada cosa? Debe trabajar por la paz y no obstante prepararse para la guerra; la meta es la paz mediante los preparativos bélicos".

¿Por qué tenemos un punto fijo, un ideal, si la desviación del mismo crea contradicción? Si no hubiera ningún punto fijo, ninguna conclusión, no habría contradicción. Establecemos un punto fijo, y luego nos separamos de él, incurriendo en lo que consideramos una contradicción. Llegamos a una conclusión por caminos errados y en diferentes niveles, y luego tratamos de vivir conforme a una conclusión o ideal. Como no podemos, surge una contradicción; y entonces tratamos de construir un puente entre el punto fijo, el ideal, la conclusión, y el pensamiento o el acto que lo contradice. Esta conexión es llamada consecuencia. Y ¡cómo admiramos al hombre que es consecuente, que se ajusta a sus conclusiones, a su ideal! A un hombre así lo consideramos un santo. Pero los insanos también son consecuentes, también se aferran a sus conclusiones. No hay contradicción en un hombre que cree ser Napoleón; él es la personificación de su conclusión; y un hombre que está completamente identificado con su ideal es obviamente un desequilibrado.

La conclusión que llamamos un ideal puede establecerse en cualquier nivel, y puede ser consciente o inconsciente; y habiéndola establecido, tratamos de aproximar a ella nuestra acción, lo cual crea contradicción. Lo importante no es cómo ser consecuente con la norma, con el ideal, sino descubrir por qué hemos cultivado este punto fijo, esta conclusión; porque si no tuviéramos ninguna norma, entonces la contradicción no existiría. Así pues, ¿por qué tenemos el ideal, la conclusión? ¿Acaso el ideal no estorba la acción? ¿No surge el ideal para modificar la acción, para controlar la acción? ¿No es posible actuar sin el ideal? El ideal es la respuesta del trasfondo, del condicionamiento, y por eso jamás puede ser el medio que libere al hombre del conflicto y la confusión. Por el contrario, el ideal, la conclusión, aumenta la división entre hombre y hombre y por lo tanto acelera el proceso de la desintegración.

Si no hubiera ningún punto fijo, ningún ideal del que es posible apartarse, no existiría tampoco la contradicción, con su necesidad de ser consecuente; entonces habría únicamente acción de instante en instante, y esa acción sería siempre completa y verdadera. Lo verdadero no es un ideal, un mito, sino lo actual, lo efectivo. Lo actual puede ser abordado y comprendido. La comprensión de lo actual no puede engendrar enemistad, pero los ideales sí. Los ideales jamás pueden traer una revolución fundamental, sino únicamente una continuidad modificada de lo viejo. Sólo hay una revolución fundamental y constante en la acción de instante en instante, que no se basa en un ideal y está por consiguiente libre de toda conclusión.

"Pero un Estado no puede funcionar según este principio. Debe haber una meta, una acción planeada, un esfuerzo concentrado con miras a un particular resultado. Lo que Ud. dice podrá ser aplicado al individuo, y yo veo en ello grandes posibilidades para mí mismo; pero sería inoperante en la acción colectiva".

La acción planeada requiere constante modificación, debe ser ajustada a las cambiantes circunstancias. La acción que se ajusta a un tipo previamente fijado fracasará inevitablemente si no se toman en consideración los hechos físicos y las presiones psicológicas. Si se proyecta la construcción de un puente, no sólo es necesario hacer

los planos, sino que habrá que analizar el suelo, el terreno donde debe ser construido, de lo contrario el proyecto no será adecuado. La acción sólo puede ser completa cuando se comprenden todos los factores físicos y las fuerzas psicológicas del proceso total del hombre, y esta comprensión no depende de ningún plan. Requiere un rápido ajuste, lo cual es inteligencia; y es sólo cuando no hay inteligencia que recurrimos a conclusiones, a ideales, a metas. El Estado no es estático; sus líderes podrán serlo, pero el Estado, como el individuo, es viviente dinámico, y lo que es dinámico no puede ser fijado dentro del marco de un plan. Generalmente levantamos muros en derredor del Estado, muros de conclusiones, de ideales, con la esperanza de ajustarlo a ello; pero un ente viviente no puede mantenerse atado sin matarlo, y así procedemos a matar al Estado y a modelarlo entonces de acuerdo con nuestro plan, de acuerdo con el ideal. Sólo una cosa muerta puede ser forzada para adaptarla a un molde; y como la vida está en constante movimiento, hay contradicción desde el momento en que tratamos de ajustar la vida a una norma fija o a una conclusión. La conformidad con una norma es la desintegración del individuo y por lo tanto del Estado. El ideal no es superior a la vida, y cuando intentamos hacer que sea así hay confusión, antagonismo y sufrimiento.

LOS CELOS

El sol resplandecía sobre la blanca pared opuesta, y en su deslumbrante reflejo las caras parecían oscuras. Una niñita, sin que se lo sugiriese la madre, vino a sentarse junto a mí, con ojos asombrados, y curiosa por saber lo que iba a pasar. Estaba recién lavada y vestida, y llevaba unas flores en el cabello. Todo lo observaba atentamente, como lo hacen los niños, sin considerarlo mucho. Sus ojos centelleaban, y no sabía bien qué hacer, si llorar, reír o brincar; en lugar de eso, me tomó la mano y la miró con absorbente interés. Entonces olvidó toda la gente que estaba en el lugar, se relajo y se quedó dormida con la cabeza apoyada en mis rodillas. Su cabeza era bien conformada y proporcionada; ella era inmaculadamente inocente. Su futuro no obstante sería tan confuso y tan desgraciado como el de todos los demás. Su conflicto y sufrimiento eran tan inevitables como ese sol que se reflejaba en la pared; porque para estar libre de pena y dolor, se requiere suprema inteligencia, y su educación y las influencias que la rodeaban permitían ver que esa inteligencia le sería negada. Es muy raro en este mundo el amor, esa llama sin humo; el humo es preponderante, sofocante causa de angustias y lágrimas. A través del humo, difícilmente puede ser vista la llama; y cuando el humo adquiere una importancia total, la llama muere. Sin esa llama del amor, la vida no tiene significado, se torna estúpida y fastidiosa; pero la llama no puede estar en el humo oscurecedor. Los dos no pueden existir juntos; el humo debe cesar para que la diáfana llama sea. La llama no es rival del humo; ella no tiene rival. El humo no es la llama no puede contener la llama; ni tampoco indica el humo la presencia de la llama, pues la llama está libre de humo.

"¿No pueden coexistir el amor y el odio? ¿No son los celos un indicio de amor? Nos estrechamos las manos, y un minuto después reñimos; nos hablarnos con dureza, pero pronto nos abrazamos. Disputamos, luego nos besamos y estamos reconciliados. ¿No es todo esto amor? La misma expresión de los celos es una prueba de amor; parecen ir juntos, como la luz y la oscuridad. El rápido enojo y la caricia —¿no son la totalidad del amor?—. El río es a la vez turbulento y tranquilo; corre a través de la sombra y de la luz solar, y en eso estriba su belleza".

¿Qué es lo que llamamos amor? Es todo este campo de los celos, de la lujuria, de las palabras ásperas, de las caricias, de los apretones de manos, de las disputas y los arreglos. Estos son los hechos en este campo de lo que llamamos amor. El enojo y las caricias son hechos cotidianos en este terreno, ¿no es así? Y tratamos de establecer una relación entre los diferentes hechos, o bien comparamos un hecho con otro. Usamos un hecho para condenar o justificar otro dentro de este mismo campo, o tratamos de establecer una relación entre un hecho que pertenece a ese campo y algo que está fuera de él. No consideramos cada hecho separadamente, sino que tratamos de encontrar una relación entre ellos. ¿Por qué hacemos esto? Podemos comprender un hecho sólo cuando no utilizamos otro hecho en el mismo terreno como medio de comprensión, lo que simplemente crea conflicto y confusión. Pero ¿por qué comparamos los diferentes hechos del mismo campo? ¿Por qué tomamos en cuenta el significado de un hecho para extraer o explicar otro?

"Empiezo a captar lo que Ud. quiere decir. Pero, ¿por qué hacemos esto?"

¿Comprendemos un hecho a través de la pantalla de la idea, de la memoria? ¿Comprendo yo los celos porque he estrechado su mano? Estrecharse las manos es un hecho, como son un hecho los celos; pero ¿comprendo yo el proceso de los celos porque recuerdo haberle apretado la mano? ¿Es la memoria una ayuda para la comprensión? La memoria compara, modifica, condena, justifica o identifica; pero no puede aportar comprensión. Abordamos los hechos en el terreno de lo que llamamos amor, con la idea, con la conclusión. No consideramos el hecho de los celos como él es ni lo observamos silenciosamente, sino que queremos torcer el hecho de acuerdo con la norma, con la conclusión; y lo hacemos así porque en realidad no deseamos comprender el hecho de los celos. Las emociones de los celos son tan estimulantes como las caricias pero queremos estímulos sin el dolor y la molestia

que invariablemente los acompaña. Por lo tanto hay conflicto, confusión y antagonismo dentro de este terreno de lo que llamamos amor. ¿Pero es amor? ¿Es amor una idea, una sensación, un estimulo? ¿Son los celos amor?

"¿La realidad no está contenida en la ilusión? ¿La oscuridad no circunda o no esconde la luz? ¿No está Dios implícito en la esclavitud?"

Estas son meras ideas, opiniones, y por eso no tienen valor. Tales ideas únicamente engendran enemistad, no encubren o encierran la realidad. Donde hay luz, no hay oscuridad. La oscuridad no puede esconder la luz; si la contuviera, la luz no existiría. Donde hay celos, no existe el amor. La idea no puede contener el amor. Para que haya comunión, debe haber interpelación. El amor no se relaciona con la idea, y así la idea no puede comulgar con el amor. El amor es una llama sin humo.

LA ESPONTANEIDAD

ESTABA ENTRE UN grupo de personas que habían venido a discutir algunas graves cuestiones. Debió haber venido por curiosidad, o había sido traída por algún amigo. Bien vestida, se mantenía con cierta dignidad, y evidentemente se consideraba bien parecida. Era completamente autoconsciente: consciente de su cuerpo, de sus miradas, de su cabello y de la impresión que producía sobre los demás. Sus gestos eran estudiados, y por momentos tomaba diferentes actitudes que debió haber considerado con mucho cuidado. Toda su apariencia tenía el aire de una pose largamente cultivada a la que se había propuesto ajustar, sea lo que fuere que pudiese ocurrir. Los otros empezaron a hablar de cosas serias, y durante toda la hora o más ella mantuvo su pose. Se notaba entre todas esas caras serias y atentas a esta muchacha autoconsciente, que trataba de seguir lo que se decía y de tomar parte en la discusión; pero no pudo pronunciar una sola palabra. Quería demostrar que también ella se daba cuenta del problema que se estaba discutiendo; pero sus ojos reflejaban el desconcierto, pues era incapaz de tomar parte en una conversación seria. Pronto se la podía ver retraída en sí misma, siempre conservando la pose largamente cultivada. Toda espontaneidad había sido cuidadosamente destruida.

Cada uno cultiva una postura. Está el andar y la pose del próspero hombre de negocios, la sonrisa del que ha llegado a su meta; la mirada y la pose de un artista; está la pose del discípulo respetable, y la del asceta disciplinado. Lo mismo que esa muchacha autoconsciente, el hombre llamado religioso asume una pose, la de la autodisciplina que ha cultivado cuidadosamente mediante renuncias y sacrificios. Ella sacrifica la espontaneidad a su designio, y él se inmola para lograr un fin. Ambos se preocupan por alcanzar un resultado, aunque en diferentes niveles; y si bien el resultado del uno puede ser considerado socialmente más beneficioso que el de la otra, fundamentalmente son similares, uno no es superior al otro. Ambos son ininteligentes, porque ambos revelan pobreza mental. Una mente pobre es siempre pobre; no puede hacerse rica, abundante. Aunque una mente así pueda adornarse o tratar de adquirir virtudes, ella sigue siendo lo que es, una cosa mezquina, superficial; y mediante lo que llamamos desarrollo, experiencia, ella sólo puede enriquecerse en su propia pequeñez. Una cosa fea no puede convertirse en hermosa. El dios de una mente mezquina es un dios mezquino. Una mente superficial no llega a ser insondable ornándose con conocimientos y hábiles frases, citando palabras de sabiduría, o decorando su apariencia exterior. Los adornos, tanto internos como externos, no hacen que la mente sea insondable; y es esta insondabilidad de la mente que da belleza, no la joya o la virtud adquirida. Para que surja la belleza, la mente debe darse cuenta de su propia mezquindad sin previa opción; debe haber una alerta percepción en la que haya cesado toda comparación.

La cultivada pose de la muchacha, y la postura disciplinada del llamado asceta religioso, son igualmente los torturantes resultados de una mente mezquina, pues ambos niegan la esencial espontaneidad. Ambos están temerosos de lo espontáneo, porque eso los pone de relieve tal como son, ante sí mismos y ante los demás; ambos están dispuestos a destruirla, y la medida de su éxito es dada por el grado de su adaptación a una pauta o conclusión previamente elegido. Pero la espontaneidad es la única llave que abre la puerta que conduce a lo que es. La respuesta espontánea pone al descubierto la mente tal como ella es; pero lo que se descubre es inmediatamente adornado o destruido, y así se pone fin a la espontaneidad. La destrucción de la espontaneidad es modalidad propia de una mente mezquina que luego decora lo exterior, en cualquier nivel que sea; y esta decoración es el culto de sí mismo. Únicamente en la espontaneidad, en la libertad, puede haber descubrimiento. Una mente disciplinada no puede descubrir, puede funcionar eficazmente, y por eso mismo inhumanamente, pero no puede revelar lo insondable. Es el temor que crea la resistencia llamada disciplina; pero el descubrimiento espontáneo del temor es la liberación del temor. El ajuste a una norma, en cualquier nivel, es temor, y el temor sólo engendra conflicto, confusión y antagonismo; pero una mente que se rebela no está libre de temor, pues lo opuesto jamás puede conocer lo espontáneo, lo libre.

Sin espontaneidad, no puede haber conocimiento propio; sin conocimiento propio, la mente se modela conforme a las pasajeras influencias. Estas influencias pasajeras pueden hacer la mente estrecha o amplia, pero ella

estará de todas maneras dentro de la esfera de las influencias. Todo lo que es acumulado puede ser destruido y todo lo que no es acumulado sólo puede conocerse a través del conocimiento propio. El "yo" es una acumulación, y es sólo destruyendo el "yo" que puede ser conocido aquello que no es resultado de una influencia, aquello que no tiene causa.

LO CONSCIENTE Y LO INCONSCIENTE

ERA UN TANTO hombre de negocios como un político, y tenía mucho éxito en ambas actividades. Alegremente dijo que los negocios y la política realizaban una buena combinación; no obstante era un hombre singularmente serio y supersticioso. En cuánto tenía tiempo leía libros sagrados y repetía una y otra vez ciertas palabras que consideraba benéficas. Ellas traen paz al alma, decía. Era de edad avanzada y muy rico, pero no poseía ni la generosidad de la mano ni la del corazón. Fácilmente se notaba que era astuto y calculador, y sin embargo tenía ansia de algo más que el éxito material. La vida no lo había golpeado, porque se había protegido muy cuidadosamente contra todo riesgo; se había hecho invulnerable, tanto física como psicológicamente. Psicológicamente había rehusado verse tal como era, y en verdad que tenía habilidad para hacerlo; pero ya empezaba a reconocerlo. Cuando no se vigilaba, aparecía en él una profunda y escrutadora mirada. Materialmente estaba seguro, al menos mientras durase el presente gobierno y no se produjese una revolución. También aspiraba a una segura inversión en el mundo llamado espiritual, y por eso se entretenía con las ideas, confundiendo las ideas con algo espiritual, real. No sentía amor, salvo para sus muchas posesiones: se había apegado a ellas como se apega un niño a su madre, pues no tenía nada más. Lentamente comenzaba a darse cuenta que era un pobre hombre. Aun esta comprobación trató de evitarla mientras pudo; pero la vida lo estaba presionando.

Cuando un problema no es solucionado conscientemente ¿interviene lo inconsciente para ayudar a resolverlo? ¿Qué es lo consciente y qué lo inconsciente? ¿Hay una línea definida donde termina el uno y comienza el otro? ¿Tiene lo consciente un límite, más allá del cual no puede ir? ¿Puede limitarse a sí mismo en sus propios confines? ¿Es lo inconsciente algo separado de lo consciente? ¿Son ellos disímiles? Cuando uno falta, ¿empieza a funcionar el otro?

¿Qué es eso que llamamos lo consciente? Para comprender de qué está formado, debemos observar cómo abordamos conscientemente un problema. La mayoría de nosotros tratamos de resolver el problema; nos preocupa la solución, y no el problema mismo. Queremos una conclusión, buscamos un camino que nos aleje del problema; queremos evitar el problema mediante una respuesta, una solución. No observamos el problema mismo, sino que tentamos una respuesta satisfactoria. Nuestra total preocupación consciente es la búsqueda de una solución, una conclusión satisfactoria. A menudo damos con una respuesta que nos satisface, y entonces creemos haber resuelto el problema. Pero lo que realmente hemos hecho es encubrir el problema con una conclusión, con una respuesta, satisfactoria; mas, no obstante el peso de la conclusión, que lo ha sofocado temporariamente, el problema sigue estando allí. La búsqueda de una respuesta es una evasión del problema. Cuando no hay ninguna respuesta satisfactoria, lo consciente o sea la mente superficial deja de buscar; y entonces lo que llamamos inconsciente, vale decir la mente más profunda, entra en acción y halla una respuesta.

Lo que la mente consciente busca es obviamente un camino para eludir el problema, y el camino es la conclusión satisfactoria. ¿No está la mente consciente hecha de conclusiones, ya sean positivas o negativas, y es acaso capaz de buscar algo diferente? ¿No es la mente superficial un depósito de conclusiones que son el residuo de las experiencias, las huellas del pasado? Por cierto, la mente consciente está constituida por el pasado, se funda en el pasado, pues la memoria es una fábrica de conclusiones; y con estas conclusiones la mente aborda cada problema. Es incapaz de mirar el problema sin la pantalla de sus conclusiones: no puede estudiar, permanecer silenciosamente atenta ante el problema mismo. Sólo conoce conclusiones, agradables o desagradables, y sólo puede agregar a sí misma nuevas conclusiones, nuevas ideas, nuevas afirmaciones. Toda conclusión es una afirmación, y la mente consciente inevitablemente busca una conclusión.

Cuando no puede encontrar una conclusión satisfactoria, la mente consciente abandona la búsqueda, y así se tranquiliza; y estando tranquila la mente superficial, asoma la respuesta de lo inconsciente. Ahora bien; ¿lo inconsciente, la mente más profunda, es diferente en su estructura de la mente consciente? ¿No está hecho también lo inconsciente de conclusiones raciales, de conclusiones de grupo y sociales, de recuerdos? Por cierto, también lo inconsciente es el resultado del pasado, del tiempo, sólo que está sumergido y a la espera; y cuando se le da oportunidad lanza sus propias conclusiones ocultas. Si son satisfactorias, la mente superficial las acepta; y si no lo son, se resuelve, esperando encontrar una respuesta milagrosa. Si no encuentra una respuesta, con fastidio abandona el problema, el cual gradualmente corroe la mente. La enfermedad y la locura son la consecuencia.

La mente superficial y la mente más profunda no son diferentes; ambas están hechas de conclusiones, de recuerdos, ambas son el resultado del pasado. Pueden suministrar una respuesta, una conclusión, pero son

incapaces de disolver el problema. El problema se disuelve sólo cuando la mente superficial y la mente profunda están silenciosas, cuando no están proyectando conclusiones positivas o negativas. Solamente hay liberación del problema cuando la mente entera está por completo silenciosa, en alerta percepción del problema sin opción alguna; sólo entonces está ausente el creador del problema.

EL DESAFIO Y LA RESPUESTA

El río se hallaba crecido y anchuroso; en algunos lugares tenía un ancho de varios kilómetros y ver tanta agua era una delicia. Al norte estaban las verdes colinas, frescas después de la tormenta. Era espléndido el espectáculo de la gran curva del río con las blancas velas. Las velas eran grandes y triangulares, y en la luz del amanecer había en ellas un encanto, parecían surgir del agua. Los ruidos del día no habían comenzado aún, y el canto de un botero casi al otro lado del río llegaba flotando sobre las aguas. A esa hora su canto parecía llenar la tierra, silenciando todos los demás sonidos; hasta el silbato de un tren se hizo suave y soportable.

Empezó gradualmente el ruido de la aldea; las disputas en voz alta en la fuente del agua, los balidos de las cabras, el mugido de las vacas pidiendo el ordeñe, los pesados carros sobre el camino, el agudo graznido de los cuervos, los gritos y las risas de los chicos. Y así nació un nuevo día. El sol asomaba sobre las palmeras y los monos se habían ubicado sobre el muro, tocando casi el suelo con sus largas colas. Eran grandes pero muy tímidos; si se los llamaba, saltaban al suelo y huían hacia un gran árbol en el campo. Tenían la cara y las patas negras, y una mirada inteligente, pero no eran tan ‘hábiles y traviesos como los monos pequeños.

“¿Por qué es el pensamiento tan persistente? Parece tan inquieto, tan desesperadamente insistente. No importa lo que se haga, siempre está activo, como esos monos, y su misma actividad es agotadora. No podemos escapar de él, nos persigue implacablemente. Tratamos de suprimirlo, y pocos segundos después irrumpe otra vez. Jamás está quieto, jamás en reposo; siempre está persiguiendo, siempre analizando, siempre torturándose. Dormidos o despiertos, el pensamiento está en constante agitación, y parece no tener paz ni reposo”.

¿Puede jamás el pensamiento estar en paz? Puede por cierto pensar acerca de la paz y tratar de ser apacible, forzándose para quedar quieto; pero ¿puede el pensamiento en sí mismo ser tranquilo? ¿No es el pensamiento inquieto por su propia naturaleza? ¿No es el pensamiento la constante respuesta al constante desafío? No puede haber cesación del desafío, porque cada movimiento de la vida es un desafío; y si no hay una alerta percepción del desafío, entonces hay decadencia, muerte. La verdadera modalidad de la vida es desafío y respuesta. La respuesta puede ser adecuada o inadecuada; y es la insuficiencia de la respuesta al desafío que provoca el pensamiento, con su inquietud. El desafío exige acción, no verbalización. La verbalización es pensamiento. La palabra, el símbolo, retarda la acción; y la idea es la palabra, como la memoria es la palabra. No hay memoria sin el símbolo, sin la palabra. La memoria es la palabra, el pensamiento y ¿puede el pensamiento ser la verdadera respuesta al desafío? ¿Es el desafío una idea? El desafío es siempre nuevo, fresco; y ¿puede el pensamiento, la idea, ser siempre nuevo? Cuando el pensamiento encuentra el desafío, que siempre es nuevo, ¿no es su respuesta el resultado de lo viejo, del pasado?

Cuando lo viejo se une a lo nuevo, inevitablemente la unión es incompleta; y esta implenitud es el pensamiento en su inquieta búsqueda de plenitud. ¿Puede el pensamiento, la idea, ser jamás completo? El pensamiento, la idea, es la respuesta de la memoria; y la memoria es siempre incompleta. La experiencia es la respuesta al desafío. Esta respuesta está condicionada por el pasado, por la memoria; tal respuesta sólo refuerza el condicionamiento. La experiencia no libera, ella fortalece la creencia, el recuerdo, y es este recuerdo el que responde al desafío; por lo tanto la experiencia es la que condiciona.

“Pero ¿qué lugar tiene el pensamiento?”

¿Quiere Ud. decir qué lugar tiene el pensamiento en la acción? ¿Tiene la idea alguna función en la acción? La idea interviene en la acción para modificarla, para controlarla, para modelarla; pero la idea no es acción. La idea, la creencia, es una salvaguardia contra la acción, hace las veces de contralor, modificando y modelando la acción. La idea es la norma para la acción.

“¿Puede haber acción sin norma?”

No es posible cuando uno busca un resultado. La acción encaminada hacia una meta predeterminada no es acción en absoluto, sino sometimiento a la creencia, a la idea. Si se busca conformidad, entonces el pensamiento, la idea, tiene un lugar. Es la función del pensamiento crear normas para lo que llamamos acción, y matar de ese modo la acción. La mayoría de nosotros estamos empeñados en matar la acción; y la idea, la creencia, el dogma, ayudan a destruirla. La acción implica inseguridad, vulnerabilidad para lo desconocido; y el pensamiento, la creencia, que es lo conocido es una efectiva barrera para lo desconocido. El pensamiento jamás puede penetrar en lo desconocido; debe cesar para que lo desconocido sea. La acción de lo desconocido está más allá de la acción del pensamiento; y el pensamiento, dándose cuenta de esto, consciente o inconscientemente se aferró a lo conocido.

Lo conocido está siempre respondiendo a lo desconocido, al desafío; y de esta inadecuada respuesta surge el conflicto, la confusión y el sufrimiento. Sólo cuando cesa lo conocido, la idea, puede darse la acción de lo desconocido, que es lo inconmensurable.

LA POSESIVIDAD

HABÍA TRAÍDO consigo a su esposa, pues según dijo el problema era mutuo. Ella tenía ojos brillantes y era pequeña, vivaz, y bastante confusa. Eran gente sencilla y cordial; él hablaba inglés bastante bien, y ella lo manejaba apenas lo suficiente para entender y hacer simples preguntas. Cuando encontraba alguna pequeña dificultad, ella se volvía hacia su marido y él se lo explicaba en su propio idioma. El dijo que hacía unos veinticinco años que se habían casado, y tenían varios hijos; y que su problema no eran los hijos, sino la lucha entre ellos mismos. Explicó que tenía una ocupación que le daba una modesta renta, y por fin que era muy difícil vivir tranquilamente en este mundo, especialmente cuando uno estaba casado; él no era regañón, agregó, pero sin embargo las cosas eran así. Había sido todo lo que debía ser un buen marido, al menos así lo creía, pero eso no siempre era fácil.

Resultaba dificultoso para ellos puntualizar su caso, y hablaron durante algún tiempo de varias cosas: la educación de sus hijos, el matrimonio de sus hijas, el derroche de dinero en ceremonias, un reciente fallecimiento en la familia, y así por el estilo. Se sentían a gusto y sin prisa, porque era bueno hablar a alguien que los escuchara y que tal vez pudiera comprenderlos.

¿Quién se cuida de atender a las dificultad de los otros? Tenemos tantos problemas propios que no disponemos de tiempo para ocuparnos de los ajenos. Para que otro os escuche debéis pagarle ya sea en moneda, en oraciones, o en creencia. El profesional os escuchará, es su ocupación, pero en eso no hay ningún alivio permanente. Queremos descargarnos libremente, espontáneamente, sin tenerlo que lamentar después. La purificación de la confesión no depende del que escucha, sino del que desea abrir su corazón. Abrir el corazón es importante, y se ha de hallar alguien, tal vez un mendigo, ante quien será posible vaciarlo. La introspección jamás podrá abrir el corazón; es aislante, deprimente y completamente inútil. Estar abierto es escuchar, no sólo a uno mismo, sino también a cada influencia a cada movimiento en derredor de uno. Será o no posible hacer algo tangible con respecto a lo que uno oye, pero el mismo hecho de estar abierto crea su propia acción. Esta forma de escuchar purifica vuestro propio corazón, desembarazándolo de las cosas de la mente. Escuchar con la mente es parlotear, y en eso no hay alivio ni para vosotros ni para los demás; es simplemente continuar con la angustia, lo cual es estupidez.

Sin apresurarse llegaron al punto en cuestión.

"Hemos venido para hablarle de nuestro problema. Somos celosos —yo no lo soy, pero ella sí—. Aunque antes no solía ser tan abiertamente celosa como ahora, los celos han estado siempre en acecho. No creo haberle dado nunca ningún motivo para estar celosa, pero ella encuentra siempre una razón".

¿Cree Ud. que hay razones para tener celos? ¿Hay una causa que determina los celos? ¿Y desaparecerán los celos si se llega a conocer la causa? ¿No ha observado Ud. que aun cuando se conozca la causa, los celos continúan? No busquemos la razón, sino procuremos comprender los celos mismos. Como Ud. dice, uno podría hallar siempre algún motivo para sentir envidia; la envidia es lo que interesa comprender, y no cuál es su causa.

"He sentido celos durante mucho tiempo. No conocía a mi esposo muy bien cuando nos casamos, y Ud. sabe lo que pasa; los celos se infiltran gradualmente, como el humo en la cocina".

Los celos son una de las formas de poseer al hombre o a la mujer, ¿no es así? Cuanto más celosos somos, mayor es el sentimiento de posesión. Poseer algo nos hace felices; considerar algo como exclusivamente nuestro, aunque se traté de un perro, nos alienta y nos reconforta. Ser exclusivos en nuestra posesión nos da seguridad y certidumbre. Poseer algo nos hace importante; es a esta importancia que nos aferramos. Pensar que poseemos, no un lápiz o una casa, sino un ser humano, nos hace sentir fuertes y extraordinariamente contentos. La envidia no se debe a los otros sino al sentimiento de nuestro propio valor e importancia.

"Pero yo no soy importante, no soy nada; mi esposo es todo lo que tengo. Ni siquiera mis hijos cuentan para el caso".

Todos tenemos una sola cosa a la que nos aferramos particularmente, aunque pueda tomar diferentes formas. Usted se apega a su esposo, otros a sus hijos, y otros aun a alguna creencia; mas la intención es la misma. Sin el objeto al que nos apegamos nos sentimos desesperadamente perdidos, ¿no es así? Tenemos miedo de sentirnos completamente solos. Este temor es celo, aborrecimiento, angustia. No hay mucha diferencia entre envidia y aversión.

"Pero, nosotros nos amamos mutuamente".

¿Entonces cómo puede Ud. estar celosa? Nos amamos, y esto es lo desgraciado del caso. Usted está utilizando a su esposo, como él la utiliza a Ud. para ser feliz, para tener un compañero, para no sentirse sola; quizá no posea

Ud. mucho, pero al menos tiene alguien con quien estar. Esta mutua necesidad y utilización es lo que llamamos amor.

"Pero esto es espantoso".

No es espantoso, sólo que jamás lo miramos. Lo llamamos espantoso, le damos un nombre y enseguida miramos a otra parte —que es lo que Ud. está haciendo.

"Ya lo sé, pero no quiero mirar. Quiero seguir como soy, aun cuando eso signifique estar celosa, porque no puedo ver en la vida ninguna otra cosa".

Si Ud. viera alguna otra cosa no estaría ya celosa de su esposo, ¿verdad? Pero se aferraría a la otra cosa, tal como ahora está aterrada a su esposo; por consiguiente estaría celosa también de la otra cosa. Usted quiere hallar un sustituto para su marido, y no liberarse de los celos. Todos somos así: antes de abandonar una cosa, queremos estar muy seguros de alguna otra. Pero es sólo cuando estamos completamente inseguros, que no hay lugar para la envidia. Hay envidia cuando hay certeza, cuando sabemos que tenemos algo. Esta sensación de certeza es exclusiva; poseer es ser envidioso. La posesividad engendra aversión. En realidad odiamos lo que poseemos, como se pone de relieve en los celos. Donde hay posesión jamás puede haber amor; poseer es destruir el amor.

"Estoy empezando a ver. Nunca he amado realmente a mi marido, ¿no es cierto? Estoy empezando a comprender.

Y ella lloró.

LA AUTOESTIMACIÓN

Ella había venido con tres de sus amigos; todos eran muy formales y tenían la dignidad de la inteligencia. Uno era rápido para entender, otro era impaciente en su vivacidad, y el tercero era vehemente, aunque no de una manera sostenida. Formaban un buen grupo, pues todos compartían el problema de su amiga, y ninguno ofrecía consejos u opiniones definitivas. Todos querían ayudarle a hacer lo que ella estimaba correcto y no a conducirse conforme a la mera tradición, a la opinión pública o a la inclinación personal. La dificultad consistía en esto: ¿qué era lo correcto? Ella misma no estaba segura, se sentía turbada y confundida. Pero había gran urgencia de una acción inmediata; ella debía tomar una decisión y no podía posponerla por más tiempo. El asunto consistía en liberarse de una íntima relación. Ella quería estar libre, según repitió con insistencia.

Había tranquilidad en el grupo; la agitación nerviosa había cedido, y todos estaban deseosos de abordar el problema sin esperar una decisión o una definición de lo que debía hacer. La recta acción aparecería natural, y plenamente, a medida que el problema fuese expuesto. Lo importante no era el resultado final, sino el descubrimiento del contenido del problema, pues cualquier respuesta sólo sería otra conclusión, otra opinión, otro consejo, que en ningún caso resolvería el problema. Lo que se debía comprender era el problema mismo, y no cómo responder al problema o qué hacer con él. Lo importante era el adecuado enfoque del problema, porque el problema en sí contenía la recta acción.

Las aguas del río danzaban, pues el sol había hecho sobre ellas una senda de luz. Un blanco velero cruzó la senda, sin perturbar la danza del agua. Esa danza era un puro deleite Los árboles estaban llenos de pájaros, que reñían, componían sus plumas y emprendían vuelo sólo para regresar enseguida de nuevo. Varios monos arrancaban hojas tiernas y se llenaban la boca con ellas; su peso encorvaba las delicadas ramas en largas curvas, y sin embargo se mantenían asidos ágilmente sin miedo. Con qué facilidad pasaban de rama en rama aunque saltaban, el salto era como un flotar, en el que la partida y la llegada hacían un solo movimiento. Estaban sentados con las colas colgando y se estiraban para coger las hojas. Se hallaban en lo alto, y no se preocupaban en lo más mínimo de la gente que pasaba debajo. A medida que se acercaba la oscuridad, llegaban los papagayos por centenares para pasar la noche entre el espeso follaje. Se los veía llegar y desaparecer en el follaje. La luna nueva apenas era visible. A lo lejos se oyó el silbato de un tren al cruzar el largo puente emplazado en la curva del río. Este río era sagrado, y la gente venía desde grandes distancias para bañarse en él, para purificarse de sus pecados. Todo río es agradable y sagrado, y la belleza de éste era su ancha y extensa curva y las islas de arena entre grandes espacios de agua y aquellas silenciosas velas blancas que subían y bajaban el río cada día.

"Deseo estar libre de un vínculo íntimo", dijo ella.

¿Qué quiere Ud. significar al decir que desea estar libre? Cuando Ud. dice "deseo estar libre", implícitamente afirma que no está libre. ¿En qué forma no es Ud. libre?

"Soy libre físicamente; tengo libertad para ir y venir, porque físicamente ya no soy más la esposa. Pero quiero ser completamente libre; no quiero tener nada más que ver con esa particular persona".

¿De qué modo está Ud. ligada a esa persona, si ya es físicamente libre? ¿Está Ud. vinculada a él de algún otro modo?

"No lo sé, pero tengo un gran resentimiento contra él. Deseo no tener más nada que ver con él".

¿Usted quiere ser libre, y sin embargo tiene resentimiento contra él? Si es así no está libre de él. ¿Por qué tiene Ud. este resentimiento contra él?

"Recién he descubierto lo que él es: su bajeza, su verdadera falta de amor, su completo egoísmo. No puedo referirle el horror que he descubierto en él. ¡Y pensar que estaba celosa de él, que lo idolatraba, que me había sometido a él! Descubrir que él era estúpido y artificioso cuando yo lo creía un esposo ideal, amante y bondadoso, es lo que me ha producido este resentimiento. Me siento manchada con sólo pensar que he tenido algo que ver con él. Quiero estar completamente libre de él".

Usted puede estar físicamente libre de él, pero mientras tenga resentimiento contra él, no está libre. Si lo aborrece, está atada a él; si se avergüenza de él, todavía está cautiva. ¿Está enojada con él, o con Ud. misma? Él es lo que es, y ¿por qué enojarse con él? ¿Su resentimiento es realmente contra él? O, habiendo visto lo que es, ¿está Ud. avergonzada de sí misma por haber estado unida a él? Ciertamente Ud. está resentida, no a causa de él, sino de su propio juicio, de sus propias acciones. Usted está avergonzada de sí misma. No estando dispuesta a ver esto, Ud. lo vitupera a él por lo que es. Cuando Ud. admita que su resentimiento contra él es una evasión de su propia romántica idolatría, entonces él quedará descartado. Usted no está avergonzada de él, sino de sí misma por haber estado asociada con él. Usted está disgustada con Ud. misma, y no con él.

"Sí, eso es así".

Si Ud. realmente ve esto, si lo vive como un hecho, entonces está libre de él. Él ya no es más el objeto de su enemistad. El odio ata tanto como el amor.

"Pero ¿cómo puedo hacer para estar libre de mi propia vergüenza, de mi propia estupidez? Veo muy claramente que él es lo que es, y que no hay razón para vituperarlo; pero ¿cómo puedo librarme de esta ignominia, de este resentimiento que ha venido creciendo lentamente y que se ha colmado en esta crisis? ¿Cómo puedo borrar el pasado?"

Es más importante saber por qué desea Ud. borrar el pasado que saber cómo borrarlo. La intención con que enfoca el problema es más importante que saber lo que debe hacer. ¿Por qué quiere Ud. borrar de la memoria esa asociación?

"Detesto el recuerdo de todos esos años. Me ha dejado un amargo sabor. ¿No es esa una razón suficiente?"

No, por cierto. ¿Por qué quiere borrar esos recuerdos? Lo es, seguramente, porque le hayan dejado un mal sabor. Aun cuando por algún medio fuera Ud. capaz de borrar el pasado, podría verse de nuevo atrapada en acciones que podrían avergonzarla. Borrar simplemente los recuerdos desagradables no resuelve el problema, ¿no es cierto?

"Creía que sí; pero ¿cuál es entonces el problema? ¿No lo está haciendo Ud. innecesariamente complejo? Él es ya bastante complejo en sí mismo, o al menos lo es mi vida. ¿Por qué sobrecargarlo más aún?"

¿Estamos complicando, o estarnos tratando de comprender lo que es, y de liberarnos de ello? Por favor, tenga un poco de paciencia. ¿Qué es el apremio que la impulsa a borrar el pasado? Puede el pasado ser desagradable, pero ¿por qué quiere hacerlo desaparecer? Usted se ha formado de sí misma cierta imagen que estos recuerdos contradicen, y por eso quiere deshacerse de ellos. Usted tiene cierta estimación de sí misma, ¿no es cierto?

"Por supuesto, de otro modo…"

Todos nos colocarnos en diferentes niveles, y constantemente estamos cayendo de esas alturas. Nos avergonzamos entonces de esas caídas. La autoestima es la causa de nuestra vergüenza, de nuestra caída. Es esa autoestimación lo que debe ser comprendido y no la caída. Si no hay un pedestal sobre el cual Ud. se ha colocado, ¿cómo puede producirse caída alguna? ¿Por qué se ha colocado Ud. sobre un pedestal llamado autoestima, dignidad humana el ideal, etc.? Si Ud. puede comprender esto, entonces no habrá ninguna vergüenza del pasado; ésta desaparecerá completamente. Usted será lo que es, sin el pedestal. Si no está allí el pedestal, la altura que la hace mirar abajo o arriba, entonces Ud. **es** aquello que siempre ha rehuido. Es esta evasión de lo que **es**, de lo que Ud. es, que trae confusión y antagonismo, vergüenza y resentimiento. No tiene por qué decirme a mí o a cualquier otro lo que Ud. es, sino estar atenta a ello, sea lo que fuere, agradable o desagradable: viva con ello sin justificarlo o resistirlo. Viva con ello sin ponerle un nombre; porque el nombre mismo es una condenación o una identificación. Viva con ello sin miedo, pues el miedo impide la comunión, y sin comunión no puede vivir con ello. Estar en comunión es amar. Sin amar, Ud. no puede enjugar el pasado; con amor, no hay pasado. Cuando hay amor, el tiempo no existe.

EL TEMOR

Había viajado mucho, a través de medio mundo. Se notaba en ella cierta circunspección, un cuidadoso enfoque de las cosas, una decidida tendencia a cerrarse ante cualquier tentativa de indagación un poco profunda. No era tímida; pero se resistía, aunque no conscientemente, a exponer su estado interior. Y sin embargo deseaba conversar

de sí misma y de sus problemas, y había recorrido una larga distancia expresamente para eso. Era irresoluta, insegura de sus palabras, reservada, y al mismo tiempo deseosa de conversar de sí misma. Había leído muchos libros de psicología, y aunque nunca había sido analizada, estaba completamente capacitada para hacerlo por sí misma; en efecto, dijo que desde chica acostumbraba analizar sus propios pensamientos y sentimientos.

¿Por qué se empeña Ud. tanto en analizarse?

"No lo sé, pero lo he hecho siempre desde que puedo recordarlo".

¿Es el análisis una manera de protegerse contra Ud. misma, contra los arranques emocionales y consiguientes arrepentimientos?

"Estoy casi segura que es por eso que me analizo, interrogándome constantemente. No deseo verme atrapada en todo este desorden, personal y general, que me rodea. Es demasiado horrible, y quiero mantenerme fuera de él. Veo ahora que me he servido del análisis como un medio para conservarme intacta, para no enredarme en las complicaciones sociales y familiares".

¿Ha conseguido Ud. evitarlo?

"No estoy muy segura. He tenido éxito en algunas direcciones, pero en otras pienso que no. Hablando de todo esto, me doy cuenta que he realizado algo extraordinario. Nunca lo vi tan claro antes".

¿Por qué se protege Ud. tan hábilmente, y contra qué? Dice Ud. contra el desorden que la rodea; ¿pero qué hay en el desorden, contra lo cual tenga que protegerse? Si hay desorden y Ud. lo ve claramente como tal, entonces no necesita precaverse de él. Uno se protege sólo cuando hay temor y no hay por lo tanto comprensión. Así pues ¿de qué tiene Ud. miedo?

"No creo tener miedo, simplemente no quiero enredarse en las miserias de la existencia. Tengo una profesión para sostenerme, pero deseo estar libre del resto de los enredos, y creo que lo estoy".

Si no tiene miedo, ¿por qué entonces opone resistencia a los enredos? Uno resiste algo sólo cuando no sabe cómo enfrentarlo. Si Ud. sabe cómo funciona un motor no se preocupa; si algo anda mal, puede arreglarlo. Resistimos a lo que no comprendemos; resistimos la confusión, el mal, el sufrimiento, sólo cuando no conocemos su estructura, cómo están compuestos. Usted resiste la confusión porque no se da cuenta de su estructura, de su composición. ¿Por qué no se da cuenta de ello?

«Será porque nunca he pensado en esto de esa manera".

Es sólo cuando Ud. está en directa relación con la estructura de la confusión que puede darse cuenta del funcionamiento de su mecanismo. Sólo cuando hay comunión entre dos personas puede haber mutua comprensión; si se oponen resistencia, no hay comprensión. La comunión o la interrelación sólo pueden existir cuando no hay temor.

¿Entonces de qué tiene Ud. miedo?

"¿Qué entiende Ud. por miedo?"

E1 temor sólo existe en relación con algo; el temor no puede existir por sí solo, aislado. No existe tal temor abstracto; hay temor de lo conocido o de lo desconocido, temor por lo que uno ha hecho o por lo que puede hacer; temor del pasado o del futuro. Establecer relación entre lo que uno es y lo que uno desea ser causa temor. E1 temor aparece cuando uno interpreta lo que uno es en términos de recompensa y castigo. E1 temor viene con la responsabilidad y con el deseo de liberarse de ella. Hay temor en el contraste entre el dolor y el placer. E1 temor existe en el conflicto de los opuestos. E1 culto del éxito trae el temor al fracaso. E1 temor es el proceso de la mente en la lucha del devenir. En el llegar a ser bueno, existe el temor del mal; en el deseo de completarse, está el temor de la soledad; en el propósito de ser grande, está el temor de ser pequeño. La comparación implica falta de comprensión; lo que impele a comparar es el temor a lo desconocido en relación con lo conocido. El temor es la incertidumbre en busca de seguridad.

El esfuerzo por llegar a ser es el principio del temor, el temor de ser o no ser. La mente, el residuo de la experiencia, tiene siempre temor a lo innominado, al desafío. La mente, que es el nombre, la palabra, la memoria, puede funcionar sólo en el campo de lo conocido y lo desconocido, que es desafío de instante en instante, es resistido o traducido por la mente en términos de lo conocido. Esta resistencia o traducción del desafío es temor; pues la mente no puede tener comunión con lo desconocido. Lo conocido no puede estar en comunión con lo desconocido; lo conocido debe cesar para que lo desconocido sea.

La mente es la creadora del temor; y cuando ella analiza el temor, buscando su causa para librarse de él, sólo se aísla aun más, aumentando por lo tanto el temor. Cuando Ud. utiliza el análisis para resistir la confusión, lo que hace es incrementar el poder de la resistencia; y la resistencia a la confusión sólo aumenta el temor, que impide la liberación. En la comunión hay liberación pero no en el temor.

"¿CÓMO PUEDO AMAR?"

Estábamos muy alto en la ladera de una montaña que dominaba el valle, y el gran río parecía una cinta plateada en el sol. Aquí y allá el sol se filtraba a través del espeso follaje, y se sentía el perfume de muchas flores. Era una mañana deliciosa, y el rocío estaba todavía denso en el suelo. La fragante brisa cruzaba el valle, trayendo el lejano ruido de la gente, el tañido de las campanas y el sonido de alguna ocasional corneta. En el valle el humo subía verticalmente, y la brisa no tenía bastante fuerza para dispersarlo. Era encantador mirar la columna de humo; se alzaba desde el fondo del valle y parecía estirarse hasta el mismo cielo, como aquel viejo pino. Una gran ardilla negra que nos estaba regañando, finalmente dejó de hacerlo y bajó del árbol para investigar mejor, y entonces, parcialmente satisfecha, se alejó a saltos. Una pequeña nube se estaba formando, pero salvo eso el cielo estaba puro, de un suave azul pálido.

Nada de esto existía para él. Un problema inmediato lo absorbía, tal como antes se había consumido con otros problemas. Los problemas se movían y existían en su derredor. Era un hombre muy rico; mezquino y duro, tenía sin embargo un aire complaciente y una constante sonrisa. Ahora estaba mirando el valle, pero la vivificante belleza no lo conmovía; su rostro no se suavizó, sus rasgos mostraban todavía dureza y determinación. Aún estaba a la caza, no de dinero, sino de lo que él llamaba Dios. Continuamente hablaba del amor y de Dios. Había buscado largamente, y había visto a varios instructores; y como ya sentía el peso de los años, la búsqueda se hacía aun más ansiosa. Había venido varias veces para conversar sobre esa cuestión, pero siempre había en él una expresión astuta y calculadora; estaba constantemente aquilatando cuánto le costaría hallar a Dios, cuán costosa sería la jornada. Sabía que no podía llevarse consigo lo que tenía; pero ¿podría llevarse alguna otra cosa, alguna clase de moneda que tuviese valor donde iba a ir? Era un hombre duro, y nunca había en él un gesto de generosidad, ni del corazón ni de la mano. Siempre vacilaba cuando tenía que dar algo más; consideraba que cada uno debe merecer su recompensa, como se la había merecido él. Pero esa mañana estaba allí para sincerarse completamente; porque había inquietudes que forcejeaban, serias perturbaciones que se estaban introduciendo en su otrora exitosa vida. La diosa del éxito no estaba del todo con él.

"Estoy empezando a darme cuenta de lo que soy", dijo. "Durante algunos años me he opuesto sutilmente a Ud. y le he resistido. Usted habla contra el rico, dice duras cosas respecto de nosotros, y estuve disgustado con Ud.; pero he sido incapaz de devolverle el golpe, porque no puedo ponerme a su altura. Lo he intentado de distintas maneras, pero no puedo golpearlo. ¿Qué quiere que haga? Ojalá que nunca lo hubiese escuchado ni me hubiese acercado a Ud. Ahora paso noches desvelado, y antes dormía siempre tan bien; tengo sueños torturantes, pese a que raramente solía soñar. He tenido miedo de Ud., silenciosamente lo he maldecido —pero no puedo retroceder. ¿Qué puedo hacer? No tengo amigos, como Ud. lo señaló, ni puedo comprarlos como acostumbraba hacer —lo que ha sucedido me ha puesto demasiado al descubierto. Tal vez pueda ser su amigo. Usted ha ofrecido ayudarme, y aquí estoy. ¿Qué debo hacer?"

Estar abierto, descubrirse, no es fácil; ¿es acaso uno mismo que se ha descubierto? ¿Ha abierto uno ese depósito que tan cuidadosamente ha clausurado, después de haberlo llenado con las cosas que uno no quiere ver? ¿Desea realmente abrirlo y ver qué hay allí?

"Sí, lo deseo, pero ¿cómo he de proceder?"

¿Lo quiere realmente, o está meramente jugando con la intención? Una vez abierto, por poco que sea, no puede volverse a cerrar. La puerta permanecerá siempre abierta; día y noche sus contenidos se volcarán hacia afuera. Uno podrá tratar de rehuirlo, como lo hace siempre; pero eso seguirá estando allí, esperando y acechando. ¿Desea realmente abrirlo?

"Por supuesto, lo deseo, y por eso he venido. Debo arrostrarlo, porque las cosas están llegando al extremo. ¿Qué debo hacer?"

Abrir y mirar. Para acumular riqueza es preciso agraviar, ser cruel, carecer de generosidad; debe haber dureza, astuto cálculo deshonestidad; debe haber ansia de poder, esa acción egocéntrica que es meramente encubierta por palabras sonoras y agradables, tales como responsabilidad, deber, eficiencia, derechos.

"Sí, todo eso es cierto, y aun más. No he tenido consideración para nadie; las actividades religiosas sólo han sido para mí un motivo de respetabilidad. Ahora que lo observo, noto que todo giraba en torno mío. Yo era el centro, aunque pretendiera no serlo. Veo todo eso. Pero, ¿qué puedo hacer?"

En primer término es necesario reconocer las cosas tal como son. Pero aparte de todo eso, ¿cómo puede uno enjugar estas cosas si no hay afecto, amor, esa llama sin humo? Unicamente esta llama podrá disipar el contenido del depósito, y nada más, ningún análisis, ningún sacrificio, ninguna renunciación puede hacerlo. Cuando existe esta llama, entonces ya no hay sacrificio, renunciación; entonces Ud. hará frente a la tormenta sin esperar nada por ello.

"Pero ¿cómo puedo amar? Yo sé que no tengo afecto para la gente; he sido cruel, y los que pudieron estar conmigo no lo están. Estoy completamente solo, ¿cómo puedo conocer el amor? No soy tan insensato como para pensar que puedo obtenerlo mediante algún acto de conciencia, adquirirlo mediante algún sacrificio, alguna

abnegación. Sé que no he amado nunca, y me doy cuenta que de otro modo no estaría en esta situación. ¿Qué debo hacer? ¿Debo desprenderme de mis propiedades, de mis riquezas?"

Cuando Ud. halla que el jardín que ha cultivado tan cuidadosamente sólo ha producido malas hierbas, tiene que arrancarlas de raíz; tendrá que derribar los muros que las han protegido. Usted podrá o no podrá hacerlo, porque tiene extensos jardines, astutamente amurallados y bien protegidos. Lo hará sólo cuando no haya intercambio; pero necesita hacerlo, porque morir rico es haber vivido en vano. Pero además de todo esto, se necesita la llama que purifique la mente y el corazón, haciendo que todas las cosas sean nuevas. Esta llama no es de la mente, no es una cosa que pueda cultivarse. Se podrá lucir la apariencia de la benevolencia, pero eso no es la llama; la actividad llamada servicio, aunque beneficiosa y necesaria, no es amor; la tan practicada y disciplinada tolerancia, la cultivada compasión de la iglesia y el templo, las suaves palabras, los modales afables, el culto del salvador, de la imagen, del ideal —nada de esto es amor.

"He escuchado y observado, me doy cuenta que no hay amor en ninguna de estas cosas. Pero mi corazón está vacío, y ¿cómo he de llenarlo? ¿Qué debo hacer?"

El apego niega el amor. El amor no se halla en el sufrimiento; aunque los celos sean fuertes, no pueden sujetar el amor. La sensación y su satisfacción están siempre terminando; pero el amor es inagotable.

"Estas son meras palabras para mí. Estoy hambriento: déme alimento".

Para alimentarse, se debe sentir hambre. Si Ud. tiene hambre, encontrará alimento. ¿Tiene Ud. hambre realmente, o sólo ansía gustar algún otro manjar? Si Ud. es glotón, hallará lo que le satisfaga; pero eso pronto acabará, y no será amor.

"Pero, ¿qué debo hacer?"

Usted no hace más que repetir esa pregunta. Lo que debe hacer no es lo importante; pero es esencial que Ud. perciba lo que está haciendo. Se preocupa Ud. de la acción futura, y ése es un modo de eludir la acción inmediata. Usted no quiere actuar, y por eso insiste preguntando qué debe hacer. De nuevo recurre a la astucia, se engaña a sí mismo, y por eso su corazón está vacío. Usted quiere llenarlo con las cosas de la mente; pero el amor no es de la mente. Deje que su corazón esté vacío. No lo llene con palabras, con las acciones de la mente. Deje que su corazón esté completamente vacío; sólo entonces podrá colmarse.

LA FUTILIDAD DEL RESULTADO

ELLOS HABÍAN LLEGADO desde diferentes partes del mundo, y habían estado discutiendo algunos problemas que nos atañen a la mayoría. Es bueno dilucidar las cosas; pero las meras palabras, los hábiles argumentos y los muchos conocimientos no nos traen la liberación de nuestros dolorosos problemas. La habilidad y el conocimiento pueden, como ocurre a menudo, demostrar su propia futilidad, y el descubrimiento de su futilidad hace a la mente silenciosa. En ese silencio, llega la comprensión del problema; pero buscar ese silencio es engendrar otro problema, otro conflicto. Las explicaciones, el descubrimiento de las causas, las disecciones analíticas del problema, no lo resuelven de ningún modo; pues no es posible resolverlos por los caminos de la mente. La mente sólo puede crear nuevos problemas. Puede eludir el problema mediante explicaciones, ideales, intenciones; pero por más que haga, la mente no puede liberarse del problema. La mente misma es el campo en el cual crecen y se multiplican los problemas, los conflictos. El pensamiento no puede silenciarse a sí mismo; puede cubrirse con el manto del silencio, pero eso sólo es ocultación y pose. El pensamiento puede destruirse a sí mismo por la acción disciplinada con un predeterminado fin; pero la muerte no es el silencio. La muerte es más vocinglera que la vida. Cualquier movimiento de la mente es un impedimento para el silencio.

Por la ventana abierta penetró una confusión de sonidos: las ruidosas conversaciones y las querellas de la aldea, el escape de una locomotora, los gritos de los niños y sus libres risas, el rumor de una carreta, el zumbido de las abejas, el estridente llamado de los cuervos. Y en medio de todo este ruido, un silencio se insinuaba en la habitación, no buscado ni invitado. Ese silencio extendía sus alas a través de las palabras y los argumentos, a través de las incomprensiones y las diatribas. La condición de ese silencio no es la cesación del ruido, de la charla y la palabra; para incluir a ese silencio, la mente debe perder su capacidad de expandirse. Ese silencio está libre de todas las compulsiones, conformidades, esfuerzos; es inagotable y por lo mismo siempre nuevo, siempre fresco. Mas la palabra no es ese silencio.

¿Por que es que buscamos resultados, metas? ¿Por qué la mente está siempre persiguiendo un fin? ¿Y por qué no habría de perseguir un fin? Al venir aquí, ¿no estamos buscando algo, alguna experiencia, algún deleite? Estamos cansados y hastiados de las muchas cosas con que nos hemos estado entreteniendo; nos hemos alejado de ellas, y ahora queremos un nuevo juguete. Pasamos de una cosa a otra, como una mujer que va de compras mirando vidrieras, hasta que encontramos algo que nos satisfaga completamente; y entonces nos quedamos allí estancados. Continuamente estamos ansiando algo; y habiendo probado muchas cosas, en su mayoría

insatisfactorias, queremos ahora lo último: Dios, la verdad, lo que sea. Queremos un resultado, una nueva experiencia, una nueva sensación que perdure a pesar de todo. Jamás vemos la futilidad del resultado, sino sólo la de un resultado particular; por eso vagamos de un resultado a otro, esperando siempre encontrar uno que ponga fin a toda búsqueda.

La búsqueda del resultado, del éxito, ata, limita; siempre está aproximándose a su término. La ganancia es un proceso de terminación. Llegar es morir. Sin embargo eso es lo que estamos buscando, ¿no es así? Estamos buscando la muerte, sólo que la llamamos resultado, meta, propósito. Queremos llegar. Estamos cansados de esta eterna lucha, y queremos llegar allí —un "allí" colocado en cualquier nivel. No vemos la ruinosa destrucción de la lucha, sino sólo el deseo de librarnos de ella mediante la ganancia de un resultado. No vemos la verdad de la lucha, del conflicto, y por eso la utilizamos como medio para lograr lo que queremos, lo que más nos satisface; y lo más satisfactorio está determinado por la intensidad de nuestro descontento. Este deseo de un resultado siempre termina en la ganancia pero queremos un resultado que nunca termine. Así, pues, ¿cuál es nuestro problema? Cómo estar libre del ansia de resultados, ¿verdad?

"Creo que es eso. El mismo deseo de estar libre es también deseo de un resultado, ¿no es cierto?"

Si seguimos esa línea, quedaremos completamente estancados. ¿Es que no podemos ver la futilidad del resultado, en cualquier nivel que lo coloquemos? ¿Es ese nuestro problema? Veamos nuestro problema claramente, y entonces tal vez seamos capaces de comprenderlo. ¿Se trata acaso de comprobar la futilidad de un resultado,, para descartar así todo deseo de resultados? Si percibimos la inutilidad de una evasión, entonces todas las evasiones son vanas. ¿Es ese nuestro problema? Por cierto que no, ¿verdad? Tal vez podamos enfocarlo diferentemente.

¿No es también la experiencia un resultado? Si queremos estar libres de los resultados, ¿no debemos también estar libres de la experiencia? Porque ¿no es la experiencia una consecuencia, una terminación?

"¿Terminación de qué?"

Terminación de la vivencia. La experiencia es el recuerdo de la vivencia, ¿no es cierto? Cuando termina la vivencia hay experiencia, el resultado. Mientras haya vivencia, no hay experiencia; la experiencia no es más que el recuerdo de haber vivenciado. En cuanto el estado de vivencia desaparece, comienza la experiencia. La experiencia está siempre estorbando la vivencia, la vida. Los resultados, las experiencias, llegan a un término; pero la vivencia es inagotable. Cuando lo inagotable es estorbado por el recuerdo, entonces empieza la búsqueda de resultados. La mente, el resultado, está siempre buscando un fin, un propósito, y eso es muerte. La muerte no existe cuando el experimentador ya no está. Unicamente entonces surge lo inagotable.

EL DESEO DE DICHA

El árbol solitario en el amplio prado verde era el centro de un reducido mundo que incluía el bosque, la casa y el pequeño lago; todo el espacio de los alrededores parecía converger hacia el árbol, que era alto y frondoso. Debía ser muy viejo, pero había en él tanta frescura como en un retoño; no tenía casi ninguna rama muerta, y sus hojas estaban limpias, relucientes en el sol de la mañana. Como estaba solo, todas las cosas parecían venir a él. Venados y faisanes, conejos y ganado se congregaban en su sombra, especialmente al mediodía. La simétrica belleza de ese árbol daba una forma al cielo, y a la luz de cada mañana el árbol parecía ser la única cosa viviente. Desde el bosque, el árbol parecía muy lejano; pero desde el árbol, el bosque, la casa y aun el cielo, se veían próximos, e incluso uno tenía la impresión que podría tocar las pasajeras nubes.

Hacia un rato que estábamos sentados bajo el árbol cuando él vino a reunirse con nosotros. Se hallaba seriamente interesado en la meditación, y dijo que la había practicado durante muchos años. No pertenecía a ninguna particular escuela de pensamiento, y aunque había leído a muchos de los místicos cristianos, se sentía más atraído hacia las meditaciones y disciplinas de los santos hindúes y budistas. Pronto comprobó, siguió diciendo, la inconsistencia del ascetismo, con su peculiar fascinación y cultivo del poder a través de la abstinencia, y desde un principio había evitado todos los extremos. Sin embargo, había practicado la disciplina, un constante autocontrol, y estaba decidido a agotar todas las posibilidades de la meditación e ir aun más allá. Había llevado lo que se consideraba una vida estrictamente moral, si bien esto era sólo un detalle, y no se sentía atraído por los caminos del mundo. En un tiempo había jugado con las cosas mundanas, pero esto era cosa del pasado. Realizaba también una tarea de su preferencia, mas ello era asimismo completamente incidental.

El fin de la meditación es la meditación misma. La búsqueda de algo a través y más allá de la meditación, es un fin lucrativo; y lo que se gana, otra vez se pierde. El buscar un resultado es la continuación de la autoproyección; él resultado, por elevado que sea, es la proyección del deseo. La meditación como medio para llegar, ganar o descubrir, sólo fortalece al meditador. El meditador es la meditación; la meditación es la comprensión del meditador.

“Yo medito para hallar la realidad última, o para permitir que la realidad se manifieste. No es exactamente un resultado lo que busco, sino es beatitud que ocasionalmente llega a sentirse. Ella está allí; y como un hombre sediento ansía el agua, así deseo yo esa inexpresable felicidad. Esa bienaventuranza es infinitamente mayor que toda alegría, y yo la persigo como a mí más caro deseo”.

Vale decir, Ud. medita para lograr lo que quiere. Para conseguir lo que desea, Ud. se sujeta a una estricta disciplina, sigue ciertas reglas y normas; Ud. establece y sigue un rumbo para alcanzar lo que está al final. Espera obtener ciertos resultados, ciertos estados bien definidos que dependen de la persistencia de su esfuerzo, y experimentar progresivamente un gozo siempre mayor. Este bien planeado método le asegura el resultado final. Por lo tanto, su meditación es un negocio muy bien calculado, ¿no es cierto?

“Cuando Ud. lo presenta de ese modo, visto superficialmente parece más bien absurdo; pero en su sentido más profundo, ¿en qué consiste la falta? ¿Qué es esencialmente lo que hay de falso en la búsqueda de esa beatitud? Por supuesto busco un resultado para todos mis esfuerzos; pero insisto nuevamente, ¿por qué no habría de hacerlo?”

Este deseo de beatitud implica que la beatitud es algo final, permanente, ¿no es así? Todos los otros resultados han sido insatisfactorios; hemos buscado ardientemente objetivos mundanos y nos hemos dado cuenta de su naturaleza transitoria, y ahora deseamos un estado permanente, un final que no tenga término. La mente está buscando un refugio final e imperecedero; por eso se disciplina y se adiestra, practica virtudes para lograr lo que desea. Puede ser que haya experimentado alguna vez esa beatitud, y ahora la persigue afanosamente. Como otros cazadores de resultados, Ud. persigue el suyo, sólo que Ud. lo ha colocado en un nivel diferente; podrá llamarlo superior, pero eso nada cambia. Un resultado significa un final; el llegar lleva implícito otro esfuerzo para devenir. La mente jamás descansa, siempre está luchando, siempre realizando, siempre ganando —y, por supuesto, siempre está con temor de perder. A este proceso se lo llama meditación. ¿Puede una mente que está atrapada en un interminable devenir conocer la bienaventuranza? ¿Puede una mente que se ha impuesto una disciplina, estar siempre libre para recibir esa beatitud? Mediante el esfuerzo y la lucha, mediante la resistencia y las renunciaciones, la mente se torna insensible; y ¿puede una mente así ser abierta y vulnerable? Por el deseo de esa beatitud, ¿no ha levantado Ud. un muro en derredor suyo, que impide que lo imponderable, lo desconocido pueda penetrar? ¿No se ha cerrado Ud. efectivamente a lo nuevo? De lo viejo, Ud. se ha hecho un sendero que lo lleve a lo nuevo; y ¿puede lo nuevo estar contenido en lo viejo?

La mente jamás puede crear lo nuevo; la mente misma es un resultado, y todos los resultados son el producto de lo viejo. Los resultados nunca pueden ser nuevos; la persecución de un resultado jamás puede ser espontánea; aquello que es libre no puede perseguir un fin. La meta, el ideal, es siempre una proyección de la mente, y eso, por cierto, no es meditación. La meditación es la liberación del meditador; sólo en la libertad hay descubrimiento, sensibilidad para recibir. Sin libertad, no puede haber beatitud; pero la libertad no llega mediante la disciplina. La disciplina hace el molde de la libertad, pero el molde no es la libertad. El molde se rompe de instante en instante. El instante de ruptura es un instante olvidado. Es el momento recordado que da forma al molde, y sólo entonces surge el hacedor del molde, el creador de todos los problemas, los conflictos, las miserias.

Meditar es liberar la mente de sus propios pensamientos en todos los niveles. El pensamiento crea al pensador. El pensador no está separado del pensamiento; son un proceso unitario, y no dos procesos separados. El proceso separado sólo conduce a la ignorancia y a la ilusión. El meditador es la meditación. Entonces la mente es solitaria, no hecha solitaria; es silenciosa, no hecha silenciosa. Unicamente al solitario puede llegar lo que es sin causa, sólo para él hay beatitud.

PENSAMIENTO Y CONCIENCIA

TODAS LAS COSAS estaban retraídas en sí mismas. Los árboles se hallaban sumidos en su propia existencia; las aves plegaban sus alas para reposar de sus diarias andanzas; el río había perdido su brillo, y las aguas ya no danzaban, sino que estaban quietas y densas. Las montañas aparecían distantes e inaccesibles, y la gente se había retirado a sus casas. Había llegado la noche, y existía la quietud del aislamiento. No había comunión; cada cosa estaba encerrada en sí misma, apartada. La flor, el sonido, la conversación —todo era oculto, invulnerable. Se oían risas, pero eran aisladas y lejanas; la conversación era embozada y provenía del interior. Sólo las estrellas estaban invitadoras, abiertas y comunicativas; pero también ellas se hallaban muy lejanas.

El pensamiento es siempre una respuesta externa, nunca puede responder profundamente. El pensamiento es siempre lo exterior; siempre es un efecto, y el pensar es la reconciliación de los efectos. El pensamiento es siempre superficial, aunque pueda establecerse en diferentes planos. El pensamiento jamás puede penetrar en lo profundo, en lo implícito. No puede trascenderse a sí mismo, y todo intento de hacerlo es su propia frustración.

“¿Qué entiende Ud. por pensamiento?”

El pensamiento es la respuesta a cualquier desafío; no es acción, no es hacer. El pensamiento es una consecuencia, el resultado de un resultado; es el resultado de la memoria. La memoria es pensamiento, y el pensamiento es la verbalización de la memoria. La memoria es experiencia. El proceso de pensar es el proceso consciente, tanto el oculto como el manifiesto. Este total proceso de pensar es la conciencia; los niveles de la vigilia y del sueño, los superficiales y los profundos, son todos parte de la memoria, de la experiencia. El pensamiento no es independiente. No hay pensar independiente; "pensamiento independiente" es una contradicción de términos. El pensamiento, siendo un resultado, se opone o concuerda, compara o ajusta, condena o justifica, y por eso jamás puede ser libre. Un resultado nunca puede ser libre; puede torcerse, manipularse, ir a la deriva, ir a una cierta distancia, pero no puede estar libre de su propio amarre. El pensamiento está anclado a la memoria, y nunca puede estar libre para descubrir la verdad de ningún problema.

"¿Quiere Ud. decir que el pensamiento carece de todo valor?"

Tiene valor en la reconciliación de los efectos, pero no tiene valor en sí mismo como medio de acción. La acción es revolución, no reconciliación de efectos. La acción libre del pensamiento, de la idea, de la creencia, no cabe dentro de una norma. Puede haber actividad dentro de la norma, y esa actividad es ya violenta, sangrienta, o lo opuesto, pero no es acción. Lo opuesto no es acción, es una continuación modificada de la actividad. Lo opuesto está todavía en el campo del resultado, y al perseguir el opuesto, el pensamiento está atrapado en la red de sus propias respuestas. La acción no es el resultado del pensamiento; la acción no tiene ninguna relación con el pensamiento. El pensamiento, el resultado, jamás puede crear lo nuevo; lo nuevo es de instante en instante, y el pensamiento es siempre lo viejo, el pasado, lo condicionado. Tiene valor, pero no tiene libertad. Todo valor es limitación, ata. El pensamiento ata, porque es protector.

"¿Qué relación hay entre conciencia y pensamiento?"

¿No son lo mismo? ¿Hay alguna diferencia entre pensar y ser consciente? Pensar es una respuesta; y ¿no es también una respuesta el ser consciente? Cuando uno es consciente de esa silla eso es una respuesta a un estímulo; y ¿no es el pensamiento la respuesta de la memoria a un desafío? A esta respuesta la llamamos experiencia. Experimentar es desafío y respuesta; y este experimentar, juntamente con el nombrar o registrar, este proceso total, en diferentes niveles, es la conciencia, ¿no es cierto? Nuestra experiencia es el resultado, la consecuencia de esta experimentación. Al resultado se le da un nombre; el nombre mismo es una conclusión, una de las muchas conclusiones que constituyen la memoria. Esta sucesión de conclusiones es la conciencia. La conclusión, el resultado, es autoconciencia. El "yo" es memoria, el conjunto de conclusiones; y el pensamiento es la respuesta de la memoria. El pensamiento es siempre una conclusión; el pensar es concluir, y por eso jamás puede ser libre.

El pensamiento es siempre lo superficial, la conclusión. La conciencia es el registro de lo superficial. Lo superficial se divide a sí mismo en lo externa y lo interno, pero esta separación no hace que el pensamiento sea menos superficial.

"¿Pero no hay algo que trascienda el pensamiento, que trascienda el tiempo, algo que no sea creado por la mente?"

Puede ser que a Ud. le hayan hablado acerca de ese estado, o que Ud. haya leído algo sobre él, o bien puede haberlo vivenciado. La vivencia de ese estado jamás puede ser una experiencia, un resultado; él no puede ser pensado —y si lo es, es un recuerdo y no una vivencia. Podéis repetir o que habéis leído u oído, pero la palabra no es la cosa; y la palabra, la misma repetición, impide el estado de vivencia. Ese estado de vivencia no puede existir mientras haya pensar; el pensamiento, el resultado, el efecto, jamás podrá conocer el estado de vivencia.

"Entonces, ¿cómo puede terminar el pensamiento?"

Viendo la verdad de que el pensamiento, el resultado de lo conocido, no puede jamás hallarse en estado de vivencia. El vivenciar es siempre lo nuevo; el pensar es siempre lo viejo. Ved la verdad de esto, y la verdad traerá la liberación —liberación del pensamiento, del resultado. Entonces estará ahí aquello que trasciende la conciencia, aquello que no es ni el sueño ni la vigilia, aquello que es innombrable: ello **es**.

EL AUTOSACRIFICIO

ERA UN HOMBRE más bien gordo y muy satisfecho de sí mismo. Había sido reducido a prisión y golpeado varias veces por la policía, y ahora era un político muy conocido y en vías de ser ministro. Estuvo en varias de las reuniones, discretamente sentado entre los demás; pero muchos se daban cuenta de su presencia, y él era consciente de eso. Cuando habló, tenía la voz autoritaria de la tribuna, varias personas lo miraron, y su voz bajó de tono. Aunque estaba entre ellos, se mantenía apartado; era el gran político, conocido y admirado; pero la consideración sólo iba hasta cierto punto, y no más allá. Era fácil darse cuenta de todo esto apenas la discusión comenzó, y existía esa peculiar atmósfera que se crea cuando una figura muy conocida está entre el auditorio, una atmósfera de sorpresa y expectación, de camaradería y sospecha, de condescendiente distingo y agrado.

Había venido con un amigo, y el amigo comenzó a explicar quién era él: el número de veces que había estado encarcelado, los malos tratos que había tenido que soportar, y los inmensos sacrificios que había hecho por la causa de la libertad de su país. Había sido un hombre pudiente, completamente europeizado, poseedor de una gran casa y jardines, de varios coches, etc. Mientras el amigo narraba las hazañas del personaje, su tono se hacía cada vez más admirativo y respetuoso; pero entre líneas su pensamiento parecía decir: "Tal vez no sea todo lo que debiera ser, pero al fin y al cabo, si se consideran los sacrificios que ha hecho, eso al menos es algo". El personaje mismo habló de mejoras, del desarrollo hidroeléctrico, de llevar prosperidad al pueblo, de la corriente amenaza del comunismo, de vastos proyectos y metas. El hombre quedaba olvidado, pero los proyectos y las ideologías sobraban.

La renunciación hecha para ganar una finalidad es un trueque; en ella no hay desprendimiento, sino solamente intercambio. El autosacrificio es una extensión del "yo". El sacrificio del "yo" es un refinamiento del "yo", y por muy sutil que el 'yo" se haga, sigue siendo todavía encerrado, mezquino, limitado. Renunciar por una causa, por grande, extensa y significativa que sea, es sustituir la causa por el "yo"; la causa o la idea se convierte en el "yo", en el "mi" y lo "mío". El sacrificio consciente es la expansión del "yo", que cede para volver a recoger; es la afirmación negativa del "yo". Ceder es otra forma de adquisición. Renunciáis a esto para ganar aquello. Ponéis esto a un nivel más bajo, y aquello a un nivel más alto; y para ganar lo más alto, "renunciáis" a lo más bajo. En este proceso no hay desprendimiento, sino únicamente la ganancia de una mayor satisfacción; y la búsqueda de mayor satisfacción no contiene ningún elemento de sacrificio. ¿Por qué usar una sonora palabra de rectitud para una grata actividad que todos consienten? Usted renuncia a su posición social para ganar una diferente clase de posición, y presumiblemente Ud. la tiene ahora: por lo tanto su sacrificio le ha traído la deseada recompensa. Algunos quieren su recompensa en el cielo, otros aquí y ahora.

"Esta recompensa ha llegado en el curso de los acontecimientos, pero yo nunca he buscado conscientemente recompensa alguna desde que me uní al movimiento".

El hecho mismo de unirse a un movimiento popular o impopular constituye su propia recompensa, ¿no es así? Podemos habernos unido sin buscar conscientemente una recompensa, pero los impulsos internos que nos impelen a unirnos son complejos, y sin comprenderlos es imposible decir que no hemos buscado recompensa. Por cierto, lo importante es comprender este impulso de renunciar, de sacrificar, ¿no es cierto? ¿Por qué queremos desprendernos? Para contestar eso, ¿no debemos averiguar primero por qué estamos apegados? Únicamente cuando estamos apegados hablamos de desapego; no habría lucha para ser desapegado si no hubiera apego. No habría renunciación si no hubiera posesión. Poseemos, y luego renunciamos para poseer algo distinto. Esta progresiva renunciación es considerada como algo noble y edificante.

"Sí, eso es cierto. Si no hubiera posesiones, por supuesto no habría ninguna necesidad de renunciar".

Por consiguiente, la renunciación, el autosacrificio, no es un gesto de grandeza, que pueda ser glorificado e imitado. Poseemos porque sin posesiones no somos nada. Las posesiones son muchas y variadas. El que no posee cosas mundanas, puede estar apegado al conocimiento, a las ideas; otro puede estar apegado a la virtud; otro a la experiencia, otro al nombre y a la fama, etc. Sin posesiones, el "yo" no existe; el "yo" es la posesión, el moblaje, la virtud, el nombre. En su temor de no ser, la mente se aferra al nombre, al moblaje, al valor; y se desprenderá de esto con el fin de ocupar un nivel más alto, siendo lo más alto aquello que nos parece que es lo más agradable, lo más permanente. El temor a la inseguridad, el temor de no ser, conduce al apego, a la posesión. Cuando la posesión no nos satisface o es penosa, renunciamos a ella para adherirnos a otra cosa más agradable. La posesión más satisfactoria es la palabra Dios, o su sustituto, el Estado.

"Pero el temor de no ser nada es una cosa natural. Me parece que Ud. sugiere que deberíamos desear no ser nada".

Mientras Ud. procure llegar a ser algo, mientras esté poseído por algo, inevitablemente habrá conflicto, confusión y creciente sufrimiento. Usted podrá creer que Ud. mismo, en su realización y su éxito, no se verá atrapado en esta progresiva desintegración; pero no podrá escapar a ella, porque Ud. es de ella. Sus actividades, sus pensamientos, la misma estructura de su existencia, están basados en el conflicto y en la confusión, y por lo tanto están basados en el proceso de la desintegración. Mientras Ud. no esté dispuesto a no ser nada, que es lo que en verdad Ud. es, inevitablemente creará tristeza y antagonismo. La buena voluntad que nos lleva a no ser nada, no es cuestión de renunciación, de compulsión, interna o externa, sino de la verdad de lo que **es**. Ver la verdad de lo que **es** trae la liberación del miedo a la inseguridad, del miedo que engendra el apego y lleva a la ilusión del desapego, de la renunciación. El amor a lo que **es**, es el principio de la sabiduría. Sólo el amor puede compartir, sólo él puede comulgar pero la renunciación y el autosacrificio constituyen el camino del aislamiento y de la ilusión.

LA LLAMA Y EL HUMO

Había hecho calor todo el día y era un sacrificio estar afuera. El resplandor del camino y del agua, de por sí fuerte y penetrante, se hacía más intenso aún con el color blanco de las casas; y la tierra que había sido verde estaba ahora de un amarillo brillante y seca. No se esperaban lluvias por varios meses. El arroyo se había desecado y ahora no era más que una sinuosa cinta de arena. Algunas vacas se cobijaban en la sombra de los árboles, y el muchacho que las cuidaba, sentado aparte, se entretenía en su soledad tirando piedras y cantando. La aldea distaba algunos kilómetros, y él se hallaba solo consigo mismo; era delgado y desnutrido, pero alegre, y asimismo su canto no era triste.

La casa se encontraba más allá de la colina, y cuando llegamos a ella el sol se estaba poniendo. Desde la terraza se podían ver las verdes copas de las palmeras, extendiéndose en una onda sin fin hasta las amarillas arenas. Las palmeras proyectaban una sombra amarilla, y su verde era dorado. Olas allá de las amarillentas arenas estaba el mar verde—gris. Blancas olas rompían sobre la playa, pero las aguas profundas estaban quietas. Las nubes comenzaban a colorearse sobre el mar, aunque el sol se estaba poniendo muy lejos de ellas. La estrella del atardecer aparecía. Una brisa fresca se levantó, pero la terraza todavía estaba caliente. Se había reunido un pequeño grupo de personas, que debieron estar esperando allí durante algún tiempo.

"Soy casada y madre de varios hijos, pero nunca he sentido amor. Estoy comenzando a dudar de que exista. Conocemos sensaciones, pasiones, excitaciones y alegres placeres, pero no creo que conozcamos el amor. A menudo decimos que amamos, pero siempre hay alguna reserva. Físicamente podemos no tener reservas, podemos darnos completamente al principio; pero aun entonces hay alguna reserva. El dar es propio de los sentidos, pero aquello que por sí solo puede dar está muy lejos de haber despertado. Nos unimos y nos perdemos en el humo, pero eso no es la llama. ¿Por qué no tenemos la llama? ¿Por qué no arde la llama sin el humo? Tal vez nos hayamos vuelto demasiado hábiles, demasiado conocedores para tener ese perfume. Yo supongo que soy bastante instruida, que soy bastante moderna y estúpidamente superficial. A despecho de mi fácil conversación, pienso que soy en realidad torpe".

Pero ¿se trata de torpeza? ¿Es el amor un brillante ideal, algo inalcanzable, pero que se torna alcanzable cuando se llenan ciertas condiciones? ¿Podríamos llenar todas esas condiciones? Hablamos de la belleza, escribimos sobre ella, la pintamos, la danzamos, la predicamos, pero no somos bellos, ni conocemos el amor. Sólo conocemos las palabras.

Ser abierto y vulnerable es ser sensible; donde hay reserva, hay insensibilidad. Lo vulnerable es lo inseguro, lo que está libre del mañana; lo abierto es lo implícito, lo desconocido. Lo que es abierto y vulnerable es hermoso; lo encerrado es torpe e insensible. La torpeza, como la habilidad, es una forma de autoprotección. Abrimos esta puerta, pero cuidamos que esté cerrada la otra, pues buscamos la fresca brisa sólo a través de una abertura particular. Jamás nos ponemos al descubierto o abrimos todas las puertas y ventanas al mismo tiempo. La sensibilidad no es algo que se pueda conseguir con el tiempo. Lo torpe nunca puede volverse sensible; lo torpe siempre es torpe. La estupidez jamás puede llegar a ser inteligente. La intención de llegar a ser inteligente es estúpida. Esa es una de nuestras dificultades, ¿no es cierto? Siempre tratamos de llegar a ser algo —y la torpeza permanece.

"Entonces ¿qué tiene uno que hacer?"

Nada tiene que hacer, sino ser lo que Ud. es, insensible. Hacer es eludir lo que es, y escapar de lo que es, es la más grosera forma de estupidez. Cualquier cosa que haga, la estupidez sigue siendo estupidez. Lo insensible no puede volverse sensible; todo lo que puede hacer es darse cuenta de lo que es, dejar que se revele la historia de lo que es. No interfiera la insensibilidad, porque lo que interfiere es lo insensible, lo estúpido. Escúchela, y ella le contará su historia no traduzca ni actúe, sino escuche la historia hasta el fin sin interrupción o interpretación. Sólo entonces habrá acción. El hacer no es importante, pero el escuchar sí lo es.

Para dar, debe existir lo inagotable. Aquello reservado que da es el temor de terminar, y sólo en el terminar existe lo inagotable. Dar no es terminar. El dar es de lo mucho o de lo poco; y lo mucho o lo poco es lo limitado, el humo, el dar y el tomar. El humo es deseo expresado en los celos, el odio, la decepción; el humo es el temor del tiempo; el humo es el recuerdo, la experiencia. No hay dar, sino solamente extensión del humo. La reserva es inevitable, porque no hay nada que dar. Participar no es dar; la conciencia de participar o de dar pone término a la comunión. El humo no es la llama, pero nosotros lo tomamos por la llama. Dé se cuenta del humo, lo que es, sin tratar de hacer desaparecer el humo para ver la llama.

"¿Es posible tener esa llama, o sólo es para los pocos?"

Que sea para los pocos o para los muchos no hace al caso, ¿verdad? Ese camino sólo nos conduce a la ignorancia y a la ilusión. Lo que nos incumbe es la llama. ¿Puede Ud. tener esa llama, esa llama sin humo? Descúbralo observe el humo silenciosa y pacientemente. Usted no puede disipar el humo, porque Ud. es el humo. El cuanto el humo se va, la llama aparece. Esa llama es inextinguible. Todo lo que tiene un principio y un fin,

pronto se agota, se consume. Cuando el corazón está vacío de las cosas de la mente y la mente está vacía de pensamientos, entonces hay amor. Aquello que es vacío es inagotable.

La lucha no está entre la llama y el humo, sino entre las diferentes respuestas dentro del humo. La llama y el humo no pueden estar en conflicto entre sí. Para estar en conflicto, deben estar en relación; y ¿cómo puede haber relación entre ellos? El uno es cuando el otro no es.

LA OCUPACIÓN DE LA MENTE

ERA UNA CALLE angosta, cabalmente atestada de gente, pero con pocos vehículos. Cuando pasaba un ómnibus o un automóvil, uno tenía que ponerse en el borde mismo, casi en la cuneta. Había unos pocos negocios muy pequeños, y un pequeño templo sin puertas. Este templo estaba excepcionalmente limpio, y en él había gente lugareña, aunque no mucha. Al costado de uno de los negocios un muchacho sentado en el suelo hacía guirnaldas y pequeños ramos de flores; debía tener doce o catorce años. Tenía el hilo en un jarrito de agua, y frente a él, desparramados en montoncitos sobre un trapo mojado, había jazmines, unas cuantas rosas, caléndulas y otras flores. Con el hilo en una mano, recogía con la otra un surtido de flores, y con una rápida y diestra vuelta del hilo las ataba y un ramillete estaba hecho. No prestaba casi ninguna atención a lo que hacían sus manos; sus ojos vagaban sobre la gente que pasaba, sonreían cuando reconocía a alguien, volvían a mirar sus manos, y deambulaban de nuevo. Después otro muchacho se le acercó, y se pusieron a charlar y a reír, aunque sus manos nunca dejaron de hacer su tarea. Ya tenía una pila de ramos, pero era algo temprano para venderlos. El muchacho se detuvo, se levantó y se fue, mas enseguida regresó con otro muchacho menor que él, tal vez su hermano. Entonces retornó su agradable trabajo con la misma facilidad y rapidez. Ahora la gente empezaba a comprar los ramos, de a uno, o en grupos. Debían ser parroquianos, porque había sonrisas, y se cambiaban pocas palabras. Desde ese momento no se movió de su lugar. Se sentía la fragancia de muchas flores, y nos sonreímos mutuamente.

El camino conducía a una senda, y la senda a la casa.

¡Cuán atados estamos al pasado! Pero no sólo estamos atados al pasado: somos el pasado. Y qué cosa tan complicada es el pasado, capa sobre capa de indigestos recuerdos, tanto gratos como ingratos. Nos persigue día y noche, y ocasionalmente hay una brecha que nos revela una clara luz. El pasado es como una sombra que hace las cosas pesadas y fatigosas; en esa sombra, el presente pierde su claridad, su frescura, y el mañana es la continuación de la sombra. El pasado, el presente y el futuro están atados con el largo hilo de la memoria; todo el manojo es memoria, con escasa fragancia, El pensamiento se mueve a través del presente hacia el futuro, y retrocede de nuevo como un incansable animal atado a un poste, se mueve dentro de su propio radio, estrecho o amplio, pero jamás está libre de su propia sombra. Este movimiento es la ocupación de la mente con el pasado, el presente y el futuro. La mente es la ocupación. Si la mente no está ocupada, deja de existir; su misma ocupación es su existencia. Que está ocupada con insultos o con alabanzas, con Dios o con la bebida, con la virtud o la pasión, con el trabajo o la expresión, acumulando o dando, todo es lo mismo; no es más que ocupación, tormento, desasosiego. Estar ocupado con algo, ya sea con el moblaje o con Dios, es un estado de pequeñez, de superficialidad.

La ocupación da a la mente una sensación de actividad, de estar viviendo. Es por eso que la mente acumula, o renuncia; ella se sostiene con la ocupación. La mente necesita estar ocupada con algo. De qué se ocupa es cosa de muy poca importancia; lo importante es que está ocupada, y las ocupaciones más ventajosas son las que tienen significación social. Estar ocupada con algo es la naturaleza de la mente, y su actividad proviene de esto. Estar ocupada con Dios, con el Estado, con el conocimiento, es la actividad de una mente pequeña. Ocuparse con algo implica limitación, y el Dios de la mente es un dios mezquino, por muy alto que ella pueda colocarlo. Sin ocupación, la mente no es; y el temor de no ser hace que la mente sea agitada y activa. Esta agitada actividad tiene apariencia de vida, pero no es vida; conduce siempre a la muerte —una muerte que es la misma actividad en otra forma.

El sueño es otra ocupación de la mente, un signo de su agitación. Soñar es la continuación del estado consciente, el despliegue de lo que no es activo durante las horas de vigilia. La actividad tanto de la mente superficial como de la mente más profunda es ocupacional. Una mente así sólo puede percibir lo que termina como un continuado comienzo; jamás puede darse cuenta del terminar, sino sólo de un resultado, y el resultado siempre es continuo. La búsqueda de un resultado es la búsqueda de continuidad. La mente, la ocupación, no tienen fin; y sólo para aquello que termina puede existir lo nuevo, sólo para lo que muere puede haber vida La muerte de la ocupación, de la mente, es el comienzo del silencio, del silencio total. No hay ninguna relación entre este imponderable silencio y la actividad de la mente. Para que haya relación, debe haber contacto, comunión; pero no hay ningún contacto entre el silencio y la mente. La mente no puede entrar en comunión con el silencio; sólo puede tener contacto con su propio estado autoproyectado, que ella llama silencio Pero este silencio no es silencio, es

meramente otra forma de ocupación. La ocupación no es silencio. Únicamente hay silencio cuando la mente deja de estar ocupada con el silencio.

El silencio está más allá del sueño, más allá de la ocupación de la mente más profunda. La mente profunda es un residuo, el residuo del pasado, ya sea abierto u oculto. Este pasado residual no puede experimentar el silencio; puede soñar con él, como a menudo ocurre, pero el sueño no es lo real. El sueño es a menudo tomado por lo real, pero el sueño y el soñador son la ocupación de la mente. La mente es un proceso total, y no una parte exclusiva. El proceso total de la actividad, residual y adquirida, no puede estar en comunión con ese silencio que es inagotable.

LA CESACIÓN DEL PENSAMIENTO

ERA UN ERUDITO, muy versado en literatura antigua, y acostumbraba citar antiguos autores para destacar sus propios pensamientos. Realmente se llegaba a dudar de que tuviera pensamientos independientes de los libros. Por supuesto, no hay pensamiento independiente; todo pensamiento es dependiente, condicionado. El pensamiento es la verbalización de las influencias. Pensar es ser dependiente; el pensamiento jamás puede ser libre. Pero él estaba interesado en la erudición; se hallaba sobrecargado de conocimientos y lo ostentaba con arrogancia. Empezó a hablar directamente en sánscrito, y quedó muy sorprendido y hasta algo fastidiado al comprobar que el sánscrito no era absolutamente comprendido. Apenas podía creerlo. "Lo que Ud. ha dicho en varias reuniones demuestra que o bien Ud. ha leído extensamente en sánscrito, o que ha estudiado las traducciones de algunos de los grandes instructores", dijo él. Cuando supo que no era así, y que no había tal lectura de libros religiosos, filosóficos o psicológicos, se mostró abiertamente incrédulo.

Es extraordinaria la importancia que damos a la palabra impresa, a los llamados libros sagrados. Los doctos, como los legos, son gramófonos; siguen repitiendo, aun a pesar de que el disco puede haber cambiado. Están interesados en el conocimiento y no en la vivencia. El conocimiento es un impedimento para la vivencia. Pero el conocimiento es un puerto seguro, el refugio de unos pocos; y así como los ignorantes se sienten impresionados por el conocimiento, así el conocedor es respetado y honrado. El conocimiento es una afición, como la bebida; el conocimiento no trae comprensión. El conocimiento puede ser transmitido, pero no la sabiduría; debe haber liberación del conocimiento para que pueda llegar la sabiduría. El conocimiento no es la moneda que sirve para comprar la sabiduría; pero el hombre que ha entrado en el refugio del conocimiento no se aventura ya a salir, porque la palabra alimenta su pensamiento y se siente halagado con el pensar. El pensar es un estorbo para la vivencia; y no hay sabiduría sin vivencia. El conocimiento, la idea, la creencia, son obstáculos en el camino de la sabiduría.

Una mente ocupada no es libre, espontánea, y sólo en la espontaneidad puede haber descubrimiento. Una mente ocupada es autoencerrada; es inabordable, invulnerable, y en eso estriba su seguridad. El pensamiento, por su propia naturaleza es autoislador; no puede hacerse vulnerable. El pensamiento no puede ser espontáneo, nunca puede ser libre. El pensamiento es la continuación del pasado, y aquello que continúa no puede ser libre. Sólo hay libertad en el terminar.

Una mente ocupada crea aquello de que se ocupa. Puede inventar el carro tirado por bueyes o el avión de chorro. Podemos pensar que somos estúpidos, y somos estúpidos. Podemos pensar que somos Dios, y somos nuestra propia concepción: "Yo soy Eso".

"Pero seguramente es mejor estar ocupado en las cosas de Dios que en las cosas del mundo, ¿no es cierto?

Lo que pensamos, somos; pero lo que importa es la comprensión del proceso del pensamiento, y no acerca de qué pensamos. Que pensemos en Dios, o en la bebida, no es lo importante; cada uno tiene su designio particular, pero en ambos casos el pensamiento está ocupado con su propia proyección. Las ideas, los ideales, las metas, etc., son todos proyecciones o ampliaciones del pensamiento. Estar ocupado con nuestras propias proyecciones, en cualquier nivel, es rendir culto al "yo". El "Yo", con mayúscula, sigue siendo una proyección del pensamiento. Con cualquier cosa que el pensamiento se ocupe, eso es él; y lo que es, no es otra cosa que pensamiento. Por lo tanto es importante comprender el proceso del pensamiento.

El pensamiento es la respuesta al desafío, ¿no es así? Sin desafío, no hay pensamiento. El proceso de desafío y respuesta es experiencia; y la experiencia verbalizada es pensamiento. La experiencia no sólo es del pasado, sino también del pasado en conjunción con el presente, es lo consciente tanto como lo inconsciente. Este residuo de la experiencia es memoria, influencia; y la respuesta de la memoria, del pasado, es pensamiento.

"¿Pero, es eso todo lo que se refiere al pensamiento? ¿No hay en el pensamiento algo más profundo que la mera respuesta de la memoria?"

El pensamiento puede colocarse y se coloca en diferentes niveles, en el de lo estúpido y en el de lo profundo, el de lo noble y el de lo innoble; pero no por eso deja de ser pensamiento, ¿no es así? El Dios del pensamiento es aún de la mente, de la palabra. El pensamiento sobre Dios no es Dios, es meramente la respuesta de la memoria. La

memoria es duradera, y por eso puede parecer profunda; pero por su misma estructura nunca puede ser profunda. La memoria puede estar oculta, no estar a la vista inmediata, pero eso no la hace profunda. El pensamiento jamás puede ser profundo, no puede ser nada más que lo que es. El pensamiento puede adjudicarse a sí mismo mayores valores, pero sigue siendo pensamiento. Desde que la mente está ocupada con su propia proyección, no ha ido más allá del pensamiento, sólo ha asumido un nuevo papel, una nueva postura; bajo esta capa está aún el pensamiento.

"Pero ¿cómo puede uno trascender el pensamiento?"

Ese no es el caso, ¿verdad? No se puede trascender el pensamiento, porque el "uno", el hacedor del esfuerzo, es el resultado del pensamiento. En el descubrimiento del proceso del pensamiento, lo cual es conocimiento propio, la verdad de lo que es pone fin al proceso del pensamiento. La verdad de lo que es no se puede encontrar en ningún libro, antiguo o moderno. Lo que se encuentra es la palabra, pero no la verdad.

"Entonces ¿cómo se puede hallar la verdad?"

No se la puede hallar. El esfuerzo para hallar la verdad es un fin autoproyectado; y ese fin no es la verdad. Un resultado no es la verdad; el resultado es la continuación del pensamiento, desplegado o proyectado. Únicamente cuando el pensamiento termina hay verdad. El pensamiento no puede terminar mediante la compulsión, mediante la disciplina, ni por ninguna forma de resistencia. El escuchar la historia de lo que es trae su propia liberación. Es la verdad que libera, no el esfuerzo para ser libre.

DESEO Y CONFLICTO

FORMABAN UN GRUPO agradable; la mayoría de ellos estaban ansiosos, y unos pocos escuchaban para refutar. Escuchar no es un arte fácil de alcanzar, pero hay en él belleza y gran comprensión. Escuchamos desde las distintas profundidades de nuestro ser, pero en nuestro escuchar siempre hay un preconcepto o un punto de vista particular. No escuchamos simplemente; interviene siempre la pantalla de nuestros propios pensamientos, conclusiones y prejuicios. Escuchamos con placer o resistencia, con aceptación o repulsión, pero eso no es escuchar. Para escuchar es necesario que haya quietud interior, liberación del afán de adquirir, una atención sin resistencia. Este estado alerta y sin embargo pasivo es capaz de oír lo que está más allá de la conclusión verbal. Las palabras confunden, son sólo medios exteriores de comunicación; pero para entrar en comunicación más allá del ruido de las palabras, debe haber en el escuchar una alerta pasividad. Quienes aman saben escuchar; pero es muy raro encontrar quien sepa escuchar. Casi todos perseguimos resultados, la realización de metas, estamos continuamente superando y conquistando, y así no hay escuchar. Es sólo escuchando que podemos oír la canción de las palabras.

"¿Es posible estar libre de todo deseo? Sin deseo, ¿hay vida? ¿No es deseo la vida misma? Tratar de estar libre del deseo es invitar la muerte, ¿no es así?"

¿Qué es el deseo? ¿Cuándo nos damos cuenta de él? ¿Cuándo decimos que deseamos? El deseo no es una abstracción, existe únicamente en relación a algo. El deseo surge en el contacto, en la relación. Sin contacto no hay deseo. El contacto puede ser en cualquier nivel, pero sin él no hay sensación, respuesta, deseo. Conocemos el proceso del deseo, la forma en que nace: percepción, contacto, sensación, deseo. Pero ¿cuándo nos damos cuenta del deseo? ¿Cuándo digo que tengo un deseo? Sólo cuando existe la perturbación del placer o del dolor. Es cuando nos damos cuenta del conflicto, de la perturbación, que hay conocimiento del deseo. El deseo es la inadecuada respuesta al desafío. La percepción de un hermoso automóvil da nacimiento a la perturbación del placer. Esta perturbación es la conciencia del deseo; el enfoque de la perturbación, originado por el dolor o por el placer, es autoconciencia. La autoconciencia es deseo. Somos conscientes cuando existe la perturbación de la inadecuada respuesta al desafío El conflicto es autoconciencia. ¿Puede haber liberación de esta perturbación, del conflicto del deseo?

"¿Quiere Ud. decir liberación del conflicto del deseo, o del deseo mismo?"

¿Son el conflicto y el deseo dos estados diferentes? Si lo son nuestro interrogante debe llevar a la ilusión. Si no existiera la perturbación del placer o del dolor, del necesitar, del buscar, del realizar, ya sea negativa o positivamente, ¿habría deseo? ¿Y queremos nosotros desembarazarnos de la perturbación? Si podemos comprender esto, entonces estaremos en condiciones de captar el significado del deseo. El conflicto es autoconciencia, el enfoque de la atención en la perturbación es el deseo. ¿Es que Ud., quiere librarse del elemento que causa conflicto en el deseo, y retener el elemento placentero? Tanto el placer como el conflicto son perturbadores, ¿no es cierto? ¿O cree Ud. que el placer no perturba?

"El placer no perturba".

¿Es cierto eso? ¿Nunca ha notado el dolor del placer? El ansia de placer ¿no está siempre en aumento, siempre pidiendo más y más? ¿No es el ansia de conseguir más tan perturbadora como la impulsión de evitar? Ambas

engendran conflicto. Queremos mantener el deseo placentero, y evitar el penoso; pero si lo miramos más de cerca, ambos son perturbadores. Pero, ¿quiere Ud. estar libre de perturbación?

"Si no tuviéramos deseos, moriríamos, si no tuviésemos conflictos, nos dormiríamos".

¿Está Ud. hablando por experiencia, o simplemente tiene una idea acerca de esto? Nos imaginamos lo que sería el no tener conflictos y así impedimos la vivencia de cualquier estado en que todo conflicto haya cesado. Nuestro problema es ¿qué es lo que causa conflicto? ¿No podemos ver una cosa fea o linda sin que surja el conflicto? ¿No podemos observar, escuchar, sin autoconciencia? ¿No podemos vivir sin perturbación? ¿No podemos estar sin deseos? Por cierto, nos es necesario comprender la perturbación, y no buscar un modo de superar o exaltar el deseo. El conflicto debe ser comprendido, no ennoblecido o suprimido.

¿Qué es lo que causa conflicto? El conflicto aparece cuando la respuesta no es adecuada al desafío; y este conflicto es el enfoque de la conciencia como "yo". El "yo", la conciencia enfocada en el conflicto, es experiencia. La experiencia es la respuesta a un estímulo o desafío; sin designar o nombrar, no hay experiencia. El nombrar proviene de la acumulación, de la memoria; y este nombrar es el proceso que verbaliza, que hace los símbolos, las imágenes, las palabras, que fortalece la memoria. La conciencia, el enfoque del "yo" en el conflicto, es este total proceso de la experiencia, del nombrar, del registrar.

"En este proceso, ¿qué es lo que da nacimiento al conflicto? ¿Podemos estar libres de conflicto? ¿Y qué hay más allá del conflicto?"

Es el nombrar que da nacimiento al conflicto, ¿no es así? Usted enfrenta el desafío, en cualquier nivel, con un recuerdo, con una idea, con una conclusión, con un prejuicio; es decir, da un nombre a la experiencia. Este nombrar da calidad a la experiencia, la calidad que surge del nombrar. El nombrar es el registro de la memoria. El pasado se enfrenta con lo nuevo; el desafío se enfrenta con la memoria, con el pasado. Las respuestas del pasado no pueden comprender lo viviente, lo nuevo, el desafío; las respuestas del pasado son inadecuadas, y de esto nace el conflicto, que es autoconciencia. El conflicto cesa cuando no hay proceso de nombrar. Usted puede observar en sí mismo cómo el nombrar es casi simultáneo con la respuesta. El intervalo entre la respuesta y el nombrar es vivencia. La vivencia, en la que no existe ni el experimentador ni lo experimentado, está más allá del conflicto. El conflicto es el enfoque del "yo", y con la cesación del conflicto se da la terminación de todo pensamiento y el principio de lo inagotable.

ACCIÓN SIN PROPÓSITO

Pertenecía a varias y muy diferentes organizaciones, y era activo en todas ellas. Escribía y daba conferencias, reunía fondos, organizaba. Era agresivo, persistente y efectivo. Era una persona muy útil, muy solicitada, y continuamente viajaba por todo el país. Había estado mezclado en las agitaciones políticas, había probado la cárcel, había seguido a los líderes, y ahora se estaba convirtiendo en un importante personaje por derecho propio. Era ferviente partidario de la inmediata realización de grandes planes; y como toda persona culta, era versado en filosofía. Dijo que era un hombre de acción, y no un soñador; usó una frase sánscrita que contenía toda una filosofía de la acción. La misma afirmación de que era un hombre de acción, implicaba que él se consideraba uno de esos elementos esenciales para la vida —o si no él personalmente, al menos su tipo. Se había clasificado a sí mismo y de ese modo se había cerrado a la comprensión de sí mismo.

Los rótulos parecen dar satisfacción. Aceptamos la categoría a la que se supone que pertenecemos, como una explicación satisfactoria de la vida. Rendimos culto a las palabras y a los rótulos; parece que jamás vamos más allá del símbolo, para comprender el valor del símbolo. Llamándonos a nosotros mismos esto o aquello nos aseguramos contra futuras perturbaciones, y quedamos tranquilos. Una de las maldiciones de las ideologías y de las creencias organizadas es el consuelo, la mortal satisfacción que ofrecen. Nos adormecen, y durmiendo soñamos, y el sueño se convierte en acción. ¡Con qué facilidad nos distraemos! Y lo que la mayoría de los incesantes conflictos, y las distracciones se tornan una necesidad, se vuelven más importantes que lo que **es**. Con las distracciones podemos jugar, pero no con lo que **es**; las distracciones son ilusiones, y en ellas hay un pernicioso deleite

¿Qué es la acción? ¿Qué es el proceso de la acción? ¿Por qué actuamos? La mera actividad no es acción, por cierto; mantenerse ocupados no es acción, ¿verdad? El ama de casa está ocupada, y ¿llamaría Ud. acción a eso?

"No, seguro que no. Ella sólo está ocupada con sus pequeños quehaceres cotidianos. Un hombre de acción está ocupado con mayores poblemos y responsabilidades. El estar ocupado con los asuntos más amplios y más profundos puede llamarse acción, no sólo política, sino también espiritual. Esta acción requiere capacidad, eficiencia, esfuerzo organizado, un sostenido esfuerzo para alcanzar un fin. Un hombre así no es un contemplativo, un místico, un ermitaño, es un hombre de acción".

Usted, pues, llamaría acción al hecho de estar ocupado con los asuntos más amplios. ¿Qué son los asuntos más amplios? ¿Están separados de los asuntos de la existencia cotidiana? ¿Es la acción algo aparte del proceso total de la vida? ¿Hay acción cuando no hay integración de todas las muchas capas de la existencia? Sin comprensión y por lo tanto sin la integración del proceso total de la vida, ¿no es la acción mera actividad destructiva? El hombre es un proceso total, y la acción es necesariamente la resultante de esta totalidad.

"Pero eso implicaría no sólo inacción, sino también indefinida postergación. Hay necesidad de acción, y no es bueno filosofar sobre ello".

No estamos filosofando, sino sólo investigando si lo que Ud. llama acción no es causa de infinito daño. Toda reforma requiere ulterior reforma. La ación parcial no es absolutamente acción; ella trae la desintegración. Si Ud. tuviera paciencia, podríamos encontrar ahora, no en el futuro, esa acción que es total, integral.

¿Puede la acción que persigue un fin llamarse acción? Tener un propósito, un ideal, y trabajar por ellos —¿es eso acción? Cuando la acción busca un resultado, ¿es acción?

"¿De qué otra manera puede Ud. actuar?"

Usted llama acción a lo que tiene un resultado, un fin en vista, ¿no es cierto? Usted planea el fin, o tiene una idea, una creencia, y trabaja para ellos. Trabajar para un objetivo, un fin, un motivo, material o psicológico, es lo que generalmente se llama acción. Se puede comprender este proceso en relación con algún hecho físico, tal como construir un puente; pero ¿es tan fácil comprenderlo con respecto a propósitos psicológicos? Por supuesto, estamos hablando del propósito psicológico, del trabajo que se realiza por una ideología, por un ideal o una creencia. ¿Llamaría Ud. acción a este trabajo que persigue un fin psicológico?

"La acción sin un propósito no es acción, es muerte. La inacción es la muerte".

La inacción no es lo contrario de la acción, es un estado completamente diferente, pero por el momento eso no viene al caso; podemos discutirlo más tarde, pero ahora volvamos a nuestro asunto. Trabajar para un fin, para un ideal, es lo que generalmente se llama acción, ¿no es así? Pero ¿cómo surge el ideal? ¿Es él enteramente diferente de lo que **es**? ¿Es la antítesis diferente y está separada de la tesis? ¿Es el ideal de la no—violencia totalmente distinto de la violencia? ¿No es el ideal una autoproyección? ¿No es de fabricación propia? Al actuar para un propósito, para un ideal, Ud. persigue una autoproyección, ¿no es cierto?

"¿El ideal es una autoproyección?"

Usted es esto, y quiere llegar a ser aquello. Por cierto, aquello es la consecuencia de su pensamiento. Podrá no ser la consecuencia de su propio pensamiento, pero ha nacido del pensamiento, ¿verdad? El pensamiento proyecta el ideal; el ideal es parte del pensamiento. El ideal no es algo que está más allá del pensamiento; es el pensamiento mismo.

"¿Qué hay de falso en el pensamiento? ¿Por qué el pensamiento no ha de crear el ideal?"

Usted es esto, que no le satisface, por lo tanto quiere ser aquello. Si hubiese una comprensión de esto, ¿surgiría aquello? Debido a que no comprende esto, Ud. crea aquello, esperando por medio de aquello comprender o rehuir esto. El pensamiento crea tanto el ideal como el problema; el ideal es una autoproyección, y el hecho de trabajar para esa autoproyección es lo que Ud. llama acción, acción con un propósito. Por consiguiente su acción está dentro de los límites de su propia proyección, sea que se trate de Dios o del Estado. Este movimiento dentro de sus propios ámbitos es la actividad del perro que persigue su propia cola; ¿y es eso acción?

"Pero ¿es posible actuar sin un propósito?"

Por supuesto que sí. Si Ud. ve la verdad de la acción que persigue un propósito, entonces hay verdadera acción. Una acción así es la única acción efectiva, es la única revolución radical.

"Usted quiere decir acción sin el 'yo', ¿no es cierto?"

Sí, acción sin idea. La idea es el "yo" identificado con Dios o con el Estado. Esta acción identificada sólo causa más conflicto, más confusión y sufrimiento. Pero resulta difícil para el llamado hombre de acción abandonar la idea. Sin ideología él se siente perdido, y lo está; por lo tanto no es un hombre de acción, sino un hombre enredado en sus propias autoproyecciones y cuyas actividades constituyen la glorificación de sí mismo. Sus actividades contribuyen a la separación, a la desintegración.

"¿Entonces qué es lo que debo hacer?"

Comprender lo que su actividad es, y solamente entonces habrá acción.

CAUSA Y EFECTO

"Yo sé que Ud. ha curado", dijo él, "¿no quisiera curar a mi hijo? Está casi ciego. He visto varios médicos, y nada pueden hacer. Me aconsejan llevarlo a Europa o América, pero no soy una persona rica y no está a mi alcance. Por favor, ¿no podría Ud. hacer algo? Es nuestro único hijo, y mi esposa tiene el corazón destrozado".

El era un empleado subalterno, pobre pero instruido, y como todos los demás de su grupo conocía el sánscrito y su literatura. Siguió diciendo que este sufrimiento provenía del karma del muchacho, y también del de ellos. ¿Qué habrían hecho para merecer este castigo? ¿Qué mal habían cometido, en una vida anterior o en la parte más temprana de esta vida, para tener que sobrellevar semejante dolor? Debía existir alguna causa de esta calamidad, oculta en alguna acción pasada.

Puede haber una causa inmediata de esta ceguera, que los médicos no han descubierto todavía; puede haberla provocado alguna enfermedad hereditaria. Si los médicos no pueden descubrir la causa física, ¿por qué busca Ud. una causa metafísica en el lejano pasado?

“Averiguando la causa puedo estar en mejores condiciones para comprender el efecto”.

¿Comprende Ud. algo conociendo su causa? Si uno sabe por qué tiene miedo, ¿está por eso libre de miedo? Uno puede conocer la causa, pero ¿trae eso por sí mismo la comprensión? Cuando Ud. dice que comprenderá el efecto conociendo la causa, quiere decir que se sentina consolado sabiendo cómo se han producido las cosas, ¿verdad?

“Por supuesto, por eso quiero saber qué acción del pasado ha producido esta ceguera. Ciertamente sería muy consolador”.

Entonces Ud. quiere consuelo y no comprensión.

“Pero ¿no son ambos la misma cosa? Comprender es hallar consuelo. ¿Para qué sirve la comprensión, si no nos trae ninguna alegría?”

Comprender un hecho puede causar perturbación, no tiene por qué traer necesariamente alegría. Usted quiere consuelo, y eso es lo que está buscando. Está perturbado por la dolencia de su hijo y quiere que lo tranquilicen. A esta tranquilización la llama comprensión. Usted emprende la búsqueda, no para comprender, sino para ser consolado; su intención es hallar una manera de apaciguar su perturbación, y a esto llama Ud. buscar la causa. Lo que principalmente le interesa es que lo adormezcan, tener tranquilidad, y busca un modo de lograrlo. Nos adormecemos de varias maneras: Dios, los ritos, los ideales, la bebida, etc. Queremos huir de la perturbación, y una de las evasiones es la búsqueda de la causa.

“¿Por qué no habríamos de procurar librarnos de la inquietud? ¿Por qué no habríamos de evitar el sufrimiento?”

¿Acaso la evasión puede librarnos del sufrimiento? Usted puede cerrar la puerta ante alguna cosa fea, ante algún temor; pero él sigue estando allí detrás de la puerta, ¿no es cierto? Lo que es suprimido, resistido, no es comprendido, ¿no es así? Usted puede reprimir o disciplinar a su hijo, pero seguramente eso no le ayuda a comprenderlo. Está buscando la causa con el fin de evitar el dolor de la perturbación; con esa intención busca, y naturalmente hallará lo que busca. Hay una posibilidad de estar libre de sufrimiento sólo cuando uno observa su proceso, cuando uno se da cuenta de cada una de sus fases, percibiendo toda su estructura. Eludir el sufrimiento sólo es fortalecerlo. La explicación de la causa no es la comprensión de la causa. Mediante la explicación no se libera uno del sufrimiento; el sufrimiento sigue estando allí, sólo que se lo ha encubierto con palabras, con conclusiones, ya sean de Ud. mismo o de otro. El estudio de las explicaciones no es el estudio de la sabiduría; sólo es posible la sabiduría cuando las explicaciones cesan. Usted está buscando ansiosamente explicaciones que lo adormezcan, y las hallará pero la explicación no es la verdad. La verdad llega cuando hay observación sin conclusiones, sin explicaciones, sin palabras. El observador está hecho de palabras, el “yo” está hecho de explicaciones, conclusiones, condenaciones, justificaciones, etc. Sólo hay comunión con lo observado cuando el observador no está; y sólo entonces hay comprensión, liberación del problema.

“Creo que veo esto; pero ¿no existe algo como lo que se llama el karma?”

¿Qué quiere Ud. decir con esa palabra?

“Las presentes circunstancias son el resultado de acciones precedentes, del inmediato o del remoto pasado. Este proceso de causa y efecto, con todas sus ramificaciones, es más o menos lo que se quiere significar con la palabra karma”.

Eso no es más que una explicación, pero vayamos más allá de las palabras. ¿Hay una causa fija que produzca un efecto fijo? Cuando la causa y el efecto son fijos, ¿no hay muerte? Todo lo que sea estático, rígido, especializado, debe morir. Los animales especializados pronto se extinguen, ¿no es cierto? El hombre es no—especializado, y por eso hay una posibilidad de que continúe su existencia. Aquello que es flexible perdura lo que no es flexible se quiebra. La bellota no puede convertirse más que en una encina la causa y el efecto están en la bellota. Pero el hombre no está tan completamente encerrado, especializado; de ahí que si él no se destruye a sí mismo de diversas maneras, puede sobrevivir. ¿Son la causa y el efecto fijos, estacionarios? Cuando Ud. emplea la conjunción “y” entre causa y efecto, ¿no quiere decir con eso que ambos son estacionarios? Pero ¿es acaso estacionaria la causa? ¿Es el efecto siempre variable? Por cierto, causa—efecto es un proceso continuo, ¿no es cierto? El hoy es el resultado del ayer, y el mañana resulta del hoy; lo que era causa se vuelve efecto, y lo que era efecto se convierte en causa. Es un proceso en cadena, ¿no es así? Una cosa fluye hacia otra, y en ningún punto

hay un alto. Es un constante movimiento, sin nada fijo. Hay muchos factores que determinan este movimiento causa—efecto—causa.

Las explicaciones, las conclusiones, son estacionarias, tanto si son de la derecha como de la izquierda, o de la creencia organizada llamada religión. Cuando se trata de encubrir la vida con explicaciones, hay muerte para la vida, y eso es lo que la mayoría de nosotros desea; queremos que se nos adormezca con palabras, con ideas, con pensamientos. La racionalización es meramente otra forma de calmar el estado perturbador pero el mismo deseo de que se nos adormezca, de encontrar la causa, de buscar conclusiones, trae perturbación, y así el pensamiento se ve atrapado en una red que él mismo fabrica. El pensamiento no puede ser libre, ni puede nunca hacerse libre a sí mismo. El pensamiento es el resultado de la experiencia, y la experiencia es siempre condicionante. La experiencia no es la medida de la verdad. La percepción de lo falso como falso es la liberación de la verdad.

EL EMBOTAMIENTO

Cuando el tren partió había todavía luz, pero las sombras se estaban extendiendo. La ciudad se volcaba alrededor de la vía férrea. La gente salía para ver pasar el tren y los pasajeros agitaban las manos saludando a sus amigos. Con un gran estruendo comenzamos a cruzar el puente sobre un ancho y sinuoso río; en ese punto su ancho era de varios kilómetros, y la otra orilla apenas era visible a la luz evanescente del atardecer. El tren cruzó el puente muy lentamente, como si estuviese tentando su camino; los tramos se hallaban enumerados, y había cincuenta y ocho entre las dos orillas. ¡Qué hermosas eran esas aguas, silenciosas, y de abundantes y profundas corrientes! Había islotes de arena que impresionaban deliciosamente a la distancia. La ciudad, con sus ruidos, polvo y suciedad, iba quedando atrás, y el limpio aire del atardecer penetraba por las ventanillas; pero el polvo apareció de nuevo tan pronto pasamos el largo puente.

El pasajero que ocupaba la cucheta inferior era muy conversador, y como teníamos una noche entera por delante, pensó que había en eso una razón para hacer preguntas. Era un hombre robusto, con grandes manos y pies. Empezó hablando de sí mismo, de su vida, de sus problemas y de sus hijos. Dijo que la India llegaría a ser tan próspera como América; esta superpoblación debía ser controlada, y la gente debía aprender a sentir su responsabilidad. Habló de la situación política y de la guerra, y terminó con un relato de sus propios viajes.

¡Cuán insensibles somos, cuán carentes de rápidas y adecuadas respuestas, qué poco libres somos para observar! Sin sensibilidad, ¿cómo puede haber flexibilidad y una rápida percepción, como puede haber receptividad, una comprensión libre de esfuerzos. El mismo esfuerzo impide la comprensión. La comprensión llega con la alta sensibilidad, pero la sensibilidad no es algo que se pueda cultivar. Lo que se puede cultivar es una postura, una cubierta artificial; y este revestimiento no es sensibilidad, es sólo una manera de ser, superficial o profunda según las influencias. La sensibilidad no es un efecto cultural, el resultado de la influencia: es mi estado de ser vulnerable, abierto. Lo abierto es lo implícito, lo desconocido, lo imponderable. Pero nosotros nos cuidamos de no ser sensibles; es demasiado penoso, demasiado apremiante, exige un constante ajuste, lo cual es consideración. Considerar es estar atento; pero preferimos más bien que se nos consuele, que se nos adormezca, que se nos embote. Los diarios, las revistas, los libros, a causa de nuestra afición a la lectura, dejan su huella embotadora, porque la lectura es una maravillosa evasión, como la bebida o una ceremonia. Queremos escapar al dolor de la vida, y el embotamiento es el modo más efectivo; el embotamiento traído por las explicaciones, por la adhesión a un líder o a un ideal, por la identificación con alguna realización, algún rótulo o característica. La mayoría queremos que se nos embote, y el hábito es muy efectivo para adormecer la mente. El hábito de la disciplina, de la práctica, del sostenido esfuerzo para llegar a ser —todas esas son respetables maneras de insensibilizarse

"¿Pero qué podríamos hacer en la vida si fuésemos sensibles? Todos nos contraeríamos y no habría acción efectiva alguna".

¿Qué aportan al mundo los torpes y los insensibles? ¿Cuál es el resultado de su acción "efectiva"? Guerras, confusión interna y externa, crueldad y creciente miseria para sí y por ende para el mundo. La acción del que no vela y vigila ineludiblemente conduce a la destrucción, a la inseguridad física, a la desintegración. Pero la sensibilidad no llega fácilmente; la sensibilidad es la comprensión de lo simple, lo cual es altamente complejo. No es un proceso de retiro, de recogimiento, de aislamiento. Actuar con sensibilidad es percibir el proceso total del actor.

"Comprender el proceso total de mí mismo llevaría mucho tiempo, y mientras tanto mis negocios se arruinarían y mi familia se moriría de hambre".

Su familia no moriría de hambre; aun cuando Ud. no hubiera ahorrado bastante dinero, siempre sería posible encontrar el medio de alimentarla. Sus negocios indudablemente se arruinarían; pero la desintegración en otros niveles de la existencia ya está ocurriendo. A Ud. le preocupa únicamente la bancarrota exterior, no quiere ver o

saber lo que ocurre dentro de Ud. mismo. Usted descuida lo interior y espera construir lo exterior; y sin embargo lo interior está siempre sobreponiéndose a lo exterior. Lo exterior no puede mantenerse sin la plenitud de lo interior, pero la plenitud de lo interior no es la repetida sensación de una religión organizada ni la acumulación de hechos que llamamos conocimiento. Debemos comprender las modalidades de todos estos empeños interiores para que sobreviva lo externo, para estar sanos. No diga que Ud. no tiene tiempo, porque Ud. tiene tiempo en abundancia; no es una cuestión de falta de tiempo, sino de desatención y falta de disposición. Usted no tiene riqueza íntima porque, así como tiene ya la riqueza externa, desea también la interna. Usted no está buscando con qué alimentar a su familia, sino la satisfacción de la posesión. El hombre que posee, ya sea propiedades o conocimientos, jamás puede ser sensible, jamás puede ser vulnerable o abierto. Poseer es estar embotado, tanto si lo que posee es virtud como si es dinero. Poseer una persona es desconocerla; buscar y poseer la realidad es negarla. Cuando Ud. trata de llegar a ser virtuoso, deja de ser virtuoso; su busca de virtud sólo es adquisición o satisfacción en un diferente nivel. La satisfacción no es virtud, puesto que la virtud es liberación.

¿Cómo puede el embotado, el respetable, el no-virtuoso ser libre? La libertad de la soledad no es el encerrador proceso del aislamiento. Estar aislado en la riqueza o en la pobreza, en el conocimiento o en el éxito, en la idea o en la virtud, es ser torpe, insensible. El torpe, el respetable no puede estar en comunión; y cuando lo está, sólo es con sus propias proyecciones. Para estar en comunión debe haber sensibilidad, vulnerabilidad, la liberación del devenir, que es la liberación del temor. El amor no es un devenir, un "llegar a ser". Aquello que deviene no puede estar en comunión, porque está siempre aislándose. El amor es lo vulnerable; el amor es lo abierto, lo imponderable, lo desconocido.

CLARIDAD EN LA ACCIÓN

Era una agradable mañana, purificada después de las lluvias. Los árboles tenían hojas nuevas, que la brisa del mar había puesto a bailar. El pasto estaba verde y lozano, y el ganado lo comía ávidamente, por lo que luego de unos pocos meses no quedaría de él ni una brizna. La fragancia del jardín llenaba la habitación, y los niños gritaban y reían. Las palmeras tenían dorados cocos, y las hojas de los bananeros, grandes y colgantes, no estaban aún desgajados por la edad y el viento. ¡Qué hermosa estaba la tierra, era todo un poema de color! Detrás de la aldea más allá de las grandes casas y de los bosquecillos, se veía el mar, lleno de luz y de atronadoras olas. Mar adentro había una pequeña barca, unos pocos troncos atados, con un solitario hombre pescando.

Ella era muy joven, tendría alrededor de veinte años hacía poco que se había casado, y sin embargo los años ya habían dejado sus huellas en ella. Refirió que pertenecía a una familia distinguida, muy culta y trabajadora; se había diplomado en letras con mención de honor, y se podía apreciar que era despejada y vivaz. Una vez iniciada la conversación, hablaba con facilidad y soltura, pero de pronto volvíase autoconsciente y quedaba callada. Quería desahogarse, pues según dijo no había hablado a nadie sobre su problema, ni aun a sus padres. Gradualmente, poco a poco, su pena fue traduciéndose en palabras. Las palabras tienen sentido sólo en un determinado nivel; tienen un modo de falsear, de no dar todo el significado a sus símbolos, de crear un engaño que no es en absoluto premeditado. Ella deseaba expresar mucho más que el mero significado de las palabras, y lo conseguía; no podía hablar de ciertas cosas, por más que lo intentase, pero su mismo silencio era la expresión de dolorosas e insoportables indignidades de una convivencia que habíase convertido en un simple contrato. Su esposo la había maltratado y abandonado, y sus pequeños hijos apenas si podían acompañarla. Estaban ahora viviendo separados ¿debía ella regresar al hogar?

¡Qué poderoso influjo tiene sobre nosotros la respetabilidad! ¿Qué dirá la gente? ¿Puede uno vivir solo, especialmente una mujer, sin que la gente murmure? La respetabilidad es un disfraz para el hipócrita; cometemos en pensamiento todos los crímenes posibles, pero exteriormente somos irreprochables. Ella estaba cortejando la respetabilidad y se hallaba confundida. Es extraordinario cómo, cuando uno tiene íntima claridad, todo lo que pueda acaecer está bien. Cuando existe esta claridad interior, lo que esta bien no es lo que está de acuerdo con nuestro deseo, sino que todo lo que **es** está bien. El contentamiento viene con la comprensión de lo que **es**. ¡Pero qué difícil es ser claro!

"¿Cómo puedo tener claridad acerca de lo que debiera hacer?"

La acción no sigue a la claridad: la claridad **es** acción. Usted se preocupa por lo que debería hacer, y no por ser clara. Usted gira entre la respetabilidad y lo que debería hacer, entre la esperanza y lo que **es**. El dual deseo de respetabilidad y de alguna acción ideal trae conflicto y confusión, y sólo cuando Ud. es capaz de enfrentar lo que es, hay claridad. Lo que **es**, no es lo que **debería** ser, lo cual es deseo forzado hacia un particular modelo; lo que **es**, es lo actual, no lo deseable sino el hecho. Probablemente Ud. no lo haya abordado nunca de este modo, usted ha pensado o ha calculado astutamente, contrapesando esto con aquello, planeando y contraplaneando, lo que obviamente la ha conducido a esta contusión que la hace preguntar qué debe hacer. Cualquier elección que Ud.

haga en estado de confusión únicamente puede conducir a mayor confusión. Vea esto simple y directamente; si lo hace, entonces será capaz de observar lo que **es** sin deformación. Lo implícito es su propia acción. Si lo que **es** está claro, entonces verá que no hay elección sino sólo acción, y la pregunta de lo que debería hacer jamas surgirá; tal pregunta aparece sólo cuando existe la incertidumbre de la elección. La acción no es para elegir la acción de elegir es la acción de la confusión.

"Estoy empezando a ver lo que Ud. quiere decir: debo ser clara en mí misma, sin la presunción de la respetabilidad, sin cálculos interesados, sin el espíritu del negocio. Yo tengo claridad, pero es difícil mantener la claridad, ¿verdad?"

No, en absoluto. Mantener es resistir. Usted no está manteniendo la claridad y oponiéndose a la confusión: está vivenciando ser inevitablemente aun más confusa. Cuando vivencia todo esto, lo que es la confusión, y ve que toda acción que surge de ella debe no porque otro se lo haya dicho sino porque lo ve directamente por sí misma, entonces la claridad de lo que **es** está allí; usted no mantiene la claridad, ella está ahí.

"Comprendo bien lo que Ud. quiere decir. Sí, me resulta claro; todo está bien. Pero ¿qué hay del amor? No sabemos lo que significa el amor. Creí que amaba, pero veo que no era así".

Según lo que me ha referido. Ud. se casó por temor a la soledad y por apremios y necesidades físicas; y ha visto que nada de esto es amor. Tal vez lo haya llamado amor para hacerlo respetable, pero de hecho era una cuestión de conveniencia encubierta bajo la palabra "amor". Para la mayoría de la gente, esto es amor, con todo su humo ofuscante: el temor de la inseguridad, de la soledad, de la frustración, del desamparo en la vejez, y así por el estilo. Pero todo esto es un mero proceso de pensamiento, que obviamente no es amor. El pensamiento tiende a la repetición, y la repetición convierte la convivencia en una rutina. El pensamiento es un proceso desgastados, que no se renueva a sí mismo, que sólo puede continuar; y lo que tiene continuidad no puede ser lo nuevo, lo fresco. El pensamiento es sensación, es sensualidad, es el problema sexual. El pensamiento no puede terminar consigo mismo para ser creativo; no puede llegar a ser algo diferente de lo que es, vale decir sensación. El pensamiento es siempre lo rutinario, lo pasado, lo viejo; jamás puede ser nuevo. Como Ud. ve, el amor no es pensamiento. El amor es cuando el pensador no es. El pensador no es una entidad diferente del pensamiento; el pensamiento y el pensador son uno. El pensador es el pensamiento.

El amor no es sensación; es una llama sin humo. Conocerá el amor cuando Ud. ya no tenga existencia como pensador. Usted no puede sacrificarse a sí misma, al pensador, por amor. No puede haber ninguna acción deliberada por amor, pues el amor no es de la mente. La disciplina, la voluntad de amar, es el pensamiento del amor; y el pensamiento del amor es sensación. El pensamiento no puede pensar en el amor, pues el amor está fuera del alcance de la mente. El pensamiento es continuo, y el amor es inagotable. Aquello que es inagotable siempre es nuevo, y lo que tiene continuidad está siempre en el temor de terminar. Aquello que termina conoce el eterno comienzo del amor.

LA IDEOLOGÍA

"TODA ESTA CHARLA sobre psicología, acerca del mecanismo interno de la mente, es pérdida de tiempo, la gente necesita trabajo y alimento. ¿No estará Ud. extraviando deliberadamente a sus auditorios, ya que es evidente que lo primero que se debe atender es la situación económica? Lo que Ud. dice podrá ser efectivo en último término, pero para qué sirve todo este enredo cuando la gente se está muriendo de hambre? No se puede pensar ni hacer nada sin tener el estómago lleno".

Por supuesto, se debe tener algo en el estómago para estar en condiciones de realizar; pero para que haya alimento para todos, debe operarse una revolución fundamental en nuestro modo de pensar, y de ahí la importancia de atacar en el frente psicológico. Para vosotros, es mucho más importante una ideología que la producción de alimentos. Podéis hablar de alimentar a los pobres y de tener consideración por ellos, pero ¿no estáis acaso mucho más preocupados por una idea, por una ideología?

"Sí, es cierto; pero una ideología sólo es un medio para congregar gente para la acción colectiva. Sin una idea no puede haber acción colectiva; la idea, el plan viene primero, y luego le sigue la acción".

De modo que también a vosotros os interesan los factores psicológicos en primer término, y luego seguirá eso que llamáis acción. No queréis decir, sin embargo, que charlar sobre factores psicológicos es engañar deliberadamente a la gente. Lo que queréis significar es que sólo vuestra ideología es racional, y que por lo tanto no vale la pena molestarse para considerar otras. Queréis actuar colectivamente para vuestra ideología, y por eso decís que cualquier otra consideración del proceso psicológico es no sólo una pérdida de tiempo sino también una desviación del objetivo principal, que consiste en la instalación de una sociedad sin clases con trabajo para todos, etc., etc.

“Nuestra ideología es el resultado de un vasto estudio histórico, es historia interpretada de acuerdo con los hechos es una ideología efectiva, no como las supersticiosas creencias de la religión. Nuestra ideología tiene tras de sí experiencia directa, no meras visiones e ilusiones”.

Las ideologías o dogmas de las religiones organizadas también están basadas en la experiencia, tal vez en la de quien ha dado las enseñanzas. También ellas se fundan sobre hechos históricos. Vuestra ideología podrá resultar del estudio, de la comparación, de la aceptación de ciertos hechos y de la negación de otros, y vuestras conclusiones podrán ser el producto de la experiencia; pero ¿por qué rechazar las ideologías de los otros como ilusorias cuando también ellas resultan de la experiencia? Vosotros reunís un grupo de gente en derredor de vuestra ideología, tal como hacen los otros con la suya; vosotros queréis acción colectiva, y lo mismo quieren ellos de un modo diferente. En todo caso, lo que llamáis acción colectiva procede de una idea; unos y otros estáis preocupados con las ideas, positivas o negativas, para provocar una acción colectiva. Cada ideología tiene experiencia, y ellos refutan la validez de la vuestra. Ellos dicen que vuestro sistema es impracticable, que conducirá a la esclavitud etc., y vosotros los llamáis belicistas y decís que su sistema debe llevar inevitablemente al desastre económico. Así pues a unos y otros os interesan las ideologías, no la alimentación o la felicidad de la gente. Las dos ideologías están en guerra y el hombre queda olvidado.

“El hombre es olvidado para salvar al hombre. Sacrificamos al hombre presente para salvar al hombre futuro”.

Liquidáis el presente por el futuro. Asumís el poder de la Providencia en nombre del Estado como la Iglesia lo ha hecho en nombre de Dios. Ambos tenéis vuestros dioses y vuestro libro sagrado; ambos tenéis a los verdaderos intérpretes, a los sacerdotes —¡y desgraciado de aquel que se desvíe de lo verdadero y de lo auténtico! No hay mucha diferencia entre vosotros; sois por el contrario muy semejantes; vuestras ideologías podrán variar, pero el proceso es más o menos el mismo. Ambos pretendéis salvar al hombre futuro sacrificando al hombre presente— ¡como si lo supieseis todo acerca del futuro, como si el futuro fuera una cosa fija de la que tuvieseis el monopolio! Sin embargo ambos estáis tan inseguros del mañana como cualquier otro. Hay muchos factores imponderables en el presente que hacen el futuro. Ambos prometéis una recompensa, una utopía, un cielo en el futuro; pero el futuro no es una conclusión ideológica. Las ideas están siempre relacionadas con el pasado o con el futuro, pero jamás con el presente. No podéis tener una idea acerca del presente, porque el presente es acción, la única acción que es tal. Toda otra acción es dilación, postergación, y por eso no es acción en absoluto es un modo de evitar la acción. La acción basada en una idea, ya sea del pasado o del futuro, es inacción; la acción sólo puede ser en el presente, en el ahora. La idea es del pasado o del futuro, y no puede haber idea del presente. Para un ideólogo el pasado o el futuro es un estado fijo, pues él mismo es del pasado o del futuro. Un ideólogo nunca está en el presente; para él, la vida siempre está en el pasado o en el futuro, pero nunca en el ahora. La idea siempre es del pasado, y sigue su camino a través del presente hacia el futuro. Para un ideólogo el presente es un pasaje hacia el futuro, y por eso no es importante; los medios no cuentan para nada, sino únicamente el fin. Usa cualquier medio para alcanzar el fin. El fin es fijo, el futuro es conocido, y por consiguiente liquida a cualquiera que se interponga en el camino que conduce a ese fin.

“La experiencia es esencial para la acción, y las ideas o las explicaciones proceden de la experiencia. Seguramente Ud. no ha de negar la experiencia. La acción sin el armazón de la idea es anárquica, es el caos, que conduce derecho al manicomio. ¿Está Ud. abogando por la acción sin el poder cohesivo de la idea? ¿Cómo puede Ud. hacer nada sin la idea previa?”

Como Ud. dice, la idea, la explicación, la conclusión, es el resultado de la experiencia; sin experiencia no puede haber conocimiento; sin conocimiento no puede haber acción. ¿Sigue la idea a la acción, o está la idea antes y luego la acción? Usted dice que la experiencia viene primero, y luego la acción, ¿verdad? ¿Qué quiere Ud. decir con experiencia?

“La experiencia es el conocimiento de un maestro, de un escritor, de un revolucionario, el conocimiento que él ha reunido mediante sus estudios y experiencias, lo mismo propias que ajenas. Las ideas se formulan en base al conocimiento o la experiencia, y de esta estructura ideológica fluye la acción”.

¿Es la experiencia el único criterio, el verdadero patrón de medida? ¿Qué queremos decir con experiencia? Nuestra actual conversación es una experiencia Ud. está respondiendo al estímulo, y esta respuesta al desafío es experiencia, ¿no es cierto? Desafío y respuesta constituyen casi un proceso simultáneo; están en constante movimiento dentro del marco de un trasfondo. Es el trasfondo que responde al desafío, y esta respuesta al desafío es experiencia, ¿no es así? La respuesta viene del trasfondo, de un condicionamiento. La experiencia es siempre condicionada, y lo mismo es entonces la idea. La acción basada en una idea es acción condicionada, limitada. La experiencia, la idea, en oposición a otra experiencia, a otra idea, no produce una síntesis, sino sólo nueva oposición. Los opuestos jamás pueden producir una síntesis. Una integración sólo puede darse cuando no hay oposición; pero las ideas siempre engendran oposición, el conflicto de los opuestos. En ningún caso puede el conflicto producir una síntesis.

La experiencia es la respuesta del trasfondo al desafío. El trasfondo es la influencia del pasado, y el pasado es memoria. La respuesta de la memoria es idea. Una ideología surgida de la memoria, que es lo que llamamos experiencia, conocimiento, jamás podrá ser revolucionaria. Podrá ella misma llamarse revolucionaria, pero sólo es una modificada continuidad del pasado. Una ideología o una doctrina opuesta aún es idea, y la idea siempre tiene que ser del pasado. Ninguna ideología es la ideología; pero si llegarais a decir que vuestra ideología es limitada, tendenciosa, condicionada, como cualquier otra, nadie os seguiría. Debéis decir que es la única ideología que puede salvar el mundo; y como la mayoría de nosotros nos atenemos a fórmulas, a conclusiones, seguimos y somos cabalmente explotados, como es también explotado el explotador.

La acción basada en una idea jamás puede ser liberadora, y por el contrario siempre ata. La acción encaminada hacia un fin, hacia una meta, es a la larga inacción vista en proximidad puede asumir el carácter de acción, pero tal acción es autodestructiva lo que resulta evidente en nuestra vida diaria.

"¿Pero puede uno liberarse de todo condicionamiento? Nosotros creemos que es imposible".

De nuevo, la idea, la creencia os aprisiona. Usted cree, otro no cree; ambos sois prisioneros de vuestra creencia, ambos experimentáis conforme a vuestro condicionamiento. Podemos descubrir si es posible estar libre únicamente inquiriendo en el total proceso del condicionamiento, de la influencia. La comprensión de este proceso es conocimiento propio. Sólo a través del conocimiento propio hay liberación de la esclavitud, y esta liberación está libre de toda creencia, de toda ideología.

LA BELLEZA

La aldea estaba sucia, pero había asco en derredor de la choza. La entrada se lavaba y adornaba diariamente, y en el interior la choza estaba limpia aunque un poco ennegrecida por el humo de la cocina. Toda la familia estaba allí, padre, madre e hijos, y una anciana que debía ser la abuela. Todos parecían muy alegres y extraordinariamente contentos. La comunicación verbal era imposible, ya que ignorábamos su idioma. Tomamos asiento, y no hubo ningún embarazo. Ellos siguieron con su trabajo, pero los chicos se acercaron, un niño y una niña, y se sentaron, sonriendo. La cena, nada abundante, estaba casi lista. Cuando nos fuimos, todos salieron para despedirnos; el sol estaba sobre el río, detrás de una roja nube enorme y solitaria, que inflamaba las aguas dando la sensación de un incendio de bosques.

Las largas hileras de chozas estaban divididas por una ancha senda, en cuyos costados se habían abierto inmundas zanjas donde se criaban horribles insectos. Podían verse blancos gusanos deslizándose en el lodo negruzco. Los chicos jugaban en la senda, completamente absortos en sus juegos, riendo y gritando, indiferentes a los transeúntes. A lo largo de la presa del río, las palmeras se levantaban contra el cielo ardiente. Cerdos, cabras y vacunos merodeaban en derredor de las chozas, y los muchachos espantaban una cabra o una enjuta vaca para alejarlas del camino. La aldea se preparaba para entrar en la oscuridad del anochecer, y los chicos también se aquietaban a medida que sus madres los llamaban.

La gran casa tenía un hermoso jardín rodeado de altos y blancos muros. El jardín estaba pleno de flores y colores, y su mantenimiento debió costar mucho dinero y cuidado. Había en él una extraordinaria tranquilidad; todo estaba florecido, y la belleza del gran árbol parecía amparar el crecimiento de todas las plantas. La fuente debía ser el deleite de las diversas aves, pero ahora estaba cantando tranquilamente para sí misma, imperturbable y solitaria. Todas las cosas se encerraban en sí mismas a la proximidad de la noche.

Ella era bailarina, no de profesión sino por vocación. Algunos la consideraban una bailarina bastante buena. Debía sentirse orgullosa de su arte, pues se notaba en ella arrogancia, no sólo la arrogancia de la realización sino también la del reconocimiento interior de su propio valor espiritual. Como otro se sentiría satisfecho con el éxito exterior, ella se sentía halagada por su progreso espiritual. El adelanto espiritual es un engaño autoimpuesto, pero es muy satisfactorio. Llevaba sus joyas puestas, y ostentaba uñas rojas y labios pintados de un color apropiado. No sólo bailaba, sino que también daba charlas sobre arte, sobre belleza, y sobre la realización espiritual. Su rostro revelaba vanidad y ambición; quería que se la conociera tanto espiritualmente como en su calidad de artista, y ahora el espíritu tenía primacía.

Dijo que no tenía problemas personales, pero deseaba conversar sobre la belleza y el espíritu. No se cuidaba de los problemas personales, que de cualquier modo eran estúpidos, pero se interesaba en asuntos más amplios. ¿Qué era la belleza? ¿Era interna o externa? ¿Era subjetiva u objetiva, o una combinación de ambas? Estaba muy segura en su especialidad, y la seguridad es la negación de lo bello. Estar seguro es ser autoencerrado e invulnerable. Sin ser abierto, ¿cómo puede haber sensibilidad?

"¿Qué es la belleza?"

¿Espera Ud. una definición, una fórmula, o desea inquirir?

“Pero ¿no es necesario tener el instrumento para indagar? Sin conocimientos, sin explicaciones, ¿cómo se puede inquirir? Debemos saber dónde queremos ir antes de que podamos ir”.

¿El conocimiento no impide la indagación? Si Ud. sabe, ¿cómo puede haber indagación? La misma palabra “conocimiento” ¿no indica un estado en el que la indagación ha cesado? Saber es no inquirir por lo tanto lo que Ud. pide es simplemente una conclusión, una definición. ¿Hay una medida para la belleza? ¿Es la belleza la aproximación a un patrón conocido o imaginado? ¿Es la belleza una abstracción sin una forma? ¿Es la belleza exclusiva, y puede lo exclusivo ser lo integrado? ¿Puede lo externo ser hermoso sin la libertad interna? ¿Es la belleza decoración, adorno? ¿Es la apariencia exterior de la belleza un indicio de sensibilidad? ¿Qué es lo que Ud. está buscando? ¿Una combinación de lo externo y de lo interno? ¿Cómo puede haber belleza externa sin belleza interna? ¿A cuál le asigna Ud. mayor importancia?

“Para mí las dos son importantes; sin la forma perfecta ¿cómo puede haber vida perfecta? La belleza es la combinación de lo externo y de lo interno”.

Por lo tanto tiene Ud. una fórmula para llegar a ser hermosa. La fórmula no es la belleza, sino sólo una serie de palabras. Ser hermoso no es el proceso de llegar a ser hermoso. ¿Qué es lo que Ud. está buscando?

“La belleza de la forma y del espíritu. Debe haber un vaso hermoso para la flor perfecta”.

¿Puede haber armonía interna, y por lo mismo armonía externa, sin sensibilidad? ¿No es la sensibilidad esencial para la percepción tanto de lo feo como de lo hermoso? ¿Es la belleza la eliminación de lo feo?

“Por supuesto que si”.

¿Es la virtud eliminación, resistencia? Si hay resistencia, ¿puede haber sensibilidad? ¿No debe haber libertad para que haya sensibilidad? ¿Puede lo autoencerrado ser sensible? Puede el ambicioso ser sensible, percibir la belleza? La sensibilidad, la vulnerabilidad a lo que **es**, es esencial, ¿no es así? Queremos identificarnos con lo que llamamos hermoso y evitar lo que llamamos feo. Queremos identificarnos con el hermoso jardín y cerrar los ojos ante la maloliente aldea. Queremos resistir y sin embargo recibir. ¿No es toda identificación resistencia? Percibir la aldea y el jardín sin resistencia, sin comparación, es ser sensible. Usted desea ser sensible sólo a la belleza, a la virtud, y resistir lo malo, lo feo. La sensibilidad, la vulnerabilidad es un proceso total, que no se puede interrumpir en un particular nivel satisfactorio.

“Pero yo estoy buscando belleza sensibilidad”.

¿Es así realmente? Si lo es, entonces todo interés por la belleza debe cesar. Esta consideración, este culto de la belleza es una evasión de lo que **es**, de sí misma, ¿no es así? ¿Cómo puede Ud. ser sensible si ignora lo que Ud. es, lo que **es**? Los ambiciosos, los astutos, los buscadores de belleza, sólo son cultores de sus propias proyecciones. Ellos son completamente autoencerrados, han levantado un muro en derredor de ellos; y como nada puede vivir en el aislamiento, hay sufrimiento. Esta búsqueda de belleza y este incesante hablar del arte son muy consideradas y respetables evasiones de la vida, que es uno mismo.

“Pero la música no es una evasión”.

Lo es cuando sustituye la comprensión de uno mismo. Sin la comprensión de sí mismo, toda actividad conduce a la confusión y al dolor. Hay sensibilidad sólo cuando existe la libertad que viene de la comprensión —la comprensión de las modalidades del “yo”, del pensamiento.

LA INTEGRACIÓN

Los perrillos, rollizos y limpios, jugaban en la cálida arena. Eran seis, todos blancos con manchas oscuras. Un poco más lejos la madre reposaba a la sombra. Estaba flaca y tan sarnosa que apenas le quedaban pelos. Tenía varias heridas en el cuerpo, pero meneaba la cola demostrando así que se sentía feliz con sus rechonchos cachorros. Probablemente no tenía más de un mes de vida. Era uno de esos perros vagabundos que recogen lo que pueden en las calles sucias o en los alrededores de alguna pobre aldea, siempre hambrientos y siempre andando. La gente le tiraba piedras, la ahuyentaba de sus puertas, y ella la debía esquivar. Pero aquí en la sombra los recuerdos del ayer estaban distantes, y además se hallaba exhausta; por otra parte, los cachorritos eran mimados y entretenidos por la gente. La tarde declinaba; a través del ancho río llegaba una brisa suave y refrescante, y por el momento había contento. Dónde conseguiría su próxima comida era otro asunto, pero ¿para qué luchar ahora?

Pasando la aldea, a lo largo de la presa, más allá de los verdes campos y al final de un ruidoso y polvoriento camino, se llegaba a la casa en que la gente estaba esperando para conversar. Eran de todo tipo: el contemplativo y el impaciente, el perezoso y el razonador, el perspicaz y el que vive de acuerdo con definiciones y conclusiones. Los contemplativos eran pacientes con los menos vivaces, pero los perspicaces se mostraban incisivos; no obstante, el que es lento tiene que ponerse a la par del rápido. La comprensión viene en relámpagos, y debe haber intervalos de silencio para que los relámpagos se produzcan; pero el ágil es demasiado impaciente para dejar lugar a estos relámpagos. La comprensión no es verbal, y no existe comprensión intelectual. La comprensión intelectual

sólo ocurre en el nivel verbal, y por consiguiente no es comprensión en absoluto. La comprensión no llega como un resultado del pensamiento, pues el pensamiento después de todo es verbal. No hay pensamiento sin memoria, y la memoria es la palabra, el símbolo, el proceso de hacer imágenes. En este nivel no hay comprensión. La comprensión viene en el espacio entre dos palabras, en este intervalo que existe antes que la palabra moldee el pensamiento. La comprensión no es para el perspicaz ni para el lerdo, sino para los que se dan cuenta de este inmensurable espacio.

"¿Qué es la desintegración? Vemos la rápida desintegración de las relaciones humanas en el mundo, pero más aún en nosotros mismos. ¿Cómo puede detenerse esta decadencia? ¿Cómo podemos integrarnos?"

Hay integración si podemos estar atentos a las modalidades de la desintegración. La integración no es en uno o dos niveles de nuestra existencia, es el advenimiento en conjunto de la totalidad. Antes que eso pueda ser, debemos averiguar lo que significa la desintegración, ¿no es cierto? ¿Es el conflicto un indicio de desintegración? No estamos buscando una definición, sino el significado que encierra esa palabra.

"¿No es la lucha inevitable? Toda existencia es lucha; sin la lucha habría decadencia. Si no tuviésemos que luchar por un objetivo, degeneraríamos. Luchar es tan esencial como respirar".

Una enunciación categórica detiene toda pesquisa. Estamos tratando de averiguar cuáles son los factores de la desintegración, y tal vez el conflicto, sea uno de ellos. ¿Qué entendemos por conflicto, lucha?

"Competencia, rivalidad, hacer un esfuerzo, la voluntad de realizar, descontento, etc."

La lucha no existe sólo en un nivel de la existencia, sino en todos los niveles. El proceso del devenir es lucha, conflicto, ¿no es así? El empleado que llega a ser gerente, el vicario que llega a ser obispo, el discípulo que se convierte en Maestro —este devenir psicológico es esfuerzo, conflicto.

"¿Podemos obrar sin este proceso del devenir? ¿No es una necesidad? ¿Cómo puede uno estar libre de conflicto? ¿No hay temor detrás de este esfuerzo?"

Lo que estamos tratando de averiguar, de vivenciar, no meramente en el nivel verbal sino profundamente, es qué produce la desintegración, y no cómo estar libre del conflicto o lo que hay detrás de él. Vivir y devenir son dos estados diferentes, ¿no es así? La existencia puede implicar esfuerzo, pero estamos considerando el proceso de llegar a ser, el ansia psicológica de ser mejores, de ser algo, la lucha para cambiar lo que **es** en su opuesto. Este devenir psicológico puede ser el factor que hace el diario vivir penoso, competitivo, un vasto conflicto. ¿Qué entendemos por devenir? El devenir psicológico del sacerdote que quiere ser obispo, del discípulo que desea ser Maestro, y así por el estilo. En este proceso de llegar a ser hay esfuerzo, positivo o negativo; es la lucha para cambiar lo que **es** en algo distinto, ¿no es así? Soy **esto** y quiero llegar a ser **aquello**, y este llegar a ser es una serie de conflictos. Cuando he llegado a ser **aquello**, todavía hay otro **aquello**, y así sucesivamente en un proceso interminable. El **esto** que llega a ser **aquello** no tiene fin, y así el conflicto nunca concluye. Ahora bien; ¿por qué quiero yo llegar a ser algo distinto de lo que soy?

"A causa de nuestro condicionamiento, de las influencias sociales, por nuestros ideales. No podemos evitarlo, es nuestra naturaleza".

Al decir que no podemos evitarlo ponemos punto final a la discusión. Es una mente perezosa la que hace esta afirmación al mismo tiempo que soporta el sufrimiento, lo cual es estupidez. ¿Por qué estamos tan condicionados? ¿Quién nos condiciona? Desde que permitimos que se nos condicione, nosotros mismos creamos esas condiciones. ¿Es el ideal que nos hace luchar para llegar a ser **aquello** cuando somos **esto**? ¿Es la meta, la utopía, que engendra el conflicto? ¿Degeneraríamos si no lucháramos por un objetivo?

"Por supuesto. Nos estancaríamos, iríamos de mal en peor. Es fácil caer al infierno pero difícil trepar al cielo".

De nuevo tenemos ideas, opiniones sobre lo que sucedería, pero no vivenciamos directamente lo que sucede. Las ideas impiden la comprensión, lo mismo que las conclusiones y las explicaciones. ¿Son las ideas y los ideales el motivo que nos lleva a luchar para realizar, para devenir? Soy **esto**, ¿y es el ideal que me hace luchar para llegar a ser **aquello**? ¿Es el ideal la causa del conflicto? ¿Es el ideal totalmente distinto de lo que **es**? Si es completamente diferente, si no tiene relación con lo que **es**, entonces lo que **es** no puede llegar a ser el ideal. Para llegar a serlo, debe haber relación entre los que **es** y el ideal, la meta. Usted dice que el ideal nos da el impulso para la lucha; averigüemos, pues, cómo surge el ideal. ¿No es el ideal una proyección de la mente?

"Yo deseo ser como Ud. ¿Es eso una proyección?"

Por cierto que lo es. La mente tiene una idea, tal vez agradable, y quisiera ser como esa idea, lo cual es una proyección de su deseo. Usted es **esto**, que no le gusta, y quiere llegar a ser **aquello**, que le gusta. El ideal es una autoproyección; lo opuesto es una prolongación de lo que **es**; no es en absoluto lo opuesto, sino una continuidad de lo que **es**, quizás algo modificada. La proyección es deseada por uno mismo, y el conflicto es la lucha en procura de la proyección. Lo que es se proyecta en forma de ideal y lucha para acercarse a él y a esta lucha se la llama devenir. El conflicto entre los opuestos es considerado necesario, esencial. Este conflicto consiste en que lo que **es**, trata de llegar a ser lo que no es, y lo que no es, es el ideal, la autoproyección. Usted lucha para llegar a ser algo, y

ese algo es parte de Ud. mismo. El ideal es su propia proyección. Observe cómo la mente se ha jugado una treta a sí misma. Usted lucha por palabras, persiguiendo su propia proyección, su propia sombra. Usted es violento y lucha para llegar a ser no—violento, el ideal; pero el ideal es una proyección de lo que es, aunque con un nombre diferente. Esta lucha se considera necesaria, espiritual, evolutiva, etc.; pero está totalmente dentro de la jaula de la mente y sólo conduce a la ilusión.

Cuando Ud. se dé cuenta de este engaño que Ud. mismo se ha preparado, entonces verá lo falso como tal. La lucha en procura de una ilusión es el factor desintegrante. Todo conflicto, todo devenir es desintegración. Cuando hay alerta percepción de este engaño que la mente se ha preparado a sí misma, entonces sólo existe lo que es. Cuando la mente está libre de todo devenir, de todos los ideales, de toda comparación y condenación, cuando se ha derrumbado toda su estructura, entonces lo que es ha sufrido una completa transformación. Mientras exista el nombrar de lo que es, habrá una inmediata relación entre la mente y lo que es; pero cuando este proceso de nombrar —que es memoria, la estructura misma de la mente— ya no existe, entonces lo que es deja de ser. Únicamente en esta transformación hay integración.

La integración no es la acción de la voluntad, no es el proceso de llegar a ser integrado. Cuando no hay desintegración, cuando no hay conflicto, cuando no hay lucha para llegar a ser, sólo entonces está allí el ser de la totalidad, lo completo.

EL TEMOR Y LA EVASIÓN

Subíamos constantemente, sin ningún movimiento perceptible. Debajo de nosotros había un vasto mar de nubes, blancas y deslumbrantes, ola tras ola hasta donde la vista podía alcanzar. Parecían así asombrosamente sólidas y atractivas. Ocasionalmente, al subir más alto en un amplio círculo, aparecieron hendiduras en esta brillante espuma, y muy abajo se divisaba la tierra verde. Por encima nuestro se extendía el claro cielo azul de invierno, suave e inmensurable. Una maciza cadena de montañas cubiertas de nieve corría de norte a sur, resplandeciente en el brillante sol. Estas montañas alcanzaban una elevación de casi cuatro mil quinientos metros, pero nos elevamos por encima de ellas y seguimos todavía subiendo. Constituían una solidaria fila de picos, y parecían muy cercanas y serenas. Los picos más altos estaban al norte, y nosotros nos desviamos hacia el sur, después de haber alcanzado la requerida altura de seis mil quinientos metros.

El pasajero sentado en el asiento próximo era muy conversador. No conocía esas montañas, y había dormitado mientras subíamos, pero ahora estaba despierto y deseoso de conversar. Se notaba que había salido en viaje de negocios por primera vez; parecía tener muchos intereses, y hablaba de ellos con gran información. Ahora teníamos debajo de nosotros el mar, oscuro y distante, y unas pocas naves se veían como puntos aquí y allá. No había ningún temblor de alas, y pasábamos a lo largo de la costa sobre sucesivas ciudades iluminadas. El estaba diciendo que era muy difícil no tener miedo, no particularmente de una caída, sino de todos los accidentes de la vida. Era casado y con hijos, y siempre tenía temor —no sólo del futuro, sino de todas las cosas en general. Era un temor no particularizado, y por más que el éxito le sonriera, este temor tornaba su vida fastidiosa y penosa. Había sido siempre más bien aprensivo, pero ahora el temor se había vuelto extremadamente persistente y sus sueños eran de naturaleza terrorífica. Su esposa conocía sus temores, pero no se daba cuenta de su gravedad.

El miedo sólo puede existir en relación con algo. Como abstracción, es simplemente una palabra, y la palabra no es temor efectivo. ¿Sabe Ud. específicamente de qué siente temor?

"Nunca he sido capaz de concretarlo, y mis sueños también son muy vagos, pero en la trama de todos ellos está el miedo. He hablado de eso a amigos y a médicos, pero o bien se rieron o no me han sido de mucho ayuda. Siempre se me ha escapado, y quisiera estar libre de esta cosa bestial".

¿Quiere realmente estar libre, o es eso sólo una frase?

"Puedo parecer raro, pero yo daría cualquier cosa por deshacerme de este miedo. No soy una persona particularmente religiosa, pero cosa extraña, he rezado para verme libre de él. Cuando estoy absorto en mi trabajo, o en un juego, se halla a menudo ausente; pero como un monstruo está siempre en acecho, y pronto somos compañeros otra vez".

¿Siente ese temor ahora? ¿Se da cuenta de que él ronda en este momento? ¿El temor es consciente u oculto?

"Puedo sentirlo, pero no sé si es consciente o inconsciente".

¿Lo siente como algo lejano o próximo? —no en espacio o distancia, sino como sensación.

"Cuando lo percibo, parece estar muy cerca. ¿Pero qué tiene eso que ver con el temor?"

El temor sólo puede surgir en relación con algo. Ese algo puede ser su familia, su trabajo, su preocupación por el futuro, por la muerte. ¿Teme Ud. la muerte?

"No en forma particular, aunque me gustaría morir repentinamente y no de manera lenta e indecisa. No creo que sea por mi familia que tengo esta ansiedad, ni por mi trabajo".

Entonces debe ser algo más hondo que las meras relaciones aparentes y superficiales lo que causa este temor. Podríamos señalar en qué consiste ello, pero si Ud. puede descubrirlo por sí mismo tendrá mucha más significación.

¿Por qué motivo no está atemorizado en relación con las cosas superficiales?

"Mi esposa y yo nos amamos mutuamente; ella no se fijaría en ningún otro hombre, y a mí no me atraen otras mujeres. Nos complementamos recíprocamente. Los niños crean una ansiedad, y todo lo que podemos hacer por ellos, lo hacemos; pero con todo este desorden económico en el mundo, no se les puede dar seguridad económica, y ellos tendrán que arreglarse lo mejor que puedan. Mi trabajo es bastante seguro, pero existe el natural temor por lo que podría suceder a mi esposa".

Por consiguiente Ud. está seguro de sus vínculos íntimos. ¿Por qué tiene tanta certeza?

"No sé por qué, pero lo estoy. Algo tiene uno que dar por admitido, ¿no es cierto?"

No se trata de eso. ¿Iremos a la cuestión? ¿Qué le hace sentirse seguro de sus relaciones íntimas? Cuando dice que Ud. y su señora se complementan recíprocamente, ¿qué quiere significar?

"Que cada uno encuentra felicidad en el otro: compañerismo comprensión, etc. En el fondo, dependemos el uno del otro. Sería un golpe tremendo si algo sucediese a cualquiera de los dos. En ese sentido somos dependientes".

¿Qué quiere significar con "dependientes"? Quiere decir que sin ella Ud. estaría perdido, que se sentiría completamente solo, ¿es eso? Ella sentiría lo mismo de manera que Uds. serían mutuamente dependientes.

"Pero ¿qué hay de malo en eso?"

No estamos condenando o juzgando, sino sólo inquiriendo. ¿Está Ud. seguro de que quiere profundizar todo esto? ¿Está enteramente seguro? Muy bien, entonces sigamos.

Sin su esposa, Ud. se sentina solo, se hallaría perdido en el sentido más profundo; por consiguiente ella es esencial para Ud., ¿no es así? Usted depende de ella para su felicidad, y a esta dependencia llaman Uds. amor. Usted teme estar solo. Ella está siempre allí para encubrir el hecho de su soledad, como Ud. encubre la de ella; pero el hecho está sin embargo allí, ¿verdad? Nosotros nos utilizamos mutuamente para tapar esta soledad; huimos de ella de muchas maneras, en muchísimas y diferentes formas de relaciones, y cada una de estas relaciones se convierte en una dependencia. Escucho la radio porque la música me hace feliz, me transporta lejos de mí; los libros y los conocimientos son también un muy conveniente escape de mí mismo. Y de todas estas cosas dependemos.

"¿Por qué no había de escapar de mí mismo? No tengo nada de que enorgullecerme, y estando identificado con mi esposa, que es mucho mejor que yo, consigo alejarme de mí mismo".

Por supuesto, la gran mayoría huyen de sí mismos. Pero al huir de sí mismo, Ud. cae en la dependencia. La dependencia se fortalece, las evasiones se hacen más esenciales en proporción al temor de lo que es. La esposa, el libro, la radio, se toman extremadamente importantes; las evasiones llegan a ser muy importantes, del mayor valor. Yo utilizo a mi esposa como un medio para alejarme de mí mismo, por lo tanto estoy apegado a ella. Debo poseerla, no debo perderla; y ella desea ser poseída, porque ella también me utiliza a mí. Hay una común necesidad de evasión, y nos utilizamos en forma recíproca. A esta utilización le llamamos amor. A Ud. no le gusta lo que es, y por eso huye de sí mismo, de lo que **es**.

"Eso es bastante claro. Veo algo en eso, me parece sensato. Pero ¿por qué huye uno de sí mismo? ¿De qué escapa uno?"

De su propia soledad, de su propia vacuidad, de lo que Ud. es. Si Ud. huye sin ver lo que **es**, obviamente no puede comprenderlo; de manera que primero tiene que dejar de huir, de escapar, y sólo entonces podrá observarse a sí mismo tal como es. Pero no puede observar lo que **es** si está siempre criticándolo, considerando si le gusta o no le gusta. Usted lo llama soledad y lo rehuye; y el mismo escapar de lo que es, es miedo. Usted le tiene miedo a esta soledad, a este vacío, y la dependencia encubre todo esto. Por lo tanto el temor es constante y continuará mientras Ud. huya de lo que **es**. Estar completamente identificado con algo, con una persona o una idea, no garantiza una evasión final, porque este miedo está siempre en el trasfondo. Aparece en los sueños, cuando hay alguna brecha en la identificación; y hay siempre una brecha en la identificación, a menos que uno sea un desequilibrado.

"Entonces mi miedo proviene de mi propia vacuidad, de mi insuficiencia. Veo eso muy bien, y es cierto; pero ¿qué debo hacer al respecto?"

No puede hacer nada. Todo lo que haga será una actividad de fuga. Esa es la cosa más esencial que debe comprender. Entonces verá que Ud. no es diferente ni está separado de esa vacuidad. Usted es esa insuficiencia. El observador es la vacuidad observaba. Si entonces Ud. avanza más allá, no existirá ya el llamar a eso soledad; el nombrarla habrá cesado. Si avanza aun más, cosa que es bastante ardua, lo que conoció como soledad deja de ser; hay una completa cesación de la soledad, de la vacuidad, del pensador tanto como del pensamiento. Únicamente esto pone fin al miedo.

"¿Entonces qué es el amor?"

El amor no es identificación; no es el pensamiento sobre lo amado. Usted no piensa en el amor cuando él está allí; piensa en él sólo cuando está ausente, cuando hay distancia entre Ud. y el objeto de su amor. Cuando hay comunión directa, no hay pensamiento, no hay imagen, no hay reactivación del recuerdo; es cuando la comunión se interrumpe, en cualquier nivel, que comienza el proceso del pensamiento, de la imaginación. El amor no es de la mente. La mente hace el humo de la envidia, de la posesión, de la ausencia, del recuerdo del pasado, de la inquietud por el mañana, del sufrimiento y del fastidio; y esto efectivamente aboga la llama. Cuando no hay humo, la llama está. Los dos no pueden coexistir; el pensamiento de que ellos existen juntos no es más que un deseo. Un deseo es una proyección del pensamiento, y el pensamiento no es amor.

LA EXPLOTACIÓN Y LA ACTIVIDAD

Era de mañana temprano y los alegres pájaros estaban haciendo un terrible alboroto. El sol apenas tocaba las copas de los árboles y en la densa sombra no había aún parches de luz. Una serpiente debió haberse arrastrado recientemente por el pasto, porque había un largo y angosto rastro en el rocío. El cielo todavía no había perdido su color, y grandes nubes blancas se estaban juntando. De pronto el ruido de los pájaros cesó, para acrecentarse luego con gritos de advertencia y regaño cuando un gato vino a acostarse debajo de un arbusto. Un gran halcón había cazado un pájaro blanco y negro, y lo estaba despedazando con su agudo y curvo pico. Sostenía su presa con ávida ferocidad, y se tornó amenazador al acercársele dos o tres cuervos. Los ojos del halcón eran amarillos con estrechas rayas negras, y vigilaban a los cuervos y a nosotros sin pestañear.

"¿Por qué no he de ser explotado? No me importa que me utilicen por la causa, que tiene gran significación, y quiero identificarme completamente con ella. Lo que ellos hagan conmigo tiene poca importancia. Como ve, yo no cuento para nada. No puedo hacer gran cosa en este mundo, y por eso estoy ayudando a los que pueden. Pero tengo un problema de adhesión personal que me perturba en el trabajo. Es esta adhesión que deseo comprender".

Pero ¿por qué ha de ser explotado? ¿No es Ud. tan importante como el individuo o el grupo que lo explota?

"No me preocupa ser explotado por la causa, que a mi juicio es lo más hermoso y valioso del mundo. Las personas con quienes trabajo son gente espiritual y de altos ideales, y saben mejor que yo lo que se debe hacer".

¿Por qué piensa que son más capaces que Ud. para hacer bien las cosas? ¿Cómo sabe que son "espirituales", para emplear sus propias palabras, y que tienen una visión más amplia? Después de todo, cuando Ud. ofreció sus servicios, debe haber considerado este asunto ¿o es que fue Ud. atraído, conmovido emocionalmente, y por eso se entregó al trabajo?

"Es una causa hermosa, y ofrecí mis servicios porque sentí que debía colaborar".

Usted es como esos hombres que ingresan en el ejército para matar o ser muertos por una causa noble. ¿Saben ellos lo que están haciendo? ¿Sabe Ud. lo que está haciendo? ¿Cómo sabe que la causa que sirve es "espiritual"?

"Bien entendido, Ud. tiene razón. Estuve en el ejército cuatro años en la última guerra; ingresé en las filas, al igual que muchos otros, movido por un sentimiento de patriotismo. No creo haber considerado entonces lo que significaba matar; era lo que se debía hacer, y así ingresamos. Pero la gente que estoy ayudando ahora es "espiritual"?

¿Sabe Ud. lo que significa ser espiritual? Ante todo, ser ambicioso obviamente no es espiritual. ¿Y no son ellos ambiciosos?

"Me temo que sí. Nunca pensé en estas cosas; sólo deseaba ayudar en algo hermoso."

¿Es ser ambicioso y encubrirlo con un conjunto de palabras altisonantes acerca de Maestros, de humanidad, de arte, de fraternidad? ¿Es espiritual estar agobiado con egocentrismo que se amplifica para incluir al vecino y al hombre allende los mares? Usted ayuda a los que supone que son espirituales, sin saber de qué se trata y dispuesto a que lo exploten.

"Sí, eso es insensato, ¿verdad? No quiero ser molestado en lo que estoy haciendo, y sin embargo tengo un problema; y lo que Ud. dice es aún más perturbador".

¿No quiere Ud. que se le moleste? Después de todo, es sólo cuando somos molestados, despertados que empezamos a observar y a descubrir. Somos explotados debido a nuestra propia estupidez, que los astutos utilizan en nombre de la patria, de Dios, de alguna ideología. ¿Cómo puede la estupidez hacer bien en el mundo, aunque sean los astutos quienes la utilicen? Cuando los expertos explotan la estupidez, también ellos son estúpidos, porque tampoco saben adónde los conducen sus actividades. La acción del estúpido, de aquellos que no se dan cuenta de las modalidades de su propio pensamiento, conduce inevitablemente al conflicto, a la confusión y al sufrimiento.

Su problema puede no ser necesariamente el de la perturbación. Desde que está allí, ¿cómo puede ser?

"Perturba mi consagración al trabajo".

Su consagración no es completa desde que tiene un problema que le perturba. Su consagración quizá sea una acción irreflexiva, y el problema puede ser una señal, una advertencia para no ser atrapado en sus presentes actividades.

"Pero lo que estoy haciendo es de mi gusto".

Y tal vez esa sea toda la dificultad. Queremos absorbernos en alguna clase de actividad, cuanto más satisfactoria es la actividad, tanto más nos aferramos a ella. El deseo de estar satisfecho nos hace estúpidos, y la satisfacción es la misma cosa en todos los niveles; no hay satisfacciones más altas y más bajas. Aunque consciente o inconscientemente podamos disfrazar nuestra satisfacción con palabras nobles, el mismo deseo de estar satisfechos nos hace torpes. Conseguimos satisfacción, comodidad, seguridad psicológica mediante cierta clase de actividad; y habiéndola alcanzado, o imaginando que la hemos alcanzado, deseamos que no se nos perturbe. Pero siempre hay perturbación —a menos que estemos muertos, o que comprendamos el proceso total del conflicto, de la lucha. Casi todos nosotros queremos estar muertos, ser insensibles, porque el vivir es doloroso; y contra ese dolor construimos muros de resistencia, los muros del condicionamiento. Estos muros aparentemente protectores sólo engendran mayor conflicto y sufrimiento. ¿No es lo importante comprender el problema más bien que hallarle una salida? Su problema puede ser lo real, y quizá su trabajo sea un escape sin mayor significación.

"Todo esto es muy perturbador, y tendré que reflexionarlo muy cuidadosamente".

Debajo de los árboles el calor empezaba a hacerse sentir, y nos fuimos. Pero ¿cómo puede una mente superficial hacer bien jamás? ¿No es el hacer "el bien", indicio de una mente superficial? ¿La mente, por muy astuta, sutil o sabia que sea, no es siempre superficial? La mente superficial jamás puede llegar a ser lo insondable; el mismo llegar a ser es el camino de la superficialidad. El devenir es la persecución de lo autoproyectado. La proyección puede ser verbalmente lo más elevado, quizá sea una amplia visión, esquema o plan; sin embargo es siempre el engendro de lo superficial. Haga lo que hiciere, lo superficial jamás puede llegar a ser lo profundo; toda acción de su parte, todo movimiento de la mente en cualquier nivel, sigue siendo de lo superficial. Es muy difícil para la mente superficial ver que sus actividades son vanas, inútiles. Es la mente superficial que es activa, y esta misma actividad la mantiene en ese estado. Su actividad es su propio condicionamiento. El condicionamiento, consciente u oculto, es el deseo de estar libre del conflicto, de la lucha y este deseo levanta vallas contra el movimiento de la vida, contra el soplo de lo desconocido; y dentro de estos muros de conclusiones, de creencias, de explicaciones, de ideologías, la mente se estanca. Sólo lo que es superficial y estancado, muere.

El mismo deseo de encontrar refugio a través del condicionamiento engendra más lucha, más problemas; pues el condicionamiento es separativo, y lo separado, lo aislado no puede vivir. Los separados, aunque se unan a otros separados, no se convierten en lo total. Lo separado es siempre lo aislado, por más que acumule y junte, se expanda, incluya e identifique. El condicionamiento es destructivo, desintegrante; pero la mente superficial no puede ser la verdad de esto, porque es activa en la búsqueda de la verdad. Esta misma actividad impide la recepción de la verdad. La verdad es acción, no la actividad de lo superficial, del buscador, del ambicioso. La verdad es el bien, lo hermoso, no la actividad del danzarín, del planificador, del tejedor de palabras. Es la verdad que libera al superficial, no su plan de liberación. Lo superficial, la mente, jamás puede liberarse a sí misma; sólo puede moverse de un condicionamiento a otro, imaginando que el otro es más libre. Lo más nunca es libre, es condicionado, es una extensión de lo menos. El movimiento de devenir, del hombre que quiere llegar a ser el Buddha o el gerente, es la actividad de lo superficial. Los superficiales están siempre temerosos de lo que son; pero lo que son es la verdad. La verdad está en la silenciosa observación de lo que es, y es la verdad que transforma lo que es.

¿EL ERUDITO O EL SABIO?

Las lluvias habían barrido el polvo y el calor de muchos meses; las hojas estaban limpias y relucientes, y nuevas hojas comenzaban a aparecer. Durante toda la noche las ranas llenaron el aire con su profundo croar, apenas tomaban un descanso, y arrancaban de nuevo. El río era correntoso, y había suavidad en el aire. Las lluvias no habían terminado. Negros nubarrones se acumulaban y ocultaban el sol. La tierra; los árboles y toda la Naturaleza parecían estar esperando otra purificación. En el camino, de color pardusco, los chicos jugaban en el lodo; hacían tortas de barro, o construían castillos y casas con muros circundantes. Había alegría en el aire después de meses de calor, y la tierra empezaba a cubrirse de verde pasto. Todo estaba renovándose.

Esta renovación es inocencia.

El hombre se consideraba sumamente instruido, y para él el conocimiento era la esencia misma de la vida. La vida sin conocimiento era peor que la muerte. Sus conocimientos no se reducían a uno o dos asuntos, sino que cubrían muchas fases de la vida; podía hablar con seguridad sobre el átomo o el Comunismo, sobre astronomía o sobre las crecientes anuales del río, sobre la dieta o la superpoblación. Estaba extraordinariamente orgulloso de su

conocimiento, y como un hábil actor, lo exponía para impresionar; imponía a los demás silencio y respeto. ¡Cómo nos impresiona el conocimiento, qué temeroso respeto nos infunde el que sabe! Su inglés era a veces bastante difícil de comprender. Nunca había estado fuera de su país, pero tenia libros de otros países. Era dado al conocimiento, como otro podía serlo a la bebida o a algún otro apetito.

"¿Qué es la sabiduría, si no es conocimiento? ¿Por qué dice Ud. que se debe suprimir todo conocimiento? ¿No es el conocimiento esencial? Sin conocimiento, ¿dónde estaríamos? Seríamos todavía como los primitivos, ignorantes del mundo extraordinario en que vivimos. Sin conocimientos, la existencia en cualquier nivel sería imposible. ¿Por qué insiste Ud. tanto en la afirmación de que el conocimiento es un impedimento para la comprensión?"

El conocimiento es condicionante. El conocimiento no nos da libertad. Uno puede saber cómo construir un aeroplano y volar al otro extremo del mundo en pocas horas, pero esto no es libertad. El conocimiento no es el factor creador, porque es continuo, y lo que tiene continuidad jamás puede conducirnos a lo implícito, a lo imponderable, a lo desconocido. El conocimiento es un obstáculo para lo abierto, para lo desconocido. Lo desconocido nunca puede ser encubierto en lo conocido; lo conocido está siempre moviéndose hacia el pasado; el pasado siempre hace sombra al presente, a lo desconocido. Sin libertad, sin una mente abierta, no puede haber comprensión. La comprensión no viene con el conocimiento. En el intervalo entre las palabras entre los pensamientos, llega la comprensión; este intervalo es silencio no interrumpido por el conocimiento, es lo libre, lo imponderable, lo implícito.

"¿No es el conocimiento útil, esencial? Sin conocimiento, ¿cómo puede haber descubrimiento?"

El descubrimiento se produce, no cuando la mente está abarrotada de conocimientos, sino cuando el conocimiento está ausente; sólo entonces hay quietud y amplitud, y en este estado surge la comprensión o el descubrimiento. El conocimiento indudablemente es útil en cierto nivel, pero en otros es positivamente dañoso. Cuando el conocimiento se utiliza como medio de autoengrandecimiento, para envanecernos, entonces es perverso, engendra separación y enemistad. La autoexpansión es desintegración, ya sea en nombre de Dios, del Estado, o de una ideología. El conocimiento en cierto nivel, aunque condicionante, es necesario: idioma, técnica, etc. Este condicionamiento es una protección, un elemento esencial para la vida exterior; pero cuando este condicionamiento es utilizado psicológicamente, cuando el conocimiento se convierte en un medio de confortación psicológica, de satisfacción, entonces inevitablemente engendra conflicto y confusión. Además, ¿qué es lo que queremos decir con "conocer"? ¿Qué es en realidad lo que conocemos?

"Yo conozco una infinidad de cosas".

Usted quiere decir que posee cierta información, datos referentes a muchas cosas. Ha recopilado ciertos hechos; ¿y con esto qué? ¿Acaso la información relativa al desastre de la guerra impide las guerras? Usted tiene, estoy seguro, abundancia de datos sobre los efectos de la ira y de la violencia en uno mismo y en la sociedad; pero ¿ha concluido esta información con el odio y el antagonismo?

"El conocimiento sobre los efectos de la guerra quizá no termine inmediatamente con las guerras, pero podrá eventualmente crear paz. Es necesario educar a la gente, se les debe hacer ver los efectos de la guerra, del conflicto".

La gente es usted mismo y los demás. Usted tiene esta vasta información, ¿y es Ud. algo menos ambicioso, menos violento, menos egocéntrico? Por el hecho de haber estudiado las revoluciones, la historia de la desigualdad, ¿está Ud. libre del sentimiento de superioridad, de autoimportancia? Por el hecho de poseer un amplio conocimiento de las miserias y los desastres del mundo, ¿ama Ud.? Fuera de esto, ¿qué es lo que conocemos, de qué tenemos conocimiento?

"El conocimiento es experiencia acumulada a través de las edades. En ciertas formas es tradición, y en otras es instinto, tanto consciente como inconsciente. Los recuerdos ocultos y las experiencias, ya sea transmitidas o adquiridas, actúan como guías y determinan nuestra acción; estos recuerdos, tanto raciales como individuales, son esenciales, porque ayudan y protegen al hombre. ¿Podría Ud. prescindir de tal conocimiento?"

La acción determinada y guiada por el temor no es acción en absoluto. La acción que es el resultado de los prejuicios raciales, de los temores, esperanzas, ilusiones, es condicionada; y todo condicionamiento, como hemos dicho, sólo engendra más conflicto y sufrimiento. Usted está condicionado como brahmín a una tradición que se viene siguiendo a través de siglos; y Ud. responde a los estímulos, a los conflictos y cambios sociales, como brahmín. Responde de acuerdo con su condicionamiento, de acuerdo con sus pasadas experiencias, sus conocimientos, de manera que la nueva experiencia solamente lo condiciona aun más. La experiencia que se acomoda a una creencia, a una ideología, es meramente la continuación de esa creencia, la perpetuación de una idea. Tal experiencia sólo fortalece la creencia. La idea separa, y su experiencia conforme a una idea, a una norma, lo hace aun más separativo. La experiencia como conocimiento, como acumulación psicológica, sólo condiciona, y entonces la experiencia es otra forma de autoengrandecimiento. El conocimiento como experiencia en el nivel psicológico es un estorbo para la comprensión.

"¿Experimentamos de acuerdo con nuestra creencia?"

Eso es obvio, ¿no es así? Usted está condicionado por una determinada sociedad —que es Ud. mismo en un nivel diferente— para creer en Dios, en las divisiones sociales; y otro está condicionado para creer que no hay Dios, para seguir una ideología completamente diferente. Ambos desean experimentar de acuerdo con sus creencias, pero tal experiencia es un impedimento para lo desconocido. La experiencia, el conocimiento, que es memoria, es útil en ciertos niveles; pero la experiencia como medio para fortalecer el "yo" psicológico, el ego, sólo conduce a la ilusión y al sufrimiento. ¿Y qué es lo que podemos conocer si la mente está colmada con experiencias, recuerdos, conocimiento? ¿Puede haber vivencia si sabemos? ¿No impide la vivencia lo conocido? Usted puede conocer el nombre de esa flor, pero ¿vivencia por eso la flor? La vivencia viene primero, y el nombrar sólo da fuerza a la experiencia. El nombrar impide la ulterior vivencia. Para que haya estado de vivencia, ¿no es necesario estar libre del nombrar, de la asociación, del proceso de la memoria?

El conocimiento es superficial, y ¿puede lo superficial conducirnos a lo profundo? ¿Puede la mente, que es el resultado de lo conocido, del pasado, trascender jamás sus propias proyecciones. Para descubrir, las proyecciones deben cesar. Sin sus proyecciones, la mente no existe. El conocimiento, el pasado, sólo puede proyectar aquello que es lo conocido. El instrumento de lo conocido jamás puede ser el descubridor. Lo conocido debe cesar para que haya descubrimiento; la experiencia debe cesar para que haya vivencia. El conocimiento es un estorbo para la comprensión.

"¿Qué queda de nosotros sin el conocimiento, sin la experiencia, sin la memoria? Sin eso no somos nada".

¿Es Ud. algo más que eso ahora? Cuando dice, "Sin conocimiento no somos nada", Ud. simplemente hace una aserción verbal sin vivencias ese estado, ¿verdad? Cuando hace esa proposición hay una sensación de temor, el temor de quedar desnudo. Sin estos agregados Ud. es nada —lo cual es la verdad. Y ¿por qué no ser eso? ¿Por qué todas estas pretensiones y presunciones? Hemos vestido esta nada con fantasías, con esperanzas, con diversas ideas reconfortantes; pero debajo de esa cubierta no somos nada, no como una abstracción filosófica, sino realmente nada. La vivencia de esa nada es el comienzo de la sabiduría.

¡Cómo nos avergüenza decir que no sabemos! Disimulamos nuestra falta de conocimiento con palabras e información. Usted no conoce realmente a su esposa, a su vecino; ¿cómo podría conocerlos si no se conoce a sí mismo? Usted tiene una porción de informaciones, conclusiones, explicaciones de sí mismo, pero no está atento a aquello que **es**, a lo implícito. Las explicaciones, las conclusiones, que llamamos conocimiento, impiden la vivencia de lo que **es**. Sin ser inocente, ¿cómo puede haber sabiduría? Sin morir para el pasado, ¿cómo puede haber renovación de la inocencia? El morir es de instante en instante; morir es no acumular; el experimentador debe morir para la experiencia. Sin experiencia, sin conocimiento, el experimentador no existe. Conocer es ser ignorante; no conocer es el comienzo de la sabiduría.

SILENCIO Y VOLUNTAD

No había casi nadie en la larga y curva ribera. Unos pocos pescadores regresaban a su aldea entre las altas palmeras. Mientras caminaban hacían hilo, enrollando el algodón en sus muslos desnudos y envolviéndolo en la bobina; era un hilo muy fino y fuerte. Algunos caminaban con facilidad y gracia, mientras otros tenían que arrastrar los pies. Eran desnutridos, delgados, tostados por el sol. Un muchacho pasó dando alegres zancadas y cantando; y el mar estaba agitado. El viento no era fuerte, pero había mar gruesa, con atronadoras olas. La luna, casi llena, comenzaba a asomar fuera del agua azul verdosa, y las rompientes aparecían blancas contra la arena amarilla.

¡Cuán esencialmente sencilla es la vida y cómo la complicamos! La vida es compleja, pero no sabemos cómo ser sencillos con ella. La complejidad debe ser abordada sencillamente, de otra manera jamás la comprenderemos. Sabemos demasiado, y por eso la vida nos elude; y lo demasiado es muy poco. Con ese poco enfrentamos lo inmenso; y ¿cómo podemos medir lo inconmensurable? Nuestra vanidad nos embota, la experiencia y el conocimiento nos atan, y las aguas de la vida pasan sobre nosotros. Para cantar con ese muchacho, para arrastrarse cansadamente con esos pescadores, para hacer el hilo sobre nuestros muslos, para ser esos aldeanos y esa pareja del coche —para ser todo eso, no como una artificiosa identidad, se requiere amor. El amor no es complejo, pero la mente lo hace tal. Estamos demasiado con la mente, y no conocemos los caminos del amor. Conocemos los caminos del deseo y la voluntad del deseo, pero no conocemos el amor. El amor es la llama sin el humo. Estamos demasiado familiarizados con el humo; llena nuestras cabezas y nuestros corazones, y vemos oscuramente. No somos sencillos con la belleza de la llama; nos torturamos con ella. No vivimos con la llama, siguiéndola rápidamente dondequiera que pueda llevarnos. Sabemos demasiado, lo que siempre es poco, y hacemos un sendero para el amor. El amor nos rehuye, pero tenemos el hueco molde. Sencillos son aquellos que saben que no saben; ellos van lejos, porque no tienen la sobrecarga del conocimiento.

El era un **sannyasi** de cierta reputación; tenía la túnica amarilla y la mirada distante. Dijo que había renunciado al mundo hacía muchos años y se aproximada ahora a la etapa en que ni este mundo ni el otro le interesaban. Había practicado muchas austeridades, había dominado el cuerpo ardua y firmemente, y tenía un extraordinario control sobre su sistema respiratorio y nervioso. Esto le daba una gran sensación de poder, aunque no lo hubiese buscado.

¿No es este poder tan perjudicial para la comprensión como el poder de la ambición y de la vanidad? La codicia, como el temor, crea el poder de la acción. Toda sensación de poder, de dominación, da fuerza al "yo", al "mi" y a lo "mío"; y ¿no es el "yo" un impedimento para la realidad?

"Lo inferior debe ser suprimido o debe ajustarse a lo superior. El conflicto entre los diversos deseos de la mente y del cuerpo debe ser silenciado; en el proceso de control, el domador gusta el poder, pero el poder se utiliza para trepar más alto o para ir más hondo. El poder es dañoso únicamente cuando se utiliza para sí mismo, pero no cuando se emplea para despejar el camino hacia lo supremo. La voluntad es poder, es el dirigente; cuando es empleada con fines personales es destructiva, pero usada en la justa dirección es beneficiosa. Sin voluntad, no puede haber acción".

Todo conductor utiliza el poder como medio para alcanzar un fin, y eso mismo hace el hombre común; pero el conductor dice que él lo emplea en bien de todos, mientras el hombre común sólo piensa en sí mismo. La meta del dictador, del hombre de poder, del conductor, es la misma que la del conducido; son similares, uno es la expansión del otro; y ambas son autoproyecciones. Condenamos una y elogiamos la otra; pero ¿no son todas las metas el resultado de nuestros propios prejuicios, inclinaciones, temores y esperanzas? Usted utiliza la voluntad, el esfuerzo, el poder para abrirse camino hacia lo supremo; este supremo es hechura del deseo, que es la voluntad. La voluntad crea su propia meta y sacrifica o suprime todo para ese fin. El fin es ella misma, sólo que es llamado lo supremo, o el Estado, o la ideología.

"¿Puede el conflicto terminar sin el poder de la voluntad?"

Sin comprender las modalidades del conflicto y cómo surge ¿qué valor tiene la mera supresión o sublimación del conflicto, o el hallarle un sustituto? Usted puede ser capaz de suprimir una enfermedad, pero ésta pronto aparecerá de nuevo en otra forma. La voluntad en sí misma es conflicto, es la consecuencia de la lucha; la voluntad es propósito, es deseo dirigido. Sin comprender el proceso del deseo, controlarlo simplemente es provocar una nueva quemadura, un nuevo dolor. El control es evasión. Ud. puede controlar un niño o un problema, pero no por eso los habrá comprendido. La comprensión es de mucho mayor importancia que el llegar a una conclusión. La acción de la voluntad es destructiva, porque la acción que persigue un fin es egocéntrica, separativa, aisladora. Usted no puede silenciar el conflicto, el deseo porque el que hace el esfuerzo es el mismo creador del conflicto del deseo. El pensador y sus pensamientos son el resultado del deseo; y sin comprender el deseo, que es el "yo" colocado en cualquier nivel, alto o bajo, la mente estará siempre atrapada en la ignorancia. El camino hacia lo supremo no pasa a través de la voluntad, del deseo. Lo supremo sólo puede surgir cuando el que hace el esfuerzo ya no está. Es la voluntad que engendra el conflicto, el deseo de llegar a ser o de marchar hacia lo supremo. Cuando la mente, que está compuesta de deseo, llega a su fin, no mediante el esfuerzo, entonces en esa quietud, que no es un objetivo, surge la realidad.

"Pero, ¿no es la sencillez esencial para esa quietud".

¿Qué entiende Ud. por sencillez? ¿Quiere decir identificación con la sencillez, o ser sencillo?

"No se puede ser sencillo sin identificarse con lo que es sencillo, tanto exterior como interiormente".

Usted se hace sencillo, ¿no es así? Usted es complicado, pero se torna sencillo mediante la identificación, identificándose a sí mismo con la rusticidad del aldeano o con la indumentaria del monje. Yo soy esto, y llego a ser aquello. Pero ¿este proceso de devenir conduce a la sencillez, o meramente a la idea de la sencillez? La identificación con la idea de lo sencillo no es sencillez, ¿verdad? ¿Soy yo sencillo por el hecho de afirmar que lo soy, o porque insisto en identificarme con un modelo de sencillez? La sencillez se funda en la comprensión de lo que **es**, no en tratar de cambiar lo que **es** en sencillez. ¿Puede Ud. cambiar lo que **es** en algo que no es? ¿Puede la codicia, ya sea de Dios, del dinero o de la bebida, convertirse nunca en no—codicia? Aquello con lo cual nos identificamos es siempre lo autoproyectado, tanto si se trata de lo supremo, del Estado o de la familia. La identificación, en cualquier plano que sea, es siempre el proceso del "yo".

La sencillez es la comprensión de lo que **es**, por muy complejo que ello pueda ser. Lo que **es** no es difícil de comprender, pero lo que impide que se comprenda es la perturbación de la comparación, de la condenación, del prejuicio, ya sea negativo o positivo, etc. Son estas cosas las que contribuyen a la complejidad. Lo que **es** nunca es complejo en sí mismo, siempre es sencillo. Lo que Ud. es, es sencillo de comprender, pero se hace complejo por la forma en que Ud. lo enfoca; por lo tanto es necesario que haya comprensión del proceso total del enfoque, que es lo que hace la complejidad. Si Ud. no condena al niño, entonces él es lo que es y resulta posible actuar. La acción de la condenación conduce a la complejidad; la acción de lo que **es**, es sencillez.

Nada es esencial para la quietud salvo la quietud misma; ella es su propio principio y su propio fin. Nada esencial la crea, pues ella es. Ningún medio puede jamás conducir a la quietud. Sólo cuando la quietud es algo adquirible, realizable, el medio se torna esencial. Si la quietud se pudiera comprar, entonces la moneda sería importante; pero la moneda, y lo que con ella se compra, no son la quietud. Los medios son ruidosos, violentos, o sutilmente adquisitivos, y el fin es de la misma naturaleza, porque el fin está en los medios, Si el comienzo es silencio, el fin es también silencio. No hay medios para el silencio; el silencio es cuando el ruido no es. El ruido no llega a su fin mediante los nuevos ruidos del esfuerzo, de la disciplina, de las austeridades, de la voluntad. Vea la verdad de esto, y habrá silencio.

LA AMBICIÓN

EL BEBÉ HABÍA llorado toda la noche, y la pobre madre hizo cuanto pudo para tranquilizarlo. Le cantó, lo reprendió, lo mimó y lo hamacó; pero todo fue inútil. Estaría echando los dientes, y fue una fatigosa noche para toda la familia. Pero ahora el alba apuntaba sobre la oscura arboleda, y finalmente el bebé se tranquilizó. Había una peculiar calma mientras el cielo se hacía más y más claro. Las ramas muertas se veían claras contra el cielo, frágiles y desnudas; un niño llamó, un perro ladró, un carro pasó ruidosamente, y un nuevo día había empezado. La madre salió con su bebé, cuidadosamente envuelto, y tomó el camino que cruzaba la aldea, donde esperó un ómnibus. Presumiblemente lo llevaba a un médico. Parecía cansada y envejecida después de esa noche de insomnio, pero el bebé estaba profundamente dormido.

Pronto el sol asomó sobre las copas de los árboles, y el rocío brilló sobre el verde pasto. Un tren silbó a lo lejos, y las distantes montañas parecían frescas y umbrosas. Un gran pájaro voló ruidosamente, pues lo molestamos mientras empollaba. Nuestra llegada debió ser muy repentina, porque no tuvo tiempo para cubrir sus huevos con hojas secas. Había más de una docena. Aun destapados era difícil verlos, tan hábilmente los había ocultado, y ahora los estaba vigilando desde un árbol distante. Vimos a la madre con su cría unos pocos días más tarde, y el nido estaba vacío.

Había sombra fresca y a lo largo del sendero que llevaba a través de los húmedos bosques hacia la cumbre de la lejana colina, y las zarzas estaban en flor. Como había llovido copiosamente unos pocos días antes, la tierra era blanda y cedía. Había sembrados de papas nuevas, y lejos en el valle estaba la ciudad. Era una hermosa y dorada mañana. Más allá de la colina, el sendero llevaba de vuelta a la casa.

Ella era muy inteligente. Había leído todos los Últimos libros conocía las últimas obras teatrales, y estaba bien informada sobre cierta filosofía que se había convertido en la última manía. Se había sometido al psicoanálisis, y aparentemente había leído mucho sobre psicología, porque conocía la jerga. Se había propuesto entrevistar a todas las personas importantes, y casualmente encontró a alguien que la trajo. Hablaba con soltura y se expresaba con equilibrio y efecto. Se había casado, pero no tuvo hijos, y era perceptible que todo eso había pasado, y que ahora estaba en una etapa diferente. Debió haber sido rica, porque tenía en su derredor la particular atmósfera de la opulencia. Comenzó preguntando directamente: "¿En qué forma ayuda Ud. al mundo en la presente crisis?" Debía ser ésta una de sus preguntas habituales. Continuó preguntando, más ansiosamente, sobre la prevención de la guerra, sobre los efectos del Comunismo, y sobre el futuro del hombre.

¿No son las guerras, los crecientes desastres y miserias, la consecuencia de nuestra vida diaria? ¿No somos, cada uno de nosotros responsables de esta crisis? El futuro está en el presente; el futuro no será muy diferente si no hay comprensión del presente. Pero ¿no cree Ud. que cada uno de nosotros es responsable de este conflicto y de esta confusión?

"Quizá sea así; pero ¿adónde lleva este reconocimiento de la responsabilidad? ¿Qué valor tiene mi pequeña acción en la vasta acción destructiva? ¿En qué forma afectará mi pensamiento la general estupidez del hombre? Lo que está sucediendo en el mundo es pura estupidez, y mi inteligencia de ningún modo podrá afectarla. Además piense en el tiempo que se requeriría para que la acción individual hiciera alguna impresión sobre el mundo".

¿Es el mundo diferente de Ud.? ¿No ha sido la estructura de la sociedad levantada por personas como Ud. y yo? Para producir un cambio radical en la estructura, ¿no debemos Ud. y yo transformarnos fundamentalmente? ¿Cómo puede haber una profunda revolución de valores si ella no comienza con nosotros? Para ayudar en la presente crisis, ¿debemos buscar una nueva ideología, un nuevo plan económico? ¿O debemos empezar a comprender el conflicto y la confusión dentro de nosotros mismos, lo cual, en su proyección, es el mundo? ¿Pueden las nuevas ideologías traer unión entre hombre y hombre? ¿Las creencias no ponen al hombre contra el hombre? ¿No debemos abandonar nuestras barreras ideológicas —pues todas las barreras son ideológicas— y considerar nuestros problemas, no a través de la prevención de conclusiones y fórmulas, sino directamente y sin prejuicios? Jamás estamos directamente en relación con nuestros problemas, sino siempre por intermedio de alguna creencia o formulación. Sólo podemos resolver nuestros problemas cuando estamos directamente en

relación con ellos. No son nuestros problemas que ponen al hombre contra el hombre, sino nuestras ideas acerca de ellos. Los problemas nos unen, pero las ideas nos separan.

Si puedo preguntarle, ¿por qué está Ud. aparentemente tan preocupada por la crisis?

"Oh, no lo sé. Veo tanto sufrimiento, tanta miseria, y siento que algo hay que hacer".

¿Está Ud. realmente interesada, o simplemente ambiciona hacer algo?

"Cuando Ud. lo plantea en esa forma, me parece que tengo la ambición de hacer algo en que pueda triunfar".

Muy pocos somos honestos en nuestro pensar. Queremos tener éxito, ya sea para nosotros mismos, o para el ideal, para la creencia con la cual nos hemos identificado. El ideal es nuestra propia proyección, es el producto de maestra mente, y nuestra mente experimenta conforme a nuestro condicionamiento. Para estas autoproyecciones trabajamos, nos esclavizamos y morimos. El nacionalismo, como el culto de Dios, es sólo la glorificación de uno mismo. Es el uno mismo lo que nos importa, real o ideológicamente, y no el desastre y la miseria. En verdad nada queremos hacer por la crisis; ésta es meramente un nuevo tema para el asalto, un campo para el que es socialmente activo y para el idealista.

¿Por qué somos tan ambiciosos?

"Si no lo fuéramos, nada se podría hacer en el mundo. Si no fuésemos ambiciosos estaríamos todavía viajando en carreta. La ambición es un diferente nombre del progreso. Sin progreso, nos estancaríamos, nos deterioraríamos".

Haciendo las cosas en el mundo, también estamos engendrando guerras e indecibles miserias. ¿Es progreso la ambición? Por el momento no estamos considerando el progreso, sino la ambición. ¿Por qué somos ambiciosos? ¿Por qué queremos triunfar, ser alguien? ¿Por qué luchamos para ser superiores? ¿A qué todo este esfuerzo por asegurarnos, ya sea directamente o por medio de una ideología o del Estado? ¿No es esta autoafirmación la causa principal de nuestro conflicto y confusión? Sin ambición, ¿acaso pereceríamos? ¿No podemos sobrevivir físicamente sin ser ambiciosos?

"¿Quién quisiera sobrevivir sin éxito, sin reconocimiento?"

Este deseo de éxito, de aplauso, ¿no trae conflicto interno y externo? ¿Decaeríamos estando libres de ambición? ¿Es estancamiento el no tener conflictos? Podemos doparnos con drogas, adormecernos con creencias, con doctrinas, y así no tener profundos conflictos. Para la mayoría de nosotros, cierta clase de actividad es la droga. Obviamente, tal estado es decadencia, desintegración. Pero cuando nos damos cuenta de lo falso como falso, ¿trae ello la muerte? Darse cuenta que la ambición en cualquiera de sus formas, ya se trate de la felicidad, de Dios, o del éxito, es el principio del conflicto, tanto interno como externo, seguramente no significa el fin de toda acción, el fin de la vida.

¿Por qué somos ambiciosos?

"Me sentiría fastidiada si no estuviese ocupada en el esfuerzo para obtener ciertos resultados. Antes solía ser ambiciosa para mi esposo, y supongo que Ud. diría que lo era para mí misma a través de mi esposo; y ahora soy ambiciosa para mí misma por medio de una idea. Nunca he pensado en la ambición, simplemente he sido ambiciosa".

¿Por qué somos astutos y ambiciosos? ¿No es la ambición un impulso para evitar lo que es? ¿No es esta astucia realmente estúpida, que es lo que somos? ¿Por qué estamos tan asustados de lo que es? ¿De qué sirve escapar, si todo lo que somos está siempre allí? Tal vez logremos escapar, pero aun así lo que somos permanece, engendrando conflicto y miseria. ¿Por qué estamos tan temerosos de nuestra soledad, de nuestra vacuidad? Toda actividad que nos aleje de lo que es está destinada a traernos pesadumbre y antagonismo. El conflicto es la negación de lo que es o la evasión de lo que es; no hay conflicto que no sea eso. Nuestro conflicto se vuelve siempre más complejo e insoluble porque no enfrentamos lo que es. No hay complejidad en lo que es, sino únicamente en las muchas evasiones que buscamos.

LA SATISFACCIÓN

El cielo estaba cubierto de gruesas nubes y el día era caluroso, aunque la brisa jugaba con las hojas. Se oían truenos distantes y una ligera lluvia había aplacado el polvo sobre el camino. Los papagayos volaban caprichosamente chillando a voz en cuello, y una gran águila se había asentado en la rama más alta de un árbol, componiéndose las plumas y escudriñando todos los movimientos que se producían abajo en el suelo. Un monito se hallaba ubicado en otra rama, y los dos se observaban recíprocamente a prudente distancia. Luego se les unió un cuervo. Al terminar su arreglo matutino el águila permaneció muy quieta por un rato, y luego emprendió el vuelo. Excepto para los seres humanos, un nuevo día comenzaba; nada era igual que ayer. Los árboles y los papagayos no eran los mismos; el pasto y los arbustos eran de una calidad completamente diferente. El recuerdo del ayer sólo oscurece el hoy, y la comparación impide la percepción. ¡Qué graciosas eran esas flores rojas y amarillas! La

gracia no es del tiempo. Llevamos nuestras cargas día tras día, y jamás hay un día sin la sombra de muchos oyeres. Nuestros días son un continuo movimiento, el ayer fundiéndose en el hoy y el mañana; jamás hay un final. Nos espanta el terminar; pero sin un terminar, ¿cómo puede existir lo nuevo? Sin la muerte, ¿cómo puede haber vida? ¡Y qué poco sabemos de las dos! Tenemos todas las palabras, las explicaciones, y nos satisfacemos con ellas. Las palabras falsean el terminar, y sólo hay terminar cuando la palabra ya no está. Conocemos el terminar que es de las palabras; pero el terminar sin palabras, el silencio que no es de las palabras, jamás lo conocemos. Conocer es memoria; la memoria siempre es continua, y el deseo es el hilo que ata un día con otro. El terminar del deseo es lo nuevo. La muerte es lo nuevo, y la vida como continuidad sólo es memoria, una cosa vacía. Con lo nuevo, la vida y la muerte son uno.

Un muchacho pasaba dando largos pasos, cantando mientras caminaba. Sonreía a todos los que él pasaba y parecía tener muchos amigos. Estaba mal vestido, y llevaba una sucia faja alrededor de la cabeza, pero tenía radiante el rostro y brillantes los ojos. Con sus largos pasos se adelantó a un hombre gordo que tenia puesta una gorra. No oyó la canción del muchacho, ni siquiera echó una ojeada al cantor. El muchacho atravesó los portones; después de cruzar los hermosos jardines y el puente sobre el río, hizo un rodeo hacia el mar, donde se le unieron varios compañeros, y cuando caía la noche todos empezaron a cantar juntos. Las luces de un coche alumbraban sus rostros, y en sus ojos profundos había un deleite desconocido. Se puso a llover fuerte, y todo chorreaba agua.

El era doctor no sólo en medicina sino también en psicología. Delgado, tranquilo y reservado, había llegado de allende los mares, y había estado bastante tiempo en este país como para acostumbrarse al sol y a las lluvias torrenciales. Dijo que había trabajado como médico y como psicólogo durante la guerra, y ayudado tanto como su capacidad se lo permitió, pero no estaba satisfecho con lo que había dado. Quería dar mucho más, ayudar mucho más profundamente: lo que había dado era tan poco, y tanto lo que faltaba hacer en todas partes.

Estuvimos sentados sin pronunciar palabra durante un largo rato, mientras él condensaba la tensión que lo embargaba. El silencio es una cosa extraña. El pensamiento no contribuye al silencio, ni lo crea. No es posible unirse al silencio, ni viene él por acción de la voluntad. El recuerdo del silencio no es silencio. El silencio estaba en la habitación con palpitante quietud, y la conversación no lo perturbaba. La conversación adquiría significación en ese silencio, y el silencio era el trasfondo de la palabra. El silencio daba expresión, pero el pensamiento no era silencio. El pensar no era, pero el silencio era; y el silencio penetró, unió y dio expresión. El pensar jamás puede penetrar, y en el silencio hay comunión.

El doctor decía que estaba disconforme con todo: con su trabajo, con sus capacidades, con todas las ideas tan cuidadosamente cultivadas. Había probado las diversas escuelas del pensamiento, y ninguna le satisfacía. Durante muchos meses desde su llegada, había estado con varios instructores, pero los tuvo que dejar con aun mayor insatisfacción. Había experimentado muchos ismos, incluso el cinismo, pero su insatisfacción continuaba.

¿Es que busca Ud. insatisfacción y no la ha obtenido hasta ahora? ¿Es el deseo de satisfacción la causa del descontento? Buscar implica conocer. Dice Ud. que no está satisfecho, y sin embargo está buscando; busca satisfacción, y aún no la ha obtenido, Usted desea satisfacción, lo que significa que no está insatisfecho. Si estuviera realmente insatisfecho con todo, no estaría buscando un modo de evitarlo. La insatisfacción que busca satisfacerse pronto encuentra lo que quiere en alguna clase de relación con las posesiones, con una persona, o con algún ismo.

"He pasado por todo eso, y sin embargo sigo completamente insatisfecho".

Puede estar insatisfecho en cuanto a las relaciones exteriores, pero tal vez busque algún vínculo psicológico que le brinde plena satisfacción.

"También he pasado por eso, pero sigo estando insatisfecho". Me pregunto si Ud. lo está realmente. Si estuviera enteramente descontento, no habría movimiento en ninguna dirección particular, ¿no es así? Si estuviera completamente insatisfecho con el hecho de estar en una habitación, Ud. no buscaría una habitación más amplia y con muebles más finos; sin embargo, este deseo de hallar una habitación mejor es lo que Ud. llama insatisfacción. Ud. no está insatisfecho con todas las habitaciones, sino solamente con esta habitación en particular, de la cual desea escapar. Su insatisfacción proviene del hecho de no haber hallado completa satisfacción. Lo que en realidad busca Ud. es gratificación, por eso se mueve constantemente juzgando, comparando, pensando, negando y naturalmente esta insatisfecho. ¿No es eso?

"Parece que fuera así, en efecto".

Así pues Ud. está realmente no insatisfecho; simplemente no ha podido encontrar hasta ahora completa y permanente satisfacción en nada. Eso es lo que Ud. desea: completa satisfacción, algún profundo y perdurable contenido interior.

"Pero yo deseo ayudar, y este descontento impide que me entregue a ello completamente".

Su propósito es ayudar y hallar en eso completa satisfacción. En realidad no desea ayudar, sino obtener satisfacción en la ayuda. Usted procura satisfacción ayudando, otro la busca en algún ismo, y otro aun en alguna clase de afición. Lo que Ud. busca es una droga completamente satisfactoria a la que por el momento llama ayuda.

Al tratar de pertrecharse para ayudar, lo hace para lograr una completa satisfacción. Lo que en verdad Ud. quiere es una duradera autosatisfacción.

En la mayoría de nosotros, el descontento con facilidad halla contento. Pronto adormecemos nuestro descontento; pronto lo dopamos, lo aquietamos y lo hacemos respetable. Exteriormente Ud. puede haber terminado con todos los ismos, pero psicológicamente, en lo más profundo, está buscando algo a que aferrarse. Usted dice que ha terminado con toda relación personal con otros. Puede ser que en la relación personal no haya encontrado una satisfacción duradera, y que por eso busque relacionarse con una idea, que siempre es autoproyectada. En la búsqueda de una relación que sea completamente satisfactoria, de un seguro refugio que resista todas las tormentas, ¿no pierde Ud. la única cosa que trae contento? Contento, quizá sea una fea palabra, pero el verdadero contento no implica estancamiento, reconciliación, apaciguamiento, insensibilidad. El contento es la comprensión de lo que **es**, y lo que **es** jamás es estático. Una mente que interpreta, que traduce lo que **es**, está atrapada en su propio prejuicio de satisfacción. Interpretación no es comprensión.

Con la comprensión de lo que **es** llega el inagotable amor, la ternura, la humildad. Quizá sea esto el motivo de su búsqueda; pero eso no puede ser buscado ni hallado. Haga lo que hiciere, jamás lo hallará. Estará allí cuando toda búsqueda haya terminado. Usted puede buscar solamente aquello que ya conoce, vale decir más satisfacción. Buscar y vigilar son dos procesos diferentes: el uno ata, y el otro trae comprensión. La búsqueda, teniendo un fin en vista, siempre ata; la pasiva vigilancia trae comprensión de lo que **es** de instante en instante. En lo que **es** de instante en instante hay siempre un terminar; en la búsqueda hay continuidad. La búsqueda jamás puede encontrar lo nuevo; Únicamente en el terminar está lo nuevo. Lo nuevo es lo inagotable. Sólo en el amor hay eterna renovación.

LA SABIDURÍA NO ES ACUMULACIÓN DE CONOCIMIENTO

La cabaña estaba en lo alto de la montaña, y para llegar allá había que cruzar en coche el ancho desierto, pasando por varias ciudades, exuberantes huertos y ricas granjas, que habían sido ganados al desierto gracias al riego y a una dura labor. Una de las ciudades era especialmente agradable, con sus verdes prados y grandes y umbrosos árboles, pues muy cerca pasaba un río que bajaba de las distantes montañas y se internaba hasta el mismo corazón del desierto. Más allá de esta ciudad, siguiendo el torrentoso río, el camino conducía hasta los picos nevados. La tierra era ahora rocosa, desnuda y quemada por el sol, pero había muchos árboles a lo largo de las orillas del río. El camino serpenteaba, elevándose siempre más y pasando a través de bosques de antiguos pinos, que perfumaban el aire bajo el sol. El aire se había vuelto fresco y vivificante, y pronto llegamos a la cabaña.

Después de un par de días, cuando se hubo acostumbrado a nosotros, una ardilla colorada y negra solía venir a ubicarse sobre el antepecho de la ventana y nos regañaba un poco. Quería nueces. Cada visitante debía darle de comer; pero ahora los visitantes eran escasos, y ella ansiaba hacer provisión para el cercano invierno. Era una ardilla muy activa y vivaz, y estaba siempre dispuesta para juntar lo que podía para los muchos meses de frío y nieve que se aproximaban. Su cueva estaba en el hueco de un árbol que debió haber muerto hacía muchos años. Recogía una nuez, corría hacia el enorme tronco, trepaba ruidosamente rezongando y amenazando, desaparecía en la cueva, y luego volvía a bajar con tal rapidez que uno creía que iba a caer; pero nunca cayó. Nos pasamos una mañana dándole toda una bolsista de nueces; se hizo muy amiga y entraba directamente en la habitación, con su pelambre lustroso y sus grandes ojos chispeantes. Sus garras eran afiladas, y su cola muy espesa. Era un animalito alegre e inteligente, y parecía dueño de todo el paraje, porque mantenía alejadas a las otras ardillas.

El era un hombre agradable, ansioso de sabiduría. Quería acopiarla, del mismo modo que esa ardilla juntaba nueces. Aunque no era pudiente, debió haber viajado bastante, pues parecía haber tratado mucha gente en diversos países. Aparentemente había leído mucho también, ya que solía citar frases de algunos filósofos y santos. Dijo que leía el griego y que tenía nociones de sánscrito. Se estaba poniendo viejo y anhelaba reunir sabiduría.

¿Puede uno acopiar sabiduría?

“¿Por qué no? Es la experiencia que hace sabio al hombre, y el conocimiento es esencial para la sabiduría”.

¿Puede un hombre que ha acumulado ser sabio?

«La vida es un proceso de acumulación, una gradual formación del carácter, un lento desarrollo. La experiencia, después de todo, es la acumulación de conocimientos. El conocimiento es esencial para toda comprensión”.

“¿Llega la comprensión con el conocimiento, con la experiencia? El conocimiento es el residuo de la experiencia, la acumulación del pasado. El conocimiento, la conciencia, es siempre el pasado; y ¿puede el pasado comprender? ¿No surge la comprensión en los intervalos en que el pensamiento está silencioso? ¿Y puede traer comprensión el esfuerzo para prolongar o acumular esos espacios de silencio?

“Sin acumulación, no existiríamos; no habría continuidad de pensamiento, de acción. La acumulación es carácter, es virtud. No podemos existir sin acumular. Si no conociese la estructura de ese motor, no sería capaz de comprenderlo; si no conociera la composición de la música, no estaría en condiciones de apreciarla profundamente. Sólo los superficiales saborean la música. Para apreciar la música, es necesario saber cómo está hecha, cómo está compuesta. Conocer es acumular. No hay apreciación si no se conocen los hechos. Cierta clase de acumulación es necesaria para la comprensión, y esto es sabiduría”.

Para descubrir, debe haber libertad, ¿no es así? Si Ud. está confinado, sobrecargado, no puede ir lejos. ¿Cómo puede haber libertad si hay acumulación de cualquier clase? El hombre que acumula, ya sea dinero o conocimiento, jamás puede estar libre. Usted podrá estar libre de la adquisitividad de las cosas, pero la codicia de conocimientos también es un cautiverio, también aprisiona. ¿Es, una mente ligada a cualquier forma de adquisición, capaz de aventurarse lejos y descubrir? ¿Es la virtud acumulación? ¿Puede acaso una mente que acumula virtud ser virtuosa? ¿No es la virtud liberación del devenir? El carácter también puede ser un confinamiento. La virtud jamás puede ser un confinamiento, pero toda acumulación lo es.

“¿Cómo puede haber sabiduría sin experiencia?”

La sabiduría es una cosa, y el conocimiento es otra. El conocimiento es acumulación de experiencia; es la continuación de la experiencia, lo cual es memoria. La memoria puede ser cultivada, fortalecida, formada, condicionada; ¿pero es sabiduría la extensión de la memoria? ¿Es sabiduría lo que tiene continuación? Tenemos conocimientos, la acumulación de las generaciones; y ¿por qué no somos sabios, felices, creativos? ¿Traerá el conocimiento la bienaventuranza? Conocer, que es acumulación de experiencia, no es vivenciar. Conocer impide vivenciar. La acumulación de experiencia es un proceso continuo, y cada experiencia fortalece este proceso; cada experiencia fortifica la memoria, le da vida. Sin esta constante reacción de la memoria, ella pronto se debilitaría. El pensamiento es la memoria, la palabra, la acumulación de experiencia. La memoria es el pasado, como lo es la conciencia. Toda esta cargazón del pasado es la mente, es pensamiento. El pensamiento es lo acumulado; ¿y cómo puede el pensamiento estar libre para descubrir lo nuevo? Debe terminar para que lo nuevo sea.

“Yo puedo comprender esto hasta cierto punto; pero sin pensamiento, ¿cómo puede haber comprensión?”

¿Es la comprensión un proceso del pasado, o está siempre en el presente? La comprensión significa acción en el presente. ¿No ha notado Ud. que la comprensión es en el instante, que no es del tiempo? ¿Comprende Ud. gradualmente? La comprensión es siempre inmediata, ahora, ¿verdad? El pensamiento es el resultado del pasado; está basado en el pasado, es una respuesta del pasado. El pasado es lo acumulado, y el pensamiento es la respuesta de la acumulación. ¿Cómo, entonces, puede el pensamiento comprender? ¿Es la comprensión un proceso consciente? ¿Se propone Ud. deliberadamente comprender? ¿Decide Ud. gozar la belleza de un atardecer?

“Pero ¿no es la comprensión un esfuerzo consciente?”

¿Qué entendemos por ser consciente? ¿Cuándo es Ud. consciente? ¿No es, ser consciente, la respuesta al desafío, al estímulo, agradable o desagradable? Esta respuesta al desafío es experiencia. La experiencia es nombrar, determinar, asociar. Sin nombrar, no habría experiencia, ¿verdad? Todo este proceso de desafío, respuesta, nombrar, experiencia, es ser consciente, ¿no es así? Ser consciente es siempre un proceso del pasado. El esfuerzo consciente, la voluntad de comprender, de acumular, la voluntad de ser, es la continuación del pasado, tal vez modificado, pero siempre del pasado. Cuando hacemos un esfuerzo para ser o devenir algo, ese algo es la proyección de nosotros mismos. Cuando hacemos un esfuerzo consciente para comprender, estamos oyendo el ruido de nuestras propias acumulaciones. Es este ruido que impide la comprensión.

“Entonces ¿qué es la sabiduría?”

La sabiduría existe cuando el pensamiento termina. El conocimiento tiene continuidad sin continuidad no hay conocimiento. Lo que tiene continuidad jamás puede ser libre, lo nuevo. Sólo hay liberación para lo que termina. El conocimiento jamás puede ser nuevo, siempre está envejeciendo. Lo viejo siempre está absorbiendo lo nuevo y fortaleciéndose de ese modo. Lo viejo debe cesar para que lo nuevo sea.

“Usted quiere decir, en otras palabras, que el pensamiento debe terminar para que la sabiduría sea. Pero ¿cómo puede terminar el pensamientos”

El pensamiento no puede terminar mediante ningún género de disciplina, de práctica, de compulsión. El pensador es el pensamiento, y él no puede actuar sobre sí mismo; cuando lo hace, solo es eso un autoengaño. El es pensamiento, no esta separado del pensamiento; puede presumir que es diferente, pretender que es distinto, separado, pero eso no es más que una artimaña del pensamiento para darse permanencia. Cuando el pensamiento intenta poner fin al pensamiento sólo se fortalece a sí mismo. Haga lo que quiera, el pensamiento no puede terminar consigo mismo. Es sólo cuajado vemos la verdad de esto que el pensamiento llega a su fin. Sólo hay liberación cuando vemos la verdad de lo que es, y la sabiduría es la percepción de esa verdad. Lo que es jamás es estático, y para estar pasivamente atento a ello debe haber liberación de toda acumulación.

LA DISTRACCIÓN

Es un ancho y largo canal, que se extendía desde el río hasta las tierras que no tenían agua. El canal estaba a mayor altura que el río, y el agua que entraba en él se controlaba con un sistema de esclusas. Reinaba apacible calma a lo largo de ese canal; barcazas pesadamente cargadas se movían hacia arriba y hacia abajo, y sus triangulares velas blancas se perfilaban contra el azul del cielo y las oscuras palmeras. Era un agradable atardecer, sereno y libre, y el agua estaba muy quieta. Las palmeras y los mangos se reflejaban en ellas con tanta nitidez que era difícil distinguir lo real de su reflejo. El sol poniente hacía diáfana el agua, y el resplandor del atardecer brillaba en su superficie. La estrella del atardecer comenzaba también a reflejarse. El agua se hallaba inmóvil y los pocos lugareños que pasaban, por lo general conversando ruidosa y largamente, estaban silenciosos. Hasta el susurro de las hojas había casado. Desde la pradera llegaban algunos animales; bebían y desaparecían tan silenciosamente como habían venido. El silencio poseía la tierra, parecía contener todas las cosas.

El ruido termina, pero el silencio es penetrante y sin fin. Podemos aislarnos del ruido, pero no hay encierro contra el silencio; ningún muro puede ocultarlo, no hay resistencia posible contra él. El ruido intercepta todas las cosas, es excluyente y aislador; el silencio lo incluye todo. El silencio, como el amor, es indivisible; no admite división en ruido y silencio. La mente no puede seguirlo ni ser aquietada para recibirlo. La mente que es aquietada sólo puede reflejar sus propias imágenes, y éstas son vivas y claras, ruidosas en su exclusión. Una mente que es aquietada sólo puede resistir, y toda resistencia es agitación. La mente que es quieta, y no hecha quieta, está vivenciando el silencio; el pensamiento, la palabra, están entonces dentro del silencio, y no fuera de él. Es extraordinario cómo, en este silencio, la mente es tranquila, con una tranquilidad que no es formada. Como la tranquilidad no se puede adquirir, no tiene ningún valor y no es utilizable, tiene la calidad de lo puro, de lo único. Lo que puede ser utilizado pronto se agota. La tranquilidad no empieza ni termina, y una mente de tal manera tranquila conoce una bienaventuranza que no es el reflejo de su propio deseo.

Ella dijo que siempre había estado agitada por una cosa u otra si no era la familia, era el vecino o alguna actividad social. La agitación había llenado su vida, y nunca pudo hallar la razón de estas constantes excitaciones. No era muy feliz; ¿cómo podemos serlo con el mundo tal como es? Tuvo su parte de pasajera felicidad, pero todo eso pertenecía al pasado y ahora buscaba algo que diera sentido a su vida. Había pasado por muchas cosas que a su tiempo parecían de valor, pero que después se reducían a la nada. Se había empeñado en muchas actividades sociales de carácter serio, ardientemente había creído en las cosas de la religión, había sufrido por la muerte de algún familiar, y tuvo que someterse a una intervención quirúrgica de gravedad. La vida no había sido complaciente con ella, agregó, y existían millones como ella en el mundo. Quería ir más allá de todas estas cosas, ya fuesen superfluas o necesarias, y encontrar algo que realmente valiese la pena.

Las cosas que valen la pena no pueden ser buscadas. No se pueden adquirir deben acaecer, y el acaecer no puede ser artificiosamente planeado. ¿No es verdad que todo lo que tiene hondo significado siempre acaece, jamás es producido? El acaecer es importante, no el hallar. El hallar es comparativamente fácil, pero el acaecer es asunto muy diferente. No es que sea difícil; pero el ansia de buscar, de hallar, debe terminar completamente para que tenga lugar el acaecer. Hallar implica perder; para perder es necesario tener. Poseer o ser poseído es no estar jamás libre para comprender.

¿Pero por qué ha existido siempre esta agitación, este desasosiego; ¿Se lo ha preguntado Ud. seriamente antes?

"Lo he intentado a medias, nunca objetivamente. Siempre he sido distraída".

No distraída, si me permite indicarlo; es que simplemente esto nunca fue para Ud. un problema vital. Cuando hay un problema vital, entonces no hay distracción. La distracción no existe; la distracción implica un interés central del cual la mente se aparta pero si hay un interés central, no hay distracción, es una evasión de lo que es. Nos gusta deambular muy lejos porque el problema está muy cerca. El deambular da algo que hacer, como la agitación y la murmuración; y aunque el deambular es a menudo penoso, lo preferimos a lo que **es**.

¿Desea seriamente ahondar todo esto, o sólo juega con ello?

"Quisiera realmente ahondarlo hasta agotarlo. Por eso he venido".

Usted se siente desdichada porque falta el manantial que mantenga la fuente llena, ¿no es así? Quizá haya oído alguna vez el susurro del agua entre los guijarros, pero ahora el cauce está seco. Ha conocido la felicidad, pero ella siempre ha quedado atrás, como una cosa del pasado. ¿Es ese manantial que Ud. busca a tientas? ¿Y puede buscarlo, o tiene que llegar a él inesperadamente? Si supiese dónde está, encontraría el medio para alcanzarlo; pero ignorándolo, no hay sendero que la conduzca a él. Saber es impedir que ello ocurra. ¿Es ese uno de sus problemas?

"Es eso exactamente. La vida es tan pesada y estéril, y si eso pudiera suceder no habría nada más que pedir".

¿Es la soledad un problema para Ud.?

“No me preocupa la soledad, sé cómo tratarla. O bien salgo a dar un paseo, o me quedo tranquilamente con ella hasta que se va. Además, me gusta estar sola”.

Todos sabemos lo que es estar solo; un doloroso y temible vacío que no se puede calmar. También sabemos cómo huir de él. Algunos están atrapados en una avenida particular, y otros siguen porque todos hemos explorado las muchas avenidas de la evasión, explorando; pero ni los unos ni los otros están en directa relación con lo que **es**. Dice Ud. que sabe cómo arreglarse con la soledad. Si puedo indicarlo, esta misma acción con respecto a la soledad es su modo de evitarla. Usted sale a dar un paseo, o permanece en compañía de la soledad hasta que se va. Siempre está actuando sobre ella, no deja que ella le cuente su historia. Quiere dominarla, superarla, huir de ella; por lo tanto en su relación con ella hay temor.

¿Es también la realización uno de sus problemas? Realizarse en algo implica eludir lo que uno **es**, ¿no es cierto? Soy insignificante; pero si me identifico con el país, con la familia o con alguna creencia, me siento realizado, completo. Esta búsqueda para completarse es la fuga de lo que **es**.

“Sí, así es; también eso es mi problema”.

Si podemos comprender lo que **es**, tal vez cesen entonces todos estos problemas. Afrontamos cada problema con el propósito de evitarlo; queremos hacer algo a su respecto. Este hacer impide que estemos en directa relación con él, y tal enfoque obstaculiza la comprensión del problema. La mente está ocupada buscando una manera de arreglar el problema, lo cual es en realidad rehuirlo; y así el problema nunca es comprendido, siempre está allí. Para que el problema, lo que **es**, se descubra y cuente toda su historia, la mente debe ser sensible, ágil para seguir. Si anestesiamos la mente mediante evasiones, mediante el saber cómo arreglarnos con el problema, o buscamos una explicación o una causa, lo que sólo es una conclusión verbal, entonces la mente se embota y no puede seguir rápidamente la historia, que el problema, lo que **es**, está revelando. Vea la verdad de esto, y la mente será sensible; y sólo entonces podrá recibir. Cualquier actividad de la mente con respecto al problema únicamente la hace más pesada y por lo tanto incapaz de seguir, de poner atención al problema. Cuando la mente es sensible —no hecha sensible, lo que sólo es un diferente modo de embotarla —entonces lo que **es**, la vacuidad, tiene un significado completamente diferente.

Por favor trate de vivenciar a medida que proseguirnos, no se quede en el nivel verbal.

¿Cuál es la relación de la mente con respecto a lo que **es**? Por lo pronto, a lo que **es** se le ha dado un nombre, una definición, un símbolo de asociación, y este nombrar impide la relación directa, lo que hace a la mente pesada, insensible. La mente y lo que **es** no son dos procesos separados, pero el nombrar los separa. Cuando este nombrar cesa, hay una relación directa: la mente y lo que **es** son uno. Lo que **es**, es ahora el observador mismo sin un nombre, y sólo entonces lo que **es** se transforma; no es más lo que llamamos vacuidad con sus asociaciones de temores, etc. Entonces la mente sólo es el estado de vivencia, en el cual no existe el experimentador ni lo experimentado. Entonces hay una inmensurable profundidad, porque el que mide se ha ido. Lo que es profundo es silencioso, tranquilo, y en esta tranquilidad está el manantial de lo inagotable. La agitación de la mente proviene del empleo de la palabra. Cuando la palabra no es, lo inconmensurable es.

EL TIEMPO

ERA ÉL UN HOMBRE de edad, pero bien conservado, con una larga cabellera gris y barba blanca. Había sido profesor universitario de filosofía en varias partes del mundo. Era muy instruido y tranquilo. Dijo que no meditaba; tampoco era religioso en el sentido corriente del término. Sólo le interesaba el conocimiento; y si bien daba cursos sobre filosofía y religión, no tenía experiencia propia, ni la buscaba. Había venido para discutir la cuestión del tiempo.

¡Qué difícil es ser libre para el hombre de posesiones! Es una dura empresa para al hambre rico dejar de lado sus riquezas. Sólo cuando tiene otros y mayores incentivos olvida la confortante certeza de que es un hambre rico; necesita hallar la realización de su ambición en otro nivel antes de abandonar algo que posee actualmente. Para el hombre rico, el dinero es poder, y él es el que lo maneja; puede ceder grandes sumas, pero él es quien da.

El conocimiento es otra forma de posesión, y el hombre que posee conocimientos se satisface con ellos; para él constituyen un fin en sí. Tiene la impresión —al menos así es en el presente caso— de que el conocimiento resolvería hasta cierto punto nuestros problemas si nos fuera posible difundirlo, poco o mucho, por todo el mundo. Es mucho más difícil para el hombre de conocimientos estar libre de sus posesiones, que para el hombre de riquezas. Es extraordinaria la facilidad con que el conocimiento reemplaza la comprensión y la sabiduría. Cuando tenemos información sobre las cosas, pensamos que comprendemos creemos que el hecho de saber o tener información sobre la causa de un problema hará que éste deje de existir. Investigamos la causa de nuestros problemas, y esta misma investigación es la postergación de la comprensión. La mayoría de nosotros conoce la causa; la causa del odio no está oculta muy profundamente, pero buscando la causa podemos todavía experimentar

sus efectos. Estamos preocupados con la reconciliación de los efectos, y no con la comprensión del proceso total. La mayoría de nosotros estamos apegados a nuestros problemas; sin ellos estaríamos perdidos; los problemas nos proporcionan algo que hacer, y las actividades derivadas de los problemas llenan nuestras vidas. Nosotros somos los problemas y sus actividades.

El tiempo es un fenómeno muy extraño. Espacio y tiempo son uno; el uno no existe sin el otro. Para nosotros el tiempo es extraordinariamente importante, y cada uno le da su propia y particular significación. Para el salvaje el tiempo casi no tiene sentido, pero para el hombre civilizado es de inmensa significación. El salvaje olvida de día en día; pero si el hombre civilizado hiciera lo mismo, se le pondría en un manicomio o perdería su empleo. Para un cientista, el tiempo es una cosa, para un abogado, es otra. Para un historiador, el tiempo es el estudio del pasado; para un hombre de bolsa, son los bonos; para una madre, es el recuerdo de su hijo; para un hombre exhausto, es el descanso a la sombra. Cada cual lo traduce de acuerdo con sus particulares necesidades y satisfacciones, conformándolo para adaptarlo a su propia mente artificiosa. Sin embargo no podemos prescindir del tiempo. Si hemos de vivir, el tiempo cronológico es tan esencial como las estaciones. Pero ¿existe el tiempo psicológico, o él es meramente una engañosa conveniencia de la mente? Por cierto, sólo hay tiempo cronológico, y cualquier otro es engaño. Hay tiempo para crecer y tiempo para morir, tiempo para sembrar y tiempo para cosechar; pero ¿no es el tiempo psicológico, el proceso de devenir, completamente falso?

"¿Qué es el tiempo para Ud.? ¿Piensa Ud. en términos de tiempo? ¿Es Ud. consciente del tiempo?"

¿Acaso podemos pensar en términos de tiempo salvo en el sentido cronológico? Podemos utilizar el tiempo como un medio, pero en sí mismo tiene poco significado, ¿no es así? El tiempo como abstracción es una mera especulación, y toda especulación es vana. Empleamos el tiempo como medio de realización, tangible o psicológica. Se requiere tiempo para ir a la estación, pero la mayoría de nosotros utiliza el tiempo como medio para un fin psicológico, y los fines son muchos. Nos damos cuenta del tiempo cuando algo obstaculiza nuestra realización, o cuando hay una interrupción en la carrera de la prosperidad. El tiempo es el espacio entre lo que **es** y lo que puede, podría o podrá ser. El principio marchando hacia el fin es tiempo.

"¿No hay otro tiempo? ¿Qué puede decir acerca de las complicaciones científicas del tiempo—espacio?"

Hay tiempo cronológico y hay tiempo psicológico. El cronológico es necesario, y está ahí; pero el otro es un asunto enteramente diferente. Se dice que la causa—efecto es un proceso de tiempo, no sólo física sino también psicológicamente. Se considera que el intervalo entre la causa y el efecto es tiempo: pero ¿hay un intervalo? La causa y el efecto de una enfermedad podrán estar separados por el tiempo, el cual, repito, es cronológico: pero ¿hay un intervalo entre la causa y el efecto psicológico? ¿No es la causa—efecto un proceso único? No hay intervalo entre la causa y el efecto. El hoy es el efecto del ayer y la causa del mañana; es un solo movimiento, un continuo fluir. No hay ninguna separación, ninguna línea distintiva entre causa y efecto; pero interiormente los separamos a fin de devenir, de realizar. Soy esto, y debo llegar a ser aquello. Para llegar a ser aquello, necesito tiempo—tiempo cronológico empleado con fines psicológicos. Soy ignorante, pero llegaré a ser sabio. La ignorancia que trata de llegar a ser, sabia sólo es progresiva ignorancia; pues la ignorancia jamás puede llegar a ser sabia, de igual manera que la codicia nunca puede convertirse en no—codicia. El proceso mismo de devenir es ignorancia.

¿No es el pensamiento producto del tiempo? El conocimiento es la continuación del tiempo. Tiempo es continuación.. La experiencia es conocimiento, y el tiempo es la continuación de la experiencia como memoria. El tiempo como continuación es una abstracción, y la especulación es ignorancia. La experiencia es memoria, la mente. La mente es la máquina del tiempo. La mente es el pasado. El pensamiento es siempre el pasado; el pasado es la continuación del conocimiento. El conocimiento es siempre del pasado; el conocimiento jamás está fuera del tiempo, sino que siempre está en el tiempo y es del tiempo. Esta continuación de la memoria, del conocimiento, es la conciencia. La experiencia está siempre en el pasado; es el pasado. Este pasado en conjunción con el presente se mueve hacia el futuro; el futuro es el pasado, tal vez modificado, pero siempre el pasado. Todo este proceso es el pensamiento, la mente. El pensamiento no puede funcionar en ningún otro terreno que no sea el tiempo. El pensamiento puede especular acerca de lo atemporal, pero eso sólo será su propia proyección. Toda especulación es ignorancia.

"Entonces ¿por qué menciona Ud. lo atemporal? ¿Puede llegarse a conocer lo atemporal? ¿Podrá ser reconocido como atemporal?"

El reconocimiento implica al experimentador, y el experimentador es siempre del tiempo. Para reconocer algo, el pensamiento debe haberlo experimentado; y si lo ha experimentado, entonces es lo conocido. Lo conocido no es lo atemporal, por cierto. Lo conocido está siempre dentro de la red del tiempo. El pensamiento no puede conocer lo atemporal; no es una futura adquisición, una futura realización; no se puede marchar hacia lo atemporal. Es un estado de ser en que el pensamiento, el tiempo, no existe.

"¿Qué valor tiene entonces?"

Ninguno absolutamente. No es negociable. No se puede sopesar con un fin. Su valor es desconocido.

"¿Pero qué papel juega en la vida?"

Si la vida es pensamiento, entonces ninguno es absoluto. Deseamos obtenerlo como fuente de paz y felicidad, como una defensa contra toda perturbación, o como un medio para unir a la gente. No puede ser utilizado para ningún propósito. El propósito implica los medios para un fin, y así volvemos de nuevo al proceso del pensamiento. La mente no puede formular lo atemporal, no puede adaptarlo para su propio fin; no puede ser utilizado. La vida sólo tiene significado cuando existe lo atemporal; de lo contrario la vida es pesar, conflicto y dolor. El pensamiento no puede resolver ningún problema humano, pues el mismo pensamiento es el problema. La terminación del conocimiento es el comienzo de la sabiduría. La sabiduría no es del tiempo, no es la continuación de la experiencia, del conocimiento. La vida en el tiempo es confusión y miseria; pero cuando aquello que **es**, es lo atemporal, hay bienaventuranza.

EL SUFRIMIENTO

Un gran animal muerto flotaba río abajo. Sobre él había varios buitres, desgarrando la carroña; peleaban alejando a los otros buitres hasta que estaban llenos, y sólo entonces emprendían vuelo. Los otros esperaban en los árboles, o en las orillas, o revoloteaban por encima. El sol acababa de asomar, y había un espeso rocío sobre el pasto. Al otro lado del río los verdes campos estaban neblinosos, y las voces de los campesinos llegaban claramente a través del agua. Era una hermosa mañana, fresca y renovadora. Un monito jugaba alrededor de la madre entre las ramas. Corría a lo largo de una rama, saltaba a la otra y volvía corriendo, o saltaba de aquí para allá cerca de la madre. Ella estaba fastidiada por estas payasadas, y se dispuso a bajar del árbol para ir a otro. Cuando empezó a descender, el monito corrió detrás y se agarró a ella, subiéndose a sus espaldas o balanceándose por debajo. Tenía una cara pequeñita, con unos ojos llenos de juguetona y asustadiza malicia.

¡Cómo nos asusta lo nuevo, lo desconocido! Queremos permanecer encerrados en nuestras diarias costumbres, rutinas, disputas y ansiedades. Queremos pensar de la misma vieja manera, seguir el mismo camino, ver las mismas caras y tener las mismas preocupaciones. Nos disgusta encontrarnos con extraños, y cuando eso ocurre, permanecemos alejados y distraídos. ¡Y qué miedo sentimos cuando encontramos un animal que no conocemos! Nos movemos dentro de los muros de nuestro propio pensamiento; y cuando nos aventuramos fuera, es aun dentro de la extensión de esos muros. Jamás tenemos un terminar, sino que siempre alimentamos lo continuo. Arrastramos día tras día la carga del ayer; nuestra vida es un largo y continuo movimiento, y nuestras mentes están embotadas e insensibles.

Apenas si podía él contener el llanto. No era un llanto controlado o retraído, sino un sollozar que sacudía todo su cuerpo. Era un hombre más bien joven, vivaz, con ojos de visionario. Durante un tiempo no pudo hablar; y cuando finalmente pudo hacerlo, su voz temblaba y estalló en grandes sollozos, sin avergonzarse y libremente. Luego dijo:

"No había llorado desde el día en que murió mi esposa. No sé qué me hizo llorar de este modo, pero ha sido un alivio. He llorado antes, con ella, cuando estaba en vida, y entonces el llanto era tan purificador como la risa, pero desde su muerte todo ha cambiado. Acostumbraba pintar, mas ahora no puedo tocar los pinceles o mirar las cosas que he hecho. Durante los últimos seis meses yo también parecía estar muerto. No tuvimos hijos, pero ella estaba esperando uno; y ahora se ha ido. Aún no me puedo convencer de esa realidad, pues éramos muy compañeros. Era hermosa y buena, ¿qué he de hacer ahora? Estoy apenado por no haberme podido contener, y sabe Dios por qué me ocurrió eso; pero sé que el haber llorado me ha hecho bien. Sin embargo, jamás podré volver a ser el mismo otra vez; algo falta a mi vida. Días pasados tomé los pinceles, y me parecieron desconocidos. Antes, ni cuenta me daba cuando tenía los pinceles en la mano; pero ahora los encuentro pesados, engorrosos. He ido a menudo al río, con la intención de no regresar; pero siempre he regresado. No podía ver a la gente, porque su rostro estaba siempre allí. Duermo, sueño y como con ella pero sé que lo mismo no puede ser nunca más. He reflexionado al respecto, tratando de racionalizar los hechos y de comprenderlos pero sé que ella no está ya aquí. Sueño con ella noche tras noche; no puedo sin embargo dormir todo el tiempo, por más que lo haya intentado. No me atrevo a tocar sus cosas, y sólo sentir su perfume casi me enloquece. He tratado de olvidar, pero por más que haga, no puedo ya ser el mismo que antes. Acostumbraba escuchar los pájaros, mas ahora quisiera destruirlo todo. No puedo seguir así. No he vuelto a ver a ninguno de nuestros amigos desde entonces; sin ella, nada significan ya para mí. ¿Qué debo hacer?"

Quedamos en silencio un largo rato.

El amor que se convierte en pesadumbre y en aborrecimiento no es amor. ¿Sabemos qué es el amor? ¿Es amor aquello que, al ser contrariado, se transforma en locura? ¿Hay amor cuando hay ganancia y pérdida?

“Amándola, todas esas cosas dejaban de existir. Estaba completamente olvidado de todo, olvidado aun de mí mismo. Sentía un amor así, y todavía siento ese amor por ella pero ahora me doy cuenta también de otras cosas, de mí mismo, de mi pesadumbre, de los días de mi tormento”.

¡Qué pronto el amor se transforma en aborrecimiento, en celos, en pesadumbre! ¡Cuán profundamente estamos perdidos en el humo, y qué distante está lo que parecía tan cercano! Ahora nos percatamos de otras cosas, que de pronto se han vuelto mucho más importantes. Ahora nos damos cuenta de que estamos solos, sin una compañía, sin la sonrisa o la palabra del familiar reproche; ahora nos damos cuenta de nosotros mismos, y no sólo de los otros. Los otros lo eran todo, y nosotros nada, ahora el otro no existe, y nosotros somos lo que **es**. El otro es un sueño, y la realidad es la que nosotros somos. ¿Fue el otro una realidad, o fue un sueño de nuestra propia creación, revestido con el encanto de nuestro propio gozo, que pronto se esfuma? Lo que decae es muerte, y la vida es lo que somos. La muerte no siempre puede ocultar la vida, a pesar de lo mucho que podamos desearlo; la vida es más fuerte que la muerte. Lo que **es**, es más fuerte que lo que no es. ¡Amamos la muerte, y no la vida! La negación de la vida es muy satisfactoria y nos hace olvidar. Cuando el otro es, nosotros no somos; cuando el otro es, nosotros somos libres, no estamos inhibidos; el otro es la flor, el vecino, el perfume, el recuerdo. Todos queremos el otro, todos estamos identificados con el otro; el otro es importante, y no nosotros. El otro es nuestro sueño y cuando despertamos, somos lo que **es**. Lo que **es**, es inmortal, pero nosotros deseamos que lo que **es** termine. El deseo de terminar da nacimiento a lo continuo, y lo que es continuo jamás puede conocer lo que es inmortal.

“Yo sé que no puedo seguir viviendo de este modo, medio muerto. No estoy muy seguro de comprender lo que Ud. dice. Estoy demasiado ofuscado para poderlo captar”.

¿No halla Ud. a menudo que, aunque no preste total atención a lo que oye o a lo que lee, hay sin embargo un escuchar, tal vez inconsciente, y que algo ha penetrado a pesar suyo? Aunque Ud. no haya mirado deliberadamente esos árboles, no obstante su imagen surge de pronto con todo detalle —¿no le ha pasado nunca eso? Por supuesto Ud. está aturdido por el reciente golpe; pero a pesar de eso, a medida que se sobreponga, lo que decimos ahora será recordado y entonces podrá serle de alguna ayuda. Más lo que importa saber es esto: cuando Ud. se recupere del golpe, el sufrimiento será más intenso, y su deseo será huir, escapar de su propio tormento. Encontrará mucha gente que le ayudará a escapar: le ofrecerán plausibles explicaciones, las conclusiones a que ellos u otros han llegado, todo género de racionalizaciones; o Ud. mismo encontrará alguna forma de retiro, agradable o desagradable, para ahogar su pena. Hasta ahora Ud. ha estado demasiado cerca del suceso, pero a medida que los días pasen ansiará alguna clase de consuelo: religión, cinismo, actividad social, o alguna ideología. Pero las evasiones de cualquier clase, ya se trate de Dios o de la bebida, sólo impiden la comprensión del dolor.

El dolor debe ser comprendido y no ignorado. Ignorar es dar continuidad al sufrimiento ignorar es escapar del sufrimiento. Para comprender el sufrimiento es necesario acercarse a él en forma experimental. Experimentar no es buscar un determinado resultado. Si Ud. busca un resultado predeterminado, el experimento no es posible. Si procura superar el sufrimiento, lo cual es condenarlo, entonces no comprende el proceso total; cuando trata de sobreponerse al sufrimiento, no debe haber ninguna acción positiva de la mente para justificarlo o superarlo; la mente debe ser enteramente pasiva, silenciosamente vigilante, de modo que pueda seguir sin hesitación las revelaciones del dolor. La mente no puede seguir la historia del dolor si está atada a una esperanza, a una conclusión o un recuerdo. Para seguir el rápido movimiento de lo que **es**, la mente debe estar libre; la libertad no se obtiene al final, es necesario que exista en el comienzo mismo.

“¿Cuál es el significado de toda esta pesadumbre?”

¿No es la pesadumbre indicio de conflicto, el conflicto del dolor y del placer? ¿No es el pesar la intimación de la ignorancia? La ignorancia no es la carencia de información sobre los hechos; la ignorancia es la falta de atención al total proceso de uno mismo. Debe haber sufrimiento en tanto no haya comprensión de las modalidades del “yo”; y las modalidades del “yo” sólo pueden ser descubiertas en la acción de la interrelación.

“Pero mis relaciones han terminado”.

No hay fin para la interrelación. Puede haber fin para una relación en particular, pero la interrelación jamás puede terminar. Ser es estar relacionado, y nada puede vivir en el aislamiento. Aunque tratemos de aislarnos por medio de una particular relación, tal aislamiento inevitablemente engendrará pesadumbre. El pesar es el proceso del aislamiento.

“¿Puede la vida volver a ser lo que ha sido antes?”

¿Puede la alegría de ayer repetirse hoy? El deseo de repetición surge sólo cuando no hay alegría hoy; cuando el hoy está vacío, miramos hacia el pasado o hacia el futuro. El deseo de repetición es el deseo de continuidad, y en la continuidad no existe jamás lo nuevo. Hay felicidad, no en el pasado o en el futuro, sino sólo en el movimiento del presente.

SENSACION Y FELICIDAD

ESTÁBAMOS MUY ALTO sobre el verde mar, y el ruido de las hélices batiendo el aire y el estruendo del escape hacían difícil la conversación. Además, había algunos estudiantes que iban a una reunión deportiva en la isla; uno de ellos tenía un banjo, y durante varias horas estuvo tocando y cantando. Luego invitó a los otros, y todos se pusieron a cantar juntos. El muchacho del banjo tenía buena voz, y las canciones eran americanas, típicas y de los vaqueros o de jazz. Lo hacían todo muy bien, exactamente como un disco de gramófono. Constituían un grupo singular, interesado sólo en el presente; no tenía otro pensamiento que no fuera el gozo inmediato. El mañana encerraba todas las inquietudes: el trabajo, el casamiento la vejez y la muerte. Pero aquí, alto sobre el mar, sólo existían las canciones y las revistas americanas. Pasó desapercibido para ellos el relampagueó entre las oscuras nubes, y nunca miraron la curva de la tierra prolongándose en el mar, ni tampoco la distante aldea bajo el sol.

La isla estaba ahora casi debajo de nosotros. Aparecía verde y resplandeciente, recién lavada por las lluvias. ¡Qué prolijo y ordenado se veía todo desde esa altura! Las colinas más altas parecían chatas, y sin movimiento alguno las blancas olas. Un oscuro velero de pesca huía de la tormenta; pronto estaría a salvo, pues el puerto se hallaba a la vista. El tortuoso río bajaba al mar a través de un terreno pardo amarillento. A esa altura se veía lo que ocurría en ambas márgenes del río, y el pasado y el futuro se unían. El futuro no estaba oculto, aunque se hallase velado. Allá arriba no existía ni el pasado ni el futuro; el curvo espacio no ocultaba el tiempo de la siembra ni el tiempo de la siega.

El hombre que ocupaba el asiento inmediato empezó a hablar de las dificultades de la vida. Se quejaba de su trabajo, de los viajes incesantes, de la desconsideración de su familia, y de la banalidad de la política moderna. Se dirigía a una localidad muy lejana, y estaba bastante afligido por tener que dejar su hogar. A medida que conversaba se volvía más y más serio y preocupado por el mundo, y particularmente por él mismo y por su familia.

"Quisiera dejar todo esto y retirarme a algún lugar tranquilo, trabajar un poco, y ser feliz. No creo haber sido feliz en toda mi vida, y no sé lo que ello significa. Vivimos, nos multiplicamos, trabajamos y morimos, como cualquier otro animal. He perdido todo entusiasmo, salvo el de juntar dinero, y aun eso se está volviendo más bien molesto. Soy bastante eficiente en mi trabajo y gano un buen salario, pero no tengo la más vaga idea de lo que pueda implicar todo esto. Desearía ser feliz, ¿qué cree Ud. que puedo hacer para lograrlo?"

La comprensión es cosa muy compleja, y éste no es por cierto el lugar apropiado para una conversación seria.

"Temo que sea ésta mi única oportunidad apenas aterricemos tendré que proseguir el viaje. Quizá yo no parezca serio, pero tengo condiciones para la seriedad; la única dificultad es que no puede haber unidad en esas condiciones. En el fondo soy realmente serio. Mi padre y mis más antiguos parientes eran conocidos por su seriedad, pero las presentes condiciones económicas no permiten que uno sea completamente serio. He sido arrastrado lejos de todo eso, pero desearía volver a ello y olvidar toda esta estupidez. Supongo que soy débil y me quejo de las circunstancias, pero de todas maneras, quisiera ser realmente feliz".

Una cosa es la sensación, y otra la felicidad. La sensación siempre está buscando nuevas sensaciones, en círculos cada vez más amplios. No hay fin para el goce de las sensaciones, se multiplican pero en su realización siempre hay insatisfacción, existe siempre el deseo de más, y esta demanda no tiene fin. La sensación y la insatisfacción son inseparables, pues el deseo de más la une. La sensación es el deseo de más y el deseo de menos. En el acto mismo de la realización de la sensación nace la demanda de más. El más está siempre en el futuro; es la permanente insatisfacción con lo que ha sido. Hay conflicto entre lo que ha sido y lo que será. La sensación siempre es insatisfacción. Podemos cubrir la sensación con el manto de la religión, pero ella sigue siendo lo que es: una cosa de la mente y una fuente de conflicto y aprensión. Las sensaciones físicas están siempre reclamando más; y cuando son contrariadas, hay ira, celos, aversión. Hay goce en la aversión, y la envidia satisface; cuando una sensación es contrariada, la satisfacción se apoya en el mismo antagonismo que surge de la frustración.

La sensación es siempre una reacción, y erra de una reacción a otra. El errabundo es la mente; la mente es sensación. La mente es el depósito de las sensaciones; agradables o desagradables, y toda experiencia es reacción. La mente es memoria, y ésta después de todo es reacción. La reacción o sensación jamás puede ser satisfecha; la respuesta jamás puede estar contenta. La respuesta siempre es negación, y lo que no es, nunca puede ser. La sensación no conoce el contento. La sensación, la reacción debe siempre crear conflicto, y el mismo conflicto es nueva sensación. La confusión crea confusión. La actividad de la mente, en todos sus diferentes niveles, es la persecución de la sensación; y cuando su expansión es contrariada, halla satisfacción retrayéndose. La sensación es el conflicto de los opuestos; y en este conflicto de la resistencia y la aceptación, de la concesión y la negación, hay una satisfacción que está siempre buscando nuevas satisfacciones.

La mente jamás puede hallar felicidad. La felicidad no es cosa que pueda ser perseguida y hallada, como la sensación. Se puede hallar sensación una y otra vez, porque ella siempre se pierde; pero la felicidad no se puede hallar. La felicidad que se recuerda es solo una sensación, una reacción en pro o en contra del presente. Lo que se ha ido no es felicidad; la experiencia de la felicidad que se ha ido es sensación, pues el recuerdo es el pasado, y el pasado es sensación. La felicidad no es sensación.

¿Se ha dado Ud. cuenta alguna vez de ser feliz?

"Por supuesto que sí, gracias a Dios, de lo contrario no sabría lo que es ser feliz".

Por cierto, lo que Ud. conoció, fue la sensación de una experiencia que Ud. llama felicidad; pero eso no es felicidad. Lo que Ud. conoce es el pasado, no el presente; y el pasado es sensación, reacción, recuerdo. Usted recuerda que fue feliz; y ¿puede el pasado decir lo que es la felicidad? Puede recordar pero no puede ser. El reconocimiento no es la felicidad; saber lo que es ser feliz, no es felicidad. El reconocimiento es la respuesta de la memoria; y ¿puede la mente, el complejo de los recuerdos, de las experiencias, ser feliz? El mismo reconocimiento impide la vivencia.

Cuando Ud. se da cuenta que es feliz, ¿hay felicidad? Cuando hay felicidad, ¿es consciente de ello? La conciencia viene sólo con el conflicto, el conflicto del recuerdo del más. La felicidad no es el recuerdo del más. Donde hay conflicto, no hay felicidad. El conflicto está donde esté la mente. En todos los niveles el pensamiento es la respuesta de la memoria, y por eso invariablemente engendra conflicto. El pensamiento es sensación, y la sensación no es felicidad. Las sensaciones siempre buscan satisfacción. El fin es sensación, pero la felicidad no es un fin; no puede ser buscada.

"Pero ¿cómo pueden las sensaciones terminar?"

Terminar con las sensaciones es invitar la muerte. La mortificación sólo es otra forma de sensación. En la mortificación, física o psicológica, la sensibilidad se destruye, pero no la sensación. El pensamiento que se mortifica a sí mismo solo busca nuevas sensaciones, pues el pensamiento en si es sensación. La sensación jamas puede poner término a la sensación; puede tener diferentes sensaciones en otros niveles, pero no hay fin para la sensación. Destruir la sensación es insensibilizarse, morir; no ver, no oler, no tocar es estar muerto, lo cual es aislamiento. Nuestro problema es completamente diferente, ¿no es cierto? El pensamiento jamás puede traer felicidad; sólo puede recordar sensaciones, pues el pensamiento es sensación. La felicidad no se puede cultivar, producir, ni se puede progresar hacia ella. El pensamiento sólo puede ir hacia lo que conoce, pero lo conocido no es felicidad; lo conocido es sensación. Por más que haga, el pensamiento no puede ser o buscar la felicidad. El pensamiento sólo puede darse cuenta de su propia estructura, de su propio movimiento. Cuando el pensamiento hace un esfuerzo para concluir consigo mismo, sólo procura ser más dichoso, alcanzar una meta, un fin que resulte más satisfactorio. El más es conocimiento, pero no felicidad. El pensamiento debe darse cuenta de sus propias modalidades, de sus propios y sutiles engaños. Con la alerta percepción de sí misma, sin ningún deseo de ser o de no ser, la mente llega a un estado de inacción. La inacción no es la muerte; es una pasiva vigilancia en la que el pensamiento está totalmente inactivo. Es el más alto estado de sensibilidad. Cuando la mente está completamente inactiva en todos sus niveles únicamente entonces hay acción. Las actividades de la mente son todas meras sensaciones, reacciones al estímulo, a la influencia, y por lo tanto no son acciones en absoluto. Cuando la mente está inactiva, hay acción; esta acción es sin causa, y sólo en ella existe la bienaventuranza.

VER LO FALSO COMO FALSO

ERA UN HERMOSO atardecer. El cielo estaba inflamado de rojo detrás de los arrozales, y las altas y esbeltas palmeras se balanceaban con la brisa. El ómnibus, colmado de pasajeros, subía ruidosamente la pequeña colina, cortada en redondo por el río en su camino hacia el mar. El ganado estaba gordo y había una densa vegetación con abundancia de flores. Robustos muchachitos jugaban en una cancha, y las chicas los observaban con admiración. Había un pequeño santuario próximo, en el que alguien encendía una luz frente a la imagen. En una solitaria casa se rezaban las oraciones vespertinas; la habitación estaba débilmente iluminada por una lámpara. Toda la familia se encontraba reunida allí, y todos parecían gozar de sus oraciones. Un perro se había quedado profundamente dormido en medio del camino, y un ciclista tuvo que esquivarlo. Empezaba a oscurecer, y las luciérnagas alumbraban las caras de la gente que pasaba silenciosamente. Una se enredó en el cabello de una mujer, dando un leve resplandor a su cabeza.

¡Cuán bondadosos somos cuando nos expresamos con naturalidad, especialmente lejos de las ciudades, en el campo y en las pequeñas aldeas! La vida es más íntima entre la gente menos educada, donde aún no se ha extendido la fiebre de la ambición. El muchacho os sonríe, la anciana se prodiga, el hombre vacila y se excusa al pasar. Un grupo detiene su charla clamorosa y se pone a observar con repentinos interés, y una mujer espera para dejaros pasar. Sabemos muy poco de nosotros mismos; sabemos, pero no comprendemos; sabemos, pero no tenemos comunión con otros. No nos conocemos a nosotros mismos ¿cómo podemos conocer a los demás? Jamás podemos conocer a los otros, sólo podemos comunicarnos con otros. Podemos conocer lo muerto, pero jamás lo viviente; lo que conocemos es el muerto pasado, no lo viviente. Para darnos cuenta de lo viviente, nos es preciso sepultar lo muerto en nosotros mismos. Conocemos los nombres de los árboles, de los pájaros, de las tiendas, pero ¿qué sabemos de nosotros mismos fuera de algunas palabras y apetitos? Tenemos información, conclusiones sobre

tantas cosas; pero no hay felicidad, no hay paz que no sea estancamiento. Nuestras vidas son tristes y vacías, o están llenas de palabras y actividades que nos ciegan. El conocimiento no es sabiduría, y sin sabiduría no hay paz, no hay felicidad.

El era un joven profesor, descontento, impaciente y cargado de responsabilidades. Empezó refiriendo sus inquietudes, el fatigoso destino del hombre. Había recibido una buena instrucción, dijo, —lo que ordinariamente consiste en saber leer y reunir información de los libros. Expresó que había asistido a tantas conferencias como pudo, y siguió diciendo que durante años había procurado dejar el cigarrillo, pero que nunca fue capaz de lograrlo completamente. Quería dejarlo porque era costoso a la vez que estúpido. Había hecho todo lo que pudo para dejar de fumar, pero siempre había vuelto al vicio. Este era uno de sus problemas, entre otros. Era fuerte, nervioso y delgado.

¿Comprendemos algo si lo condenamos? Rechazarlo o aceptarlo, es fácil; pero la misma condenación o aceptación es una evasión del problema. Condenar a un niño es apartarlo para que no os moleste; pero el niño sigue estando allí. Condenar es menospreciar, no prestar atención; en la condenación no puede haber comprensión.

"Me he culpado a mí mismo por mi vicio de fumar, una y otra vez. Es difícil no condenar".

Sí, es difícil no condenar, porque nuestro condicionamiento está basado en la negación, en la justificación, en la comparación y la resignación. Este es nuestro trasfondo, el condicionamiento con que abordamos cada problema. Este mismo condicionamiento crea el problema, el conflicto. Usted ha tratado de alejar su vicio razonando, ¿no es cierto? Al decir que es estúpido, quiere decir que lo ha pensado completamente y ha llegado a la conclusión de que es estúpido. Y sin embargo el raciocinio no ha logrado hacerle dejar el vicio. Pensamos que podemos estar libres de un problema conociendo su causa pero el conocer es mera información, una conclusión verbal. Este conocimiento impide la comprensión del problema. Conocer la causa de un problema y comprender el problema son dos cosas enteramente diferentes.

"¿Pero de qué otro modo se puede abordar un problema?"

Eso es lo que vamos a averiguar. Cuando descubramos cuál es el enfoque falso, nos daremos cuenta de cuál es el único enfoque. La comprensión de lo falso es el descubrimiento de lo verdadero. Ver lo falso como falso es arduo. Consideramos lo falso a través de la comparación, con la medida del pensamiento; y ¿pueda verse lo falso como falso a través de cualquier proceso de pensamiento? ¿No es el pensamiento mismo condicionado y por consiguiente falso?

"Pero ¿cómo podemos conocer lo falso como falso sin el proceso del pensamiento?"

Esta es toda nuestra dificultad, ¿no es así? Cuando usamos el pensamiento para resolver un problema, por cierto estamos empleando un instrumento que es completamente inadecuado; porque el pensamiento mismo es un producto del pasado, de la experiencia. La experiencia está siempre en el pasado. Para ver lo falso como falso, el pensamiento tiene que darse cuenta de sí mismo como un proceso muerto. El pensamiento nunca puede estar libre, y debe haber liberación para descubrir, liberación del pensamiento.

"No entiendo bien lo que Ud. quiere decir".

Uno de sus problemas es el fumar. Usted lo ha abordado condenándolo, o ha tratado racionalmente de dejarlo. Este enfoque es falso. ¿Cómo descubre Ud. que es falso? Por cierto, no mediante el pensamiento, sino poniendo pasiva atención al modo cómo aborda el problema. La pasiva atención no requiere pensamiento; por el contrario, si el pensamiento funciona no puede haber pasividad. El pensamiento funciona sólo para condenar o justificar, para comparar o aceptar; si hay una pasiva vigilancia de este proceso, él es entonces percibido como lo que **es**.

"Sí en efecto; pero ¿qué tiene que ver esto con mi vicio de fumar?

Experimentemos juntos para averiguar si podemos abordar el problema del fumar sin condenación, sin comparación, etc. ¿Podemos considerar el problema con una nueva forma, sin que el pasado arroje su sombra sobre él? Es extremadamente difícil mirarlo sin ninguna reacción, ¿verdad? Parece que fuésemos incapaces de estar pasivamente atentos, siempre hay alguna clase de respuesta del pasado. Es importante ver cuán incapaces somos de observar el problema como si fuera nuevo. Arrastramos con nosotros todos nuestros pasados esfuerzos, conclusiones, intenciones; no podemos mirar el problema sino a través de estas cortinas.

Ningún problema es jamás viejo, pero lo abordamos con las viejas formulaciones, que nos impiden comprenderlo. Esté pasivamente atento a esas respuestas. Solamente dése cuenta de ellas en forma pasiva, perciba cómo ellas no pueden resolver el problema. El problema es real, es efectivo, pero el enfoque es completamente inadecuado. La inadecuada respuesta a lo que **es** crea el conflicto; y el conflicto es el problema. Si hay una comprensión de todo este proceso, entonces Ud. verá que actúa adecuadamente con respecto al vicio de fumar.

LA SEGURIDAD

El arroyo corría muy suavemente al costado de la senda que rodeaba los arrozales, y estaba cubierto de lotos; éstos eran de color violeta oscuro con los corazones dorados, y estaban netamente sobre el agua. Su perfume permanecía junto a ellos, y eran muy hermosos. El cielo se hallaba cubierto; empezaba a lloviznar, y se oían truenos entre las nubes. Los relámpagos todavía eran lejanos, pero se aproximaban al árbol bajo el cual nos habíamos refugiado. Comenzó a llover copiosamente, y las hojas de los lotos recogían las gotas de agua; cuando las gotas se hacían demasiado grandes, se escurrían de las hojas, sólo para formarse de nuevo. El relampagueo estaba ahora sobre el árbol, y el ganado asustado tironeaba de sus cuerdas. Un ternero negro, mojado y tiritando, mugió lastimosamente; rompió su cuerda y corrió hacia una choza cercana. Los lotos se estaban juntando apretadamente, cerrando sus corazones ante la creciente oscuridad; para alcanzar los corazones dorados habría sido necesario arrancar los pétalos violetas. Permanecerían firmemente cerrados hasta el retorno del sol. Aun en su sueño eran hermosos. El relampagueo se movía hacia la ciudad; reinaba ahora completa oscuridad, y se oía netamente el murmullo del arroyo.

Pasando la aldea el sendero conducía hasta el camino por el que volvimos a la ruidosa ciudad.

El joven tendría unos veinte años; era robusto, había viajado un poco y cursado estudios en un colegio. Estaba nervioso y había ansiedad en sus ojos. Era tarde, pero deseaba conversar; deseaba que alguien explorase su mente por él. Se explicó con sencillez, sin ninguna vacilación ni pretensión. Su problema era claro, pero no para él; procedía a tientas.

No escuchamos ni descubrimos lo que **es**; tratamos de introducir nuestras ideas y opiniones en los demás, procurando forzarlos dentro del marco de nuestro pensamiento. Nuestros propios pensamientos y juicios son así mucho más importantes para nosotros que descubrir lo que **es**. Lo que **es** siempre es sencillo: pero nosotros somos en cambio complejos. A lo que **es**, a lo sencillo, lo hacemos complejo y quedamos perdidos en ello. Sólo escuchamos al creciente ruido de nuestra propia confusión. Para escuchar, debemos estar libres. No es que no deba haber distracciones, pues el pensar mismo es una forma de distracción. Debemos estar libres para estar silenciosos, y sólo así es posible oír.

Continuó diciendo que cuando estaba por dormirse tenía a veces que sentarse con un estremecimiento de puro miedo. Entonces la habitación perdía sus proporciones; las paredes se achataban, no había cielo raso y el piso desaparecía. Quedaba espantado y sudoroso. Esto le venía ocurriendo desde hacia varios años.

¿De qué se asusta Ud.?

“No lo sé; pero cuando despierto con miedo, voy á conversar un rato con mi hermana, o con mis padres para calmarme, y luego vuelvo a acostarme. Ellos comprenden, pero estoy ya en los veinte años y esto parece bastante tonto”.

¿Siente Ud. ansiedad por el futuro?

“Si, un poco. Aunque tenemos dinero, estoy sin embargo inquieto”.

¿Por qué?

“Deseo casarme y proporcionar comodidades a mi futura esposa”.

¿Por qué le inquieta el futuro? Usted es muy joven, puede trabajar y darle a ella todo lo necesario. ¿Por qué se preocupa tanto por eso? ¿Teme perder su posición social?

“En parte sí. Tenemos un coche, algunas propiedades y reputación. Naturalmente no quiero perder todo esto, y esa puede ser la causa de mi temor. Pero no es sólo esto. Es el temor de no ser. Cuando despierto con miedo, me parece que estoy perdido que no soy nada, que me deshago en pedazos”.

Después de todo, puede haber un cambio de gobierno y Ud. puede perder sus propiedades, su bienestar; pero Ud. es completamente joven, y siempre puede trabajar. Millones pierden sus bienes mundanos, y Ud. también podría tener que hacer frente a eso. Además, las cosas del mundo deben ser compartidas y no poseídas exclusivamente. A su edad, ¿por qué ser tan conservador, tan temeroso de perder?

“Como he dicho, deseo unirme con mi novia y me preocupo al pensar que algo puede malograrlo. No es verosímil que eso ocurra, pero yo tengo necesidad de ella, y ella me necesita a mí y esto puede ser otro motivo de mi temor”.

¿Es esa la causa de su temor? Usted dice que nada extraordinario existe que le impida casarse con ella; entonces ¿a qué viene este temor?

“Si, es verdad que podemos casarnos cuando lo decidamos, de modo que esa no puede ser la causa de mi miedo, al menos por ahora. Pienso más bien que tengo miedo de no ser, de perder mi identidad, mi nombre”.

Aun cuando Ud. no se preocupara por su nombre, pero tuviera sus propiedades y lo demás, ¿no seguiría teniendo miedo? ¿Qué queremos significar con identidad? Es estar identificado con un nombre, con la propiedad, con una persona, con ideas; es estar asociado con algo, ser reconocido como esto o aquello, estar rotulado como perteneciente a un determinado grupo o país, etc. Usted teme perder su rótulo, ¿verdad?

“Sí, de otro modo, ¿qué soy yo? Sí, eso es”.

Por lo tanto Ud. es su posesión. Su nombre y su reputación su automóvil y sus otras propiedades, la muchacha con quien Ud. se está por casar, las ambiciones que tiene —Ud. es esas cosas. Estas cosas, junto con ciertas características y valores, constituyen lo que Ud. llama el "yo"; usted es la suma de todo esto, y teme perderlo. Como le puede ocurrir a cualquiera, siempre existe la posibilidad de perder; puede venir una guerra, puede haber una revolución o un cambio de gobierno hacia la izquierda. Algo puede suceder que lo prive de estas cosas, ahora o mañana. Pero, ¿por qué tener miedo de la inseguridad? ¿No está la inseguridad en la naturaleza misma de todas las cosas? Contra esta inseguridad Ud. levanta muros para protegerse; pero estos muros pueden derrumbarse, y están siempre derrumbándose. Usted puede eludirla por un tiempo, pero el peligro de la inseguridad está siempre allí. Lo que es, no puede ser evitado; le guste o no le guste, la inseguridad está allí. Esto no significa que deba resignarse a ello, o que deba aceptarlo o rechazarlo; pero Ud. es joven, ¿por qué lo atemoriza la inseguridad?

"Ahora que lo presenta de este modo, creo que lo que me atemoriza no es la inseguridad. En realidad no me preocupa tener que trabajar, trabajo más de ocho horas por día en mi empleo, y aunque no me guste particularmente, puedo sobrellevarlo. No, no tengo miedo de perder las propiedades, el coche, etc., y mi novia y yo podemos casarnos cuando lo queramos. Veo ahora que no es nada de esto lo que crea mis temores. ¿Qué es entonces?"

Indaguemos juntos. Podría decírselo, pero eso no sería su descubrimiento lo sería sólo en el nivel verbal, y por lo tanto completamente inútil. El hallarlo será su propia vivencia, y esto es lo realmente importante. Descubrir es vivenciar; lo descubriremos pues juntos.

Si no es ninguna de estas cosas que tiene miedo de perder, si no siente temor de estar exteriormente inseguro, entonces de qué está ansioso? No conteste apresuradamente; escuche, esté atento para descubrir. ¿Está Ud. enteramente seguro de que no es la inseguridad física lo que le asusta? En cuanto es posible estar seguro de tales cosas, dice Ud. que no le asusta. Si Ud. está seguro que eso no es una simple afirmación verbal, entonces ¿de qué se asusta?

"Estoy completamente seguro de que no me asusta la inseguridad física; podemos casarnos y tener lo que necesitamos. Es algo más que la mera pérdida de cosas lo que me da miedo. ¿Pero, qué es?"

Lo descubriremos, pero considerémoslo tranquilamente. Usted desea realmente descubrirlo, ¿no es así?

"Por supuesto, especialmente ahora que lo hemos ahondado tanto: ¿Qué puede ser lo que me asusta?"

Para averiguarlo debemos estar tranquilos, vigilantes, sin premura. Si no le asusta la inseguridad física, ¿tiene acaso miedo de la inseguridad interior, de no ser capaz de realizar el fin que se ha propuesto para Ud. mismo? No conteste, escuche nada más. ¿Se siente incapaz de llegar a ser algo? Probablemente Ud. tiene un ideal religioso; ¿siente acaso que no tiene la capacidad de vivirlo o de realizarlo? ¿Tiene acaso una sensación de desesperación, un sentimiento de culpa o de frustración?

"Es exactamente así. Desde que le oí hace algunos años siendo yo un muchacho, ha sido mi ideal, si puedo decirlo, así, ser como Ud. Está en la sangre de mi familia la predisposición a ser religioso, y me ha parecido que podría ser como Ud., pero hubo un profundo temor de no llegar a alcanzarlo".

Vayamos lentamente. Aunque a Ud. no le asusta la inseguridad externa, tiene miedo en cambio de la inseguridad interior. Otros buscan su seguridad exteriormente mediante una reputación, mediante la fama, el dinero, etc., mientras que Ud. quiere estar seguro interiormente mediante un ideal; y siente que no tiene la capacidad de llegar a ser ese ideal. ¿Por qué requiere llegar a ser o realizar un ideal? ¿No es sólo para estar seguro, para sentirse a salvo? A este refugio Ud. lo llama un ideal; pero de hecho lo que desea es estar seguro, protegido. ¿Es eso?

"Ahora que Ud. lo señala, eso es exactamente".

Usted es quien ha descubierto esto ahora, ¿no es cierto? Pero sigamos un poco más. Usted ve la obvia superficialidad de la seguridad exterior; pero ¿ve también la falsedad de buscar seguridad interior mediante la realización del ideal? Su refugio es el ideal, en lugar del dinero. ¿Ve realmente esto?

"Sí, lo veo perfectamente".

Entonces sea lo que Ud. es. Cuando Ud. ve la falsedad del ideal, éste lo deja y se aleja de Ud. Usted es lo que **es**. Desde allí proceda a comprender lo que **es** —pero no con ningún fin determinado, pues el fin, la meta, está siempre lejos de lo que **es**. Lo que **es**, es Ud. mismo, no en algún particular período o en una dada modalidad, sino Ud. mismo tal como es de instante en instante. No se condene a sí mismo ni se resigne con lo que ve, pero esté atento sin interpretar el movimiento de lo que **es**. Esto será arduo, pero hay un deleite en ello. Sólo para el que es libre hay felicidad, y la libertad viene con la verdad de lo que **es**.

EL TRABAJO

ALTIVO E INCLINADO al cinismo, él era uno de los ministros en el Gobierno. Había sido traído, o más probablemente arrastrado, por un amigo, y parecía más bien sorprendido de encontrarse allí. El amigo deseaba charlar sobre algo y evidentemente pensó que el otro podía también acompañarlo y conocer su problema. El ministro era curioso y tenía un aire de superioridad. Era un hombre corpulento, de mirada aguda y de palabra fácil. Había llegado a la meta en la vida, y estaba acomodarlo. Caminar es una cosa, y llegar es otra. El avanzar es un constante llegar, y el arribo que no tiene un nuevo avance es la muerte. ¡Cuán fácilmente nos satisfacemos, y qué pronto el descontento halla el contento! Todos deseamos alguna clase de refugio, un abrigo contra todo conflicto, y generalmente lo encontramos. El listo, tanto como el lerdo, encuentran su refugio y se mantienen alertas dentro de él.

"He procurado comprender mi problema durante muchos años, pero no he podido llegar al fondo del mismo. En mi trabajo siempre he creado antagonismo; de alguna manera se ha introducido la enemistad entre todas las personas que he tratado de ayudar. Ayudando a unos, siembro oposición entre otros. Con una mano doy, y pareciera que con la otra ofendo. Esto ha estado ocurriendo durante más tiempo de lo que puedo recordar, y ahora ha surgido una situación en la cual tengo que actuar más bien decididamente. En realidad no quiero lastimar a nadie, y no sé que hacer.

¿Qué es más importante: no lastimar, no crear enemistad, o hacer algún trabajo?

"En el curso de mi trabajo ofendo a otros. Soy una de esas personas que se sumergen por completo en su trabajo; si emprendo algo, necesito ver cómo se realiza. Siempre fui así. Creo que soy muy eficiente, y odio la ineficiencia. Después de todo, si emprendemos alguna clase de trabajo social, debemos realizarlo acabadamente, y aquellos que son ineficientes o descuidados se sienten naturalmente heridos y se vuelven antagónicos. El trabajo de llevar ayuda a otros es importante, y ayudando al necesitado yo choco con los que se ponen en el camino. Pero en realidad no deseo herir a nadie, y he empezado a comprender que debo hacer algo al respecto".

¿Qué es lo importante para Ud.: trabajar, o no herir a la gente?

"Cuando uno ve tanta miseria y se sumerge en la obra de la reforma, en el curso de ese trabajo uno hiere a cierta gente, aunque sin la mínima intención".

Al salvar un grupo de personas, otras son destruidas. Un país sobrevive a expensas de otro. Las personas llamadas espirituales en su ardor por reformar, salvan a unos y destruyen a otros; traen bendiciones y también maldiciones. Parece que somos siempre bondadosos con unos y brutales con otros. ¿Por qué?

¿Qué es lo importante para Ud.: trabajar o no herir a la gente?

"Después de todo, tenemos que herir a cierta gente, al descuidado, al ineficiente, al egoísta; parece inevitable. ¿Acaso no hiere Ud. a la gente en sus charlas? Conozco a un hombre rico que se ha sentido muy ofendido por lo que Ud. dice sobre la riqueza".

No deseo herir a nadie. Si hay que herir a la gente en el proceso de cierto trabajo, entonces para mí ese trabajo debe ser abandonado. Yo no tengo ningún trabajo, ningún plan para cualquier clase de reforma o revolución. Para mí lo primero no es el trabajo, sino el no herir a los demás. Si el hombre rico se siente herido por lo que se ha dicho, él no ha sido herido por mí, sino por la verdad de lo que es, que le disgusta; él no quiere ser descubierto. No es mi intención descubrir a otros. Si una persona queda momentáneamente al descubierto por la verdad de lo que **es** y se irrita por lo que ve, hace recaer la culpa en otros; pero eso sólo es escapar del hecho. Es una locura irritarse por un hecho. Escapar de un hecho mediante la ira es una de las reacciones más comunes y más irreflexivas.

Pero Ud. no ha contestado a mi pregunta. ¿Qué es lo importante para Ud.: trabajar, o no herir a la gente?

"El trabajo debe cumplirse, ¿no lo cree Ud.?" observó el ministro.

¿Por qué debe cumplirse? Si para beneficiar a unos Ud. hiere o destruye a otros, ¿qué valor tiene eso? Usted puede salvar a su particular país, pero explota o daña a otro. ¿Por qué le interesa tanto su país, su partido, su ideología? ¿Por qué está Ud. tan identificado con su obra? ¿Por qué le preocupa tanto el trabajo?

"Tenemos que trabajar, ser activos, de lo contrario lo mismo daría que estuviésemos muertos. Cuando se incendia la casa, no podemos por el momento preocuparnos con cuestiones fundamentales".

Para las personas meramente activas, no existen las cuestiones fundamentales; les interesa únicamente la actividad, que trae superficiales beneficios y profundos daños. Pero si me permite preguntar a nuestro amigo: ¿por qué cierta clase de trabajo es tan importante para Ud.? ¿Por qué está tan apegado a él?

"Oh, no lo sé, pero me proporciona mucha felicidad".

Por lo tanto Ud. no está realmente interesado en el trabajo mismo, sino en lo que obtiene de él. Quizá no le produzca dinero, pero deriva felicidad de él. Así como otro gana poder, posición y prestigio salvando a su partido o a su país, así Ud. obtiene placer de su trabajo; del mismo modo que otro halla gran satisfacción, que él llama bendición, sirviendo a su salvador, a su **gurú**, a su Maestro, así Ud. se siente satisfecho por lo que llama obra altruista. De hecho no es el país, el trabajo o cl salvador lo que es importante para Ud., sino lo que obtiene de ello. Su propia felicidad es todo lo que le importa, y su particular trabajo le proporciona lo que desea. Usted no se interesa realmente por la gente que cree estar ayudando, ellos sólo son un instrumento para su felicidad. Y obviamente los ineficientes, los que se interponen en su camino, resultan heridos, pues lo importante es la obra,

siendo la obra su felicidad. Este es el hecho brutal, pero astutamente lo encubrimos con palabras altisonantes como servicio, patria, paz. Dios, etc.

Así pues, si me permite señalarlo, Ud. realmente no se cuida de herir a la gente que obstaculiza la eficiencia del trabajo que le da felicidad. Encuentra felicidad en cierto trabajo, y ese trabajo, sea el que fuere, es usted. Le interesa obtener felicidad, y el trabajo le ofrece los medios; por consiguiente el trabajo se torna sumamente importante, y entonces por supuesto Ud. es muy eficiente, cruel, dominante a causa de lo que le da felicidad. Por eso Ud. no repara en herir a la gente, engendrando enemistad.

"Nunca lo he visto antes bajo esta faz, y es perfectamente cierto. Pero ¿qué tengo que hacer entonces?"

¿No es importante descubrir también por qué ha necesitado tantos años para ver un hecho tan simple como éste?

"Supongo, como Ud. dice, que realmente no me cuido de herir o no a la gente con tal de hacer mi camino. Generalmente consigo mi propósito, porque siempre he sido muy eficiente y directo —cosa que Ud. llamaría crueldad, con perfecta razón. Pero ¿qué es lo que debo hacer ahora?"

Usted ha necesitado todos estos años para ver este simple hecho porque hasta ahora no ha querido verlo; pues al verlo Ud. ataca el fundamento mismo de su ser. Usted ha buscado y encontrado felicidad, pero ello siempre le ha traído conflicto y antagonismo; y ahora, quizá por primera vez, Ud. está frente a hechos relativos a Ud. mismo. ¿Qué tendrá que hacer? ¿No hay una diferente manera de encarar el trabajo? ¿No es posible ser feliz y trabajar, más bien que buscar la felicidad en el trabajo? Cuando utilizamos el trabajo o la gente como instrumentos para el logro de un objetivo, entonces obviamente no existe la convivencia, no tenemos comunión con el trabajo ni con la gente; y entonces somos incapaces de amar. El amor no es un medio para un fin; es su propia eternidad. Cuando yo lo utilizo a Ud. y Ud. me utiliza a mi, cosa que generalmente se llama convivencia, somos recíprocamente importantes sólo como medio para el logro de alguna otra cosa; por lo tanto no somos importantes en absoluto los unos para los otros. De esta mutua utilización, deben surgir inevitablemente el conflicto y el antagonismo. Así pues ¿qué va Ud. a hacer? Procuremos ambos descubrirlo más bien que buscar una respuesta de algún otro. Si Ud. puede indagarlo, lo que encuentre será su vivencia; eso será entonces real y no una mera confirmación o conclusión, una simple respuesta verbal

"¿Cuál es entonces mi problema?"

¿No podríamos plantearlo de este modo? Espontáneamente ¿cuál es su primera reacción ante la pregunta: Es el trabajo lo primero? Si no lo es, entonces ¿qué es lo primero?

"Comienzo a ver lo que está tratando de mostrar. Mi primera respuesta es un choque; realmente me aterra ver lo que he estado haciendo en mi trabajo durante tantos años. Es ésta la primera vez que enfrento el hecho de lo que **es**, como Ud. lo dice, y le aseguro que no es muy agradable. Si puedo trascenderlo, quizá vea qué es lo importante, y entonces el trabajo naturalmente seguirá. Pero si es el trabajo u otra cosa lo que está primero, no es claro todavía para mi".

¿Por qué no es claro? ¿Es la claridad cuestión de tiempo, o de buena voluntad para ver? ¿Desaparecerá por sí mismo en el curso del tiempo cl deseo de no ver? ¿No se debe su falta de claridad al simple hecho de que Ud. no quiere ser claro porque ello trastornaría todas las normas de su vida diaria? Si Ud. se da cuenta de que deliberadamente está posponiendo, ¿no habría inmediata claridad? Es esta fuga lo que trae confusión.

"Ahora todo está volviéndose muy claro para mí, y lo que haré poco importa. Probablemente haré lo que he estado haciendo hasta ahora, poro con un espíritu del todo diferente. Veremos".

FELICIDAD CREADORA

HAY UNA CIUDAD al lado del magnifico río amplios y largos escalones descienden hasta el borde del agua, y el mundo parece vivir en esos escalones. Desde primeras horas de la mañana hasta bastante después del oscurecer, están llenos de gente y de ruido; casi al nivel del agua hay unos pequeños peldaños salientes sobre los que se sienta el público y se pierde en sus esperanzas y anhelos, en sus dioses y cánticos. Suenan las campanas del templo, el almuédano llama; alguien está cantando y se ha congregado una enorme multitud, escuchando en atento silencio.

Más allá de todo esto, contorneando el recodo y río arriba, hay un cúmulo, de edificios. Con sus avenidas de árboles y amplias calzadas, se extienden varias millas hacia e interior; y a lo largo del río, por una calleja estrecha y sucia, entra uno en este apartado campo del estudio. Hay allí muchísimos estudiantes de todo el país, ávidos, activos y estrepitosos. Los maestros son pomposos, e intrigan para lograr mejores puestos y sueldos. Nadie parece preocuparse mucho sobre lo que les pasa a los estudiantes después que se marchan. Los profesores imparten ciertos conocimientos y técnicas rápidamente absorbidos por los que son listos; y cuando éstos se gradúan, se acabó. Los profesores tienen puestos seguros, tienen familias y seguridad; más cuando los alumnos se van, éstos tienen que hacer frente al tráfago y a la inseguridad de la vida. Hay edificios, profesores y alumnos como estos por

todo el país. Algunos estudiantes alcanzan fama y posición en el mundo, otros crían hijos, luchan y mueren. El Estado quiere competentes técnicos, administradores que dirijan y gobiernen. Y siempre están ahí el ejército, la iglesia y los negocios. Por todo el mundo pasa lo mismo.

Es para aprender una técnica y tener un empleo, una profesión, para lo que pasamos por este proceso de atiborrar de datos y conocimientos la mente superficial, ¿no es cierto? Evidentemente, en el mundo moderno, un buen técnico tiene mejores probabilidades de ganarse la vida; pero luego, ¿qué? ¿Está más capacitado uno que sea técnico, para hacer frente al complejo problema del vivir, que uno que no lo sea? Una profesión es sólo parte de la vida, pero existen también las partes que están ocultas, que son sutiles y misteriosas. Recalcar lo uno y llegar o descuidar el resto tiene que llevar inevitablemente a una actividad muy desequilibrada y desintegradora. Esto es precisamente lo que está ocurriendo hoy en el mundo con siempre creciente conflicto, confusión y desdicha. Claro que hay algunas excepciones los creadores, los felices, los que están en contacto con algo que no está hecho por el hombre, y que no dependen de las cosa de la mente.

Vos y yo tenemos intrínsecamente la capacidad para ser dichosos, para ser creadores, para estar en contacto con algo situado más allá de las garras del tiempo. La felicidad creadora no es un don reservado para los pocos; y ¿por qué ocurre que la inmensa mayoría no conoce esa felicidad? ¿Por qué parece que algunos se mantienen en contacto con lo profundo, a pesar de circunstancias y accidentes, mientras que otros son destruidos por ellos? ¿Por qué son algunos elásticos, flexibles, mientras que otros se mantienen rígidos y son destruidos? A pesar del conocimiento unos tienen la puerta abierta para aquellos que ninguna persona ni libro puede ofrecer, mientras que otros son aplastados por la técnica y la autoridad. ¿Por qué? Está bastante claro que la mente quiere estar atrapada y segura en alguna clase de actividad, despreciando cosas más amplias y profundas, porque así se encuentra en terreno firme; de esta manera su educación, ejercicios, actividades, son fomentados y sostenidos en este nivel, y se encuentran pretextos para no rebasarlo.

Antes de ser contaminados por la llamada educación, muchos niños están en contacto con lo desconocido; ¡lo demuestran de tantas maneras! Pero el medio ambiente pronto empieza a cerrarse en torno suyo, y, pasada cierta edad, pierden aquella luz, aquella belleza que no se encuentra en ningún libro ni escuela. ¿Por qué? No digáis que la vida es demasiado para ellos, que tienen que hacer frente a duras realidades, que es su karma, que es el pecado de sus antepasados; todo esto son tonterías. La felicidad creadora es para todos y no sólo para los pocos. Vos podéis expresarla de una manera y yo de otra, pero es para todos. La felicidad creadora no tiene valor en el mercado; no es una mercancía que se haya de vender al mejor postor, sino que es lo único que puede ser para todos.

¿Es realizable la dicha creadora? Es decir, ¿puede la mente mantenerse en contacto con aquello que es la fuente de toda felicidad? ¿Puede esta actitud abierta ser sostenida, a pasar del conocimiento y la técnica, a pesar de la educación y del tumulto de la vida? Sí, puede, pero sólo cuando el educador esté educado para esta realidad, sólo cuando aquel que enseña esté él mismo en contacto con la fuente de la felicidad creadora. Nuestro problema no es, pues, el alumno, el niño, sino el maestro y el padre. La educación es un círculo vicioso sólo cuando no vemos la importancia, la necesidad esencial, por encima de toda otra cosa, de esta suprema felicidad. Bien mirado, estar abierto al manantial de esta dicha es la más alta religión; mas para realizar tal felicidad hay que prestarle adecuada atención, como se hace con los negocios. La profesión del instructor no es una mera tarea rutinaria, sino la expresión de la belleza y el gozo, que no puede medirse en términos de logro y éxito.

La luz de la realidad y su gloria se destruyen cuando asume el control la mente, que es el asiento del "ego". El conocimiento de sí mismo es el principio de la sabiduría; sin conocimiento propio, el saber conduce a la ignorancia, a la pugna y al dolor.

CONDICIONAMIENTO

Estaba él muy interesado en ayudar a la humanidad, en hacer buenas obras, y actuaba en varias organizaciones de beneficencia social. Decía que literalmente nunca se había tomado unas largas vacaciones y que desde su graduación del colegio había trabajado constantemente para el mejoramiento del hombre. Claro que no recibía dinero alguno por el trabajo que estaba haciendo. Su labor siempre había sido muy importante para él y estaba muy apegado a lo que hacía. Había llegado a ser un trabajador social de primera clase y esto le gustaba mucho. Pero había oído en una de las conferencias algo sobre las diversas clases de evasión que condicionan la mente, y quería hablar sobre ello.

"¿Cree Ud. que sea condicionamiento el ser un trabajador social? ¿No sirve ello más que para provocar mayor conflicto?"

Averigüemos qué es lo que queremos decir con la palabra condicionamiento. ¿Cuándo somos conscientes de ser o estar condicionados? ¿Nos damos cuenta alguna vez de ello? ¿Sois consciente de estar condicionado o sólo lo

sois del conflicto, de la lucha, en diversos niveles de vuestro ser? Seguramente que nos damos cuenta, no de nuestro condicionamiento, sino sólo del conflicto, del dolor y del placer.

"¿Qué quiere Ud. decir con la palabra conflicto?"

Todas las clases de conflicto: el conflicto entre naciones, entre diversos grupos sociales, entre individuos, y el conflicto dentro de uno mismo. ¿No es inevitable el conflicto en tanto no haya integración entre el actor y su acción, entre el reto y la respuesta? El conflicto es nuestro problema, ¿no es verdad? No algún conflicto determinado, sino todo conflicto: la pugna entre ideas, creencias ideologías, entre los opuestos. Si no hubiera conflicto, no habría problemas.

"¿Es que sugiere Ud. que todos debamos buscar una vida de aislamiento, de contemplación?"

La contemplación es ardua, es una de las cosas más difíciles de comprender. El aislamiento, aunque cada uno lo esté buscando a su manera, consciente o inconscientemente, no resuelve nuestros problemas; por el contrario, los aumenta. Estamos tratando de comprender cuáles son los factores del condicionamiento, que traen nuevo conflicto. Sólo nos damos cuenta del conflicto, del dolor y del placer, y no percibimos nuestro condicionamiento. ¿Qué es lo que favorece el condicionamiento?

"Las influencias sociales o del medio ambiente; la sociedad en que hemos nacido, la cultura en que nos hemos criado, las presiones económicas y políticas, y así sucesivamente".

Así es; pero ¿es eso todo? Esas influencias son nuestro propio producto, ¿no es cierto? La sociedad es el resultado de la relación del hombre con el hombre, lo cual es bastante evidente. Esta relación es de uso, de necesidad, de consuelo, de satisfacción, y crea influencias, valores, que nos atan. Esta atadura es nuestro condicionamiento. Por nuestros propios pensamientos y acciones estamos atados; pero no sabemos que estamos atados, sólo nos damos cuenta del conflicto de placer y dolor. Parece que nunca pasamos más allá de esto; y si lo hacemos, es sólo para entrar en nuevo conflicto. No nos damos cuenta de nuestro condicionamiento, y mientras no nos demos cuenta, no podremos producir más que nuevo conflicto y confusión.

"¿Cómo va uno a darse cuenta de su propio condicionamiento?"

Solamente es posible comprendiendo otro proceso, el del apego. Si podemos comprender por qué estamos apegados, entonces acaso podamos darnos cuenta de nuestro condicionamiento.

"¿No es ese un rodeo bastante grande para llegar a una cuestión directa?"

¿Lo es? Tratad simplemente de daros cuenta de vuestro condicionamiento. Sólo lo podréis conocer indirectamente, en relación con alguna otra cosa. No podéis percibir vuestro condicionamiento como una abstracción, porque entonces será meramente verbal, sin mucho sentirlo. Sólo percibimos el conflicto. El conflicto existe cuando no hay integración entre el reto y la respuesta. Este conflicto es resultado de nuestro condicionamiento: El condicionamiento es apego: apego al trabajo, a la tradición, a la propiedad, a las personas, a las ideas, y así sucesivamente. Si no hubiera apego, ¿habría condicionamiento? Desde luego que no. Así pues, ¿por qué estáis apegados? Yo estoy apegado a mi país, porque mediante la identificación con él llego a ser alguien. Me identifico con mi trabajo y el trabajo se vuelve importante. Yo soy mi familia, mi propiedad; estoy apegado a ellas. El objeto a que me apego me ofrece el medio de escape de mi propia vacuidad. El apego es evasión, y es la evasión lo que fortalece el condicionamiento. Si estoy apegado a vos, es porque vos os habéis convertido en el medio de escape de mí mismo; por eso sois muy importante para mí y yo tengo que poseeros, adherirme a vos. Llegáis a ser el factor que condiciona, y el escape es el condicionamiento. Si podemos darnos cuenta de nuestras evasiones, entonces podremos percibir los factores, las influencias que contribuyen al condicionamiento.

"¿Es que estoy yo escapando de mí mismo por medio de la labor social?"

¿Estáis atado, ligado a ella? ¿Os sentiríais perdido, vacío, fastidiado, si no realizaseis esta labor social?

"Estoy seguro de ello".

El apego a vuestro trabajo es vuestra evasión. Hay evasiones en todos los niveles de nuestro ser. Vos huís por medio del trabajo; otro, por la bebida; otro, por las ceremonias religiosas; otro, por el conocimiento; uno más, por medio de Dios; y otro se entrega a las diversiones. Todas las huidas son lo mismo. No hay escapes superiores o inferiores. Dios y la bebida están al mismo nivel mientras sean evasiones de lo que nosotros somos. Cuando seamos conocedores de nuestros escapes, solamente entonces es cuando podremos conocer nuestro condicionamiento.

"¿Qué debo hacer si dejo de escapar por medio de la labor social? ¿Hay algo que yo pueda hacer sin huir? ¿No es toda mi acción una forma de escapar de lo que yo soy?"

¿Es esta pregunta meramente verbal o refleja una cosa efectiva, un hecho que estáis experimentando? Si no escapaseis, ¿qué ocurriría? ¿Lo habéis intentado alguna vez?

"¡Lo que está Ud. diciendo es tan negativo, si se me permite decirlo! Usted no ofrece nada que sustituya al trabajo".

¿No es toda sustitución otra forma de escapar? Cuando una forma determinada de actividad no es satisfactoria o trae conflicto de nuevo, nos volvemos hacia otra. Sustituir una actividad por otra sin comprender la evasión es bien fútil, ¿no? Son estos escapes y nuestro apego a ellos lo que contribuye al condicionamiento.

Este trae problemas, conflicto. El condicionamiento es lo que impide nuestra comprensión del reto; estando condicionados, nuestra respuesta tiene que crear conflicto inevitablemente.

"¿Cómo puede uno estar libre de condicionamiento?"

Sólo comprendiendo, dándonos cuenta de nuestros escapes. Nuestro apego a una persona, al trabajo, a una ideología, es el factor que condiciona; esto es lo que tenemos que comprender, y no buscar una huida mejor o más inteligente. Todas las evasiones son carentes de inteligencia, pues inevitablemente producen conflicto. Cultivar el desapego es otra forma de escape, de aislamiento; es apegarse a una abstracción, a un ideal llamado desapego. El ideal es ficticio, fabricado por el ego, y convertirse en el ideal es una evasión de lo que **es**. Sólo habrá comprensión de lo que **es**, una acción adecuada con respecto a lo que **es**, cuando la mente ya no esté buscando ninguna evasión. El pensar mismo en lo que **es**, es un escape de lo que **es**. Pensar sobre el problema es eludir el problema; porque pensar es el problema, y el único problema. La mente, no queriendo ser lo que ella es, temerosa de lo que es, busca estas diversas huidas; y el medio de escapar es el pensamiento. Mientras exista un pensar, habrá evasiones, apegos, que no hacen más que reforzar el condicionamiento.

Se libra uno del condicionamiento cuando se libra del pensar. Cuando la mente está del todo en calma, sólo entonces hay verdadera libertad para que lo real sea.

EL MIEDO DE LA SOLEDAD INTERNA

¡Cuán necesario es morir cada día, morir cada minuto para todo, para los muchos ayeres y para el momento que acaba de pasar! Sin la muerte no hay renovación, sin la muerte no hay creación. La carga del pasado crea su propia continuidad, y la ansiedad o inquietud de ayer da nueva vida a la preocupación de hoy. El ayer se perpetúa hoy y el mañana es aún el ayer. No se libra uno de esta continuidad más que en la muerte. En morir hay gozo. Esta nueva mañana, fresca y clara, está libre de la luz y la oscuridad de ayer; el canto de ese pájaro se oye por primera vez y el ruido de esos niños no es el de ayer. Arrastramos la memoria de ayer y ella oscurece nuestro ser. Mientras la mente sea la máquina mecánica de la memoria, no conocerá descanso, quietud ni silencio. Siempre se está desgastando. Lo que está en calma puede renacer, pero una cosa que está en constante actividad se gasta y es inútil. El manantial está en el morir, y la muerte está tan cerca como la vida.

Ella dijo que había estudiado durante cierto número de años con uno de los famosos psicólogos, y que fue analizada por él, cosa que exigió un tiempo considerable. Aunque había sido educada como cristiana y estudiado también la filosofía hindú y sus maestros, nunca se incorporó a ningún grupo determinado ni se asoció a ningún sistema de pensamiento. Como siempre, seguía insatisfecha y hasta había renunciado al psicoanálisis; y ahora se dedicaba a alguna especie de labor benéfica. Había estado casada y conocido todos los infortunios de la vida familiar, así como sus gozos. Se había refugiado de varias maneras: en el prestigio social, en el trabajo, en el dinero y en el cálido encanto de este país, a orillas del mar azul. Las penas se habían multiplicado, cosa que pudo soportar; pero nunca pudo pasar de cierta profundidad, que no era muy grande.

Casi todo es superficial y pronto llega a su fin, sólo para empezar de nuevo con una ulterior superficialidad. Lo inagotable no se descubre por medio de ninguna actividad de la mente.

"He ido de una actividad a otra, de una desgracia a otra, siempre acosada y siempre persiguiendo. Ahora que he llegado al fin de un empeño y antes de que siga otro que me lleve durante cierto número de años, he seguido un impulso más fuerte y aquí estoy. Tuve una buena vida, brillante y abundante. Me han interesado muchas cosas y he estudiado ciertos asuntos con bastante hondura; pero, de una manera o de otra, después de todos estos años, todavía sigo en el borde de las cosas. Parece que no puedo penetrar más allá de cierto punto; quiero profundizar más, pero no puedo. Se me dice que he hecho bien lo que he estado haciendo, y esa misma bondad es lo que me ata. Mi condicionamiento es de la clase benéfica: hacer el bien a otros, ayudar al necesitado, consideración, generosidad, etc.; pero es cosa que ata, como cualquier otro condicionamiento. Mi problema está en ser libre, no sólo de este condicionamiento, sino de todos, e ir más allá. Esto se ha convertido en una necesidad imperiosa, no sólo por haber escuchado las conferencias, sino también por mi propia observación y experiencia. Por el momento, he dejado de lado mi labor benéfica, y la cuestión de si he de continuar o no con ella se decidirá más adelante".

¿Por qué no se ha preguntado anteriormente la razón de todas estas actividades?

"Nunca se me ha ocurrido el preguntarme por qué estoy en la labor social. Siempre quise ayudar, hacer el bien. Y no ha sido simplemente sentimentalismo vacuo. He descubierto que las personas con las que vivo no son reales, sino solamente máscaras; son los que necesitan ayuda los que son reales. Vivir con los enmascarados es insulso y estúpido, pero con los otros hay pugna, dolor".

¿Por qué os dedicáis a la beneficencia o a cualquier otra clase de trabajo?

"Creo que es simplemente para seguir adelante. Tiene uno que vivir y actuar, y mi condicionamiento ha sido el actuar lo más decentemente posible. Nunca me he preguntado por qué hago estas cosas, y ahora tengo que averiguarlo. Pero, antes de ir más allá, quiero decir que soy una persona solitaria; aunque veo a mucha gente, estoy sola y ello me gusta. Hay algo gozoso en estar uno solo".

Estar solo, en el más alto sentido, es esencial; pero la soledad del que se retira da una sensación de poder, de fuerza, de invulnerabilidad. Esa soledad es aislamiento, es una evasión, un refugio. Pero ¿no es importante averiguar por qué no os habéis preguntado nunca la razón de todas vuestras actividades, que suponéis buenas? ¿No deberíais inquirir en esto?

"Sí, vamos a hacerlo. Creo que es el miedo a la soledad interna lo que me ha movido a hacer estas cosas".

¿Por qué usáis la palabra "miedo" con respecto a la soledad interna? Exteriormente no os importa estar sola, pero de la soledad interna huís. ¿Por qué? El miedo no es una abstracción. Sólo existe en relación con algo. El temor no existe por sí mismo. Existe como palabra pero sólo se siente en contacto con otras cosas. ¿De qué tenéis miedo?

"De esta soledad interna".

Hay miedo a la soledad interna solamente en relación con alguna otra cosa. No podéis temer la soledad interna porque nunca la habéis mirado, la estáis midiendo ahora con lo que ya conocéis. Conocéis la valía propia, si se pueble decir así, como trabajadora social, como madre, como persona capaz y eficiente, etc., conocéis el valor de vuestra soledad externa. Es pues en relación con todo esto que medís u os enfrentéis a vuestra soledad interna; conocéis lo que ha sido, mas no conocéis lo que es. Lo conocido, mirando hacia lo desconocido, produce temor; es esta actividad lo que causa el miedo.

"Sí, eso es perfectamente cierto. Estoy comparando la soledad interna con las cosas que conozco por experiencia. Son estas experiencias las que causan el temor de algo que realmente no he experimentado en absoluto".

Vuestro temor no es, pues, de la soledad interna, sino que el pasado tiene miedo a algo que realmente no conoce, que no ha experimentado. Lo pasado quiere absorber lo nuevo, convertirlo en una experiencia. Pero ¿puede el pasado, que sois vos, experimentar lo nuevo, lo desconocido? Lo conocido puede experimentar tan sólo aquello que es de sí mismo, nunca podrá experimentar lo nuevo, lo desconocido. Al dar nombre a lo desconocido, al llamarlo soledad interna, no habéis hecho más que reconocerlo verbalmente, y la palabra ocupa el lugar de la vivencia; porque la palabra es la pantalla del miedo. La expresión "soledad interna" está tapando el hecho, lo que **es**, y la palabra misma está creando temor.

"Pero en cierto modo no me creo capaz de ver el hecho".

Vamos primero a comprender por qué no somos capaces de mirar el hecho, y qué es lo que nos impide observarlo pasivamente. No tratéis de mirarlo ahora, sino haced el favor de escuchar tranquilamente lo que se está diciendo.

Lo conocido, la experiencia pasada, está tratando de absorber lo que llama la soledad interna; pero no puede experimentarla, porque no sabe lo que es; conoce el término, pero no lo que está detrás de él. Lo desconocido no puede experimentarse. Vos podéis pensar o especular sobre lo desconocido, o tenerle miedo; pero el pensamiento no puede comprenderlo, porque el pensamiento es resultado de lo conocido, de la experiencia. Como el pensamiento no puede conocer lo desconocido, le tiene miedo. Habrá temor mientras el pensamiento desee experimentar, comprender lo no conocido.

"Entonces, ¿qué ...?"

Escuchad, os ruego. Si escucháis bien, será percibida la verdad de todo esto, y entonces la verdad será la única acción. Sea lo que fuere lo que haga el pensamiento con respecto a la soledad interna, será una evasión, un eludir lo que **es**. Al evitar lo que **es** el pensamiento crea su propio condicionamiento, que impide experimentar lo nuevo, lo desconocido. El miedo es la única respuesta del pensamiento a lo desconocidos el pensamiento puede llamarlo de diversas maneras, pero seguirá siendo temor. Ved simplemente que el pensamiento no puede actuar sobre lo desconocido, sobre lo que está tras la expresión "soledad interna". Sólo entonces se despliega lo que **es**, y es inagotable.

Ahora, si uno puede hacer la indicación, dejadlo en paz. Habéis oído. Dejad que ello actúe como quiera. Estar en calma después de labrar y sembrar es dar lugar a la creación.

EL PROCESO DEL ODIO

ERA MAESTRA, o más bien lo había sido. Era afectuosa y buena, y esto se había convertido casi en una rutina. Decía que estuvo enseñando durante más de veinticinco años, y que fue feliz en ello; y, aunque hacia el fin hubo de

alejarse de todo esto, había persistido. Recientemente empezó a darse cuenta de lo que estaba hondamente sepultado en su naturaleza. De repente lo había descubierto durante una de las discusiones, y realmente le sorprendió y contrarió. Allí estaba aquello, y no se trataba de una simple autoacusación; y, al recordar los años pasados, ahora podía ver que ello siempre había estado allí. Realmente odiaba. No era odio hacia ninguna persona determinada, sino un sentimiento de odio general, un reprimido antagonismo contra todos y contra todo. La primera vez que lo descubrió, creyó que era algo muy superficial que fácilmente podría desechar; pero, a medida que pasaban los días, se encontró con que no era simplemente una cosa ligera, sino un aborrecimiento profundamente arraigado y que había continuado toda su vida. Lo que la horrorizaba era que siempre había creído ser afectuosa y buena.

El amor es una cosa extraña; en tanto el pensamiento esté entretejido con él, no será amor. Cuando pensáis en alguien a quien amáis, esa persona se vuelve símbolo de agradables sensaciones, recuerdos, imágenes; pero eso no es amor. El pensamiento es sensación y la sensación no es amor. El proceso mismo del pensar es la negación del amor. El amor es la llama sin el humo del pensamiento, de los celos, del antagonismo de la utilización, que son cosas de la mente. Mientras el corazón esté agobiado con las cosas de la mente, tiene que haber odio; porque la mente es el asiento del odio, del antagonismo, de la oposición, del conflicto. El pensamiento es reacción, y la reacción, de una manera o de otra, es siempre una fuente de enemistad. El pensamiento es oposición, odio; el pensamiento está siempre en competencia, siempre buscando un fin, el éxito; su realización es placer y su frustración es odio. El conflicto es pensamiento enredado entre los opuestos; y la síntesis de los opuestos sigue siendo odio, antagonismo.

"Mirad, siempre he creído que amaba a los niños, y hasta cuando crecían solían venir a mí en demanda de consuelo cuando tenían penas. Yo daba por sentado que los amaba, especialmente aquellos que eran mis favoritos fuera de la clase: pero ahora veo que siempre ha habido por debajo una corriente de odio, de antagonismo profundamente arraigado. ¿Que voy a hacer con este descubrimiento? No podéis figuraros lo abrumada que estoy por ello, y aunque decís que no debemos enjuiciar, este descubrimiento ha sido muy saludable".

Habéis descubierto también el proceso del odio? Ver la causa, saber por qué odiáis, es relativamente sencillo, pero ¿os dais cuenta de las modalidades del odio? ¿Lo observáis como observaríais un nuevo y extraño animal?

"¡Todo es tan nuevo para mí! Y yo nunca he seguido el proceso del odio".

Vamos a hacerlo ahora, y veamos qué sucede; contemplemos pasivamente el odio a medida que se desenvuelva. No os horroricéis, no condenéis ni encontréis pretextos; limitaos a observarlo pasivamente. El odio es una forma de frustración, ¿no es así? La realización y la frustración van siempre juntas.

¿En qué estáis interesada, no profesionalmente, sino en lo hondo?

"Siempre he querido pintar".

¿Por qué no lo habéis hecho?

"Mi padre solía insistir en que yo no debía hacer nada que no produjese dinero. Era un hombre muy agresivo, y el dinero era para él el fin de todas las cosas; nunca hacía una cosa si no había dinero en ello, o si no aportaba más prestigio, más poder. El más era su dios y nosotros todos éramos sus hijos. Aunque yo lo quería, me oponía a él en muchas formas. Esta idea de la importancia del dinero estaba profundamente arraigada en mí, y a mi me gustaba la enseñanza, probablemente porque me ofrecía una oportunidad de mando. En mis vacaciones, solía pintar pero ello resultaba muy insatisfactorio; yo quería consagrar mi vida a ello, mas en realidad sólo le dedicaba un par de meses al año. Por fin, dejé de pintar, pero interiormente ello bullía. Ahora veo como engendraba antagonismo".

¿Estuvisteis alguna vez casada? ¿Tenéis hijos propios?

"Me enamoré de un hombre casado y vivíamos juntos secretamente. Yo sentía unos celos furiosos de su esposa e hijos, y me asustaba el tener niños, aunque los anhelaba. Me fueron negadas todas las cosas naturales, la compañía diaria, etc. Y los celos eran una furia que me consumía. Él tuvo que trasladarse a otra población y mis celos nunca amainaron. Eran una cosa inaguantable. Para olvidarlo todo, me puse a enseñar más intensamente Mas ahora veo que sigo siendo celosa, no de él, porque ya ha muerto sino de las personas dichosas, de los casados, de los que tienen éxito, casi de cualquiera. ¡Se nos negó lo que podíamos haber sido juntos!"

Los celos son odio, ¿verdad? Si uno ama, no hay lugar para ninguna otra cosa. Pero no amamos; el humo asfixia nuestra vida y la llama muere.

"Ahora puedo ver que en la escuela, con mis hermanas casadas y en casi todas mis relaciones, seguía la guerra, aunque encubierta. Yo me estaba convirtiendo en la maestra ideal. Llegar a ser la maestra ideal era mi meta y se me reconocía como tal".

Cuanto más fuerte sea el ideal, más profunda será la represión, más hondo el conflicto y el antagonismo.

Sí, todo eso lo veo ahora; y lo extraño es que al mirarlo en me importe ser lo que soy realmente"

No os importa porque hay una especie de reconocimiento brutal, ¿no es así? Este mismo reconocimiento produce cierto placer; da vitalidad, una sensación de confianza por conocerse a sí misma, el poder del

conocimiento. Como los celos, aunque dolorosos, daban una sensación placentera, así ahora el conocimiento de vuestro pasado os da un sentido de dominio, el cual también es placentero. Habéis ahora encontrado un nuevo nombre para la frustración, para los celos, y para el hecho de quedar abandonada: es el odio y su conocimiento. Hay orgullo en el conocimiento, lo cual es otra forma de antagonismo. Pasamos de una sustitución a otra, pero esencialmente todas las sustituciones son lo mismo, aunque verbalmente parezcan diferentes. Estáis pues aprisionada en la red del propio pensamiento, ¿no es cierto?

"Sí, pero ¿qué otra cosa puede una hacer?"

No preguntéis, sino observad el proceso de vuestro propio pensar. ¡Qué astuto y engañoso es! Promete alivio, pero sólo produce otra crisis, otro antagonismo. Limitaos a observar esto pasivamente y dejad estar esa verdad.

"¿Habrá liberación de los celos, del odio, de esta constante y reprimida batalla?"

Cuando estáis esperando algo, positiva o negativamente, estáis proyectando vuestro propio deseo; conseguiréis vuestro deseo, pero eso no será más que una nueva sustitución, y así, la batalla continúa de nuevo. Este deseo de lograr o de eludir sigue estando dentro del campo de la oposición, ¿no es cierto? Ved lo falso como falso, y entonces la verdad será. No tendréis que buscarla. Lo que busquéis, lo encontraréis, pero no será la verdad. Es como un hombre que sospecha y que encuentra lo que sospechaba, lo cual es relativamente fácil y estúpido. Sólo daos cuenta pasivamente de todo este proceso del pensamiento, y también del deseo de libraros de él.

"Todo esto ha sido para mí un descubrimiento extraordinario, y empiezo a ver la verdad de lo que decís. Espero que no invertiré más años en superar este conflicto. Pero, ¡ya estoy otra vez esperando! Observaré en silencio y veré qué es lo que sucede".

PROGRESO Y REVOLUCIÓN

ESTABAN CANTANDO EN el templo. Era un limpio templo de piedra tallada, macizo e indestructible. Había más de treinta sacerdotes, desnudos hasta la cintura; su pronunciación del sánscrito era precisa y clara y conocían el sentido del cántico. La profundidad y el resonar de las palabras casi hacía temblar aquellos muros y columnas, e instintivamente el grupo que estaba allí quedó en silencio. Se estaba cantando la creación, el principio del mundo, y cómo se hizo venir al hombre a la existencia. La gente había cerrado los ojos y el cántico estaba causando un agradable trastorno: recuerdos nostálgicos de su juventud, pensamientos sobre el progreso que habían realizado desde aquellos días juveniles, el extraño efecto de las palabras sánscritas, la delicia de volver a oír el cántico. Algunos repetían el canto para sí y sus labios se movían. La atmósfera se estaba cargando de fuertes emociones, pero los sacerdotes prosiguieron con su canto y los dioses permanecieron callados.

¡Cómo nos abrazamos a la idea del progreso! Nos gusta pensar que alcanzaremos un estado mejor, que nos volveremos más compasivos, pacíficos y virtuosos; nos gusta mucho aferrarnos a esta ilusión, y pocos se dan cuenta profundamente de que este cambio es una apariencia, un mito satisfactorio. Nos gusta pensar que algún día seremos mejores, pero entretanto continuamos. Progreso es una palabra muy reconfortante, muy tranquilizadora, una palabra con la que nos hipnotizamos. La cosa que es no puede convertirse en algo diferente; la codicia no puede convertirse en no—codicia, lo mismo que tampoco puede la violencia llegar a ser no—violencia. Podéis convertir el hierro de fundición en una maravillosa y complicada máquina, pero el progreso es ilusión cuando se aplica al propio devenir. La idea de que el "yo" se convierta en algo glorioso es el sencillo engaño del anhelo de ser grande. Adoramos el éxito del Estado, de la ideología, del ego, y nos engañamos con la consoladora ilusión del progreso. El pensamiento puede progresar, llegar a ser algo más, ir hacia un fin más perfecto o volverse silencioso; pero mientras el pensar sea un movimiento adquisitivo o de renunciación, siempre será mera reacción. La reacción siempre produce conflicto, y el progreso en el conflicto es mayor confusión, más antagonismo.

Decía que era un revolucionario, dispuesto a matar o a morir por su causa, por su ideología. Estaba preparado para matar por la causa de un mundo mejor. Destruir el orden social presente produciría desde luego mayor caos, pero esta contusión podría utilizarse para crear una sociedad sin clases. ¿Qué importaba si se destruía a algunos o muchos en el proceso de construir un orden social perfecto? Lo que importaba era el hombre futuro, y no el actual; el mundo nuevo que iban a construir no tendría desigualdades, habría trabajo para todos y habría felicidad.

¿Cómo podéis estar tan seguro del porvenir? ¿Qué es lo que os da tanta certidumbre sobre él? Las personas religiosas prometen el cielo y vos prometéis un mundo mejor en el futuro; vos tenéis vuestro libro y vuestros sacerdotes, lo mismo que ellos tienen los suyos, de modo que realmente no hay mucha diferencia entre vosotros. Pero, ¿qué es lo que os da tanta seguridad de ver claramente el futuro?

"Lógicamente, si seguimos cierta dirección, el fin es cierto. Además, hay muchas pruebas históricas que corroboran nuestra actitud".

Todos traducimos el pasado con arreglo a nuestro propio condicionamiento y lo interpretamos para que se ajuste a nuestros prejuicios. Vos estáis tan inseguro del mañana como los demás lo estamos, y gracias al cielo que sea así. Pero, evidentemente, es lo más ilógico sacrificar el presente por un ilusorio porvenir.

"¿Creéis en el cambio o sois un instrumento de la burguesía capitalista?"

El cambio es una continuidad modificada, a la que podéis llamar revolución; pero la revolución fundamental es un proceso enteramente diferente. No tiene nada que ver con la lógica ni con las pruebas históricas. Hay revolución fundamental solamente en comprender el proceso total de la acción, no en ningún nivel determinado, sea económico o ideológico, sino la acción como un todo integrado. Semejante acción no es reacción. Vosotros sólo conocéis la reacción de la antítesis y aquella ulterior reacción que llamáis síntesis. La integración no es una síntesis intelectual, una conclusión verbal basada en el estudio histórico. La integración sólo puede venir al comprender la reacción. La mente es una serie de reacciones; y la revolución basada en reacciones, en ideas, no es revolución en absoluto, sino solamente una continuidad modificada de lo que ha existido. Podéis llamarla revolución, pero en realidad no lo es.

"¿Qué es para vos la revolución?"

El cambio basado en una idea no es revolución; porque la idea es la respuesta de la memoria, lo cual es también reacción. La revolución fundamental sólo es posible cuando las ideas no son importantes, y por tanto han cesado. Una revolución nacida del antagonismo deja de ser lo que dice que es, es sólo oposición y la oposición nunca puede ser creadora.

"La clase de revolución de que habláis es puramente una abstracción. No tiene realidad en el mundo moderno. Sois un idealista vago, nada práctico en absoluto".

Al contrario, el idealista es el hombre con una idea, y éste es el que no es revolucionario. Las ideas dividen, y la separación es desintegración; no tiene nada de revolución. El hombre que tiene una ideología se interesa por ideas, palabras, y no por la acción directa; él elude la acción directa. Una ideología es un impedimento para la acción directa.

"¿No creéis que puede haber igualdad por medio de la revolución?"

La revolución basada en una idea, por muy lógica y de acuerdo con las pruebas históricas que sea, no pueden producir igualdad. La función misma de la idea es separar a las personas. La creencia religiosa o política, pone al hombre contra el hombre. Las llamadas religiones han dividido a las gentes y aun las dividen. La creencia organizada que se llama religión, es como cualquier otra ideología, una cosa de la mente y, por lo tanto, separativa Vos, con vuestra ideología, estáis haciendo lo mismo, ¿no es verdad? Vos también estáis formando un núcleo o grupo en torno de una idea queréis incluir a todos en vuestro grupo, como igualmente lo quiere el creyente. Queréis salvar al mundo a vuestra manera, como él a la suya. Vosotros os matáis y liquidáis unos a otros, todo por un mundo mejor. Ninguno de vosotros os interesáis por un mundo mejor, sino por modelar el mundo con arreglo a vuestra idea. ¿Cómo puede la idea contribuir a la igualdad?

"En el seno de la idea todos somos iguales, aunque tengamos funciones diferentes. Primero somos lo que la idea representa y después somos funcionarios individuales. En la función, tenemos gradaciones, pero no como representantes de una ideología".

Esto es precisamente lo que han proclamado todas las demás creencias organizadas. Ante los ojos de Dios todos somos iguales pero en capacidad hay variación, la vida es una pero las divisiones sociales son inevitables. Al sustituir una ideología por otra, no habéis cambiado el hecho fundamental de que un grupo o individuo trata a otro como inferior. Realmente hay desigualdad en todos los niveles de la existencia. Uno tiene capacidad, y otro no; uno dirige y otro sigue; uno está embotado y otro es sensible, alerta, adaptable; uno pinta o escribe y otro cava; uno es un hombre de ciencia y otro barrendero. La desigualdad es un hecho y ninguna revolución puede eliminarla. Lo que hace la llamada revolución es sustituir un grupo por otro, y el nuevo grupo asume entonces el poder, político o económico se convierte en la nueva clase alta, que procede a fortalecerse por medio de privilegios, etc.; conoce todos los trucos de la otra clase, que ha sido derribada. No ha abolido la desigualdad ¿no es así?

"Con el tiempo la abolirá. Cuando todo el mundo piense como nosotros, entonces habrá igualdad ideológica".

La cual no es igualdad en absoluto, sino meramente una idea, una teoría, el sueño de otro mundo, como el del creyente religioso. ¡Cuán cerca estáis unos de otros! Las ideas dividen, son separativas, se oponen, crean conflicto. Una idea nunca puede producir la igualdad ni aun en su propio mundo. Si todos creyéramos la misma cosa al mismo tiempo, al mismo nivel, habría cierta igualdad pero eso es una imposibilidad, una mera especulación, que sólo puede llevar a la ilusión.

"¿Es que estéis despreciando toda igualdad? ¿Estáis adoptando una actitud cínica y condenando todos los esfuerzos para crear igualdad de oportunidades para todos?"

No soy cínico, sino que estoy poniendo hechos evidentes; ni tampoco estoy contra la igualdad de oportunidades. Seguramente que sólo es posible ir más allá y acaso descubrir una manera eficaz de encararse con este problema de la desigualdad, cuando comprendemos lo actual, lo que es. Enfrentarse con lo que es mediante

una idea, una conclusión, un sueno, no es comprender lo que **es**. La observación con prejuicio no es observación en absoluto. El hecho es que existe desigualdad en todos los niveles de la conciencia, de la vida, y cualquier cosa que hagamos, no podemos cambiar esta realidad.

Ahora bien, ¿es posible encarar el hecho de la desigualdad sin crear nuevo antagonismo, nueva división? La revolución ha utilizado al hombre como medio para un fin. El fin era importante, mas no el hombre. Las religiones han sostenido, por lo menos verbalmente, que el hambre es importante; pero ellas también han utilizado al hombre para levantar el edificio de la creencia, del dogma. La utilización del hombre para un propósito necesariamente ha de crear el sentimiento del superior y del inferior, del que está cerca y del que está lejos, del que sabe y del que no sabe. Esta separación es desigualdad psicológica y es el factor de desintegración en la sociedad. Actualmente sólo conocemos la relación como utilidad; la sociedad utiliza al individuo, lo mismo que los individuos se utilizan unos a los otros para beneficiarse de diversas maneras. Esta utilización de otro es la causa fundamental de la división psicológica del hombre contra el hombre.

Sólo dejamos de utilizarnos unos a otros cuando la idea no es el factor que motiva la relación. Con la idea viene la explotación, y la explotación engendra antagonismo.

"Entonces, ¿cuál es el factor que existe cuando cesa la idea?"

Es el amor, el único factor que puede producir una revolución fundamental. El amor es la única verdadera revolución. Pero el amor no es una idea; existe cuando no existe el pensamiento. El amor no es un instrumento de propaganda; no es algo para cultivarse y para gritarse desde lo alto de las casas. Sólo cuando desaparezca la bandera de la creencia, el jefe o conductor, la idea como acción planeada, podrá haber amor y el amor es la única revolución creadora y constante.

"Pero el amor no hará funcionar la maquinaria, ¿verdad?"

FASTIDIO

Había dejado de llover; los caminos estaban limpios y los árboles se había lavado el polvo. La tierra se había refrescado y las ranas hacían ruido en el estanque; eran grandes e inflaban sus gargantas con placer. La hierba brillaba con diminutas gotas de agua y había paz en la comarca después del fuerte aguacero. El ganado vacuno estaba empapado, pero durante la lluvia no buscó refugio y ahora pacía contento. Unos muchachos jugaban en el arroyito que había formado la lluvia al lado del camino; estaban desnudos y gustaba ver sus cuerpos brillantes y sus vivos ojos. Lo estaban pasando mejor que nunca y ¡qué felices eran! Ninguna otra cosa importaba y sonreían de alegría cuando uno les decía algo, aunque no comprendían una palabra. El sol estaba apareciendo y las sombras se intensificaban.

¡Cuán necesario es que la mente se purifique de todo pensamiento, que esté constantemente vacía, no que se vacíe, sino que esté simplemente vacía; morir para todo pensamiento, para todos los recuerdos del ayer y para la hora que viene! Es sencillo morir y es difícil continuar; pues la continuidad es el esfuerzo para ser o para no ser. El esfuerzo es deseo y el deseo sólo puede morir cuando la mente deja de adquirir. ¡Qué sencillo es limitarse a vivir! Pero ello no es estancamiento. Hay una gran felicidad en no desear, en no ser algo, en no ir a alguna parte. Cuando la mente se purifica de todo pensamiento, sólo entonces existe el silencio de la creación. La mente no está tranquila mientras está viajando para llegar. Para la mente, llegar es triunfar, y el éxito es siempre el mismo, tanto al principio como al fin. No hay purificación de la mente si está tejiendo el modelo de su propio devenir.

Dijo ella que siempre había sido activa, en una u otra forma, con sus hijos o en asuntos sociales, o en deportes; pero tras esta actividad siempre había aburrimiento, apremiante y constante. Estaba aburrida de la rutina de la vida, del placer, del dolor, de la adulación y de todo lo demás. El hastío era como una nube que se había cernido sobre su vida todo el tiempo que ella podía recordar. Había tratado de huir de él, pero cada nuevo interés pronto se convertía en nuevo fastidio, un cansancio mortal. Había leído mucho y había tenido los trastornos corrientes de la vida familiar, pero a través de todo ello estaba este cansador fastidio. No tenía nada que ver con su salud, porque se sentía muy bien.

¿Por qué creéis que os fastidiáis? ¿Es el resultado de alguna frustración, de algún deseo fundamental que ha sido contrariado?

"No, precisamente. Ha habido algunas obstrucciones superficiales, pero nunca me han molestado, o cuando tal ha ocurrido, me he enfrentado con ellas bastante inteligentemente y nunca me han desconcertado. No creo que lo que me pasa sea frustración, porque siempre he podido conseguir lo que quería. No he llorado para que me dieran la luna, y he sido sensata en mis demandas; pero sin embargo he tenido esta sensación de fastidio con todo, con mi familia y con mi trabajo".

¿Qué queréis expresar al decir fastidio? ¿Os referís a la falta de satisfacción? ¿Es que nada os ha dado satisfacción completa?

“No es eso exactamente. Estoy tan insatisfecha como cualquier persona normal, pero he podido resignarme a las insatisfacciones inevitables”.

¿En qué estáis interesada? ¿Hay algún profundo interés en vuestra vida?

“No especialmente. Si yo tuviera un profundo interés, nunca me sentiría aburrida. Soy naturalmente una persona entusiasta, os lo aseguro, y si tuviera un interés no lo dejaría marcharse fácilmente. He tenido muchos intereses intermitentes, pero al fin todos ellos han conducido a esta nube de hastío”.

¿Qué queréis decir con la palabra interés? ¿Por qué hay este cambio del interés en hastío? ¿Qué significa el interés? Estáis interesada en lo que os agrada, en lo que os satisface, ¿no es así? ¿No es el interés un proceso adquisitivo? No os interesaríais en nada si no sacaseis algo de ello, ¿verdad? Hay interés sostenido mientras estáis adquiriendo; la adquisición es el interés, ¿no? Habéis tratado de sacar satisfacción de todo aquello con la que os habéis puesto en contacto; y cuando lo habéis utilizado por completo, naturalmente os cansáis de ello. Toda adquisición es una forma de fastidio, de cansancio. Queremos cambiar de juguetes; tan pronto como perdemos interés en uno, recurrimos a otro, y siempre hay un nuevo juguete al que acudir. Acudimos a algo para adquirir; hay adquisición en el placer, en el conocimiento, en la fama, en el poder, en la eficiencia, en tener una familia, etc. Cuando ya no hay nada que adquirir en una religión, en un salvador, perdemos interés y acudimos a otro. Algunos se echan a dormir en una organización y nunca despiertan, y los que efectivamente despiertan vuelven a dormirse al incorporarse a otra. Este movimiento adquisitivo es llamado expansión de pensamiento, progreso.

“¿Es siempre adquisición el interés?”

¿Os interesáis realmente por nada que no os dé algo, ya sea una obra teatral, un juego, una conversación, un libro o una persona? Si un cuadro no os da algo, lo dejáis de lado; si una persona no os estimula o perturba de alguna manera, si no hay placer ni dolor en una relación particular, perdéis interés, os aburrís. ¿No habéis observado esto?

“Sí, pero nunca lo he considerado hasta ahora de esta manera”.

No habríais venido aquí si no quisierais algo. Queréis libraros del fastidio. Como yo no puedo daros tal libertad, os fastidiaréis otra vez; pero si podemos comprender juntos el proceso de la adquisición, del interés, del hastío, entonces acaso haya libertad. La libertad, no puede adquirirse; si la adquirís, pronto os hastiaréis de ella. ¿No embota la adquisición a la mente? La adquisición, positiva o negativa, es una caiga. Tan pronto como adquirís, perdéis interés. Al tratar de poseer, estáis alerta, interesada; pero la posesión es aburrimiento. Podéis querer poseer más, pero la búsqueda de lo más es sólo un movimiento hacia el hastío. Probáis varias formas de adquisición y, en tanto haya el esfuerzo de adquirir, habrá interés; pero siempre hay un término para la adquisición, y por ello siempre hay tedio. ¿No es esto lo que ha estado sucediendo?

“Supongo que sí, pero no he podido comprender el pleno significado de ello”.

Esto vendrá ahora.

Las posesiones dejan cansada la mente. La adquisición, sea de conocimiento, de propiedades o de virtud, contribuye a la insensibilidad. La naturaleza de la mente es adquirir, absorber, ¿no es así? O más bien la norma que se ha creado para sí es la de acopiar; y en esa actividad misma la mente está preparando su propio hastío, cansancio. El interés, la curiosidad, es el origen de la adquisición, que pronto se convierte en tedio; y el impulso a librarse del tedio es otra forma de posesión. La mente va, pues, del fastidio al interés, y de nuevo al fastidio, hasta que queda completamente cansada; y estas sucesivas oleadas de interés y hastío son consideradas como existencia.

“Pero ¿cómo va uno a librarse del adquirir sin nueva adquisición?”

Solamente dejando que sea percibida la verdad de todo el proceso de la adquisición y no tratando de ser no adquisitivo, desapegado. Ser no adquisitivo es otra forma de adquisición, que pronto se vuelve fatigante. La dificultad, si se puede usar esta palabra, está, no en la comprensión verbal de lo que se ha dicho, sino en vivenciar lo falso como falso. Ver la verdad en lo falso es el principio de la sabiduría. Lo difícil es que la mente esté en calma; porque la mente siempre está preocupada o inquieta, siempre va en busca de algo, adquiriendo o desechando, buscando y encontrando. La mente nunca está en calma, está en continuo movimiento. El pasado, ensombreciendo el presente, hace su propio futuro. Es un movimiento en el tiempo, y difícilmente hay nunca un intervalo entre pensamientos. Un pensamiento sigue a otro sin pausa; la mente siempre, se está aguzando, y así, desgastándose. Si se afila un lápiz todo el tiempo, pronto no quedará nada de él; de análogo modo, la mente se usa constantemente y se agota. La mente siempre teme llegar a su fin. Pero vivir es terminar de día a día; es morir para toda adquisición, para los recuerdos, para las experiencias, para el pasado. ¿Cómo puede existir el vivir si hay experiencia? La experiencia, es conocimiento, recuerdo; y ¿es el recuerdo el estado de vivencia? En el estado de vivencia, ¿existe el recuerdo en forma de experimentador? La depuración de la mente es vivir, es creación. La belleza está en vivencias, no en la experiencia; porque la experiencia es siempre del pasado, y el pasado no es la vivencia, no es el vivir. La purificación de la mente es la tranquilidad del corazón.

DISCIPLINA

HABÍAMOS LLEVADO EL coche a través de intensa circulación y ahora torcimos desde la carretera principal hacia una resguardada callejuela. Dejando el vehículo solo, seguimos un sendero que se abría paso por entre palmares y a lo largo de un campo de verde arroz, que estaba madurando. ¡Qué hermoso era aquel largo y encorvado arrozal, baldeado por las altas palmeras! Era una noche fresca, y la brisa agitaba los árboles con su pesado follaje. Inesperadamente, tras una vuelta del camino, surgió un lago. Era estrecho, largo y profundo. Y por ambos lados estaban las palmeras, tan juntas que parecían impenetrables. La brisa jugaba con el agua y se oía un murmullo a lo largo de la orilla. Unos muchachos se estaban bañando, desnudos, no avergonzados, y libres. Sus cuerpos brillaban y eran bellos, bien formados, esbeltos y ágiles. Nadaban hasta el centro del lago, luego regresaban y empezaban otra vez. El sendero pasaba después por un pueblo y, durante el regreso, la luna llena producía negras sombras; los muchachos ya se habían marchado, las aguas estaban iluminadas por la luna, y las palmeras eran como blancas columnas sobre el fondo oscuro lleno de sombras.

Había venido él desde cierta distancia y anhelaba encontrar la manera de sojuzgar la mente. Decía que se había retirado deliberadamente del mundo y que estaba viviendo con mucha sencillez en compañía de unos parientes, consagrado el tiempo a vencer la mente. Había practicado cierta disciplina durante unos años, pero aun no tenía dominada la mente; siempre estaba dispuesta a vagar y escaparse, como un animal atado. El se había privado de alimento, pero esto no le había servido; había experimentado con su régimen alimenticio, y esto le fue algo útil; pero nunca hubo paz alguna. Su mente estaba siempre formando imágenes, evocando pasadas escenas, sensaciones e incidentes; o bien pensaba sobre cómo se aquietaría mañana. Pero el mañana nunca llegaba, y todo el proceso se volvía de verdadera pesadilla. En muy raras ocasiones la mente estaba en calma, pero la calma pronto se convertía en un recuerdo, una cosa del pasado.

Lo que se vence, ha de ser conquistado una y otra vez. La represión es una manera de vencer, lo mismo que lo son la sustitución y la sublimación. Desear conquistar es engendrar nuevo conflicto. ¿Por qué queréis conquistar, calmar la mente?

"Siempre he estado interesado en cuestiones religiosas; he estudiado varias religiones, y todas ellas dicen que, para conocer a Dios, la mente ha de estar en calma. Siempre desde que me acuerdo, he querido encontrar a Dios, la penetrante belleza del mundo, la belleza del arrozal y la del sucio pueblo. Yo tenía una carrera muy prometedora, había viajado y todas esas cosas; pero una mañana sencillamente salí en busca de esa serenidad. Oí lo que dijisteis sobre ella el otro día, por lo cual he venido".

Para encontrar a Dios, tratáis de someter a la mente. Pero ¿es el sosiego de la mente un medio de llegar a Dios? ¿Es la calma la moneda que abrirá las puertas del cielo? Queréis comprar vuestro camino hacia Dios, hacia la verdad o el nombre que queráis. ¿Podéis comprar lo eterno por medio de la virtud, la renunciación, la mortificación? Creemos que si hacemos ciertas cosas, si practicamos la virtud, si observamos la castidad, si nos retiramos del mundo, podremos medir lo inconmensurable; es, pues, un negocio, ¿no? Vuestra "virtud" es un medio para un fin.

"Pero la disciplina es necesaria para refrenar la mente. De lo contrario, no hay paz. Es que yo no la he disciplinado bastante; es culpa mía y no culpa de la disciplina".

La disciplina es un medio para un fin. Pero el fin es lo desconocido. La verdad es lo desconocido, no puede conocerse; si se conoce, no es la verdad. Si podéis medir lo inconmensurable, entonces no lo es. Nuestra medida es la palabra, y la palabra no es lo real. La disciplina es el medio; pero el medio y el fin no son dos cosas disímiles, ¿verdad? Seguramente, el fin y el medio son una sola cosa; el medio es el fin, el único fin; no hay meta aparte del medio. La violencia como medio para la paz no es más que la perpetuación de la violencia. El medio es lo único que importa, y no el fin; el fin está determinado por el medio; el fin no está separado, fuera del medio.

"Escucharé y trataré de comprender lo que estáis diciendo. Cuando no comprenda, preguntaré".

Utilizáis la disciplina, la sujeción, como medio de conseguir tranquilidad, ¿no es eso? La disciplina implica conformidad a una norma, reprimís con el fin de ser esto o aquello. ¿No es la disciplina, en su misma naturaleza, violencia? Puede causaros placer el disciplinaros, pero ¿no es ese mismo placer una forma de resistencia, que sólo engendra ulterior conflicto? ¿No es la práctica de la disciplina el cultivo de la defensa? Y lo que es defendido es siempre atacado ¿No implica la disciplina la represión de lo que es, para lograr un fin deseado? La represión, la sustitución y la sublimación no sirven más que para aumentar el esfuerzo y producir más conflicto. Podéis lograr reprimir una enfermedad, pero continuará apareciendo en diferentes formas hasta que sea desarraigada. La disciplina es la represión, la denominación de lo que **es**. La disciplina es una forma de violencia y así, gracias a un medio "falso", esperamos conseguir el fin "verdadero". Por medio de la resistencia, ¿cómo puede existir lo libre, lo verdadero? La libertad está al principio, no al fin; la meta es el primer paso, el medio es el fin. El primer paso debe ser libre, y no el último. La disciplina implica compulsión, sutil o brutal, exterior o autoimpuesta; y donde hay

compulsión, habrá temor. El miedo, la compulsión, se utilizan como medio para un fin, siendo el fin el amor. ¿Puede haber amor por medio del temor? El amor existe cuando no hay temor en ningún nivel.

"Pero, sin alguna clase de compulsión, sin alguna clase de conformidad, ¿cómo puede funcionar la mente en absoluto?'

La actividad misma de la mente es una barrera para su propia comprensión. ¿No habéis observado nunca que sólo hay comprensión cuando la mente, como pensamiento, no está funcionando? La comprensión llega con la terminación del proceso del pensamiento, en el intervalo entre dos pensamientos. Decís que la mente debe estar en calma, y sin embargo deseáis que funcione. Si podemos ser sencillos en la vigilancia, comprenderemos; pero nuestra actitud es tan compleja que impide la comprensión. Ciertamente, lo que nos interesa no es la disciplina, la represión, la resistencia, sino el proceso y la terminación del pensamiento mismo. ¿Qué queremos significar cuando decimos que la mente vaga? Sencillamente que el pensamiento es perpetuamente arrastrado de una atracción a otra, de una a otra asociación, y está constantemente agitado. ¿Es posible que el pensamiento termine?

"Ese es justamente mi problema. Quiero dar fin al pensamiento. Ahora puedo ver lo fútil que es la disciplina; realmente veo su falsedad, su estupidez, y no seguiré por ese camino. Pero ¿cómo podré dar fin al pensamiento?"

Nuevamente, escuchad sin prejuicio, sin interponer conclusión alguna, ni propia ni de otro; escuchad para comprender, y no meramente para refutar o aceptar. Preguntáis de qué manera podéis dar fin al pensamiento, pero ¿sois vos, el pensador, una entidad separada de sus pensamientos? ¿Sois enteramente diferente de vuestros pensamientos? ¿No sois vos vuestros propios pensamientos? El pensamiento puede colocar al pensador en un nivel muy elevado y darle un nombre, separarlo de sí mismo; pero el pensador sigue estando dentro del proceso del pensamiento, ¿no es así? Sólo hay pensamiento, y éste crea al pensador; el pensamiento da forma al pensador, como entidad permanente, separada. El pensamiento se ve a sí mismo impermanente, en flujo constante, de modo que engendra al pensador como entidad permanente, aparte y diferente de sí mismo. Luego el pensador actúa sobre el pensamiento; el pensador dice: "Tengo que dar fin al pensamiento". Pero sólo existe el proceso del pensar. No hay pensador aparte del pensamiento. Es vital vivencias esta verdad. No se trata de una mera repetición de frases. Sólo hay pensamientos, y no un pensador que piense pensamientos.

"Pero ¿cómo surgió originariamente el pensamiento?"

Por la percepción, el contacto, la sensación, el deseo y la identificación: "Quiero", "No quiero", y así sucesivamente. Ello es bastante sencillo, ¿no? Nuestro problema es: ¿Cómo puede terminar el pensamiento? Toda forma de compulsión, consciente o inconsciente, es enteramente inútil, porque implica uno que domina, uno que disciplina; y, como vemos, semejante entidad no existe. La disciplina es un proceso de condenación, comparación o justificación; y cuando se ve claramente que no hay entidad separada como pensador, el que disciplina, entonces sólo hay pensamientos, el proceso del pensar. Pensar es la respuesta de la memoria, de la experiencia, del pasado. También hay que percibir esto, no en el nivel verbal, sino que tiene uno que vivenciarlo. Sólo entonces hay una pasiva vigilancia en la que no existe el pensador, un darse cuenta en el cual el pensamiento está totalmente ausente. La mente, la totalidad de la experiencia, la autoconciencia que está siempre en el pasado, sólo está en calma cuando no se está proyectando; y esta proyección es el deseo de llegar a ser.

La mente está vacía sólo cuando el pensamiento no existe. Este no puede terminar más que por medio de la vigilancia u observación de todo pensamiento. En esta alerta percepción no hay observador ni censor; sin el censor, sólo hay vivencia. Al vivenciar no existen ni el experimentador ni lo experimentado. Lo experimentado es el pensamiento, que da nacimiento al pensador. Sólo cuando la mente está vivenciando hay calma, el silencio que no ha sido confeccionado, compuesto; y tan sólo en esa tranquilidad puede surgir lo real. La realidad no es del tiempo y no se puede medir.

CONFLICTO — LIBERTAD — RELACIÓN

"El conflicto entre la tesis y la antítesis es inevitable y necesario; crea la síntesis, de la cual nuevamente surge una tesis, con su correspondiente antítesis, y así sucesivamente. El conflicto no tiene fin y es sólo por el conflicto como podrá haber alguna vez adelanto, avance".

¿Trae el conflicto, la comprensión de nuestros problemas? ¿Conduce al adelanto, al progreso? Puede traer mejoras secundarias, pero, ¿no es el conflicto en su misma naturaleza un factor de desintegración? ¿Por qué insistís en que es esencial el conflicto?

"Todos sabemos que hay conflicto en todos los niveles de nuestra existencia, de modo que, ¿por qué negarlo o estar ciegos para ello?"

No está uno ciego para la constante pugna interior y externa. Pero, si se me permite la pregunta, ¿por qué insistís en que es esencial?

“No puede negarse el conflicto; es parte de la estructura humana y lo usamos como un medio para un fin, siendo el fin el buen ambiente para el individuo. Trabajamos hacia ese objetivo y utilizamos todos los medios para realizarlo. La ambición, el conflicto, es la manera de ser del hombre, y puede utilizarse contra él o a su favor. Por medio del conflicto avanzamos hacia más grandes cosas”.

¿Qué entendéis por conflicto? ¿Conflicto entre qué?

“Entre lo que ha sido y lo que será”.

“Lo que será”, es la nueva respuesta de lo que ha sido y es. Por conflicto queremos decir la lucha entre dos ideas opuestas. Pero ¿conduce la oposición, en cualquier forma, a la comprensión? ¿Cuándo hay comprensión de cualquier problema?

“Hay conflicto de clase, conflicto nacional y conflicto ideológico. El conflicto es oposición, resistencia debida a la ignorancia de ciertos hechos históricos fundamentales. Por medio de la oposición hay desarrollo, hay progreso, y todo este proceso es la vida”.

Sabemos que hay conflicto en todos los diferentes niveles de la vida, y sería insensato negarlo. Pero, ¿es esencial este conflicto? Hasta ahora hemos supuesto que lo es, o lo hemos justificado con astutas razones. En la naturaleza, la significación del conflicto puede ser enteramente diferente; entre los animales, el conflicto, tal como lo conocemos nosotros, puede no existir en absoluto. Mas para nosotros, el conflicto se ha convertido en un factor de enorme importancia. ¿Por qué ha llegado a ser tan importante en nuestras vidas? La competencia, la ambición, el esfuerzo para ser o no ser, la voluntad de realizar, etc., todo esto es parte del conflicto. ¿Por qué aceptamos el conflicto como si fuera esencial para la existencia? Esto no implica, por otra parte, que debamos aceptar la indolencia. Pero, ¿por qué toleramos el conflicto interno y externo? ¿Es esencial el conflicto para la comprensión, para la resolución de un problema? ¿No debemos investigar más bien que afirmar o negar? ¿No debemos tratar de encontrar la verdad del asunto, en vez de aferrarnos a nuestras conclusiones u opiniones?

“¿Cómo puede haber progreso desde una forma de sociedad hacia otra sin conflicto? Los que tienen nunca abandonarán voluntariamente su riqueza, tienen que ser forzados, y este conflicto producirá un nuevo orden social, una nueva forma de vida. Esto no puede hacerse pacíficamente. Podemos no desear ser violentos, pero tenemos que hacer frente a los hechos”.

Suponéis que sabéis lo que debe ser la nueva sociedad, y que el otro individuo no lo sabe; sólo vos tenéis este extraordinario conocimiento, y estáis dispuesto a liquidar a los que os cierren el paso. Por este método, que creéis es esencial, sólo producís oposición y odio. Lo que sabéis es meramente otra forma de prejuicio, una clase diferente de condicionamiento. Vuestros estudios históricos, o los de vuestros conductores, son interpretados con arreglo a un trasfondo particular, que determina vuestra respuesta; y a esta respuesta la llamáis la nueva actitud, la nueva ideología. Toda respuesta del pensamiento es condicionada, y producir una revolución basada en el pensamiento o en la idea es perpetuar una forma modificada de lo que fue. Sois esencialmente reformadores y no verdaderos revolucionarios. La reforma y la revolución basadas en la idea son factores retrogradantes en la sociedad.

Dijisteis, ¿no es así? que el conflicto entre la tesis y la antítesis es esencial y que este conflicto de opuestos produce una síntesis?

“El conflicto entre la sociedad actual y su opuesta, por la presión de los acontecimientos históricos, etc., producirá con el tiempo un nuevo orden social”.

¿Es lo opuesto diferente o desemejante de lo que es? ¿Cómo surge lo opuesto? ¿No es una proyección modificada de lo que esa ¿No tiene la antítesis los elementos de su propia tesis? Una no es totalmente diferente o disímil de la otra, y la síntesis sigue siendo una tesis modificada. Aunque sea periódicamente revestida de un color distinto, aunque sea modificada, reformada, reconfigurada con arreglo a las circunstancias y presiones, la tesis es siempre la tesis. El conflicto entre los opuestos es por completo ruinoso y estúpido. Intelectual o verbalmente puede uno probar o refutar cualquier cosa; pero eso no puede hacer cambiar ciertos hechos evidentes. La sociedad actual se basa en la cualidad adquisitiva del individuo; y su opuesta, con la síntesis resultante, es lo que llamáis la nueva sociedad. En vuestra nueva sociedad, al afán adquisitivo del individuo se opone el afán adquisitivo del Estado, siendo el Estado los gobernantes; ahora, lo más importante es el Estado, y no el individuo. Vos decís que de esta antítesis saldrá con el tiempo una síntesis, en la cual todos los individuos tendrán importancia. Ese futuro es imaginario, un ideal es la proyección del pensamiento, y el pensamiento es siempre la respuesta de la memoria, del condicionamiento. Es realmente un círculo vicioso, sin salida. Este conflicto, esta lucha dentro de la jaula del pensamiento, es lo que llamáis progreso.

“¿Decís entonces que debemos seguir como estamos, con toda la explotación y corrupción de la presente sociedad?”

Nada de eso. Pero vuestra revolución no es revolución. Es sólo un cambio de poder de un grupo a otro, la sustitución de una clase por otra. Vuestra resolución no es más que una estructura diferente construida con el mismo material y dentro del mismo modelo subyacente. Hay una revolución radical que no es un conflicto, que no

se basa en el pensamiento con sus proyecciones, que son obra del Ego, los ideales, dogmas, Utopías; pero en tanto pensemos en términos de cambiar esto en aquello, de llegar a ser más o a ser menos, de lograr un fin, no puede haber tal revolución fundamental.

"Semejante revolución es imposible. ¿La estáis proponiendo en serio?"

Es la única revolución, la única transformación fundamental. "¿Cómo proponéis realizarla?"

Viendo lo falso como falso; viendo la verdad en lo falso. Es evidente que tiene que haber una revolución fundamental en la relación del hombre con el hombre. Todos sabemos que las cosas no pueden seguir como están sin aumentar el dolor y el desastre. Pero todos los reformistas, lo mismo que los llamados revolucionarios, tienen un fin en vista, una meta que ha de alcanzarse, y ambos usan al hombre como medio para sus propios fines. La verdadera cuestión es la utilización del hombre para un propósito, y no la consecución de un fin determinado. No podéis separar el fin del medio porque son un solo e inseparable proceso. El medio es el fin; no puede haber una sociedad sin clases por medio del conflicto de las clases. Los resultados de utilizar un mal medio para un supuesto buen fin son bastante obvios. No puede haber paz por medio de la guerra o por medio de la preparación para la guerra. Todos los opuestos son autoproyectados; el ideal es una reacción de lo que es, y el conflicto para alcanzar el ideal es una vana e ilusoria lucha dentro de la jaula del pensamiento. Mediante ese conflicto no hay liberación, no hay libertad para el hombre. Sin libertad no puede haber felicidad; y la libertad no es un ideal. Libertad es el único significado para la libertad.

Mientras el hombre sea utilizado psicológica o físicamente, ya sea en nombre de Dios o del Estado, habrá una sociedad basada en la violencia. Utilizar al hombre para un propósito es una treta empleada por el político y el sacerdote, y ello contradice la interrelación.

"¿Qué queréis decir con eso?"

Cuando nos utilizamos uno al otro para nuestra satisfacción mutua, ¿puede haber relación alguna entre nosotros? Cuando utilizáis a otro para vuestra confortación, como utilizáis un mueble, ¿estáis relacionado con esa persona? ¿Tenéis relación con los muebles? Podéis llamarlos vuestros, y eso es todo; pero no tenías vinculación con ellos. Del mismo modo, cuando utilizáis a otro para vuestra ventaja psicológica o física, generalmente llamáis vuestra a esa persona, la poseéis; y ¿es la posesión una vinculación? El Estado utiliza al individuo y lo llama su ciudadano; pero no tiene relación con el individuo. Se limita a usarlo como un instrumento. Un instrumento es una cosa muerta y no puede haber relación con lo que está muerto. Cuando utilizamos al hombre para un propósito, por noble que sea, lo queremos como un instrumento, una cosa muerta. No podemos utilizar una cosa viviente; por eso nuestro interés es por las cosas muertas. Nuestra sociedad se basa en la utilización de cosas muertas. La utilización de otro concierte a esa persona en instrumento muerto de nuestra satisfacción. La relación no puede existir más que entre lo viviente, y la utilización es un proceso de aislamiento. Este proceso aislante es lo que engendra conflicto, antagonismo entre hombre y hombre.

"¿Por qué dais tanta importancia a la vida de relación?"

La existencia es interrelación. Ser es estar relacionado. La interrelación es la sociedad. La estructura de nuestra actual sociedad, como está basada en la utilización mutua, trae violencia, destrucción y desgracia; y si el llamado Estado revolucionario no cambia fundamentalmente, esta utilización sólo podrá producir, acaso en un nivel diferente, aun más conflicto, confusión y antagonismo. Mientras nos utilicemos y necesitemos psicológicamente unos a otros, no podrá haber interpelación. Prelación es comunión, y ¿cómo puede haber comunión si hay explotación? La explotación implica miedo, y el miedo lleva inevitablemente a toda clase de ilusiones y desgracias. El conflicto existe solamente en la explotación, y no en la relación. El conflicto, la oposición, la enemistad, existen entre nosotras cuando hay utilización de otro como medio de placer o de logro. Este conflicto, obviamente, no puede resolverse si se usa como un medio para alcanzar una meta autoproyectada; y todos los ideales, todas las utopías, son autoproyectadas. Es esencial ver esto, porque entonces experimentaremos la verdad de que el conflicto, en cualquier forma, destruye la interpelación, la comprensión. Hay comprensión sólo cuando la mente está tranquila, y la mente no lo está cuando está sujeta por cualquier ideología, dogma o creencia, o cuando está ligada a la norma de su propia experiencia de sus recuerdos. La mente no está en calma cuando está adquiriendo o convirtiéndose en algo. Toda adquisición es conflicto; todo devenir es un proceso de aislamiento. La mente no está en calma cuando está disciplinada, bajo control o contenida, una mente así es una mente muerta. Se está aislando mediante diversas formas de resistencia y así crea inevitablemente desgracia para si y para otros.

La mente sólo se halla en calma cuando no está atrapada en el pensamiento, que es la red de su propia actividad. Cuando está la mente quieta, no aquietada, surge un factor verdadero, el amor.

ESFUERZO

EMPEZABA A LLOVER con bastante suavidad, pero de repente fue como si se hubieran abierto los cielos y se produjo un diluvio. En la calle el agua llegaba casi a la rodilla y subía por encima de la acera. No había vibración alguna entre las hojas, y ellas también estaban silenciosas en su sorpresa. Pasó un coche y luego se quedó parado, porque el agua le había llegado a las partes esenciales. La gente iba vadeando a través de las calles, calada hasta los huesos, pero disfrutaba con aquel aguacero. Los macizos de los jardines se lavaban y el césped estaba cubierto de varias pulgadas de agua parda. Un pájaro azul oscuro, con alas color leonado, quería refugiarse entre las espesas hojas, pero se iba mojando cada vez más y se sacudía muy a menudo. El chaparrón duró algún tiempo, y entonces cesó súbitamente como había empezado. Todas las cosas quedaban lavadas y limpias.

¡Cuán sencillo es ser inocente! Sin inocencia es imposible ser feliz. El placer de las sensaciones no es la felicidad de la inocencia. Ser inocente es estar libre de la carga de la experiencia. El recuerdo de la experiencia es lo que corrompe, y no el experimentar mismo. El conocimiento, la carga del pasado, es corrupción. El poder para acumular, el esfuerzo para llegar a ser, destruye la inocencia; y sin inocencia, ¿cómo puede haber sabiduría? Los que se limitan a ser curiosos nunca podrán conocer la sabiduría; encontrarán, pero lo que encuentren no será la verdad. Los desconfiados nunca pueden conocer la dicha, porque la sospecha es la ansiedad de su propio ser, y el miedo engendra corrupción. Impavidez no es valor, sino estar libre de acumulación.

"No he perdonado esfuerzo para llegar a algo en el mundo, y he tenido mucho éxito monetario; mis esfuerzos en esa dirección han producido los resultados que yo quería. También he tratado con ahínco de conseguir que mi vida familiar sea feliz, pero ya sabéis cómo es esto. La vida familiar no es lo mismo que hacer dinero o regir una industria. Se trata con seres humanos en los negocios, pero es en un nivel diferente. En casa hay muchos roces, con muy poco resultado, y los esfuerzos que hace uno en este terreno parecen servir sólo para aumentar el desorden. No me quejo, porque no está en mí el hacerlo, pero el sistema matrimonial está mal todo él. Nos casamos para satisfacer nuestros apetitos sexuales, sin conocer realmente nada uno del otro y aunque vivimos en la misma casa y ocasional y deliberadamente producimos un niño, somos como desconocidos el uno para el otro, y siempre está ahí esa tensión que sólo conocen las personas casadas. He hecho lo que creo es mi deber, pero no ha producido los mejores resultados, para decirlo con moderación. Los dos somos personas dominantes y agresivas, y la cosa no es fácil. Nuestros esfuerzos para cooperar no han dado por resultado un hondo compañerismo entre nosotros. Aunque estoy muy interesado en cuestiones psicológicas, ello no ha sido de mucha ayuda, y quiero ahondar mucho más en este problema".

El sol había salido, los pájaros llamaban y el cielo estaba claro y azul después de la tormenta.

¿Qué queréis decir con la palabra esfuerzo?

"Empeñarse tras de algo. Me he empeñado por conseguir dinero y posición, y he ganado ambas cosas. También me he esforzado en tener una feliz vida familiar, pero en esto no he tenido mucho éxito; lucho ahora, pues, para lograr algo más profundo".

Luchamos con un fin en vista; nos esforzamos tras el logro; hacemos un esfuerzo constante para llegar a ser algo, positiva o negativamente. La lucha es siempre para estar seguros de alguna manera. Es siempre hacia algo o para alejarse de algo. El esfuerzo es siempre una incesante batalla para adquirir, ¿no es cierto?

"¿Es malo adquirir?"

A eso vamos ahora; pero lo que llamamos esfuerzo es constante proceso de marchar y llegar, de adquirir en diversas direcciones. Nos cansamos de una clase de adquisición y nos volvemos hacia otra; y cuando la hemos obtenido, de nuevo acudimos a otra cosa. El esfuerzo es un proceso de acumular conocimiento; experiencia, eficiencia, virtud, posesiones, poder, etc.; es un incesante devenir, expandir, crecer. El esfuerzo hacia un fin, sea digno ó indigno, tiene siempre que traer conflicto; el conflicto es antagonismo, oposición, resistencia. ¿Es eso necesario?

"¿Necesario para qué?"

Vamos a verlo. Puede ser necesario el esfuerzo en el nivel material; el esfuerzo para construir un puente, para producir petróleo, carbón, etc., es o puede ser beneficioso; pero otra cosa muy diferente es la cuestión de cómo se hace el trabajo, cómo se producen y distribuyen las cosas, cómo se reparten los beneficios. Si en el nivel material es utilizado el hombre para un fin, para un ideal, ya sea por intereses privados o por el Estallo, el esfuerzo sólo producirá más confusión y desdicha. Tiene que engendrar oposición el esfuerzo para adquirir, para el individuo, para el Estado o para una organización religiosa. Sin comprender esta pugna por la adquisición, tendrá inevitablemente un efecto desastroso sobre la sociedad el esfuerzo en el nivel físico o material.

¿Es necesario o beneficioso el esfuerzo en el nivel psicológico: el esfuerzo para ser, para conseguir, para triunfar?

"Si no hacemos tal esfuerzo, ¿no nos limitaremos a descomponernos o corrompernos, a desintegrarnos?"

¿Pasaría eso? ¿Qué hemos producido hasta ahora por medio del esfuerzo en el nivel psicológico?

“No mucho; lo reconozco. El esfuerzo ha sido en una dirección equivocada. La dirección importa, y el esfuerzo bien dirigido es de la mayor importancia. Es por la falta de acertado esfuerzo por lo que estamos en tal confusión”.

Decís entonces que hay esfuerzo acertado y desacertado, ¿no? No sutilicemos sobre palabras. Pero, ¿cómo distinguís entre buen y mal esfuerzo? ¿Con arreglo a qué criterio juzgáis? ¿Cuál es vuestro patrón? ¿Es la tradición, o es el ideal futuro, el “debería ser”?

“Mi criterio está determinado por lo que trae resultados. Es el resultado lo importante, y sin el atractivo de una meta, no haríamos esfuerzo alguno”.

Si el resultado es vuestra medida, entonces no os interesáis por los medios; ¿o es que os interesáis?

“Utilizaré los medios con arreglo al fin. Si el fin es la felicidad, entonces hay que encontrar un medio feliz”.

¿No es el medio feliz, el fin feliz? El fin está en los medios, ¿no es así? Por consiguiente, sólo existen los medios. El medio mismo es el fin, el resultado.

“Nunca lo he considerado hasta ahora en esta forma, pero veo que es así”.

Estamos investigando sobre lo que es el medio feliz. Si el esfuerzo produce conflicto, oposición, dentro y fuera, ¿puede conducir jamás este esfuerzo a la felicidad? Si el fin está en los medios, ¿cómo puede haber felicidad a través del conflicto y del antagonismo? Si el esfuerzo produce más problemas, más conflicto, evidentemente es destructivo y desintegrador. Y ¿por qué realizamos esfuerzo? ¿No nos esforzamos con el fin de ser más, avanzar, ganar? El esfuerzo es para más en una dirección, y para menos en otra; implica adquisición para sí mismo o para un grupo, ¿no es así?

“Sí; así es. El adquirir para sí mismo es, en otro nivel, la adquisividad del Estado o de la Iglesia”.

El esfuerzo es adquisición, negativa o positiva. ¿Qué es, pues, lo que estamos adquiriendo? En un nivel adquirimos las necesidades materiales y en otro utilizamos éstas como medio de autoengrandecimiento; o bien, estando satisfechos con unas pocas cosas materiales necesarias, adquirimos poder, posición, fama. Los gobernantes, los representantes del Estado, pueden llevar exteriormente vidas sencillas y no poseer más que unas pocas cosas, pero han adquirido poder, y así resisten y dominan.

“¿Creéis que es perniciosa toda adquisición?”

Veamos: la seguridad, que es tener las esenciales cosas físicas necesarias, es una cosa y la cualidad adquisitiva, otra. Es la adquisividad en nombre de la raza o el país, en nombre de Dios o en el del individuo, lo que está destruyendo el sensato y eficiente modo de organizar y proveer a las necesidades materiales para el bienestar del hombre. Todos tenemos que disponer de adecuado alimento, vestido y albergue. Esto es sencillo y claro. Ahora bien, ¿qué es lo que tratamos de adquirir, además de esas cosas?

Uno adquiere dinero como medio para el poder, para ciertas satisfacciones sociales y psicológicas, como medio para ser libre de hacer lo que uno quiera hacer. Lucha por alcanzar riqueza y posición, con el fin de ser poderoso de varias maneras; y, habiendo triunfado en cosas externas, quiere ahora tener éxito, como decís, con respecto a cosas internas.

¿Qué queremos significar con la palabra poder? Ser poderoso es dominar, subyugar, reprimir, sentirse superior, ser eficiente, etc. Consciente o inconscientemente, el asceta tanto como la persona mundana, sienten y luchan por este poder. El poder es una de las expresiones más completas del ego, tanto si es el poder del conocimiento como el poder sobre sí mismo, el poder mundano como el poder de la abstinencia. El sentimiento del poder, del dominio, es extraordinariamente satisfactorio. Vos podéis buscar satisfacción por medio del poder, otro por la bebida, otro por la adoración, otro, por el conocimiento, y otro más, esforzándose en ser virtuoso. Cada uno puede obtener su propio efecto particular, sociológico o psicológico, pero toda adquisición es satisfacción. La satisfacción, en cualquier nivel, es sensación, ¿no? Nos esforzamos en obtener mayores y más sutiles variedades de sensación, que una vez llamamos experiencia, otra, conocimiento, o amor, o la búsqueda de Dios o de la verdad; y hay la sensación de ser recto, o de ser el eficaz agente de una ideología. El esfuerzo es para obtener satisfacción, que es sensación. Habéis encontrado placer en un nivel, y ahora lo buscáis en otro; y cuando lo habéis encontrado allí, os trasladáis a otro nivel, y así seguís la marcha. A este constante deseo de satisfacción, de cada vez más sutiles formas de sensación, se lo llama progreso, pero es incesante conflicto. La búsqueda de satisfacción cada vez más amplia no tiene fin, por lo cual no termina el conflicto, el antagonismo, y, por lo tanto, no hay felicidad.

“Veo lo que queréis decir. Decís que el buscar satisfacción en cualquier forma que sea es realmente buscar la desdicha. El esfuerzo hacia la satisfacción es dolor perpetuo. Pero ¿qué va uno a hacer? ¿Renunciar a la satisfacción y limitarse al estancamiento?”

¿Es inevitable el estancamiento si uno no busca satisfacción? ¿Es necesariamente un estado sin vida el estado sin ansiedad? Seguramente que la satisfacción, en cualquier nivel que sea, es sensación. El refinamiento de la sensación es sólo el refinamiento de la palabra. La palabra, el término, el símbolo, la imagen, desempeña en nuestras vidas un papel extraordinariamente importante, ¿no es así? Puede ser que ya no busquemos la conmoción, la sensación del contacto físico, pero la palabra, la imagen, se vuelven muy importantes. En un nivel acumulamos

satisfacción por medios crudos o brutales, y en otro, por medios que son más sutiles y refinados; pero la acumulación de palabras es para el mismo propósito que la acumulación de cosas, ¿no es cierto? ¿Por qué acumulamos?

"¡Oh!, supongo que es porque estamos tan descontentos, tan enteramente aburridos de nosotros mismos, que estamos dispuestos a hacer cualquier cosa para escapar de nuestra propia superficialidad. Realmente es así, y me choca estar yo exactamente en esa situación. ¡Es bastante extraordinario!"

Nuestras adquisiciones son un medio de tapar nuestro propio vacío; tenemos las mentes como tambores huecos, aporreados por toda mano que pasa y haciendo mucho ruido. Esta es nuestra vida, el conflicto de los escapes que nunca satisfacen, y de la desgracia creciente. Es extraño que nunca estemos solos, nunca rigurosamente solos. Siempre estamos con algo, con un problema, con un libro, con una persona, y cuando estamos solos, nuestros pensamientos están con nosotros. Es esencial estar solo, desnudo. Todas las evasiones, todas las acumulaciones, todo esfuerzo para ser o para no ser, deben cesar; y únicamente entonces existe la soledad que puede recibir a lo que es único, a lo inconmensurable.

"¿Cómo va uno a dejar de evadirse?"

Viendo la verdad de que todas las evasiones conducen únicamente a la ilusión y a la desventura. La verdad libera; no podéis hacer nada sobre ello; vuestra misma acción de dejar de evadiros es otra evasión. El más elevado estado de la acción es la verdad.

ÍNDICE

COMENTARIOS SOBRE EL VIVIR es un conjunto de autorrevelaciones y consideraciones que constituyen la expresión de experiencias intensamente emocionales y no meras indagaciones filosóficas, ni una especulativa búsqueda intelectual de soluciones y remedios. Este es el producto de una completa comunión espiritual, de una para inquisición y de una repentina iluminación, con sus valiosos descubrimientos en el mundo de la conciencia humana. Cualquiera que sea la página que se elija al azar ofrecerá las esclarecidas insinuaciones de Krishnamurti que se conjugan en el siguiente pensamiento central: el problema esencialmente humano de cada individuo puede ser resuelto de una sola manera: por él mismo; así surge la posibilidad de un descubrimiento profundo y de una fundamental transformación individual y, por ende, colectiva. Resulta difícil concebir un mensaje más apropiado para el inquieto mundo de nuestros días, formulado por uno de los pensadores contemporáneos más notables cuya doctrina concitó la atención de grandes auditorios de América, India, Australia, Inglaterra y muchos otros países.

Krishnamurti, criado bajo la tutela de Annie Besant y dentro del circulo de la Sociedad Teosófica, y aclamado en su adolescencia como un "mesías", logró desembarazarse del papel preestablecido que se le había asignado para entregarse con humildad ejemplar y sin formalidad alguna a una prédica infatigable que se desgrana coloquialmente, de este modo: "¿Quién se preocupa de atender las dificultades de los demás? Tenemos tantos problemas propios que no disponemos de tiempo para ocuparnos de los ajenos. Para que otro os escuche debéis pagarle en moneda, en oraciones o en fe. El profesional os escuchará —es su profesión— pero en eso no hay ningún alivio permanente. Queremos descargarnos libremente, espontáneamente, sin tenerlo que lamentar después. La purificación de la confesión no depende de quien escucha, sino de quien desea abrir su corazón. Abrir el corazón es importante y hay que hallar a alguien, aunque sea un mendigo, ante quien sea posible vaciarlo. La introspección jamás podrá abrir el corazón; es aislante, deprimente y completamente inútil…"

COMENTARIOS SOBRE EL VIVIR es, en síntesis, el amoroso mensaje de un Maestro que asume sin retaceos la responsabilidad de dar testimonio de sus orientadoras convicciones…